JEREMÍAS

Una introducción a sus profecías

Rev. Meint R. van den Berg

FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)

Llamamiento y misión:

«Mira que te he puesto en este día
sobre naciones y sobre reinos,
para arrancar y para destruir,
para arruinar y para derribar,
para edificar y para plantar...»
(Jer. 1:10).

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1960.

Título original:
JEREMIA profeet tegen de stroom in

Traductor: Rev. Juan-Teodoro Sanz Pascual

ISBN: 90 6311001 4
Depósito Legal: 43.969-2000

Primera edición española: 2000

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Diseño de cubierta: Ron Huizinga
Fotografía, © Stone

Maquetación editorial:
Misión Cristiana Ministerios Creativos
Apartado 23022 - 08080 Barcelona

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Este libro es una colección de artículos aparecidos en una revista reformada, basados en una serie de predicaciones acerca del libro de JEREMÍAS.

Además de una introducción a las profecías de Jeremías, el lector encuentra, al mismo tiempo, ilustraciones actualizadas en todas las porciones comentadas, que son muy provechosas para la predicación.

El libro, pues, no está destinado a un estudio científico del profeta, pero proporciona información suficiente a quienes tienen la responsabilidad de preparar una predicación. Por otra parte, a causa de su vivo lenguaje, es muy apropiado para ser leído y/o comentado en círculos bíblicos.

El adaptador de toda la serie de artículos, con el fin de limitar de alguna manera la extensión del libro, ha acortado y/o resumido ciertos pasajes; y, a veces, el típico lenguaje coloquial se ha cambiado, en cierto modo, por un lenguaje literario. No obstante, el carácter vibrante del libro no ha sufrido -según creemos- merma alguna.

No se comentan todos y cada uno de los capítulos del libro de JEREMÍAS, versículo por versículo; sino que se hace una selección de perícopas o porciones, especialmente determinadas por el transcurso de la vida de Jeremías en cuanto profeta.

En este libro se aprende cómo se lleva Dios con su pueblo, y cómo reacciona cuando éste le olvida y busca la salvación en otra parte, por ejemplo, en otros dioses; o, quizá, queriendo servirle de una forma que el SEÑOR había prohibido; lo cual, evidentemente, era una desobediencia del pueblo del Pacto al primero y segundo mandamiento, y contra eso mismo estaba dirigida la lucha de Jeremías.

A este respecto, cuando se ha de predicar de manera actualizada, ello significa, en primer lugar, que se debe tener muy en cuenta los pensamientos de las gentes que hacían su propio culto, o incluso sus propios dioses y confiaban más en aquella religiosidad que en el SEÑOR que era su roca (cf. Salmo 9). Y, en segundo lugar, en la predicación se debe hacer ver lo que, en nuestro tiempo, significa confiar en Dios; y en qué nos equivocamos cuando, actualmente, no nos entregamos incondicionalmente a Él.

Aunque la revelación ha aumentado desde Jesucristo, el Dios del Nuevo Testamento no es otro que el Dios del Antiguo Testamento. Por lo cual, las Escrituras del Antiguo Testamento deben ser aceptadas con todo honor y no mal interpretadas (cf. 2 Pe. 3:16); 'porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios' (2 Pe. 1:21, cf. 'Biblia de Jerusalén').

Es sobre todo en los libros históricos (del Antiguo Testamento y los Evangelios) donde vemos a Dios actuar.

Los profetas se remontan constantemente a los grandes hechos del SEÑOR en la liberación de Egipto; y anuncian sus castigos -o los denotan como tales cuando llegan-, porque su pueblo se aparta de Él; pero también anuncian su gracia cuando quiere demostrarles su misericordia nuevamente.

¡Aprender a vivir con el SEÑOR, y a temerle: Esto nos enseña el Antiguo Testamento; y por eso no debemos dejar de hacer uso del mismo!

FELiRe, T. Huizenga

INTRODUCCIÓN

Quien echa una ojeada al libro de JEREMÍAS, descubre enseguida que el contenido de este libro no está ordenado cronológicamente. La actividad de Jeremías se extiende por un período de unos cuarenta años largos, pero sus profecías, por lo que respecta al orden temporal, están entremezcladas. Evidentemente, el orden histórico no es de importancia esencial para lo que el libro de JEREMÍAS tiene que decir.

La falta de un marco histórico guarda relación con el hecho de que estas profecías fueron escritas para personas que convivieron con Jeremías mismo, que conocían la historia de aquel tiempo y que sabían en qué circunstancias fueron pronunciadas.

Pero esto es distinto para nosotros que vivimos unos 2.500 años más tarde; y por eso mismo, una disposición cronológica del contenido de este libro puede ser para nosotros un buen medio auxiliar para entenderlo en su trasfondo histórico.

El cuadro que sigue a esta introducción proporciona una perspectiva del contenido del libro de JEREMÍAS situada en un cuadro cronológico de los grandes acontecimientos de su tiempo. Esta introducción no se debe tomar en sentido absoluto. Respecto a diversos capítulos, cabe preguntarse si no deberían estar en otro lugar. En determinados casos, nos faltan datos suficientes para poder hacer una división definitiva. No obstante, creo que esta breve reseña puede ser muy útil en la lectura del libro de JEREMÍAS; y, a la hora de considerarlo, intentaremos atenernos lo más posible al orden cronológico. Por lo demás, no se trata de una exposición versículo tras versículo, sino más bien de una visión en la línea ininterrumpida de lo que el SEÑOR tenía que decir, y de su significado actual para nosotros.

CUADRO CRONOLÓGICO

	Antes de Cristo (a.C.)	
	± 650	Nacimiento de Jeremías en Anatot
Levantamiento fallido de Babilonia contra Asiria	648	
	642	Muere Manasés; Amón rey
	640	Josías rey (2 R. 22 y ss; 2 Cr. 34,35)
	627	Llamamiento de Jeremías: Jer. 1 - 6; 7:29 - 8:3; 10:1-16
Josías declara a Judá estado independiente		
	622	Restauración de Josías: Jer. 7:21-28; 8:4 - 9:26; 10:17-25
Caída de Nínive	612	
Campaña militar del Faraón Necao II	609	Josías muere en Meguido Joacaz rey por tres meses Joacim rey Predicación desde la puerta del templo: Jer. 7:1-15 y 26; 20:7-18; 11:1 - 13:14; 14:1 - 17:27; 18:1 - 20:6; 22:13-19; 25; 35; 36; 45; (¿47?); 46.
Nabucodonosor derrota al Faraón Necao II en Carquemis	605	Jer. 46:2; 2 R. 24:7.
	598	Joacim deserta de Babilonia y muere. Joaquín: Jer. 13:15-27; 22:20 - 23:8. Asedio de Jerusalén: Jer. 23:9-40. 1ª deportación (entre otros, Ezequiel) Sedequías: Jer. 24; 49:34-39.
Conferencias de los Estados de Jerusalén	594	Jer. 27; 28; ¿47 - 49?.
Llamamiento de Ezequiel	593	Legiones hacia Babilonia (entre otros, Sedequías): Jer. 29; 50; 51.
	588	Sedequías busca ayuda de Egipto. Asedio de Jerusalén: Jer. 21:1-10; 32; 33; 34; 37; 38; 30 y 31.
	586	Caída de Jerusalén: Jer. 39:52. Gadalías: Jer. 40:1 - 41:15. Huida a Egipto: Jer. 41:16 - 43:7. Egipto: Jer. 43:8 - 44:30.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS

Jeremías era hijo del sacerdote Hilcías, de Anatot, un pueblecito situado a unos 7 km. al Norte de Jerusalén. En el cuadro histórico se puede ver que Manasés aún se hallaba en el trono de David. Judá, en aquel tiempo, era tributario de los asirios que habían levantado un poderoso imperio mundial.

Es cierto que Judá no había corrido la misma suerte que el Reino de las Diez Tribus, que había sido barrido completamente por los asirios. Samaria fue asolada en el año 721 a. C.; y su población deportada.

Judá, en cambio, lo había evitado y permaneció como un pequeño reino. Pero, durante el régimen de Manasés, desapareció cualquier rastro de independencia; y fue hecho plenamente dependiente de Asiria. Un simple gesto de mano por parte del rey asirio era suficiente para pulverizar al pequeño estado de Manasés. Estaba el rey isarelita tan convencido de ello, que hizo todo lo posible para complacer al rey asirio y granjearse su favor.

Por ello pagó fielmente su tributo y asimismo introdujo en Jerusalén ídolos asirios; concretamente el culto a las estrellas (2 Cr. 33:5). Cuando nació Jeremías ya existían a lo largo y ancho de todo el país altares dedicados a Baal y Astarté; y se veneraban en todas partes los cuerpos celestes, y no digamos nada de la adivinación que allí se practicaba con ayuda, entre otros, del horóscopo y la astrología.

Poco después del nacimiento de Jeremías, Manasés creyó ver la ocasión de substraerse al poder de los asirios. En

el Lejano Oriente, Babilonia se había sublevado contra Asiria. Era un levantamiento prometedor y que tenía visos de éxito. Cuando los asirios se hallaban muy ocupados en Oriente, Manasés les negó su servidumbre.

Esto resultó ser una equivocación pues los asirios, luchando a brazo partido, lograron vencer la sublevación y después se dirigieron a Jerusalén con todo su ejército. Manasés mismo fue apresado y llevado a Babilonia encadenado. Estando en prisión se arrepintió; fue puesto en libertad, y, después de su retorno a Jerusalén, intentó suprimir la idolatría que al principio de su reinado había propagado tan intensamente (2 Cr. 33:10-13, 15-16).

Amón, que sucedió a su padre Manasés, volvió a propagar con fuerza los cultos paganos. Reinó solamente 2 años, y a su vez fue sucedido por su hijo Josías, quien al subir al trono contaba sólo 8 años (2 Re. 21:19-26).

Con Josías comenzaron a soplar otros vientos (2 Cr. 34:1-7). Hizo lo posible para rechazar el paganismo. Durante su reinado, se desmoronaría el imperio mundial asirio que finalmente sucumbió algunos años después de la caída de Nínive (véase el libro Nahum).

Este fue el tiempo en que Jeremías fue llamado a ser profeta.

En el escenario político mundial se estaba en vísperas de grandes cambios, y en Judá gobernaba un joven rey que hacía lo posible por proteger al país del diluvio de influencias paganas. Acerca de los últimos reyes de Judá, véase 2 Re. 23:28 al 25:30; y sobre Jeremías léase 2 Cr. 36:12, 21.

JEREMÍAS 1:1-10

Llamamiento de Jeremías

Jeremías y Josías eran de la misma edad. Jeremías quizá tenía 1 ó 2 años más que el rey. Pero, en cualquier caso, era un hombre joven, no mayor de 23 años, cuando fue llamado por el SEÑOR a ser profeta en el año decimotercero del reinado de Josías (1:2).

En Israel no se actuaba en público cuando se era tan joven; no era conveniente hacerlo. Los jóvenes callaban y escuchaban a los mayores, y dejaban penetrar en ellos sus palabras, las meditaban y las hacían suyas. Debía existir una necesidad muy apremiante, si se quería, como más joven, aportar algo en público (cf. Job 32:6). Si un joven de 20 años ya comenzaba a alzar la voz, corría el riesgo de ser considerado un presuntuoso y ser despreciado. Esto no es, sin más, una prueba de conservadurismo, aunque, como es natural, puede degenerar en eso. Lo que esto conlleva es el reconocimiento de que las personas que ya tienen alguna experiencia en la vida, poseen más entendimiento. Por medio de las contrariedades se han hecho sabios, y es una locura desaprovechar su sabiduría.

En nuestro tiempo, en que la experiencia técnica se confunde mucho con la sabiduría, sería bueno si volviera a ganar más terreno el reconocimiento de que la generación mayor, por norma, posee más experiencia de la vida y más sabiduría que la joven.

Esto como norma, pues existe la gran excepción expuesta en el Salmo 119:99-100. Cuando un joven que se deja guiar por la Palabra de Dios llega a estar frente a mayores que niegan la Palabra de Dios, debemos buscar la sabiduría

en el más joven. Esta es la situación en que se hallaba Jeremías. Aún era joven; pero la Palabra del SEÑOR le había llegado a él (vs. 4).

Conocido y santificado

Lo que el SEÑOR le dijo era algo con lo que Jeremías de ninguna manera había contado, y fue toda una sorpresa: 'Antes que te formase en el vientre materno te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones' (vs. 5).

Es algo que ciertamente le corta a uno el aliento, como también es algo que solamente Dios puede decir: 'Antes que te formase en el vientre materno, te conocí'. Ningún hombre puede decir esto a otro hombre, ni siquiera un padre a su hijo. Tan pronto como un hombre pusiera en su boca estas palabras, se harían necias e irrisorias.

Sólo Dios puede pronunciar las palabras: 'Yo te formé en el vientre materno', como dijo el SEÑOR a Jeremías. Son palabras que debemos retener fuertemente en un tiempo en que el aborto se considera cada vez más como un asunto normal y legítimo. Una nueva vida humana en gestación no surge por casualidad; ni es un asunto puramente humano, así como tampoco un producto de desecho.

'Yo te formé', -dice el SEÑOR; y es impensable que la madre de Jeremías hubiera llegado a provocar el aborto de su hijo, pequeño e inmaduro.

'Un fruto inmaduro nada significa aún' -dicen muchos; y añaden: 'Eso no es una persona aún; así que en un feto nada hay todavía. Esa vida incipiente no tiene identidad aún; se la puede desdeñar'. Pero esto no es verdad. Porque 'antes que nacieses, te santifiqué' (= te aparté), -dice el SEÑOR a Jeremías. Es como si dijera: 'Ya entonces tenía Yo intenciones contigo'. Por tanto, no es verdad que el inicio de una vida humana aún no nacida no signifique nada, pues Dios ya tiene alguna intención cuando sólo la madre apenas acaba de conocer la nueva vida incipiente en su seno. Así ocurrió con Jeremías. El SEÑOR le conoció ya antes de su nacimiento, lo cual significa que Dios ya entonces sabía que esa vida incipiente sería un cierto Jeremías.

En este significado usamos frecuentemente el verbo 'conocer' en el sentido de saber cómo se llama alguien.

-'¿Conoces a ese hombre?' -nos pregunta alguien; y le contestamos: 'Sí; es fulano de tal y tal'.

'¡Oh!' -dice otro-, '¿y qué clase de persona es?' 'No me lo preguntes' -respondemos; 'no lo sé; sólo le conozco de nombre.'

Así pues, nosotros decimos que conocemos a alguien con sólo saber qué nombre tiene. Pero, en el lenguaje de la Biblia, conocer es mucho más penetrante, y quiere decir: Estar en contacto con alguien de tal manera que sabemos qué relación tenemos y qué clase de persona es. Conocer a alguien siempre tiene en sí algo por lo que uno se siente ligado a él o a ella.

También aquí pasa eso. Ya antes del nacimiento de Jeremías, el SEÑOR estaba interesado en él; y le conoció. Con todo su corazón ya se había vuelto hacia Jeremías y lo había santificado. La palabra 'santificado' debemos tomarla aquí en su sentido original: apartado para, destinado a. El SEÑOR había destinado a Jeremías, ya antes de su nacimiento, a ser profeta.

En la Biblia no se dice con mucha frecuencia que el SEÑOR haya destinado a alguien antes de su nacimiento a algún lugar o misión. Propiamente se menciona sólo en casos excepcionales. Así lo encontramos, por ejemplo, en Jacob y Esaú: 'el mayor servirá al menor' (Gn. 25:22-23). Y el apóstol Pablo dice que Dios, ya desde el seno materno, le apartó para, y le destinó al apostolado (Gá. 1:15-16).

Asimismo nos lo encontramos en Juan Bautista (Lc. 1:13-17) y en Sansón (Jue. 13:3-5). También David, quien igualmente tendría un lugar muy especial, habla de lo mismo (Sal. 139:16). Y, finalmente, aún podemos citar al Siervo del SEÑOR, el Mesías (Is. 49: 1); una profecía respecto a Jesús que se cumplió (Lc. 1:30-33; Mt. 1:20-21).

Cuando repasamos estos casos, se evidencia que una y otra vez se habla de personas con un encargo y vocación especial. Por lo cual debemos ser un poco prudentes, para no generalizar y aplicarlo indiscriminadamente a cualquiera. Estos ejemplos hacen ver que Dios, en casos particulares, cuando se trata de un encargo muy es-

pecial, puede apartar a alguien, ya antes de su nacimiento, para ese asunto, incluso a veces ya antes de su prístino comienzo de vida.

Profeta

Así ocurrió con Jeremías. Ya antes de su nacimiento, Dios tenía un destino para él: ser profeta para las naciones (vs. 5), lo cual merece una breve reflexión por nuestra parte. Dios envió a Jeremías no sólo a Judá y Jerusalén, sino también a las naciones. La Palabra de Dios no sólo está destinada al pueblo de Dios, sino también a los paganos. La Palabra de Dios no puede encerrarse dentro de las fronteras de la iglesia. Debe traspasarlas e ir hacia afuera. Es frecuente que algunas gentes de iglesia tengan la inclinación de reservarse para ellas mismas la Palabra de Dios y utilizarla exclusivamente para su propio uso.

Pero eso no está bien. La Palabra de Dios debe penetrar en el mundo. Debe llegar lejos por conducto de la iglesia, y está destinada a las naciones. En el caso de Jeremías, era así: Él debía ser la boca de Dios, el portavoz de Dios a las naciones.

Pero Jeremías no sabía aún cómo debía llevarlo a cabo. 'Ay, SEÑOR, mira que no sé hablar, porque soy joven. Yo no soy el hombre apropiado para esta tarea, para este ministerio' (vs. 6). Con las palabras 'no sé hablar', Jeremías no quería decir que tenía un defecto de pronunciación, o que no sabía expresarse bien. Tenía que ver con su edad juvenil, y quería decir: 'Aún soy demasiado joven para actuar en público, y dirigirme a las gentes. No querrán aceptar mis palabras, se encogerán de hombros y dirán: ¡Qué se cree este joven!' 'Por eso', -dice Jeremías- 'yo no soy adecuado para este trabajo'. No cabe duda que también le acosaba un cierto temor y que sentía reparos contra aquella tarea, lo cual no es tan extraño. ¡Tampoco era poca cosa lo que se le pedía! ¿A quiénes tendría frente a él? A reyes, príncipes, ministros, sacerdotes, notables, su propio pueblo (vs. 18). Jeremías comprendía perfectamente que ser profeta no consistía en agradar a las gentes, sino en señalar lo que era equivocado y pecaminoso,

en cualquier persona que fuera; pues de eso no se andaba escaso: El pueblo está enteramente enfermo y el país yace sepultado bajo la injusticia (vs. 16). Jeremías comprendió demasiado bien, que el encargo del SEÑOR le proporcionaría muchísimos enemigos, lo cual le contrariaba, como es natural.

Pero el SEÑOR le dijo: 'No digas, que no eres la persona adecuada, pues entonces parece que te has olvidado de mí' (vs. 7).

En primer lugar, no era Jeremías quien había de decidir si él era adecuado o no, sino el SEÑOR; y además no debía transmitir su propio relato y sus propias ideas, sino las palabras del SEÑOR.

'Tú les referirás lo que YO te mando' -dice el SEÑOR-, 'pues, tampoco vas a ellos por tu propia autoridad, ni eres tu propio comisionario; Yo te envío; y cuando mi encargo y mis palabras están en juego, la edad ya no juega ningún papel. Entonces, no puedes deshacerte arrogantemente de mi mandato, alegando tu edad; y, respecto a la enemistad y la oposición que encontrarás, no los temas, porque Yo estoy contigo para librarte' (vs. 8, 18, 19). Aquí el SEÑOR dice un par de cosas esenciales.

Cuando se trata de la Palabra de Dios y de un mandato suyo, las circunstancias personales ya no son decisivas. Entonces ya no importa si se trata de un joven; o que, en comparación con aquellos a los que se debe transmitir la Palabra de Dios, en el aspecto social u otro desarrollo, uno sea simplemente un pigmeo; pues la Palabra de Dios adquiere su autoridad no por nuestro prestigio o por nuestra personalidad. Ella tiene su propia autoridad, prescindiendo de quién sea el comunicador, o de si éste se considera adecuado para llevarla.

Cuando llevemos y transmitamos la Palabra de Dios, no tengamos temor, porque entonces podemos dar por supuesto que Dios está con nosotros. Pero si sólo nos miramos a nosotros mismos, a nuestra propia insuficiencia, a las circunstancias difíciles, a la oposición y enemistad, entonces la Palabra de Dios no saldrá de nuestra garganta y el encargo resultará sin efecto alguno; y, como es natural, Dios tampoco estará con nosotros pues quedaremos totalmente a merced de

nosotros mismos. Dios está con nosotros cuando, no las circunstancias, sino su Palabra y comisión son lo central para nosotros.

Esto fue lo que recomendó el SEÑOR a Jeremías. Pero no se limitó a eso, pues no sólo le dijo: 'Yo te doy mi Palabra y comisión', sino que también le hizo sentirlo. El SEÑOR tocó su boca, y dijo: -'Mira, Yo pongo mis palabras en tu boca. Ahora tú mismo puedes sentir que te he dado un encargo' (vs. 9). (Véase la promesa hecha a los apóstoles acerca del poder de su palabra, Mt. 16:19; 18:8).

Caída y levantamiento

En el vs. 10 se sigue describiendo la comisión de Jeremías: 'Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar.'

Nuevamente se evidencia, que la comisión de Jeremías alcanza más allá de Judá. La Palabra de Dios atañe también a gentes fuera de la iglesia; y aun cuando éstas no quieran saber nada de ella y vivan apartadas de la misma, su existencia y futuro es determinado por esa Palabra.

Y cuando, por poner un ejemplo, los pueblos de Europa se alejan de la Palabra de Dios, eso no quiere decir que no tengan nada que ver con ella y que estén desligados de ella. Ciertamente pueden abandonar esa Palabra; pero la Palabra de Dios no sólo no les abandona, sino que les determina su futuro.

Los gentiles e Israel, en los días de Jeremías, no se interesaban nada por Dios y su Palabra; pero la Palabra de Dios, sin duda alguna, se ocupó de ellos.

¿En qué sentido la Palabra de Dios determina el futuro de los pueblos? -Lo hace arrancando y destruyendo, arruinando y derribando, edificando y plantando.

La Palabra de Dios puede ser un poder destructor, lo cual no suena muy amable ni agradable; pero es una realidad. Donde se rechaza y se niega la Palabra de Dios, no hay nada que hacer. Permanece como un poder destructor pendiente sobre semejante vida. (Véase como una

terrible descripción de ello el pasaje de Zac. 5:1-4). Arranca de raíz semejante existencia; la destruye y la entrega a la aniquilación. Y así, pueblos y reinos enteros encontrarán su ruina por la Palabra que Jeremías debe hablar. Pero, felizmente, la Palabra de Dios también es un poder que edifica y planta. Esto es lo que hace dondequiera que es aceptada con fe, donde se someten a ella y donde se dejan ganar por ella. Dios está empeñado en hacer esto último, pues no se complace en la muerte del pecador. Dios envía su evangelio como un poder para salvación, para liberación de todo aquel que cree (Ro. 1:16). Pero, cuando uno no recibe la salvación por el evangelio, éste se convierte en un poder para perdición.

Hay personas que esto último lo encuentran duro y cruel, y piensan que el Nuevo Testamento habla de muy diferente manera. Estas personas deberían tener en cuenta de una vez lo que se dice de Cristo: 'Éste está puesto para caída y para levantamiento en Israel' (Lc. 2:34); y el apóstol Pedro, dice: 'Él ha venido a ser piedra del ángulo... el que creyere en ella no será avergonzado... pero para los que no creen... piedra de tropiezo y roca que hace caer' (1 Pe. 2:6-8).

Por desgracia, hay personas que nada quieren saber de Cristo, y dicen: -'¡No estamos interesados en Él; nos desligamos de Él!' ¿Están entonces desligados de Él? -No; pues al desligarse de Él, se convierte en piedra en la que tropiezan y caen, y les quebranta (Lc. 20:18). Sin embargo, para quienes le reciben por fe, Él es el fundamento, la roca en la que pueden mantenerse inquebrantables, y edificar su existencia. Cuanto se dice de la Palabra de Dios, expresado por Jeremías, no es superado o sobrepasado por el Nuevo Testamento; es precisamente lo mismo que cuanto se dice de Cristo; y por eso es, también hoy día, completamente actual con toda su fuerza.

JEREMÍAS 2:1-13

Restauración no es reforma

Jeremías fue llamado para profeta en el año decimotercero de Josías. Este Josías era un rey piadoso, cuenta 2 Cr. 34:1-7. Hizo mucho para combatir en Judá y Jerusalén las influencias paganas. Cuando cumplió 16 años, puso manos a la obra; aunque, como adolescente, no tuvo aún mucha influencia en la marcha de los asuntos. Pero, a la edad de 20 años, comenzó a tomar medidas muy rigurosas, y pasó a una completa lucha contra los cultos paganos. Lucha que comenzó un año antes que Jeremías fuera llamado a ser profeta, y que supo de ello con aprobación por su parte.

Pero, cuando por orden superior son arrasados los altares paganos, los ídolos y los lugares de culto, eso no quiere decir que el corazón del pueblo también cambiara. El hecho que Josías, con mano fuerte, hiciera imposible el culto público de los ídolos, no significaba que el pueblo no tuviera ya necesidad de honrar a los ídolos. Ese pueblo aún no estaba libre de ellos en su corazón. En el sector de la vida privada prosiguió normalmente el culto a los ídolos. Poseían sus propios dioses familiares, pequeñas imagencillas de ídolos que, naturalmente, nunca fueron alcanzadas por Josías y sus administrativos.

Las medidas adoptadas por el gobierno, aun buenas en sí mismas, nunca son concluyentes. Ciertamente hacen algo de cara al exterior, pues cambian las apariencias; pero no producen ningún cambio interno. Así ocurrió también en tiempos de Josías. Mucho fue lo que cambió en lo exte-

rior. Todos los altares públicos y las imágenes de ídolos fueron arrasados; pero el corazón del pueblo no fue cambiado por ello; en su corazón, permanecieron buscando a los ídolos (cf. 3:10).

Pasado y presente: 2:1-3

En esa situación fue llamado Jeremías a ser profeta. Por medio de él, quiere el SEÑOR intentar influir en el corazón del pueblo y obrar en ellos otra manera de pensar. Quiere apartar su corazón del culto a los ídolos, y retornarlo a él.

Que efectivamente es el mismo SEÑOR quien se pone a luchar por el corazón de su pueblo se evidencia claramente del texto. No es Jeremías, sino el SEÑOR quien se dirige al pueblo.

El SEÑOR comienza con un recuerdo al pasado: La historia de la salida de Egipto y el cierre del Pacto en el Sinaí (vs. 2). Aquellas fueron las semanas de 'luna de miel' de Israel; de las que el SEÑOR dice: 'Me acuerdo de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio'.

La relación del SEÑOR con su pueblo es comparada en la Sagrada Escritura, más de una vez, con un matrimonio, cf. Os. 1-3; Ez. 16:8 y ss.

La palabra bíblica 'acordarse' significa más que dedicar un pensamiento a algo o alguien; es más que un recuerdo; significa que hacemos volver nuevamente algo del pasado como una realidad viva, y dejamos que obre en nosotros. El SEÑOR ve de nuevo todo delante de sí, y lo vive, por así decirlo, una vez más. Aquel tiempo inicial del Pacto, del matrimonio entre él e Israel. El afecto filial del Israel de aquel tiempo aparece en su tamaño natural delante de su atención. La palabra afecto se puede traducir también por fidelidad al Pacto, y entonces designa la actitud de alguien que, en todas sus actuaciones, se deja dominar por el pacto que tiene con otro.

Así ocurría entonces con Israel. El SEÑOR había establecido su Pacto en el Sinaí. En aquel tiempo, Israel demostró al SEÑOR la fidelidad, el afecto filial que, como consecuencia del Pacto, podía esperarse de Israel. El SEÑOR

se expresa aun con más fuerza. Entonces, en Israel se podía hablar del amor en el tiempo de la boda. ¡Fueron unas formidables semanas de luna de miel! Quien conoce la historia de Israel en el desierto, está inclinado a hacer preguntas críticas a propósito de estas palabras. ¿No presenta el SEÑOR aquí las cosas demasiado color de rosa? ¿No se puede decir que idealiza el pasado? ¿Acaso se ha olvidado de la historia del becerro de oro, o de la falta de fe del pueblo cuando se hallaba en la entrada a Canaán? ¿Era todo tan hermoso como aquí se presenta?

Los hombres acostumbran a idealizar mucho el pasado. 'Antaño' -dicen-, 'todo iba mucho mejor'.

Pero, como es natural, eso no es verdad; y quienes así se expresan, en su juventud tenían tantas críticas o más sobre las situaciones de su tiempo.

¿También habla el SEÑOR de forma tan ideal sobre la época de luna de miel de su pueblo? Este no es el caso. Como es natural, Él sabe ciertamente que, en aquel tiempo, tampoco era todo de color de rosa. Sabe muy bien, que también entonces existían pecados en el pueblo, y oposición contra Él. No obstante, entonces era muy distinto que en tiempos de Jeremías. Existía pecado; había situaciones en que la incredulidad levantaba cabeza. Pero el pueblo aún no estaba entregado a la apostasía e incredulidad.

Cuando el pueblo se oponía al SEÑOR, y Éste llegaba con su castigo, volvía a producirse el retorno a Él y el reconocimiento de la culpa por parte del pueblo. Pero esto ya no ocurría así en tiempos de Jeremías. El pueblo se había hundido en la apostasía y en el culto a los ídolos; y aunque había dejado que los profetas hablaran, no les escuchaban. Por esta causa, el SEÑOR puede decir: 'Al principio fue distinto; entonces se podía hablar de afecto y amor a mí. Entonces existía por parte de Israel, a pesar de toda clase de manifestaciones de impiedad, un seguir en pos de mí; y por mi parte, había una protección cierta de Israel', -sigue diciendo el SEÑOR (vs. 3). 'Yo había puesto mi mano sobre el pueblo y le había apartado para mí; era mi propiedad y todo el que se atrevía a tocarle y causarle daño, tenía que vérselas conmigo.'

Incomprensible: 2:4-9

Sin embargo, '¿qué ocurre ahora', -dice el SEÑOR- 'para que se haya producido un cambio tan radical? ¿Cómo es eso posible? ¿Qué clase de injusticia han encontrado en mí vuestros padres?' (vs. 5).

El SEÑOR parece no comprender nada de todo eso. Para Él es un enigma total que Israel pueda apartarse así. 'Yo os he cuidado bien en todo', -añade- y os he llevado a un país fructífero, a través del desierto de la muerte; y os he dado abundante comida y bebida' (vs. 6-7).

'¿Qué os faltó? ¿Qué hice equivocadamente?'

El SEÑOR habla como si no comprendiera nada; y tampoco es comprensible lo que ocurría con su pueblo, pues no faltó nada en absoluto al cuidado que había dedicado a Israel. Él mismo se había entregado totalmente a Israel; y, sin embargo, Israel se había apartado lejos de Él. Aquello fue, y permanece siendo, un asunto incomprensible, sobre todo cuando vemos lo que ellos escogieron en lugar de Dios: 'se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad' (vs. 5).

La palabra que aquí se traduce por 'vanidad', también significa soplo o viento. Israel, pues, corre tras el viento; y el viento es algo que jamás se puede coger ni atrapar fuertemente. Los israelitas han cambiado al SEÑOR, que de forma concreta y tangible les liberó y salvó y se cuidó de ellos, por un espejismo del desierto. Cuando uno se aparta de ese espejismo, de repente no se ve nada más; pues queda diluido en la nada.

Los ídolos son como esos espejismos; no se les puede atrapar; nada tienen que ofrecer; e Israel corrió tras ellos. Pero no sólo lo hizo el pueblo, sino también sus dirigentes: sacerdotes, profetas, pastores 'y los que tenían la ley' es decir, los reyes, 'no me conocieron' (vs. 8). Ellos precedieron al pueblo apartándose del SEÑOR, yendo tras los ídolos que, a veces y para mayor abundamiento, quedan señalados como lo que nada aprovecha en la salvación del pueblo.

Pero el SEÑOR no deja pasar, sin más ni más, estas cosas; y en el vs. 9, viene a decir: -'Yo entablaré aún un pleito contigo', pues no acepta que se le deje a un lado ni que se le aparte de su lugar por un espejismo.

Esto es algo que también nosotros debemos tener muy presente hoy en día. Todo aquello en que apoyamos nuestra certeza, fuera de Cristo o en lugar de Él, tanto en nuestra vida personal como en nuestra vida como iglesia, es un espejismo. Quizá parece mucho, y esperamos mucho de ello. Pero, ¿qué hacemos con el dinero, las riquezas y el lujo cuando nos encontramos cara a cara con la muerte? ¿Qué hacemos con una ideología revolucionaria o con la filosofía marxista o con una organización eclesial, si el médico nos anuncia que tenemos cáncer, o si nuestro cónyuge ha muerto en un accidente? ¡Absolutamente nada! Lo único que entonces tiene algún significado es Cristo; y si uno ha buscado su certeza en algo además de Él, y se ha dejado capturar por ello, en esos momentos se encuentra con las manos vacías. Todo aquello en lo que uno se dispone a confiar, y lo que en parte o totalmente va a ocupar el lugar de Cristo, se hace evidente que, en ese momento crítico, es un espejismo.

Espantoso: 2:10-12

Que los hombres puedan trocar al SEÑOR y a Cristo por certezas autoinventadas es algo que espanta y hace estremecer. El hecho de que Israel se pasara tan fácilmente a otros dioses, parece incomprensible para el SEÑOR. 'Eso no se encuentra ni en los paganos', -dice el SEÑOR (vs. 11). 'Mirad los de Quitim (pueblos griegos) y observad los de Cedar, nómadas ismaelitas' (vs. 10).

'Éstos no permutan sus dioses; ¡y eso que nunca han sido dioses!' Lo que aquí dice el SEÑOR es una realidad. Quien sabe algo de la situación en los campos de misión, debe estar de acuerdo con esto. Allí se comprueba la fuerza del paganismo, y uno se sorprende del firme y fuerte arraigo que los antiguos dioses y espíritus de los antepasados ejercen en las personas; y si al lado de esto se ve cuán fácilmente cierta gente de iglesia se sacude de encima su fe, y cambia a Cristo por una ideología o por el bienestar, entonces debemos estar de acuerdo con las palabras del SEÑOR en el vs. 12: 'Espantaos, cielos, sobre esto, y horrorizaos; desolaos en gran manera'.

Agua: 2:13

En el vs. 13, el SEÑOR resume una vez más lo que pasa. Israel ha hecho dos cosas malas e impías. En primer lugar, han abandonado al SEÑOR, fuente de agua viva; y en segundo lugar, se han construido para sí mismos cisternas que no retienen el agua. Estas dos cosas van siempre juntas: Cuando se abandona al SEÑOR, siempre se toma algo o alguien distinto en lugar de Él. Pero eso conduce irremediablemente a la ruina.

En Palestina, quien para su aprovisionamiento de agua se dirigía a una alberca agrietada y con fugas, estaba condenado a morir de sed; y quien canjeaba una fuente de agua viva, que garantizaba una tranquila provisión de agua, por semejante recipiente agujereado, cometía la mayor de las necedades. Necesitamos agua para poder vivir. 'Por tanto, tú debes estar conmigo', -dice el SEÑOR.

'Yo soy la fuente de agua viva que nunca me agoto y jamás defraudo. Conmigo siempre aciertas'. Más tarde, Jesús dijo algo parecido: 'Si alguno tiene sed, venga a mí y beba' (Jn. 7:37). Y en la nueva tierra corre un río de agua viva que salta hasta el trono de Dios y del Cordero (Ap. 22:1), como Ezequiel ya había profetizado (Ez. 47:1-12). Es como dice el Salmo 36: 'Contigo está el manantial de la vida' (vs. 9).

JEREMÍAS 2:22-28

Culto a los ídolos y culto al SEÑOR

Cuando echamos una mirada al pueblo de Israel en la época de los reyes y de Jeremías, nos cuesta trabajo aceptar que Israel, aun siendo un idólatra total, sin embargo no tuviera el sentimiento de que con ello ofendía al SEÑOR.

Según nuestra idea, la idolatría y el servir al SEÑOR se encuentran tan distanciados entre sí, que se excluyen mutuamente de forma absoluta, y es imposible combinarlos entre sí. Apenas podemos imaginarnos que Israel no tuviera la menor preocupación por ello. Cuando Israel, según el vs. 23, rechaza indignado la acusación de haber abandonado al SEÑOR y de haber seguido tras Baal, nos da la impresión de falsedad y de una mentira consciente. Nosotros tendemos a pensar que no se daban cuenta de ello . Sin embargo, debemos reprimir esa inclinación. Cuando Israel dice: 'No soy inmunda, nunca anduve tras los baales', ciertamente cree lo que dice. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible que Israel, en un asunto tan claro para nosotros, no vea de qué se trata, y siga yendo por ese camino fatal? Aquel camino era fatal para ellos, pues aunque se lavaran con lejía y mucho jabón, aunque hicieran uso de los más fuertes medios de blanqueo, su injusticia permanecería como una mancha imborrable a los ojos de Dios (vs. 22).

Fertilidad

Para comprender el rechazo de Israel de tal acusación,

debemos intentar trasladarnos a aquel tiempo con el fin de tender un puente entre el Israel de aquellos días y nosotros. A este respecto, se me ocurre dar un ejemplo: Para nosotros los neerlandeses, la esclavitud y la trata de esclavos en las que nuestros antepasados incurrieron, es claramente un asunto muy malo. ¿Cómo es, pues, posible que no pusieran reparos a aquello?

¿Cómo es que lo que para nosotros es tan claro, ellos no lo vieran? La respuesta es que nosotros vivimos en otro tiempo. Partiendo de nuestro tiempo, la crítica es muy fácil. Pero si hubiéramos vivido en aquel tiempo es indudable que hubiéramos tomado parte en aquellas prácticas perversas. Criticar con posterioridad no es tan difícil. Comprender en el momento mismo lo que está ocurriendo, es mucho más difícil. No con el fin de aprobar todo lo que entonces ocurría, sino ciertamente para poderlo ver en sus justas proporciones, y para preservarnos a nosotros mismos de una soberbia un tanto fácil.

Israel vivía en un mundo en el que la fertilidad desempeñaba un papel dominante en la vida de la gente. De la misma manera que el tema del control de la natalidad nos llega de todas partes hoy día, así entonces se tropezaba por todas partes con el tema de la fertilidad.

Eso no es extraño en una época en que la revolución industrial aún se hallaba muy lejos, en la que aún no existían fábricas y en la que casi todo el mundo era plenamente dependiente de la producción de su propia tierra y de su propia riqueza ganadera. La subsistencia de la familia, la estirpe, el pueblo y la humanidad dependía totalmente de la fertilidad de tierras, cosechas, ganado y personas. También las personas figuraban en esta lista, pues la media de existencia de vida era muy baja, la mortalidad de los niños muy alta y el cuidado médico muy deficiente. En la sociedad de aquella época todo el acento recaía en la fertilidad.

Una vez más, el hombre se dispone a honrar como dioses las cosas que en su vida son de importancia decisiva. Esto lo ha hecho y lo hace aún con el dinero, la técnica y la ciencia; y así lo hizo también con la fertilidad. En el mundo en que Israel vivía, los dioses de los pueblos eran, pues, dioses de la fertilidad. La imagen que el hombre se for-

mó de sus dioses estaba determinada por la fertilidad. Exactamente como los filósofos griegos crearon un dios que, de hecho, no era otra cosa que una idea filosófica abstracta, y como muchos revolucionarios transforman a Jesús en un héroe revolucionario, así los Baales y Astarté y Moloc eran productos del pensamiento de la fertilidad (cf. F. van Deursen, Los Salmos I, pp. 242ss, 343, FELiRe 1996).

Sus altares estaban extendidos por todo el territorio del Oriente Próximo. En cada pueblo y en cada aldea se los podía encontrar, situados frecuentemente en pequeñas colinas naturales o artificiales (llamados 'altos') y en la proximidad de un gran árbol. Sus templos se encontraban en las ciudades más grandes.

Allí se ofrecían sacrificios de forma regular. A veces, -en tiempos difíciles- eran sacrificios de niños; y, con frecuencia, se celebraban procesiones en las que se transportaban las imágenes de los dioses a lo largo de los campos, praderas de pastoreo y casas; y entonces existía -no se olvide- la prostitución religiosa: En los 'lugares santísimos' de estos dioses se practicaba la prostitución, en toda clase de formas, para fomentar la fertilidad de la vida (cf. Jer. 2:20, 24, 33).

Careta contra el polvo

Este era el clima en que Israel vivía, y la atmósfera en que respiraba; y como a un minero irremisiblemente se le llenan los pulmones de polvo, a no ser que de manera permanente lleve puesta una careta contra el polvo, así también cualquiera que viviese en esta atmósfera era afectado inevitablemente por ella, a no ser que usase la careta contra el polvo que Dios había dado: Su Palabra.

Además, Dios quiso dar a Israel un espacio que estuviera libre de esta polución ambiental espiritual: la tierra de Canaán. Por ello, Israel había recibido este encargo (Dt. 7:1-6, 25-26; 12:2-4, 29-31): 'Cuando tomes posesión de Canaán, tienes que desarraigar todo cuanto tenga que ver con el culto a la fertilidad' (Cf. Nm. 33:50-56; Jue. 1:27 - 2:11).

Pero Israel no cumplió de forma radical este encargo. Quedaron focos de infección que envenenaron la atmósfera; y puesto que Israel tampoco permaneció viviendo cerca de la Palabra de Dios, fue inevitable que sus pulmones se vieran afectados por aquella atmósfera corrompida; y que, cada vez más, el movimiento de la fertilidad fuese asimilado.

El proceso que acabamos de indicar aquí con un par de palabras, no es algo que sólo pudo ocurrirle a Israel. También hoy en día se produce de la misma forma ese alejamiento de Dios. Para evitar que nos alcance la contaminación espiritual, necesariamente debemos hacer uso de la careta contra el polvo, es decir, de la Palabra de Dios. Quien no lo hace porque piensa que sus pulmones son suficientemente fuertes, fracasará por su presunción.

Nuestra situación, sin embargo, se diferencia en un punto importante de la de Israel. Para nosotros no hay un espacio libre de bacterias, como para Israel lo significaba y era la tierra de Canaán. Israel era aún un niño que, para poder desarrollarse y permanecer con vida, debía crecer como un niño inmaduro en una incubadora. Esa era la función de la tierra de Canaán. La iglesia en el período del Nuevo Testamento ya no es un niño de incubadora. Ha dejado la incubadora y por ello ha quedado expuesta a la contaminación espiritual del medio ambiente (2 Co. 3:16-17; Gá. 3:23; 5:13).

En nuestro tiempo eso es una realidad más patente que en la generación pasada. En aquel entonces, las familias y los colegios aún formaban una especie de incubadora, un medio ambiente protector. Hoy día ya no es más así. Hasta nuestros hogares nos llega, por conducto de la TV y otros medios de comunicación, la atmósfera venenosa imperante. Eso significa que es más necesario que nunca usar la careta del Evangelio contra el polvo, porque cincuenta años atrás aún se vivía dentro de un espacio razonablemente protector, no se derramaba tanta sangre, y si la relación personal de alguien con las Sagradas Escrituras no era muy intensa, se dejaba llevar un poco por la comunidad de los creyentes. Hoy en día no puedes guiarte por eso. Quien ahora no esté bien asentado en sus principios bíblicos, cada vez corre mayor peligro

de sucumbir. Sin que se dé cuenta, respira más y más la atmósfera venenosa, y queda imbuído de ella en su pensar y actuar; y entonces se halla, sin más, en la misma situación que Israel. Aquellos corrían tras los Baales; pero según ellos eso no les ocurría porque hubieran respirado el polvo mortal. 'No', -decían; 'nosotros no abandonamos al SEÑOR. ¡Claro que no!'

Semejantes cristianos también los hay actualmente; y, como es natural, dicen: '¡Nosotros somos cristianos!' Pero no tienen en cuenta que en todo su pensar y hacer están envenenados, y han abandonado a Dios. ¿Cómo puede ser esto? Ocurre, porque se han olvidado de la Palabra de Dios; porque no llevan puesta la careta contra el polvo.

Estudio bíblico

El estudio bíblico personal es, hoy en día, más necesario que nunca. Quiero decir verdaderamente: estudio. Con una simple y rápida lectura de la Biblia no se hace mucho. Debemos estar ocupados con la Palabra de Dios; es decir, dejarla que penetre dentro de nosotros, que nos cale profundamente. Si hasta ahora no hemos hecho algo parecido, hay que comenzar a hacerlo desde hoy. Es de vital importancia, pues diariamente respiramos la atmósfera contaminada; y esto, se quiera o no, es un hecho; y si vivimos desprotegidos en una atmósfera contaminada, enfermaremos de forma lenta pero segura.

Dicha necesidad de estudio bíblico lo es también para la juventud. Es necesario convertirla en una costumbre diaria. Es el único medio para evitar la caída en un asma espiritual.

No tengas reparo en hacerlo; no pienses que es una tontería. Es una condición vital, pues, porque Israel abandonó la Palabra de Dios, cayó inevitablemente en las garras de las religiones de la fertilidad, y todo su pensar y hacer fue derterminado por ello.

Una visión deformada del SEÑOR

Cuando Israel cayó en las garras de las religiones de

la fertilidad, el SEÑOR no fue borrado de la escena. No se trataba de eso; pero, sí se le comenzó a interpretar cada vez más como un dios de la fertilidad. Sin que se dieran cuenta de ello, al SEÑOR se lo transformó según la imagen de un dios de la fertilidad. Encontramos ejemplos de esto en el becerro de oro en el Sinaí (Ex. 32) y en el culto a los becerros en Bet-el y Dan (1 Re. 12:28 ss.). La intención de Israel y de Jeroboam no era introducir otro nuevo dios. Querían, sin duda alguna, honrar al SEÑOR. Pero se dispusieron a hacerlo por medio de la imagen de un ternero, símbolo de la fertilidad. Cuando se comienza a ver al SEÑOR como un dios de la fertilidad, el paso hacia Baal tampoco es demasiado grande, pues si el SEÑOR es un dios de la fertilidad, ya no está enfrentado a Baal, sino que Baal y el SEÑOR se hallan prolongados el uno en el otro. A fin de cuentas, en ambos se trata de la fertilidad.

Para Israel, ofrecer sacrificios a los Baales tampoco era, en modo alguno, apostatar del SEÑOR. ¡Claro que no! Pues el SEÑOR y Baal no eran concurrentes, sino que se complementaban. Y cuando llegaban profetas que decían: 'Habéis apostatado del SEÑOR, y os habéis contaminado yendo tras los Baales', entonces contestaban: '¡Ni hablar de eso! No ha pasado por nuestra cabeza la idea de abandonar al SEÑOR'. Y creían hablar con razón.

Así también existen hoy día cristianos y teólogos que tienen la boca llena de palabras y términos bíblicos, pero les han dado un contenido totalmente distinto que ya nada tiene que ver con el significado bíblico.

Esto mismo ocurrió con Israel. Cuando el tema de la fertilidad comenzó a dominar al pueblo, el SEÑOR no fue abolido, pero realmente fue deformado en un Dios que, con el auténtico SEÑOR, sólo el nombre tenía en común.

Cuando se les decía esto, los israelitas se indignaban. '¡Oh no!' -decían -'¿Que nosotros hemos abandonado al SEÑOR? ¡Ni mucho menos!' Sin embargo, ¡vaya que era así! (Jer. 5:19; 16:10).

Juicio de Dios: 2:23-28

'Mira tú mismo', -dice el SEÑOR (vs. 23). 'Considera

tus propios pasos: tu camino en el valle'. Con ese valle se da a entender el valle de Hinnom, donde se sacrificaban niños a Moloc. El rey Josías puso fin a aquellos sacrificios de niños; pero en el momento en que Jeremías pronunció estas palabras al pueblo, aún no se había cumplido aquella medida (2 R. 23:10).

El SEÑOR compara al Israel que va tras los ídolos con una camella y asna en celo (vs. 23 y 24). Esta imagen está sin duda determinada por los desórdenes sexuales que estaban ligados al culto de los ídolos.

Es pertinente indicar que el abandono del SEÑOR también tiene influencia en el comportamiento sexual del ser humano. Se produce un desarreglo debido al abandono de las normas dispuestas por Dios, y se empieza a desempeñar un papel distinto del que el SEÑOR le ha dado; y entonces, por así decirlo, comienza a traspasar los límites, a salirse de madre, y actúa de una manera devastadora y destructiva.

Pero el SEÑOR no lo deja estar tal cual (vs. 26), sino que se dispone a llegar con su juicio. Entonces el pueblo dejaba de golpe sus dioses; se paralizaban y, en su desesperación, clamaban: '¡SEÑOR, sálvanos!' (vs. 27); pero entonces, el SEÑOR dice: 'Escoge tú mismo. Deja que te salven esos dioses que tú mismo has hecho' (vs. 28).

El hombre siempre queda atrapado por dioses hechos por él mismo, que no son más que un trozo de madera o piedra (vs. 27), y producto de sus manos. La mayor necedad es que se ponga a llamar 'padre' y 'madre' a sus propios productos. Cuando esto ocurre, por fuerza todo ha de ir mal.

Cuando el hombre espera de la ciencia y de la técnica la solución de sus problemas, sucumbe inevitablemente en la destrucción, pues dado que se trata de productos del hombre, jamás pueden levantarle por encima de su propia problemática. Y cuando, a pesar de todo, espera de ellas la solución, no hace sino más grandes sus problemas, y se hunde a sí mismo cada vez más profundo en el terreno pantanoso. 'Ya os convenceréis de esto!' - dice el SEÑOR. 'Y contad con que no os sacaré de la miseria, si entonces clamáis a mí' (vs. 28).

¿No es esto extraño? ¿No va esto diametralmente en contra del mensaje de la Biblia, a saber: Que Dios está a punto cuando clamamos a Él?

Debemos tener muy presente en qué situación expresó Jeremías estas palabras. Se las dijo a un pueblo que no quería abandonar los dioses que eran obra de sus manos, y que no quería apartarse de ellos. Aquellos dioses cayeron en un momento determinado, pero eso no llevó al pueblo a comprender que él mismo había caído; ni llegó al reconocimiento de su pecado y culpa. Es verdad que clamó al SEÑOR; pero mantuvo los ídolos a escondidas.

En el pueblo mismo nada había cambiado; y, por eso, Dios no escuchaba. Cristo mismo lo ha dicho: 'No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos' (Mt. 7:21). Sólo cuando hay conversión, cuando se abjura de los ídolos y cuando se espera la salvación únicamente de Jesucristo, sólo entonces, Dios escucha y salva; y lo hace de manera total.

JEREMÍAS 3:6 - 4:4
(Cf. Versión Moderna, SBU)

Apostasía y deslealtad

Cuando Jeremías comenzó su trabajo profético, hacía ya casi 100 años que el Reino de las Diez Tribus había sucumbido. Samaria fue destruida y el pueblo fue deportado al destierro por los asirios (2 Re. 17:3-18).

Aquello no había sido un simple accidente, ni un suceso fatal e inevitable que fuera consecuencia de las relaciones políticas del poder. No; la mano del SEÑOR actuaba en todo aquello, y quiso la ruina del Reino de las Diez Tribus. No porque Él sea un Dios inconstante que ahora está de buen humor y luego, sin razón aparente, sea intratable; sino porque a pesar de tantísimas amonestaciones, el pueblo no se había convertido de la idolatría (cf. 2 R. 18:11-12). El juicio de Dios llegó a causa de la apostasía y aversión de Israel (cf. Dt. 11, 28, 29).

Lo que el SEÑOR reprocha a Israel y a Judá es su descontrol religioso. Antes de la entrada en Canaán les había amonestado (cf. Dt. 23:17 y Lc. 19:29) que ninguno de ellos debía abandonarse a la infidelidad. Pero, 'sobre todo collado y debajo de todo árbol frondoso (¡en los lugares santos, en público!) te echabas como ramera' (Jer. 2: 20b; 1 R. 15:12). En relación con semejantes situaciones pecaminosas entre los cananeos, el pueblo del SEÑOR también se había obligado, con la renovación del pacto, a no apartarse de Dios (cf. Dt. 29:18).

'La apóstata' es, pues, el nombre que Israel recibe del SEÑOR, según Jer. 3:6. Tal nombre caracteriza al que lo lleva. Lo típico de Israel era apartarse del SEÑOR. En la

sangre de Israel estaba el apartarse y huir de Él. Por eso rechazó el SEÑOR a Israel (3:8).

Se podría pensar que a Judá, que había visto todo aquello, y que sabía que el Reino de las Diez Tribus había sido borrado del mapa como juicio de Dios por dar culto a los ídolos, le habrían temblado las piernas por ello, y se habría convertido al SEÑOR.

Pero Judá no obró así. No hizo caso alguno de todos aquellos avisos; y aunque vio todo lo que le había ocurrido al Reino de las Diez Tribus, permaneció practicando la idolatría, e hizo como si nada supiera.

Entonces, el SEÑOR le pone un nombre a Judá: 'La desleal'. Esto es típico de Judá: la deslealtad. Judá no sabe lo que es la lealtad, y el SEÑOR dice: '¡A Judá le tengo mucho más en cuenta la idolatría que a Israel!' (vs. 11), pues téngase en cuenta que Judá había visto el horrible final de Israel (vs. 7); y también sabía perfectamente por qué todo había concluido tan terriblemente en Israel. Así pues, si a pesar de todo, Judá continuaba practicando la idolatría, era inevitable que pereciera.

Por eso Jeremías tenía que anunciar el juicio sobre Judá y Jerusalén, y encontramos en sus profecías un acento tan marcado acerca del juicio venidero.

El trasfondo de la predicación del juicio

Anunciar el juicio no es, desde luego, la forma de predicación más agradable. Es mucho más agradable y placentero cuando se puede anunciar que el SEÑOR dará prosperidad y bendición. Por eso hay muchas personas a quienes los avisos de juicio en la Biblia les parecen un asunto sombrío. Se ponen tensos y dicen: '¡Eso nada tiene que ver con el amor de Dios!' Pero esto es un error fundamental. ¿Qué pensaríamos de una madre que ve a su hijo cruzar una calle peligrosa, y permanece indiferente y mira desinteresada, sin hacer o decir nada? La calificaríamos de madre desnaturalizada. Una madre auténtica enseguida comenzaría a gritar: '¡No lo hagas! ¡Retrocede! ¡Morirás atropellado!'; e inmediatamente correría tras su hijo para detenerle.

Así también, Israel y Judá se habían dirigido a una vía de circulación peligrosa, y precisamente porque el SEÑOR ama a su pueblo, le advierte del peligro de perdición, y envía sus profetas en pos de su pueblo para que le lleven de nuevo a una zona segura. Pero Israel y Judá, una y otra vez, se desasieron de Él, y se fueron por aquel camino peligroso; y el SEÑOR continuó llamando: '¡Volved, de una vez! ¡Estáis rotundamente equivocados!'

Así es como el SEÑOR anuncia la ruina de su pueblo, con la única intención de salvarle. No se puede decir que Él quiera que su pueblo perezca; pues no tiene placer alguno en que el juicio se cumpla contra su pueblo. Pero anuncia ese juicio y esa ruina precisamente para evitar que se cumplan. La predicación del juicio tiene que ver totalmente con el amor a su pueblo, y es la prueba de que Él no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

Esto se hace evidente en el vs. 14: 'Convertíos, hijos rebeldes...' O sea: 'Volved; abandonad la zona de peligro. Regresad a mí y entonces no seguirá adelante el juicio anunciado, y vuestra vida podrá continuar'.

Conversión: Jer. 3:12-13

La conversión es un asunto totalmente del corazón; es un acontecimiento radical, pues una conversión a medias no es conversión, y es comparable a un buque o avión dirigido en una dirección equivocada, al cual, para que pueda llegar a su destino, se le ha de cambiar de dirección. Pero si ese cambio de dirección no es total sino parcial, no se alcanzará el lugar de destino, aunque se abandone la dirección anterior. Por lo cual, Samuel dice al pueblo Israel: 'Convertirte y al mismo tiempo seguir aferrado a los ídolos como a una puerta falsa, no es conversión' (1 S. 7:3-4), pues donde no se produce la ruptura con el pecado, quizá se trate de palabrería piadosa, pero no de conversión.

Por otra parte, la conversión no se limita a romper con el pecado, sino que también le corresponde esencialmente el resurgir a una vida nueva. Además, la conversión siempre va acompañada de reconocimiento y confesión de

culpa, pues esto es una parte esencial de la conversión, como dice Jeremías: 'Vuélvete, oh Israel; y no haré caer mi ira sobre ti... Reconoce, pues, tu maldad' (Jer. 3:12-13).

Finalmente, la conversión es el comienzo de la curación, porque donde se produce la conversión, allí se inicia también la curación de la vida, como experimentó también el profeta David después de haber confesado su culpa, pues entonces Dios le rodeó de cantos de júbilo de liberación (cf. Sal. 32:5-7).

Defraudado: Jer. 3:19-20

Hablando con propiedad, el SEÑOR está terriblemente defraudado de la actitud de su pueblo. ¡Se lo había imaginado tan hermoso, y ya se había adaptado totalmente a la situación tal como podía haber sido!

¿Cómo se lo había imaginado? Había pensado: 'Por mi parte, les trataré de verdad como mis hijos, y les mimaré con exquisitez'. Así como los padres a veces miman a sus hijos, dándoles algo que ya hace mucho tiempo quieren tener (una bicicleta, por ejemplo), así el SEÑOR había pensado: 'Yo les sorprenderé y les daré un país maravilloso: una joya de país' (vs. 19). El SEÑOR pensó: '¡Qué bien lo vamos a pasar juntos! Existirá una buena relación mutua. Ellos me amarán y estarán apegados a mí y tendrán confianza ciega en mí. Estarán tan bien conmigo que no tendrán necesidad alguna de ir a otra parte'. 'Sí' -pensó el SEÑOR- 'ya les oigo decir': '¡Padre mío!'. 'Así de pendientes de mí estarán' (vs. 19).

Quizá también vosotros, lectores, os halláis fantaseando en alguna ocasión sobre el futuro, cuando vuestros hijos aún son pequeños. Pero, a veces, eso resulta frustante; pues en ocasiones ocurre que algún hijo o hija os da una bofetada, se marcha de vuestra casa, se busca otra, y ya no quiere saber más de vosotros.

Eso causa dolor y pone triste; es una píldora amarga que se debe tragar. También el SEÑOR se vio defraudado con la misma intensidad. De todas aquellas bonitas esperanzas ninguna llegó a producirse. Sus esperanzas quedaron totalmente defraudadas. Todo fue terriblemente frustante (vs. 20). El pueblo se apartó de Él.

No es un Dios-computadora

¿No véis cuán directamente se describe esto, y cómo el corazón del SEÑOR se hace aquí visible y palpable? Hay gentes que tienen un concepto de Dios en el que esto no encaja, y dicen: 'El SEÑOR, por decirlo de alguna forma, estaba simplemente defraudado; pues, como es natural, mucho tiempo antes sabía que Israel reaccionaría así. Eso no fue ninguna sorpresa para Él. Desde el comienzo le era conocido que así ocurriría.'

De esta forma, lo que el SEÑOR dice aquí recibe un golpe mortal y queda privado de toda su fuerza. Así es como entonces no queda de Él otra cosa que un Dios que, indiferente, frío e inmutable, deja que ocurra lo inevitable y no está relacionado con ello esencial e íntimamente. Así el SEÑOR se transformaría en un Dios sin corazón, un Dios-computadora, y desaparece toda emoción (cf. Indice de Materias: antropomorfismo; en Los Salmos II, F. van Deursen, p. 719, FELiRe 1997).

Pero el SEÑOR mismo dice, que Él no es así, y que espera muchísimo del trato y relación con su pueblo, con nosotros, precisamente porque nos ama. De las personas que amamos, a las que nos entregamos y a las que mimamos dulcemente, ¡también nos está permitido, a pesar de todo, esperar mucho!

Pero entonces llegó la decepción. Israel se marchó; y eso hirió al SEÑOR en su corazón. Cuando nosotros, en nuestra vida personal o comunitaria, nos volvemos infieles y no estamos interesados esencialmente en el SEÑOR, Él no lo registra de una forma objetiva como un contable que sabe exactamente qué facturas entrarán y deberán ser contabilizadas, cuando lleguen a su oficina. No; al SEÑOR le llega al corazón; le afecta mucho.

Ilusión del SEÑOR: 3:21-25

Y entonces, desde el vs. 21 sigue una porción en la que el SEÑOR, cuando queda decepcionado por su pueblo y todo ha ocurrido de diferente manera a como lo había imaginado, se dispone, por así decirlo, a soñar despierto y comienza a imaginarse cómo quizá, a pesar de todo, podría

haber resultado una vez más. El SEÑOR no quiere, sin más, resignarse a la situación; y permanece esperando que de nuevo llegue un cambio, pues ama a su pueblo.

Así ocurre también a los padres. Cuando un hijo o hija ha roto los lazos con sus padres y no quiere saber más de ellos, se permanece, en cuanto padre o madre, esperando que el hijo o hija, un buen día, vuelva a casa, y se restablezca el contacto mutuo.

Así es también el SEÑOR; permanece esperando a los hijos que le han abandonado. El padre de la parábola del hijo perdido vio a su hijo llegando ya desde lejos (Lc. 15:20). De lo cual se evidencia que siempre había estado esperando el retorno de su hijo. Sólo quien aún espera, permanece mirando. Pero quien ha perdido la esperanza, ya no sigue mirando más, y ciertamente ya no habría señalado desde lejos a su hijo que retornaba a casa. El SEÑOR tiene verdaderamente esa mirada profunda, pues permanece esperando; y espera tan intensamente la vuelta de su pueblo, que, en sus pensamientos, ya lo oye y ve acontecer. 'Oye', dice, 'escucha un instante ese ruido que llega de las colinas altas de Judá; eso ya no son las alabanzas y oraciones dirigidas a los ídolos, pues en los lugares altos han muerto los árboles, porque Yo reprimí la lluvia; y los altares allí edificados y los santuarios ya no están allí. No; es un ruido distinto; son llantos y súplicas quejumbrosos. Con voz ahogada por las lágrimas, Israel lamenta su angustia y necesidad. Al fin, el corazón de Israel se ha roto, y los hijos de Israel han llegado al convencimiento de que se encontraban en el camino equivocado.'

Curación: 3:22-25

El SEÑOR actúa sin demora. Reacciona directamente, y dice: 'Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones' (vs. 22).

A este respecto, se deben hacer notar un par de cosas.

El SEÑOR tipifica a Israel como hijos rebeldes; y lo eran enteramente. Pero también eran y permanecían siendo sus hijos. A veces, ocurre que algunos padres no quieren saber más de un hijo que toma el camino equivocado, y

le dicen: '¡Ya no eres más nuestro hijo!' Pero el SEÑOR no hace eso. Sus hijos fueron realmente rebeldes, pero permanecieron siendo sus hijos, y sigue hablándoles como a tales; y si esos hijos rebeldes vuelven a Él, sanará su rebeldía.

Así pues, la rebeldía y la infidelidad pueden destrozar y romper muchísimo en una vida humana, y de ese modo causar muchas desgracias. Quien se aleja del SEÑOR, destroza su vida, aunque nadie se lo imagina cuando lo hace. El hijo pródigo pensaba precisamente que había encontrado la vida cuando se alejó de su padre. Al menos podía, finalmente, hacer lo que le agradaba y estar a sus anchas de una vez.

Pero, lo que parecía ser el colmo de la dicha se convirtió sólo en miseria, pues el final de su gozo fue que no tuvo ni una sola posibilidad de dar aún un poco de fuerza a su vida; y ya se encontraba totalmente con las manos vacías. Pero, cuando volvió a su padre, su vida fue sanada, y comenzaron a salir las flores nuevamente.

Esto es lo que también el SEÑOR dice aquí: '¡Volved; volved conmigo! Entonces sanaré vuestra vida, y podrá volver a florecer. Retornad, volveos al SEÑOR, sanad y restableced la vida.'

Confesar la culpa

Entonces el SEÑOR ve que eso ocurre, que Israel se acerca y confiesa su culpa ante Él y reconoce que sólo existe dicha y vida verdaderas en el SEÑOR y en su compañía. Los versículos 22-25 se deben comparar con lo que el hijo pródigo pensaba en su interior cuando estaba con los cerdos. Allí se encuentran los mismos elementos.

A este respecto, también debemos volvernos a fijar en un par de puntos:En primer lugar, los ídolos son un engaño; son extremadamente exigentes; piden sacrificios enormemente pesados, y por ellos no ofrecen nada esencial en su lugar. En fin, los ídolos nos arruinan la vida (vs. 23 y 24).

Esto es verdad, y se puede ver, por ejemplo, cuando Mammon es el ídolo preferido. ¡Este sí que hace correr!

Desde muy temprano hasta muy tarde; ininterrumpidamente. En ninguna otra parte tienes tiempo para nada; y cuando finalmente piensas: ¡Ya está bien; ya es suficiente!, ¿qué has logrado? ¿Has podido comprar con tu dinero la felicidad, la paz y el descanso interior? No; pues por todo ese correr incesante, únicamente has llegado a ser un peregrino cualquiera para las gentes, incluso para las personas que te rodean: Tu mujer, tu marido, tus hijos, tus amigos, y también para Dios. ¡Los ídolos arruinan tu vida!

En segundo lugar, aquí se evidencia en qué consiste esencialmente el pecado del pueblo de Dios: En no escuchar la voz del SEÑOR nuestro Dios (vs. 25).

Este es continuamente el núcleo de la cuestión. El pecado es dejar a un lado lo que el SEÑOR dice. Lo cual rara vez se reconoce abiertamente, pues casi siempre desarrollamos argumentos estupendos en torno a esa negativa de escuchar a Dios. Así es como intentamos esconder lo esencial y hacerlo invisible.

Pero, cuando volvemos al SEÑOR, reconocemos ante Él que eso era lo esencial; que no escuchamos su voz. ¡Ese es nuestro pecado!

Dios es amor: 4:1-4

Después que el SEÑOR, por así decirlo, ha estado soñando en alto, vuelve a la realidad en el pasaje citado, y dice a Israel: 'Mirad, esto puede cambiar muy bien. Vuestra vida puede volver a sanar plenamente en la comunión conmigo. ¡Por tanto, arrepentíos! Romped con las atrocidades y pecados; entonces el camino hacia mí se halla despejado, y concedo restauración de la vida: Una vida en la verdad, el derecho y la justicia; y esto es una promesa que no sólo vale para Israel, sino también para los demás pueblos (vs. 2). Pero su conversión debe ser algo más que un formalismo. Hay que hundir profundamente el arado en el terreno abandonado y cubierto de espinos (vs. 3). Se trata de un cambio completo, de una circuncisión del corazón' (vs. 4). ¡Pero Israel ya era un pueblo circuncidado!

Todos aquellos hombres israelitas que en las colinas de Judá adoraban a los ídolos, estaban circuncidados. Aquella circuncisión les hacía reconocibles como hijos del Pacto de Dios que estaban destinados a la comunión con Él.

Pero aquella circuncisión externa no era suficiente (cf. Ro. 2:28-29; Dt. 10:16). Quien está circuncidado pero no escucha la voz de Dios, no está protegido contra el juicio por esa circuncisión. Por eso debe agregarse la circuncisión del corazón, a través de la cual la voz de Dios, su Palabra y Espíritu se disponen a dar un giro a la dirección de nuestra vida.

Esto también tiene validez para nosotros; pues nos ha sido permitido pertenecer a los pueblos que, en el SEÑOR, pueden desear conjuntamente la bendición y pueden gloriarse en Él (vs. 2). Por eso somos bautizados; pero, si nosotros, como hijos de Dios bautizados, no escuchamos su voz, el bautismo no nos protegerá contra el juicio de Dios. También nuestro corazón deberá ser bautizado, de manera que la Palabra y el Espíritu de Dios dominen nuestro centro de vida, y con ello toda nuestra vida.

JEREMÍAS 4:5 - 5:9

Alarma sobre Judá: 4:5-8

En este pasaje, lo central es el anuncio del juicio de Dios. Nuevamente debemos afirmar que este juicio se anuncia con la intención de evitar su cumplimiento.

Resuena un grito de alarma anunciando que un desastre se acerca desde el Norte. Las gentes del centro del país huyen precipitadamente hacia las ciudades fortificadas (vs. 5 y 6), como animales se dan a la fuga despavoridos, y corren como llevados por el viento, como si un león que durmiera entre la maleza se levantara y se abalanzara sobre ellos (vs. 7).

Por otra parte, esa huída no iba a servir de mucho, pues el enemigo del Norte, que aún no es mencionado por su nombre, llega no sólo para convertir el interior del país en una ruina, sino también para desolar las ciudades (vs. 7).

De esta manera se habla de la ira ardiente de Dios (vs. 8); y precisamente eso la hace tan terrible. Como es natural, siempre resulta horroroso cuando la violencia de la guerra pasa sobre uno. La guerra no es ningún pasatiempo sino siempre algo detestable. No obstante, puede ser que alguien llegue a estar por una causa justa en una situación semejante, y que su existencia sea echada a perder y mutilada por semejante guerra, y que entonces, a pesar de todo, tenga paz con Dios y pueda decir a ciencia cierta: '¡Esto no es un juicio (= castigo) de Dios sobre mí. Aquí no tengo que vérmelas con la ira de Dios contra mí!'

Pero, en el caso de Israel, sin duda alguna se trataba del juicio de Dios. La guerra destructora que se dispone a llegar sobre ellos no sólo es una guerra, sino además

una expresión de la ardiente ira de Dios. Esto eleva a grado sumo el terror y el desorden.

Pánico: 4:9-10

Estos versículos presentan un plano de ese desorden y pánico. En situaciones de desastre, es de importancia decisiva para un país que los líderes no pierdan la cabeza. Pero eso es precisamente lo que ocurriría en Jerusalén, y entonces resulta imposible detenerlo. Si el rey y sus ministros, y los sacerdotes y profetas no saben ni ven lo que ocurre, el caos es completo.

El corazón del Rey y los príncipes se iba a debilitar. El corazón es el centro de dirección, el cuartel principal de la vida. Cuando en una guerra el cuartel principal de un ejército queda eliminado, ya no llegan a través de él más órdenes a las tropas; y entonces el ejército se queda sin gobierno; se dispersa y está condenado a perecer.

Así ocurriría con los líderes políticos en Jerusalén. Su centro de dirección les falla y es eliminado. Ya no hay ninguna coordinación. Su actuación se descontrola, y por eso tampoco pueden dar orden alguna; y los sacerdotes quedan desconcertados.

Los sacerdotes eran aquellos a los que uno se dirigía cuando su vida estaba en apuros y encallada por los pecados, o si estaba maltrecha y ya no tenía más perspectiva. Ellos eran quienes entonces vendaban las heridas, y daban consuelo y nuevos ánimos. Ellos eran los que, con la sangre de los sacrificios, realizaban reconciliación y oraban por el pecador y daban la bendición de manera que éste pudiera seguir adelante (cf. Lv. 4 y 5).

Pero, en Jerusalén, los sacerdotes mismos estaban desconcertados y se hallaban totalmente encallados. Y cuando uno mismo se encuentra encallado y no tiene perspectiva ninguna, no puede dar consuelo a otros.

Lo mismo cabe decir también de los profetas; la alarma iba a cundir entre ellos. Los profetas son hombres que indican el camino de Dios; e indican lo que el pueblo debe hacer para andar en los caminos de Dios, y lo que Dios hará por su pueblo. Pero los profetas, en esa situación,

tampoco saben cómo se encuentran; y estarán mudos de asombro y no se encontrarán en condiciones de ayudar a nadie, porque ellos mismos ya no saben dónde deben buscar ayuda.

Así de grande sería el desorden; todos los líderes quedarían completamente mudos.

Confianza sin fundamento: 4:10-18

¿De dónde llega ese desorden en los dirigentes? Los profetas siempre habían enseñado al pueblo: 'El SEÑOR abriga pensamientos de paz para con vosotros (vs. 10); no os angustiéis; no os preocupéis; no os dejéis desconcertar por el enemigo. El SEÑOR está con nosotros. ¿Qué nos pueden hacer gentes de nada?

¡Habrá paz! ¡Paz!'

Así habían hablado siempre; y aquellos falsos profetas habían creído en su mensaje de paz.

Observemos un instante la manera en que reaccionan cuando su mundo se viene abajo: '¡Ay, Señor Dios! Tú has engañado a este pueblo y a Jerusalén: la paz reinará entre vosotros. Pero mira lo que ha quedado de ella: la espada nos ha sido clavada en la garganta' (vs. 10; 6:14; 7:4 y 10; 23:1).

Esta es, efectivamente, una experiencia desconcertante; y surge este interrogante: ¿Cómo es posible que uno confíe en las promesas de Dios; y, sin embargo, se pierda en las tinieblas de la duda?

La clave de la respuesta a ese interrogante se halla en el comportamiento del pueblo. En la práctica de su vida diaria no se preocupaban nada del mandato de Dios (4:14, 17 y 18). 'Vuestras actuaciones y comportamiento os ha causado esto, y os llega como producto de vuestra maldad', dice el SEÑOR.

Quien en su comportamiento deja a un lado el mandato de Dios, pero echa mano de sus promesas, descubrirá que su confianza en esas promesas está fuera de lugar.

También Jeremías se queja a Dios, así: -'¡Oh, Señor, SEÑOR, ¿cómo has podido permitir las palabras de esos falsos profetas? ¿Vas a entregar tu pueblo ahora al endu-

recimiento de su corazón?' Sí; eso puede ocurrir (cf. Sal. 81:12); y, cuando acontece, también Dios mismo se lamenta (cf. Jer. 4:20-22).

Exploración en Jerusalén: 5:1-9

En el capítulo 5 se aclara con más precisión que aquella anarquía en el pueblo no era ficción. En el versículo 1, Jeremías recibe el encargo de presentar una investigación al respecto. 'Recorre Jerusalén, Jeremías', le dice el SEÑOR; 'abre bien tus ojos en todas las calles y plazas. Yo prometo un alto premio. Si tú en toda la ciudad puedes encontrar alguien -¡aunque sólo sea uno!- que obra rectamente y tiene sinceridad, concederé perdón a toda la ciudad, y no consumaré el juicio.'

La situación era así de grave. En la ciudad reinaba la anarquía. 'Todo el mundo estaba afectado por ella; y aun juraban por mi Nombre', -dice el SEÑOR-; 'pero no creas ni pienses que te puedes fiar de ellos' (vs. 2).

Jeremías debía reconocer que el SEÑOR había evaluado acertadamente la situación. Caminó por las calles y plazas de Jerusalén buscando a alguien -simplemente uno solo- que verdaderamente temiese al SEÑOR y anduviera con Él. Y podemos asegurar que Jeremías buscó bien. El premio que el SEÑOR había prometido merecía la pena. Pero no encontró ni uno solo. Toda la vida pública en Jerusalén estaba imbuida de falsedad e infidelidad, y tuvo que reconocer: 'Es una situación desesperada. Han hecho sus rostros más duros que una piedra. Aunque les hables muy duramente, no consigues nada. Incluso una actuación con mano dura, no tendría ningún efecto' (vs. 3).

Pero Jeremías aún no se da por vencido; y tampoco se resigna a la situación (vs. 4 y 5); y piensa para sí mismo: 'Lo que ahora he visto es el pueblo común de la calle; y verdaderamente no es tan extraño que entre ellos haya tanta apostasía, pues esas gentes, a fin de cuentas, no tienen cultura alguna. Esos pobres desventurados deben afanarse demasiado duramente por su alimento diario. No tienen tiempo para instruirse en las leyes de Dios: Sencillamente, no pueden llegar a tanto; y por eso son ignorantes de lo que Dios les pide.'

Luego Jeremías pensaría: 'Entre los grandes, los ricos, los importantes y la inteligencia, las cosas estarán de otra manera. Ellos no precisan, un día tras otro, esforzarse por su sustento diario. Tienen suficiente tiempo libre; seguro que conocen bien ese camino del SEÑOR; y sabrán ciertamente lo que Dios pide de ellos.'

Pero cuando Jeremías fue a hablar con ellos, se puso de manifiesto que también ellos, sin excepción, habían roto el yugo y deshecho los lazos (vs. 5; Sal. 2:3). Habían echado por la borda todo el culto al SEÑOR, aunque aún hablaban acerca del SEÑOR. Habían dejado a un lado todos los preceptos y ordenanzas que el SEÑOR les había dado; y aunque eran leyes para vida, las habían desdeñado, pues los entorpecían en su libertad... 'Si de verdad quieres vivir y si deseas sacar de la vida lo que hay en ella, no puedes hacer caso de aquellas prescripciones del SEÑOR', pensaban.

Entonces y ahora

Lo que Jeremías descubrió se parece como dos gotas de agua a la situación con la que nos topamos en la cristiandad moderna.

En primer lugar, podemos señalar una desconcertante ignorancia respecto a la Palabra de Dios y su voluntad. En grandes masas de cristianos existe una falta increíble a este respecto; aunque aún mantienen un par de ideas vagas acerca de un Dios bueno y sobre el perdón posterior. Pero si se trata de una vida cristiana, es vano buscarla entre ellos. Simplemente no la hay; ni preguntan por la voluntad de Dios, sino que hacen lo que ellos mismos quieren. Eso es para ellos el único criterio. Y si observas la clase de los intelectuales, la imagen no es más de color de rosa. Entre ellos hay, frecuentemente, algún mayor conocimiento de la Biblia; pero, por el contrario, nos encontramos con que éstos se hallan ocupados, a veces, en perjudicar a la Biblia; pues, dicen: 'Las Escrituras, tal cual aparecen, es imposible aceptarlas; la Biblia ha perdido terreno ante los acontecimientos modernos, y necesariamente debe ser actualizada'. Estos mismos saben

muy bien que las Sagradas Escrituras prohíben matar; pero, dicen: 'Con nuestros modernos criterios científicos, al aborto ya no puedes calificarlo de asesinato. Esos mismos también saben que las Escrituras prohíben el adulterio y el divorcio. Pero, dicen: 'Con nuestros modernos criterios psicológicos, ya no puedes exigir a las gentes que se resignen cuando su matrimonio ya no es lo que debería ser.'

Así pues, ciertamente se sabe lo que las Escrituras dicen; pero, con una apelación a las ciencias modernas y al sentimiento vital moderno, se han quitado de encima el yugo de Cristo, y han roto sus lazos. Por lo demás, se siguen llamando cristianos, se habla de paz, se divulgan periódicos pacifistas y se participa en manifestaciones en pro de la paz. Y todo esto lo califican de sincero.

Exactamente igual que los profetas en Jerusalén creían sinceramente cuando hablaban de paz (cf. 6:14).

Aún no es demasiado tarde

Cuando en nuestra práctica diaria de la vida nos hemos dejado encapsular por nuestros deseos y necesidades personales, y hemos caído sacrificados a los ídolos modernos de la ciencia y la técnica de tal manera que en nosotros ya no se puede encontrar propiamente una vida verdaderamente cristiana, aún podemos, como cristianos, darnos brillo a nosotros mismos e intentar aún crear una impresión hacia el exterior; pero entonces, a pesar de ello, perdemos nuestra fuerza atractiva sobre el mundo y ya no infundimos ningún respeto. Esto ocurría también en Jerusalén; aún seguía engalanándose magníficamente; y ponía todo empeño en ello; pero ya no causaba impresión alguna (cf. 4:30).

Y entonces el juicio del SEÑOR es inevitable, lo cual es mucho más desconcertante, porque no se esperaba ningún juicio, sino paz. Cuando Jeremías da vueltas a todo esto en su interior, comienza a sentirse muy mal (cf. 4: 19); pues a pesar de todo, era su pueblo; son sus hermanos y hermanas que, sin darse cuenta, se encaminan a una catástrofe sorprendente (4: 20). Esto no deja frío a Jeremías; sino que le sobrecoge; y así, también nosotros, al-

guna vez podemos sentirnos muy mal por causa de la apostasía que nos rodea. Pero, aún no es demasiado tarde para Jerusalén. También en este pasaje bíblico suena el llamamiento a la conversión: 'Lava tu corazón de maldad, oh Jerusalén, para que seas salva' (4:14). Pues, una vez más, Dios trata de esto: De salvar a los humanos. Pero si no hay conversión, no tienen que contar con el perdón (5:7).

JEREMÍAS 7:16-20; 5:26-31; 6:16

Escenas callejeras: 7:16-20

Las tres porciones bíblicas del libro de JEREMÍAS aquí arriba reseñadas, provienen del primer período de su actuación. Fue el período de cinco años antes que el rey Josías emprendiera la gran restauración del culto al SEÑOR. En este período, Josías ya había empezado la lucha contra el culto a los ídolos. Pero, del pasaje 7:16-20 se deduce que esa impugnación al comportamiento del pueblo aún no había tenido gran efecto.

Aquí nos encontramos con una fotografía de primer plano de una escena diaria que se podía encontrar en las ciudades de Judá y en Jerusalén. En primer lugar, el SEÑOR dirige su atención a los niños. Estos se ocupan de recoger leña; los hay aún muy pequeños -con el cuerpo semidesnudo y la nariz sucia- llevando unas ramas secas en sus manitas. Se trata, sencillamente, de un cuadro conmovedor de contemplar. Pero, también los muchachos y muchachas que pueden transportar más peso, colaboran llevando sobre la cabeza pequeños haces de leña; lo cual es admirable de ver.

La escena siguiente está tomada en una casa. Los niños han depositado en el suelo la leña recogida, y entonces es el padre quien entra en acción. Escoge algunas ramitas, las ordena y coloca bajo una plancha de hierro apoyada sobre un par de piedras. Una vez que ha colocado leña suficiente, hace fuego; las ramas se encienden, y sopla hasta que la placa de hierro se pone al rojo vivo.

Entretanto, la madre de los niños ha estado ocupada en preparar la masa en una artesa de madera. Cuando la

masa está a punto, hace con ella tortas planas y modeladas que coloca sobre la placa caliente.

Culto a los ídolos

A fin de cuentas, todo esto es un cuadro hogareño; y, por decirlo de alguna manera, es algo muy cotidiano. Ahora bien, ¿qué hay de especial en ello? 'No te equivoques', dice el SEÑOR, 'pues, ¡mira lo que hacen cuando esos panecillos están cocidos! Entran con ellos en casa y se dirigen a un rincón del aposento donde se halla la imagencilla de una figura de mujer desnuda. No es grande ni una obra de arte; pero los caracteres femeninos están tremendamente acentuados. La madre corre hasta la imagencita y coloca allí un par de tortas. El padre ha cogido un recipiente con vino y derrama un chorrito en el suelo, delante de la imagen. Entonces se inclinan todos ante ella, y dicen: 'Reina de los cielos, te ofrecemos nuestros dones. Es lo mejor del producto de nuestros campos y viñedos. Acepta nuestros dones, reina de los cielos; y danos fertilidad. Concede fertilidad al campo, a las vides, al ganado y al vientre materno de nuestras mujeres.'

Al acabar de pronunciar su oración, se disponen con toda la familia a comerse el resto de las tortas. 'Mira lo que ahora hacen', dice el SEÑOR. 'Toda la familia está implicada y participa en ello. Todos esos, al parecer cuadros inocentes, forman todo un enorme conjunto de idolatría; y de esa forma me ofenden y ultrajan. Aunque, propiamente, no me ofenden a mí, sino a ellos mismos; esto es para su propio daño.'

La idolatría es dañina

Quien se inclina ante un ídolo, no sólo daña al SEÑOR, sino también a sí mismo. Se pone en ridículo a sí mismo, y por lo mismo entra en dificultades. Se rebaja a sí mismo por debajo de su medida, y se causa daño a sí mismo; y, en un momento dado, se dará cuenta de todo esto. Por lo cual, quizá sea bueno ilustrar esto con un ejemplo de nuestra época.

En tiempos inmediatamente anteriores a nosotros, el hombre estuvo en una actitud de adoración a la técnica, y, con frecuencia, aún lo sigue haciendo. De ella esperaba su felicidad, pues con ayuda de máquinas, instrumentos, computadoras e inventos tomaría a pecho todos los problemas y los vencería. La técnica y los inventos le prepararían para construir un mundo nuevo y mejor. Pero, entretanto, ya hay muchas personas que se sienten juguetes de la técnica, pues han llegado a descubrir que, entre las ruedas de las máquinas de las que esperaban la vida, han quedado oprimidos y son triturados lentamente. Y ahora se sienten dañados y atacados en su personalidad por la técnica, porque ahí se ha iniciado un proceso de deshumanización.

Para quien acepta la técnica como un ídolo, la máquina ya no está lejos de ser una prolongación del hombre. Antes bien, él mismo se hace una prolongación de la máquina; y con ello, el hombre se ofende mayormente a sí mismo; y también se daña hasta en el núcleo de su existencia. El culto a los ídolos roba al hombre su libertad y le convierte en presa y prisionero de algo sobre lo que Dios -téngase esto en cuenta- le ha dado el dominio.

Diosa del sexo

Practicando la idolatría, el hombre se ofende y se mutila a sí mismo. Así ocurría al servir a la reina de los cielos. No está claro quién era esa diosa. Algunos piensan en la diosa cananea, Astarté. Otros se inclinan por la diosa acádica, Istar. De hecho, no es importante cuál sea de las dos, pues tanto Astarté como Istar eran diosas de la fertilidad, personificaciones de Venus, quien, desde antiguo, es el símbolo del amor. El culto a estas diosas revestía, pues, un carácter sexual por excelencia. De las imágenes encontradas en excavaciones se evidencia, que se trataba, de hecho, de una divinización de la sexualidad.

También el culto a esta diosa mutila al hombre, lo cual se ve claramente en nuestro tiempo. La sexualidad está divinizada a gran escala, y esto es ahora aún más funesto que en tiempos del Antiguo Testamento, pues enton-

ces existía al menos una conexión con la fertilidad de la vida. Pero hoy en día la sexualidad se ha desligado de todas las uniones, incluso de la de una duradera relación del amor humano.

Hoy día nos enfrentamos al sexo por el sexo. La avalancha de lectura pornográfica, de revistas y películas sobre el sexo están ahí para probarlo. La diosa del sexo es venerada hoy en día por millones; y los 'sex-shops' son su templo.

Poniéndose al servicio de esta diosa, el hombre se ofende y estropea a sí mismo (7:19). Esta idolatría le hace crecer torcido y sofoca e infecta su existencia como un tumor canceroso. Y no sólo él mismo, sino también el otro es infectado por ella. Donde se honra a la diosa de la sexualidad, se rebaja a la pareja hasta un objeto, un juguete, que se deja a un lado cuando se ha terminado de jugar con él, y se está cansado de mirarlo.

El gran mandamiento: 5:26-31

Al comentar este pasaje del libro de Jeremías, involuntariamente se piensa en el Evangelio de Mateo 22:34-40. Cuando se le pregunta a Cristo, cuál es el mayor mandamiento, da esta conocida respuesta: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.»

Estos dos mandamientos están tan estrechamente unidos entre sí, que despreciar uno tiene inevitablemente su repercusión en el otro. Donde se comienza a tomar a la ligera uno de ellos, también se llega a estar torcido con respecto al otro. Donde ya no se ama de corazón a Dios y hay una entrega a un ídolo, tampoco se ama ya más al prójimo como a uno mismo; y allí se comienza a abusar del prójimo como un medio para satisfacer los propios deseos y necesidades.

Esto se deduce también del texto de Jeremías recién citado; y en los versículos inmediatamente anteriores se habla del rechazo de Israel a temer al SEÑOR (vs. 22, 24).

Ese rechazo no sólo se manifestó al servir a dioses extraños (v. 19), sino también al despreciar al prójimo (vs. 26-31). Al apostatar del SEÑOR también se produce daño al prójimo; y el no amar al prójimo es equiparable a apostatar del SEÑOR, y a practicar la impiedad.

Impíos

Los impíos de los que se habla en el v. 26, no son paganos. De una u otra forma, siempre tenemos la propensión a localizar la impiedad fuera de la iglesia. 'Allí están los abismos de la impiedad' -pensamos; y decimos: '¡Lejos de nosotros!'

Pero la Biblia habla de otra manera. Como es natural, no niega que haya impiedad también en la iglesia; pero el acento recae siempre en la impiedad dentro de la iglesia (cf. Los Salmos I, p. 72 y ss., F. van Deursen, FELiRe 1996).

Así ocurría también en los días de Jeremías. Reinaba una enorme impiedad dentro del pueblo de Dios, y esta impiedad consistía en acechar al prójimo. No se le amaba; se podría decir que se le intentaba cazar. Para reconocer a estos impíos, el SEÑOR usa la imagen de los cazadores de pájaros, lo cual es significativo. Si un pajarero quiere tener éxito debe mantenerse a cubierto y no dejarse ver por los pájaros. Debe ocultarse detrás de los arbustos, o esconderse en la hierba alta.

Así se ocultan también estos impíos, estos malhechores. Pero, no lo hacen para cazar pájaros, sino personas. No se dejan ver; se mantienen ocultos. Pero esto, como es natural, no en sentido literal. Aquí se trata especialmente de sus intenciones; de las que, por cierto, nada dejan notar. Visto superficialmente, frente a sus futuras víctimas son amigables y corteses. Pero, detrás de ese bonito lado externo, están al acecho para cerrar de repente la red, cuando la ocasión es favorable.

Engaño

En este pasaje bíblico se trata claramente de gentes que

se enriquecen a costa de los demás. En eso han acertado bien. Se han hecho grandes y ricos, y tienen cuerpos robustos gracias a su engaño. Su casa está llena de lo mismo, pues se diría que nadan en él. Cuando entras en sus casas, una impresión o ambiente de engaño te rodea por todas partes. Y así, -a través del engaño-, se han encumbrado sobre las espaldas de otros.

Este es un fenómeno que, también en nuestro tiempo, es ya de sobra conocido. También ahora hay muchos que se enriquecen a costa de otros. Tengamos, pues, bien presente, que las Sagradas Escrituras a esto lo catalogan como impiedad y criminalidad. Andan muchos más malhechores fuera de los muros de las cárceles que los que se hallan dentro.

No obstante, esto no es lo único en que debemos pensar aquí. El daño y abuso del prójimo comienza ya en el momento en que se silencian y ocultan las verdaderas intenciones respecto a él. Eso es lo que se hace cuando se le manipula o cuando se le llena de alabanzas, y entre tanto, se le usa para intenciones personales. Este es el caso, por ejemplo, cuando un joven seduce a una joven, únicamente con la intención de «poseerla». Entonces hace como que la encuentra linda, como si estuviera interesado en ella misma, y como si le llegara al corazón. Esta es la maleza detrás de la que él, como un pajarero, esconde su verdadera intención. Pero, una vez que ha alcanzado su objetivo, la deja caer como un limón exprimido. Entonces se evidencia, que a él no le interesaba ella, sino su propio egoísmo. Ella era no más que un objeto para él.

Un ejemplo más. Alguien tiene un tío mayor y rico, al cual visita regularmente; y también le lleva pequeñas atenciones. Hace eso, no porque su tío le parezca agradable, o porque se compadezca de él. Lo hace únicamente porque está pensando en la herencia. Pero, como es natural, se cuida muy mucho de no decirlo.

Así también nosotros, cada vez que vemos al prójimo únicamente como un medio para favorecernos a nosotros mismos y mantenemos ocultas nuestras verdaderas intenciones para con él, es como si nos ocupáramos de acercarnos furtivamente a nuestra presa como un pajarero se

interna en la maleza. El SEÑOR califica esto de impío y criminal; pues, quien de esta forma da señal de no amar a su prójimo, tampoco puede amar a Dios.

Corrupción deseada

Además, a los impíos les tiene completamente sin cuidado el derecho (v. 28). Los socialmente más débiles pueden ser explotados sin que ellos puedan castigar, sin que encuentren en otra parte derecho o protección.

Toda la capa superior del pueblo está enteramente corrompida, lo cual ocurre también con los profetas y sacerdotes que procuran sacar dinero de todas partes, y están totalmente dominados por el materialismo.

La imagen que, por ejemplo, desde el lado marxista se ha adjudicado al clero y sacerdotes, es en verdad disparatada; pero, por desgracia, no en todos los casos ha sido inventada. Los sacerdotes en Jerusalén se enriquecían a costa de otros, concretamente, de los pobres. Lo que, a este respecto, más sorprende, son las palabras del SEÑOR: «Mi pueblo así lo quiso.» (5:31). Esto es menos extraño de lo que a primera vista parece.

Los líderes corruptos constituyen para el pueblo una coartada para que ellos mismos puedan ser corruptos. Así es como el pueblo obtiene capacidad para que, a este respecto, también siga su camino sin ser molestado. Los mismos dirigentes, que son enteramente corruptos y piensan en el interés propio, no dan importancia a las normas de la Palabra de Dios, y tampoco enseñan al pueblo esas normas. Por lo cual, el pueblo de Dios está muy contento con esos líderes. La impiedad de los dirigentes significa una justificación para su propia impiedad; y por eso no tienen necesidad alguna de otros guías.

No ores por este pueblo: 7:16

La situación en Judá y Jerusalén ya se había hecho tan grave, que el SEÑOR no quería que Jeremías orara por aquel pueblo (7:16). Por decirlo de alguna manera, no quería correr el riesgo de que, por causa de la oración de Jere-

mías, tuviera que desviar o impedir su juicio e ira sobre este pueblo, sin que se pueda hablar de conversión alguna del mismo. La oración de un justo puede mucho; a veces retrae al SEÑOR de la consumación de su juicio. En Éx. 32:7-14, encontramos un ejemplo de esto: Mientras el pueblo se ocupa plenamente de cometer pecado con el becerro de oro y, por tanto, allí no existe conversión alguna, Moisés ora, pide, y suplica el desvío o detención del juicio de Dios; y entonces el SEÑOR escucha esa oración.

Pero ahora el SEÑOR no quiere eso. Han pasado demasiadas cosas. Mientras el pueblo siga por ese camino (v. 17), no quiere dejarse suplicar más. Dios parece decirle a Jeremías: 'No sigas lamentado y suplicando para este pueblo gracia y desvío del juicio. No pidas más misericordia. Ahora no hay más que una manera para salvarse de ese juicio: El camino de la conversión, de un cambio radical.'

Por consiguiente, las palabras del SEÑOR: «No ores por este pueblo», debemos entenderlas en su contexto, y no en sentido absoluto. Como es natural, Jeremías podía perfectamente suplicar la conversión del pueblo. Esto se puede hacer siempre; pero una oración que únicamente pide el desvío o detención del juicio de Dios en una situación de endurecimiento, no siempre se debe hacer, pues puede llegar un momento en que el SEÑOR diga:

'¡Ahora no quiero escuchar más esa oración!
No sigas pidiendo eso.
Sólo la conversión puede impedir aún el juicio.'

Sendas antiguas: 6:16

El SEÑOR sigue llamando a su pueblo a esa conversión: «Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma.»

Esto le sigue preocupando al SEÑOR. De buena gana quiere que su pueblo encuentre paz. Esa paz no puede encontrarse en el camino que ahora siguen. Para eso deben volver a las sendas antiguas.

Estas palabras nunca deben usarse como medio de propaganda para el conservadurismo o para fortalecimiento del tradicionalismo. El conservadurismo, sin más, no significa garantía alguna de que alguien está en el buen camino. Las sendas antiguas, el buen camino, es el camino del SEÑOR y de su Palabra. Sólo quien sigue al SEÑOR y toma su yugo sobre sí mismo, está en el buen camino y encuentra paz. Pero quien le sigue, debe abandonar realmente las tradiciones enmohecidas.

Esto vale también para nosotros. Sólo cuando seguimos a Cristo y tomamos sobre nosotros su yugo, estamos en el buen camino donde encontramos paz (Mt. 11:29).

En la relación con Él, palabras como conservador y progresista, son inservibles. A veces, seguir a Cristo y tomar su yugo significa: Aferrarte a lo que tienes. Pero, en otras ocasiones, exige precisamente un cambio radical, y abandonar lo que normalmente éramos. El único criterio para el buen camino es Cristo mismo y su Palabra. Sólo cuando le seguimos y cuando su Palabra es nuestra brújula, estamos en el buen camino y encontraremos paz (cf. Mt. 9:17)

JEREMÍAS 7:29 - 8:3 y 10:1-16

Destructor de la vida

Los pasajes arriba citados tratan acerca de la idolatría de la que Judá y Jerusalén se hicieron culpables. La primera porción deja ver claramente cuán lejos se había ido. Se habían colocado imágenes de ídolos en el templo de Jerusalén (7:30; 2 Re. 21:4-7), y se ofrecían sacrificios de niños en el valle de Hinom (7:31). Véanse también: Lv. 18:21; 20:1-5; 2 Re. 16:3; 23:10; 24:4; Ez. 16:21.

Cuando oímos hablar de sacrificos de niños, frecuentemente pensamos: ¿Cómo es posible que la gente tuviera placer en eso? Pues bien, como es natural, no lo tenían. En absoluto sentían placer en aquella práctica. Lo hacían realmente con un corazón sangrante.

En aquel valle de Hinom tuvieron lugar cuadros desgarradores; mucho más desgarradores aún que en los andenes del tren donde las madres se despiden de sus hijos que parten al frente de guerra. Sacrificar hijos no se hizo verdaderamente por placer, así como tampoco hoy día alguien ve con placer a sus hijos marchar a la guerra. Se hacía aquello sólo porque se estaba convencido de que se debía hacer y no se podía cambiar.

Sencillamente, créase que las madres, en aquel valle del hijo de Hinom, lloraron y gritaron de espanto cuando sus hijos eran arrojados a las llamas por los sacerdotes. Lo veían como una necesidad que tenía que ocurrir. Pero para ellas era una necesidad extremadamente amarga.

Así de duro, así de cruel puede ser el culto a los ídolos; y así de destructor de la vida. Pero, el SEÑOR dice: 'Yo no soy tan inhumano. Nunca he deseado eso de vo-

sotros. Jamás se me ha ocurrido pediros algo así' (7:31).

Esa faceta de destructora de la vida que tiene la idolatría se extiende aún más, pues pone en movimiento la ira de Dios y como consecuencia deja la vida totalmente dislocada (7:32 - 8:3); y no queda ningún espacio más para vivir (8:3). Así de destructora es y obra la idolatría.

Esto sigue ocurriendo así hoy en día. Cuando el ídolo es el dinero, la vida también queda destrozada. Muchos son los hijos que se han hundido porque sus padres vivían prisioneros de Mammón. Sólo se preocupaban de ganar dinero. Ambos trabajaban para eso. Nunca había alguien en casa cuando los niños volvían del colegio; y así eran poco menos que abandonados a sí mismos; y de esta manera, su vida se destruía. Ciertamente estaban rodeados de lujo; y en este aspecto, obtenían todo lo que su corazón deseaba. Pero no tenían a nadie en casa.

A veces también llegan a caer en manos equivocadas; entran en contacto con la policía y con el juez de menores; practican el terror callejero o caen en la drogadición... y se convierten en vidas totalmente torcidas y destrozadas.

Así es como la idolatría puede destrozar tu vida y la de tus hijos.

El horóscopo: 8:2; 10:2

Entre los ídolos que eran adorados en Jerusalén y Judá, el SEÑOR menciona por su nombre: «al sol y a la luna y a todo el ejército del cielo» (8:2) «y las señales del cielo» (10:2). Con esto se da a entender el culto a los cuerpos celestes y la astrología que desde Oriente también habían entrado en Israel. El fijarse en las señales del cielo y en los signos del Zodíaco, jugaba un gran papel en el mundo oriental. Toda la vida estaba dominada por esto. En situaciones críticas y cuando se estaba ante decisiones importantes, se consultaba a los astrólogos, quienes entonces debían consultar el horóscopo y hacer prediciones.

También hoy en día esto vuelve a estar de moda. Según una encuesta realizada en 1964, en París uno de cada 120 habitantes consultaba a adivinos, mientras que sólo

uno de cada 5.000 habitantes consultaba a un sacerdote o pastor protestante. El pueblo francés invertía en ese año 10 veces tanto dinero en la adivinación como el Estado en la investigación científica.

Desconocemos las cifras en el mundo hispanoparlante, pero es claro que también entre las gentes de habla hispana el interés por la adivinación aumenta cada vez más. Obsérvese, por curiosidad, en las librerías y kioscos. Cada vez aparecen más libros y revistas sobre astrología, los signos del Zodíaco y los horóscopos; y las secciones del horóscopo en las revistas gozan de un interés masivo.

La Biblia coloca todo esto entre la idolatría. Ese coquetear con las predicciones del horóscopo -aunque se diga que es absurdo y sólo es una curiosidad, mientras que disimuladamente se tiene un poco en cuenta en el corazón, -es idolatría.

Esto se aplica en medida redoblada cuando no se limita a las predicciones de revistas o periódicos, sino que hasta se llega a consultar libros o se manda desarrollar un horóscopo personal o se pasa a consultar astrólogos y adivinos a la hora de tomar decisiones resonantes. Es bueno que nos convenzamos de que el SEÑOR llama a esto idolatría; y lo debemos tener muy presente, pues la posibilidad de que entremos en contacto con ella, es cada vez mayor.

Aclimatación

En todo tipo de cosas se nota que la vida queda cada vez más embebida en el horóscopo. Los joyeros hacen buenos negocios con los signos del Zodíaco fabricando broches, pendientes, cucharillas,etc. Ya no es extraño en modo alguno que cuando las personas se reunen, se digan mutuamente: 'Yo soy Leo'; 'Yo soy Acuario'...

Ahora bien, eso no tiene por qué significar que alguien que lo diga, aplique a sí mismo todo lo que está ligado a ello. Y, sin embargo, es muy significativo que cosas semejantes puedan decirse actualmente en una reunión. Unos cincuenta años atrás aún no ocurría esto. En aquel entonces, esta clase de nombres y conceptos eran casi des-

conocidos. Pero hoy en día ya no es así, y de ello se evidencia que ha tenido lugar una aclimatación a lo que el SEÑOR llama «el camino de las naciones.»

El SEÑOR llama la atención al respecto, diciendo: «No aprendáis el camino de las naciones» (10:2). Si el pueblo de Dios se dispone a aplicar prácticas semejantes, si en nuestra vida damos lugar a las señales del cielo y a los cuerpos celestes, nos aclimatizamos al estilo de vida de las naciones que no reconocen al SEÑOR, y entonces imitamos los estilos de vida de los no-cristianos, y olvidamos que Cristo pide de nosotros otra manera de vivir.

A veces se llega a decir: '¿Qué importancia tiene que lleve un colgante con un signo del horóscopo? Además, no le doy ningún valor; sólo me parece algo bonito. ¿Qué mal puede haber en eso?'

Pero, que pueda o no hacernos mal, no es la cuestión más importante. Se trata de lo que el SEÑOR dice: «No aprendáis el camino de las naciones.» Lo decisivo no es lo que nos hace a nosotros, sino lo que hace al SEÑOR. Imaginemos que un joven no enseña con orgullo la foto de su novia, sino la de otra. Entonces no puede decir realmente: 'Esa joven no me dice nada; sólo me parece una foto bonita.' Es evidente que, en cualquier caso, su novia resultará ofendida.

Lo mismo ocurre aquí. El SEÑOR es nuestro Dios. ¿Qué le hacemos cuando, en un tiempo en que nuevamente y a gran escala se practica la idolatría con los signos del horóscopo, y nos colgamos semejantes señales en el cuello? Entonces, no vale con decir: 'No tiene importancia.' Pues al SEÑOR sí le afecta; sí le importa.

Terror

En el texto de Jer. 10:2 aún hay algo en lo que debemos poner el dedo en la llaga: El camino de las naciones no trae paz alguna, sino terror. Sin duda las personas buscan esa paz; consultan a los adivinos y a los astrólogos con la intención de obtener por ese medio paz en su vida. Pero el efecto es precisamente lo contrario, pues trae terror, angustia e intranquilidad en su vida.

Esto también cae por su peso; pues las previsiones que se les hacen no siempre son favorables. Con frecuencia, en ellas se avisa de todo tipo de amenazas y días peligrosos. Naturalmente, entonces entra en la vida un poco de intranquilidad y angustia; y esto es tan característico que el SEÑOR puede decir: «ni de las señales del cielo tengáis temor, aunque las naciones las teman»(10:2).

Quien busca su refugio en la astrología y en la adivinación, no encuentra la certeza y paz que pretende, sino angustia y terror. Tampoco puede ser de otra manera, pues los ídolos, ya se llamen Baal o Sagitario, nada esencial tienen que ofrecer.

Espantajos: 10:3-5 (Cf. Versión Nácar-Colunga, B.A.C. 1961)

'Ahora pues, sed sobrios', nos dice el SEÑOR. 'Porque, ¿qué es propiamente un ídolo? Nada más que un producto del hombre mismo. Éste corta un tronco de leña de un bosque; lo trabaja y lo adorna con plata y oro; y si quiere hacer de él algo muy hermoso, lo reviste con un manto de púrpura. Pero entonces a ese ídolo hay que clavarlo con un martillo y un par de clavos sobre una peana, pues, de lo contrario, no se mantiene en pie. Todo eso es un ídolo; eso son los ídolos; y si tienen que ir a otra parte, deben ser trasladados por el hombre, porque no lo pueden hacer por sí mismos.'

Son como espantajos. Quien espera algo de dioses semejantes y tiene miedo de ellos, es tan corto de vista como los pájaros que tienen miedo de un espantajo. Un espantajo no puede hacer nada; y, sin embargo, los pájaros tienen miedo de él. Tampoco los ídolos pueden hacer nada, ni bueno ni malo. Quien hace semejantes dioses y los teme y honra, hace algo que no proporciona provecho esencial alguno.

¿Incomprensión?

Acerca de este pasaje del libro de Jeremías se puede leer, en algún lugar, esta observación: 'Por el texto se evidencia que no había mucha comprensión para las otras

religiones.' Esto es una observación típica de estos tiempos, pues, en la actualidad, se parte del principio siguiente: 'Si comprendes algo o a alguien, estás donde debes estar. Se trata de la comprensión.'

Esta observación también pone de manifiesto que no se entiende de qué se trata en este pasaje, pues, es cuestión de vida o muerte; es decir: De una elección por o contra el SEÑOR. Y, cuando esto está en juego, de nada me sirve la comprensión.

Cuando un automovilista borracho se sienta trás el volante de su automóvil, de nada le sirve que yo comprenda exactamente cómo es que ahora se encuentra tan borracho. Y tampoco le sirve de nada el saber que su auto está en buenas condiciones. Ese hombre sólo será ayudado si logro que se baje de su coche y tome un taxi. En ese momento, lo único importante es eso, pues es un asunto de vida o muerte.

Así pasa también con el culto a los ídolos. Naturalmente que ahí hay muchas cosas que comprender y explicar. Pero, si sólo aporto comprensión y buenas maneras a lo que hacen los idólatras, entonces permanecen tranquilos en sus prácticas y van al encuentro de su muerte y ruina. Por tanto, si quiero ayudarles realmente, debo llamarles a abandonar la idolatría, y a escoger la vida en lugar de la muerte. De esto se trata en este pasaje del libro de Jeremías, cap. 10.

Israel se hallaba en el camino equivocado, el camino hacia la muerte. Por esa razón el SEÑOR no va a decir: 'Bien, a pesar de todo, también hay cosas bonitas en ese camino, y asimismo hay flores hermosas al lado, y de vez en cuando también hay paisajes preciosos.' Por supuesto que el SEÑOR no va a decir eso, sino que sólo podrá decir: '¡Abandona ese camino, Israel! No aprendas del camino de las naciones, pues son caminos hacia la muerte, y no te pueden llevar a la vida. Abandona ese camino por amor de la vida.'

Comprensión

Cuando la gente que camina por sendas de muerte nos llega realmente al corazón, deberemos llamarla a que se aparte de esos caminos, en vez de mostrar únicamente

comprensión por el hecho que ande por esos caminos.

Normalmente no nos lo agradecerán. La gente, por lo general, quiere que no se preste atención a su manera de vivir y actuar, lo cual es para ellas una especie de autoconfirmación. Y la llamada a conversión se rechaza generalmente como una prueba de falta de caridad, intransigencia e incomprensión.

Pero no es así realmente. Cuando el SEÑOR llama a su pueblo a que no se acomode a los caminos de los pueblos paganos porque sus dioses no merecen la pena, no está expresando falta de amor, sino precisamente amor. Entonces no hay incomprensión alguna detrás de su llamado, sino justamente una comprensión que supera con mucho la de Israel y los paganos. Israel y los paganos no se dan cuenta en absoluto de que su camino es fatal. Están ciegos para verlo. Pero el SEÑOR, en su crítica de los ídolos y de lo que tienen que ofrecer, no permanece mirando hacia otra parte, sino que mira a través de ellos y señala su podredumbre.

Majestad: 10:10-16

En este pasaje citado, el SEÑOR da, frente a la impotencia de los ídolos, una descripción de sí mismo en toda su majestuosa magnificencia.

Él es verdaderamente Dios. Los ídolos, no. Éstos no son más que un trozo de madera y un producto de la habilidad humana. Pero el SEÑOR no es ningún producto de manos humanas, ni proyección del espíritu humano. Él es Dios de verdad.

También es el Dios viviente. Esto, una vez más, en contraposición con los ídolos, los cuales están muertos como espantajos; pero Él se ha manifestado en otros tiempos a su pueblo como el SEÑOR de los ejércitos (10:16). Cf. 2 Re. 19:35-37; Jos. 10:12-14.

Y asimismo es rey, por toda la eternidad; y nada ni nadie puede arrebatarle su reinado.

La tierra tiembla ante su ira. Los pueblos no pueden soportar su enojo; y esa ira y ese enojo también son realidades. Parecerán ser insoportables a todos aquellos que

rehusan abandonar los caminos de las naciones, y apartarse de los ídolos.

Esa ira de Dios no es algo que podamos recluir en el Antiguo Testamento. También el libro de Apocalipsis da una imagen de los juicios de Dios que alcanzan al mundo a causa de las injusticias. Son juicios duros; tan duros que los hombres, a veces, mascullan de dolor, y transitan con rostros reprimidos y amargados. Y, a pesar de esos juicios, no se convierten de sus obras (Ap. 16:9,11,21). Y en Ap. 9:20-21 encontramos la misma relación. Allí, además, esas obras se encuentran especificadas: Adorar a los demonios y a toda posible clase de ídolos, homicidios, hechicerías, fornicación y hurtos. A causa de estas cosas se desatan los juicios de Dios sobre el mundo.

Actual

Resulta sorprendente cuán actuales son aún las profecías de Jeremías. Todo lo que se menciona en Apocalipsis como pecados del período hasta el retorno de Cristo, también lo encontramos en tiempos de Jeremías en Judá y Jerusalén; y, hoy en día, estamos inmersos en ellos.

Actualmente vivimos, por ejemplo, un aumento de la hechicería, magia blanca y negra, adivinación y astrología. La adoración de demonios no es sólo algo de la Edad Media, sino que también ocurre hoy día. Quizá ya has oído hablar de la Iglesia de Satanás, de la cual existen delegaciones en muchos países. Allí se celebran cultos a Satanás, acompañados de prácticas ocultas.

En cuanto a violencia, robos y fornicación se lee diariamente en el periódico; y la TV lo muestra cada día. Por poner un solo ejemplo, la conocida revista *Time*, en un artículo sobre Portugal, descubrió que el fenómeno más característico, poco después del golpe de Estado (primavera de 1984), consistió en que dejó el camino libre a una enorme corriente de pornografía. La revolución en Portugal llegó vestida de sexo; o, mejor dicho: Llegó desnuda.

Semejantes cosas sólo pueden atraer el juicio del SEÑOR; y si Él entra en acción, todos los ídolos son impotentes, y se manifiesta cuán nulos son.

Protesta de labradores

En 1974, los labradores neerlandeses estuvieron bastante agitados. Iniciaron diferentes campañas mediante las cuales, con sus tractores y aperos de labranza produjeron atascos y bloquearon los caminos. De esa forma, exigieron una mayor participación en el bienestar. No se trataba de si sus circunstancias necesitaban o no mejoramiento; se trataba de poder arrancar aquellas mejoras con ayuda de sus tractores.

Y entonces el SEÑOR hizo llover y llover... (Jer. 10:13); y lo hizo en tanta cantidad que los labradores se desesperaron y ya no supieron qué hacer (v. 14); entonces también los ídolos fueron impotentes (v. 15). La técnica, ese ídolo moderno, parece que no puede nada. Todas esas estupendas máquinas de labranza, mediante las cuales se había pensado poder arrancar mejoramientos en las campañas de manifestación, se empantanaron en el barro, y fueron nulas.

Así ocurre con los ídolos y con quienes confían en ellos, cuando el SEÑOR entra en acción. Entonces, uno se pregunta: Si se hubiera orado al SEÑOR en vez de intentar arrancar mejoras con ayuda del ídolo de la técnica, ¿no habría sucedido todo lo contrario? Uno no puede sino esperar que semejantes experiencias aún puedan llevar a las personas hasta el convencimiento de que el SEÑOR es el único Dios viviente.

JEREMÍAS 7:21-28; 9:2-9, 23-26

Descubrimiento del libro de la Ley: 2 R. 22, 23

El rey Josías subió al trono a la edad de 12 años. Esa es una edad en que aún no se puede esperar una actuación independiente. Pero, cuando Josías llegó a los 16 años, comenzó claramente a seguir un rumbo propio, y a buscar al Dios de su padre, David (2 Cr. 34:3). Y, 4 años después, empezó a tomar medidas para combatir la idolatría pública en Judá y Jerusalén, y para fomentar el culto al SEÑOR.

Sobre un año después, Jeremías fue llamado a ser profeta; y cuando ya llevaba 5 años en este ministerio, se hizo más visible la actividad de Josías. Encargó trabajos de reparación y limpieza en el templo de Jerusalén; como podemos leer en 2 R. 22, 23; y en 2 Cr. 34.

Para todo ello, Josías mandó que los levitas organizaran una colecta. Se recolectó dinero incluso de Manasés y Efraín, es decir, del antiguo Reino de las Diez Tribus, (cf. 2 Cr. 34:9). La comisión de administración constaba de Safán, secretario del rey, Maasías, gobernador de la ciudad, y Joa, canciller. Regularmente, esta comisión entregaba el dinero recogido al sumo sacerdote Hilcías, quien, a su vez, debía preocuparse de que llegara a los administradores, los cuales debían pagar a los obreros. Así llegaron a buen término los trabajos de reparación.

Y ya se sabe lo que suele suceder en estas ocasiones. Cuando, después de unos años volvemos a un desván o trastero, a veces nos encontramos las sorpresas más grandes, y se llega a encontrar cosas de cuya existencia ya nos habíamos olvidado totalmente. Pues algo así ocurrió también en el templo.

Mientras Hilcías se encontraba en el templo para pagar los salarios, encontró en uno de los cuartos donde los obreros trabajaban, un libro en forma de rollo. Hilcías lo tomó en sus manos, y comenzó a leer en él; y, a medida que iba leyendo, se quedó cada vez más sorprendido y maravillado, y crecía en él la idea de que aquello debía saberlo el rey.

Confrontación

Cuando Safán llegó junto a Hilcías para la habitual visita de control, éste le llevó aparte un momento y le dejó ver el rollo, diciéndole: 'He encontrado este rollo en el templo, y es tan importante, que el rey debe ser informado de ello.' Y con motivo de despachar el informe al rey sobre la marcha de las tareas de reparación, Safán llevó consigo el rollo. Y enseguida Josías le ordenó que leyera en voz alta en el rollo; y mientras lo estaba haciendo, el rey se rasgó sus vestiduras. ¡Tanta fue la impresión que el contenido del rollo causó en él, que se quedó completamente desconcertado!

Quedó claro que se trataba del libro de la Ley del SEÑOR. Nadie sabía ya de la existencia del mismo. Por supuesto, varias cosas de la Ley eran bien conocidas por conducto de la tradición. Pero, cuando la fuente misma ha desaparecido y todo depende de la tradición, ciertas cosas desaparecen completamente; otras se deforman y se mutilan; y aun hay otras que, o no tienen nada que ver con la fuente misma, o incluso se oponen a ella diametralmente, o se han colado dentro de ella.

Cualquier tradición que no se mantenga constantemente bajo los faros proyectores de la Palabra de Dios, tiene una vida propia, sofoca la Palabra de Dios e incluso la lleva al olvido. Así había ocurrido también en Jerusalén. Allí, la tradición estaba tan apartada de la Palabra de Dios, que a Josías le dio un vuelco el corazón cuando oyó a Safán leer en voz alta el libro, y se vio confrontado con la Palabra de Dios; la cual penetró en él con toda su profundidad, y entonces dijo: ¡Cuán terriblemente lejos nos hemos apartado del SEÑOR, y cuán airado debe estar con nosotros!'

Susto doble

Josías tenía la ventaja de que el libro de la Ley del SEÑOR era totalmente desconocido para él. Por ello podía ver profundamente la diferencia entre la Palabra de Dios y la tradición existente, y no corrió el peligro de identificar recíprocamente la Palabra de Dios y la tradición, ni de leer la tradición en la Palabra de Dios.

Ese es el peligro del que más tarde los fariseos fueron víctima, y del que también nosotros no siempre nos libramos. Pues nosotros también tenemos nuestras tradiciones. Pero, con frecuencia, estamos tan acostumbrados a leer estas tradiciones en la Palabra de Dios, que no siempre vemos la diferencia, y a veces las confundimos, sin más, con la Sagrada Escritura.

Ocurre a veces en nuestros círculos que nos asustamos enormemente cuando se trata de cambiar nuestras tradiciones, o cuando alguien intenta mostrar que en algunas de ellas nos hemos salido fuera de la Palabra de Dios. Ese susto se produce porque ya no leemos las Sagradas Escrituras con frescor, como si aún fueran algo totalmente nuevo para nosotros. Sin embargo, las personas que no han sido educadas cristianamente y han llegado a la fe a una edad más tardía, sí que leen la Biblia como algo nuevo, y no saben qué hacer con algunas de nuestras tradiciones. Para ellos, la Palabra de Dios sigue siendo algo flamante; aún no ha perdido el brillo debido a todo tipo de adherencias que se pegan a nosotros cada vez más, como algas contra el cristal de un acuario, que hacen que el vidrio se vuelva cada vez menos transparente.

Josías también podía mirar con frescor la Palabra de Dios. La Ley del SEÑOR era algo nuevo para él porque, sencillamente, no conocía lo que oía; era una revelación para él. Por esta razón, se asustó en el buen sentido de la palabra. No se asustó porque temiera que la tradición fuese atacada, sino porque, de repente, se dio cuenta de cuán lejos del SEÑOR y su Palabra habían crecido tanto él como el pueblo. Esta es una manera sana de temblar.

Buscar al SEÑOR

Felizmente, en el caso de Josías no quedó en sólo eso, pues si sólo se tiembla y todo se deja pasar, es evidente que no se avanza más allá. Esto ocurre en más de una ocasión; pero si se tiembla, en el buen sentido de la palabra, se ve al instante cuán lejos de Dios y de su Palabra se ha caído en ese punto. Sin embargo, si de una u otra forma lo dejamos estar y nada cambia, esa sería la manera en que Elí tembló. Él veía realmente dónde estaba el error y dónde se andaba equivocadamente; es decir, sabía cuán lejos sus hijos se habían distanciado ya del SEÑOR y su Palabra; y sin duda alguna, tembló en cada ocasión. Pero, por lo demás, nada ocurrió; nada cambió; ni actuó con el fin de restablecer el culto del SEÑOR. Sólo tembló; hasta que, por fin, en el sentido literal de la palabra, se murió temblando (1 S. 2-4).

En el caso de Josías ocurrió de otra manera. También él tembló, y tanto que rasgó sus vestiduras. Pero no lo dejó en eso, sino que inmediatamente buscó al SEÑOR, enviando al sumo sacerdote Hilcías junto con un grupo de dignatarios a la profetisa Hulda, ministra de la Palabra de Dios.

Profetisa

Hay que admitir que esto causó bastante extrañeza en Jerusalén. El sumo sacerdote y un grupo de cortesanos fueron a la barriada nueva de Jerusalén, y entraron en casa de Hulda, la profetisa. En Jerusalén todos sabían que ella era profetisa y que vivía allí.

Esto es algo que uno debe recapacitar profundamente. El sumo sacerdote fue a consultar a una profetisa con el fin de llegar a saber por medio de ella lo que el SEÑOR tenía que decir. Hulda era una mujer que categóricamente no pertenecía a lo más selecto de la sociedad de Jerusalén. Su marido era jefe de almacén de la sección de las ropas sacerdotales; es decir, ningún cargo importante. El hecho que el sumo sacerdote la fuera a consultar estaba a un nivel parecido a que el Papa fuera a pedir consejo a una mujer de la limpieza de la basílica de

San Pedro, a una vivienda en una nueva barriada de Roma. Seguro que esto saldría en la cabecera de los periódicos con grandes titulares.

Así marchó esta delegación formal dirigida por el sumo sacerdote, para ver a Hulda, una mujer, un ministro femenino. Esto es algo que nosotros, como consecuencia de nuestra tradición, fácilmente leemos sin prestar mucha atención, pues apenas se la concedemos. Pero, sin embargo, aquí sería bueno intentar escuchar con frescor la Sagrada Biblia.

Aquí se trata -y esto en el Antiguo Testamento, es decir, en un tiempo en que las mujeres ciertamente no iban delante, y en que Pablo aún no había podido escribir que en Cristo ya no hay distinción entre masculino y femenino- de un ministro femenino; y, por cierto, no en la esfera diaconal o algo similar, sino en relación con el servicio de la Palabra de Dios.

Hulda era una servidora femenina de la Palabra de Dios. Nosotros debemos estar bien conscientes de que para esto ya hay espacio o cabida en el Antiguo Testamento.

No debemos concluir enseguida diciendo que, según nuestra tradición, no hay lugar para eso entre nosotros; sencillamente, debemos dejar obrar en nosotros este hecho bíblico. Si no lo hacemos, nunca aprenderemos a leer la Biblia con frescor en este punto. Y entonces todo lo que leemos acerca de esto, queda bloqueado inmediatamente por nuestras tradiciones y transmisiones; y así la Biblia se vuelve para nosotros un libro que ya nada tiene que decirnos, porque ya lo sabemos todo.

No parar

Todo lo que Hulda tiene que decir en nombre del SEÑOR, confirma las angustiosas sospechas de Josías. El SEÑOR está en verdad airado con su pueblo. El juicio, el castigo, iba a caer sobre Judá y Jerusalén por haber abandonado al SEÑOR. Pero Josías mismo no iba a vivir para ver aquel juicio.

Después de una noticia semejante, habría muchas gentes que dirían: 'Pues, si la situación es tan desesperada y sin

perspectiva, tampoco tiene sentido alguno intentar cambiar el rumbo ni luchar aún por un cambio completo. Entonces, bien puedo despreocuparme de todo, y seguir adelante ocupándome sólo de mi mismo.'

Si Josías hubiera reaccionado así, y hubiese pensado: 'Ya no hay nada que hacer; dejemos que todo discurra tal como va', con esa actitud habría hecho notar que a él le importaba principalmente su propio bienestar y prosperidad, en vez de Dios mismo.

Hay muchas personas que, si llega el caso, no están tan interesadas en Dios como en sí mismas. Hablando con propiedad, Dios las deja indiferentes y Cristo es para ellas nada más que un medio para hacerse mejores a sí mismas, y sacar provecho de Él. Y tan pronto como ven tambalearse ese provecho, abandonan a Dios y dejan de estar interesadas en lo que Él dice.

Es una verdad absoluta que amar a Dios y seguir a Cristo proporciona un enorme provecho: la vida eterna. Esto puede alegrarnos y parecernos portentoso pues lo podemos contemplar como una promesa. Pero, si sólo nos importara esto y en nosotros no hubiera nada del seguir a Cristo por amor a Él mismo, entonces habría en nosotros algo equivocado.

No fue este el caso de Josías pues él tuvo que oír: 'El juicio del SEÑOR llega sobre Judá y Jerusalén.' Pero esto no le llevó a pensar: 'Entonces ya no tiene ningún sentido llevar a la práctica el libro que hemos encontrado.' Antes al contrario; él amaba al SEÑOR con todo su corazón, y por eso también quería hacer cuanto estaba prescrito en el libro de la Ley. Él había amado siempre al SEÑOR, y le había buscado desde su más tierna infancia, por lo cual también ahora quería cumplir su Ley. Pero que en aquel momento llegara o no un juicio, no era lo fundamental para él. Lo que a él le importaba verdaderamente, era esta cuestión: '¿Qué quiere el SEÑOR que hagamos?'

Dieta reformadora

Y así, Josías se puso a trabajar. Hizo venir junto a él a los ancianos de Judá y Jerusalén. Durante aquella re-

unión, les contó el descubrimiento en el templo y les dio a conocer que quería convocar a todo el pueblo a reunirse para una especie de dieta reformadora. Se propuso una fecha para aquel día, y los ancianos recibieron el encargo de procurar que el pueblo se reuniera en aquella fecha en el templo.

En el día concertado, el pueblo -tanto adultos como pequeños- se congregó masivamente junto al templo; y entonces Josías leyó en alta voz todo el libro de la Ley, desde la A a la Z.

Realmente fue una predicación larga, y es seguro que el pueblo no pudo retener en la memoria todo lo que se le había dicho en una sola vez. Pero, lo que sí pudo penetrar en ellos fue este reconocimiento: 'Nuestra vida práctica dista muy mucho de lo que está en la Ley del SEÑOR.' Esto era lo que a Josías le interesaba lograr, pues quería que el pueblo, con una sacudida, se diera cuenta de que estaban totalmente en el camino equivocado, y que debían volver sobre sus pasos. Por lo que hizo a continuación, se pone de manifiesto que Josías se proponía como objetivo aquel regreso a la Ley.

Se subió a un podio y cerró un pacto en presencia del SEÑOR, una promesa solemne de que, de allí en adelante, se seguiría al SEÑOR y se cumplirían con alma y corazón sus mandamientos. Y todo el pueblo lo aprobó, diciendo: '¡Amén!'

Se podría decir, que el pueblo, masivamente, hizo profesión de fe. Para Josías, aquel día debió ser fantástico. ¿No es hermoso cuando todo un pueblo, como un solo hombre, parece dispuesto a iniciar un camino nuevo, y comienza a llevar a la práctica la Ley de Dios?

Consecuencia y desarrollo

Inmediatamente después de esta dieta, Josías se puso a hacer la tarea. Desencadenó una rigurosa lucha contra las imágenes, pues ¡acababa de mandar al pueblo que leyera el libro de la Ley! Habían oído lo que el SEÑOR pensaba de la idolatría, del culto a Moloc y la incontinencia santa (cf. Lv. 18:21; 20:1-5; Dt. 4:19; 12:2-4; 17:2-3; 18:9-

12; 29:17-29). El pueblo tembló, y Josías comenzó a tomar medidas duras: Todas las imágenes de ídolos y todo lo que tenía que ver con la adoración de los mismos, fue retirado del templo del SEÑOR y quemado en las afueras de Jerusalén. Todos los sacerdotes de ídolos en Judá y Jerusalén fueron destituidos, y los sacrificaderos profanados. Las estancias del templo del SEÑOR, en que se practicó la prostitución sagrada, fueron demolidas. Todo cuanto había tenido que ver con el culto público a los ídolos en Judá y Jerusalén, fue destruido. También fueron prohibidos los nigromantes y adivinos.Josías extendió sus actividades incluso hasta el que había sido Reino de las Diez Tribus. Además, ordenó celebrar nuevamente, por primera vez desde tiempos inmemoriales, la pascua, según la Ley del SEÑOR.

Esta fue, efectivamente, una serie de medidas impresionantes. Josías no lo dejó en buenas intenciones. Era una vuelta efectiva a los orígenes. Concretamente se puso fin a todo tipo de prácticas idólatras. El culto al SEÑOR en el templo fue purificado de toda clase de tradiciones no bíblicas. La Pascua fue restaurada nuevamente según la Palabra de Dios; y el escritor de Crónicas también menciona agradecido, que en Jerusalén y Judá, mientras Josías vivió, 'no se apartaron de en pos del SEÑOR' (2 Cr. 34:33). También esto es algo como para estar agradecido; pues, ¿con cuánta frecuencia en la iglesia no se queda todo en buenas intenciones? Muchas veces se llega realmente al reconocimiento de que ha entrado todo tipo de cosas que dañan a la Palabra de Dios, y que algo debía cambiar, pero, sencillamente, nada ocurre; y todo se queda solamente en una constatación; y con ello, naturalmente, nada se adelanta.

Por eso fue magnífico que en Judá y Jerusalén cambiara realmente algo. No obstante, el hecho de que en el culto público se produjera un retorno al SEÑOR y su Palabra, aún no significaba que ya todo estuviera en orden en el pueblo. Es verdad que en el culto se había vuelto a la Palabra de Dios, pero no en la vida diaria (cf. Jer. 9:13). En la doctrina, por decirlo de alguna forma, se había vuelto a ser ortodoxo, pero en la práctica de la vida cotidiana, se continuaba haciendo lo que cada uno quería;

y, entonces, el SEÑOR dice: 'Semejante ortodoxia no me sirve para nada.'

Circuncidados que, sin embargo, tienen el prepucio

La reforma de Josías no fue insignificante y, como es natural, produjo cambios portentosos. Imaginemos que, por encargo del gobierno, un grupo especial de desguace y derribo pasara por nuestro país con el fin de destruir y derribar todas las iglesias. Eso sería, sin más, un asunto resonante.

En la reanudación del culto en el templo es cierto que el pueblo también estuvo activamente implicado. Podemos suponer que el reencontrado libro de la Ley desempeñó un gran papel para el pueblo, pues antes de que fuera encontrado ya no se tenía idea de cómo quería el SEÑOR que se celebrara el culto en el templo. Pero ahora se conocía de nuevo, gracias al libro de la Ley.

Podemos comprender bien que eso, en combinación con la interrupción del culto público a los ídolos, llamaba poderosamentela atención del pueblo. Siempre ocurre así en una reforma. Entonces lo central es la supresión de toda clase de vicios, y el descubrimiento de lo que se había olvidado. Por poner un ejemplo: En la Reforma del siglo XVI, lo central fue la justificación sólo por la fe.

Así también en la reforma de Josías se puso un fuerte acento en la manera pura y bíblicamente responsable de realizar los sacrificios en el templo, y cosas por el estilo. Josías e Hilcías, el sumo sacerdote, procuraron que el culto bíblico fuera bien inculcado en el pueblo.

Pero, por más que todo esto fuera enérgico y radical, después de algún tiempo se hizo evidente que el corazón del pueblo no estaba tocado. Cuando se disipó un poco la polvareda causada por el derribo de los ídolos y santuarios, se vio claramente que no se había producido ninguna conversión; y, a pesar de estar circuncidados, aún 'se tenía' el prepucio; pues toda la casa de Israel constaba de incircuncisos de corazón (cf. Jer. 9:25-26). Pero, precisamente ahora la conversión interior es lo más importante, y lo que le interesa al SEÑOR (cf. Jer. 9:24); y ese era

el motivo de que la ira del SEÑOR que se cernía sobre el pueblo no se apartara desde los tiempos de Manasés, (cf. 2 R. 23:26, 2 Cr. 34:28; Mt. 23:31-35).

Pregunta esencial

La pregunta que tras un nuevo comienzo debe estar a la orden del día, es ésta: ¿Hay un retorno real al SEÑOR? Es la misma pregunta que hay que hacer también en la vida eclesial cuando se inicia un movimiento renovador. Si éste es un rechazo de reglas no-bíblicas, es buen asunto; pero la pregunta crucial sigue siendo ésta: ¿Este nuevo comienzo nos ha llevado también más cerca de Cristo? ¿Hemos llegado a vivir ahora más dependientes de Él?

Es lo que debemos seguir preguntándonos; pues, por desgracia, lo uno no garantiza lo otro. Es posible luchar con calor y entusiasmo contra organizaciones, reglamentos y tradiciones eclesiales que sofocan la Sagrada Escritura, mientras que, por otro lado, no se deja que la Palabra de Dios impere siempre en la vida personal.

Es posible. Uno puede estar en la brecha por la libertad cristiana y, entre tanto, abusar de esa libertad como un resorte para las propias pasiones pecaminosas. Entonces a uno no le preocupa la libertad de Cristo sino el desenfreno de las pasiones; y así no se deja a Cristo reinar en la propia vida, sino que uno se convierte en jefe de sí mismo. Por lo cual, la pregunta sigue siendo la misma: '¿Manda Cristo más en nuestra vida, o en este punto no hemos alcanzado absolutamente ningún progreso?' Si se trata de esto último, Dios dice: Todos esos aspavientos y todo ese celo por la libertad cristiana, no me interesan ni lo más mínimo.'

Comer a discreción: 7:21-28

El SEÑOR también le vino a decir a Israel: 'Haced de todo -holocaustos y sacrificios- un montón; comed a discreción; y engullid atropelladamente; me tiene sin cuidado' (7: 21).

Son unas palabras muy sorprendentes porque el hecho

de ofrecer sacrificios era precisamente algo que Israel volvía a hacer de nuevo según las reglas de la Ley de Dios. En las leyes mosaicas se hace una distinción clara entre holocaustos y sacrificios (cf. Lv. 1/7). En el holocausto, la víctima, después de ser desollada, era quemada íntegramente. Pero en un sacrificio, sólo una parte de la víctima (a saber: las grasas, riñones e hígado) eran quemados; el pecho y la pierna derecha eran para el sacerdote; y el resto del animal se lo comía el oferente y su familia, a modo de comida sacrificial (cf. 1 S. 1:4).

Antes del hallazgo del libro de la Ley ya no se tenía en cuenta esta distinción, y se comía también de los holocaustos. Pero, gracias a la reforma de Josías, se volvió a mantener de nuevo la distinción entre holocaustos y sacrificios, y los holocaustos volvieron a quemarse íntegramente. En consecuencia, las prescripciones del SEÑOR, en este punto, volvieron a ser obedecidas escrupulosamente, y hay que pensar que el SEÑOR diría: 'Bien está que, en este punto, hayáis vuelto a mi Palabra; pero, no os quedéis anclados en esto; seguid por el buen camino.'

Algo parecido a esto habría dicho ciertamente el SEÑOR si el corazón del pueblo hubiera estado en orden; pero allí las cosas estaban mal; y por eso el SEÑOR reacciona de muy distinta forma, y dice: '¡Oh, cuánto os preocupáis por esa distinción entre holocausto y sacrificio! Nada me interesa que sigáis estrictamente estas reglas, o que os comáis junta la carne de todos los sacrificios. ¿Acaso pensáis que cumplir estrictamente las prescripciones del sacrificio era el punto que a mí me preocupaba? ¡Ni hablar de eso! Yo busco algo totalmente distinto: Escuchad mi voz, entonces yo seré un Dios para vosotros, y vosotros seréis un pueblo para mí, para que os vaya bien (Jer. 7:23; Gn. 17:7; Dt. 7:6). De esto se trata: De un camino de vida en consonancia con mi Palabra. Si esto no existe, todo ese estricto cumplimiento de las prescripciones del sacrificio no me interesa nada.'

Relaciones y contextos

El SEÑOR lo dice en términos muy fuertes: 'Porque no

hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas' (7:22). Cuando uno lee esto, la primera reacción es: '¡Vaya, vaya! ¿Y todas esas prescripciones en los libros de Éxodo y Levítico?'

Esta es una de esas expresiones de la Sagrada Escritura con la que uno puede quedarse totalmente a oscuras cuando no se tiene en cuenta su relación y contexto históricos. Por desgracia, esa confusión de relaciones y contextos ocurre muy a menudo. Hay, por ejemplo, muchas personas que, al leer la Biblia, sólo buscan palabras personales para su «alma»; y así, a las relaciones y contextos se los da de lado, y sólo se va en busca de esos pequeños y personales guiños de Dios. Pero cuando se ignora la relación de un texto con el contexto, y resplandece por sí solo, entonces ese texto inevitablemente adquiere una función y significado totalmente distintos de los que el SEÑOR le había dado. Esto es hacer un uso muy peligroso de la Biblia, como se comprende claramente por las palabras del SEÑOR en Jer. 7:22.

Cortar

Cuando no se tiene en cuenta el trasfondo y relación de esas palabras, entonces éstas llegan a sostenerse como un dato independiente, y llevan una vida propia fuertemente en contra de las leyes mosaicas, en las que, sin duda alguna, se dan prescripciones para la práctica del sacrificio. Entonces, sólo hay dos salidas: La primera, partir de las prescripciones del sacrificio en las leyes mosaicas y concluir que Jer. 7:22 no es exacto, y que da una presentación equivocada de las cosas. Y si se da un breve paso adelante, se dice: 'Si, respecto de un dato tan importante en la Biblia como los sacrificios, se hallan juntas esas expresiones totalmente excluyentes, la fiabilidad de la Biblia no es tan grande.'

La segunda salida es partir de la exactitud de Jer. 7:22; pero, entonces, este texto se convierte en una palanca para remover las leyes mosaicas; y así se comienza a decir: 'En esas leyes se actúa realmente como si las prescripciones del sacrificio fueran dadas por Dios en el desierto.' Pero,

según Jer. 7, esa es una presentación del asunto enteramente inexacta; y entonces, también aparece este otro pensamiento: 'Un libro en el que se producen semejantes contrasentidos, no puede ser, a pesar de todo, la Palabra de Dios.'

En ambos casos se procede a recortar la Biblia y a rechazar determinadas cosas y conceptos, sólo porque no se tiene en consideración relaciones y trasfondos; y, de esa manera, inevitablemente se pierde la Biblia como Palabra de Dios.

¡Dame tu corazón!

Cuando se tiene en cuenta el contexto y los trasfondos, se obtiene otra imagen muy distinta, pues no es necesario extrañarse por el hecho de que Dios diera prescripciones para sacrificios en el desierto. Es que realmente se las dio a Israel, y fueron tan importantes que, además, quiso que se cumplieran.

Pero cuando Israel, en los días de Jeremías, vivía en la presuposición de que todo marchaba bien en la relación con el SEÑOR si aquellas prescripciones sacrificiales se cumplían, sin que se hablara de una verdadera conversión en la forma de vida, entonces el SEÑOR dice: 'Vuestros sacrificios no me importan en absoluto (cf. Am. 5:21-24). Yo nunca he dado prescripciones con las que se pueda separar entre la práctica de los sacrificios y la práctica de la vida. Yo nunca he dicho que la relación conmigo esté basada en un cumplimiento estricto de las prescripciones sacrificiales. Al contrario. Todas las leyes que yo di, tienen únicamente un solo tema central: ¡Dame tu corazón!'

Y esto era lo que le faltaba a Israel (7:24): 'Nunca has querido entregarme tu corazón. Por eso nunca has obedecido mis leyes.' Israel ofrecía realmente sacrificios; y lo hacía incluso al pie de la letra y con todo detalle según lo prescrito. Pero eso es algo que se puede hacer sin que el corazón esté relacionado esencialmente con ello. Incluso uno puede esmerarse tanto en ello que todos le tengan por una persona seria y piadosa, mientras que, en realidad, nada le entrega al SEÑOR.

Así le ocurría a Israel: Nunca hizo aquello que importaba en la Ley. Tampoco cuando el SEÑOR envió, uno tras otro, sus profetas (7:25-27). Nunca se convirtieron respecto a este punto fundamental. Por lo cual, en el siguiente v. 28, el SEÑOR puede dar esta característica de Israel: 'Este es el pueblo que no escucha la voz del SEÑOR, su Dios, y que incluso ni por los juicios del SEÑOR se deja llevar por el buen camino. Es un pueblo totalmente desobediente y obstinado. La sinceridad ha desaparecido de su boca.'

Corrupción: 9:1-9

Jeremías procede a dar una breve ampliación de lo últimamente expresado: 'Todos son adúlteros; son una banda desleal. Tensan su lengua como un arco de mentira. En el país impera la deslealtad. Caen de mal en peor. No me quieren conocer (vs. 2 y 3). Toda la convivencia comunitaria está enferma. La comunión de los santos se ha deteriorado. En cuanto a la relación de los hermanos, no todo hermano es de fiar; cada hermano es un pillo redomado (v. 4). Se saludan amigablemente; pero, entre tanto, se acechan unos a otros (v. 8).' Este es el reverso exacto de lo que la comunión de los santos debería ser, según el Salmo 133. Aquí, la comunión de los santos se ha convertido en una afrenta. Las relaciones se han corrompido tan excesivamente, que Jeremías mismo lo tiene difícil (v. 1). '¡Oh, si simplemente conociese, aunque fuera muy lejos en el desierto, un alojamiento para viajeros! Entonces no haría sino marcharme, y dejaría a mi pueblo (v. 2). Uno puede sentirse mejor en el desierto que en la iglesia', dice Jeremías.

Hacia el desierto

Seamos sinceros: Aún hoy día, muchos repiten lo que Jeremías dice. ¡Cuántos han abandonado su iglesia (también la nuestra) sin que se tratara de una oposición directa contra Cristo, sino porque no pudieron aguantar más en aquella iglesia! Se desesperaron por la frialdad mortal que allí reinaba, o por un altercado interminable.

Ha habido quienes, semana tras semana, no experimentaban otra cosa que vehementes intercambios de palabras cuando se hablaba sobre la iglesia o sobre una predicación. Se confrontaban con chismes venenosos sobre hermanos y hermanas. Vivían en un ambiente de enemistad fratricida. Los domingos se sentaban casi juntos en la iglesia, y se hacían mutuamente guiños amigables. Pero, aún no había concluido el culto, cuando ya escupían su hiel sobre unos y otros.

Entonces hubo muchos que no lo pudieron soportar, y dijeron: 'Uno puede sentirse mejor en el desierto que en la comunión de los santos'; y añadieron los hechos a la palabra: Abandonaron la iglesia y se internaron en el desierto; en un auténtico desierto. Y, de verdad, no lo hicieron porque encontraran atractivo el desierto en sí mismo, sino porque la comunión de los santos se había hecho más terrible que el desierto.

Necio

También en Israel estaba envenenada la comunión de los santos. Llevaban sus sacrificios al templo, en completa conformidad con las normas de la Ley, por lo cual estaban bastante orgullosos. Había en ellos nuevamente un cierto conocimiento: 'Nosotros somos el pueblo del SEÑOR.' ¿Acaso no habían renovado el pacto con Él? (2 Re. 23:3). ¿No estaban circuncidados? Y, además, ¡aquella Ley que habían reencontrado! A pesar de todo, la tenían nuevamente (Jer. 8:8). Y decían: 'Ahora volvemos a tener la sabiduría a nuestra disposición.'

Pero el SEÑOR, dice: 'No me conocen; rechazan conocerme (9:2, 6).' Al hilo de estos versículos, hay que volver a tener bien en cuenta el contexto. De ahí se deduce que el rechazo a reconocer al SEÑOR brota de que en la comunión de los santos las cosas marchan de manera tan pagana.

Frecuentemente, pensamos: 'Si en la iglesia no sirven de nada las relaciones mutuas, la relación con Cristo, sin embargo, aun puede ser buena.' Pero, en estos versículos, el SEÑOR manifiesta: 'Cuando la comunión de los san-

tos está enferma, eso demuestra que la relación con Dios tampoco es buena' (cf. 1 Jn. 1:5-6; 2:9). Donde se hace agria la vida como hermanos y hermanas, y donde el clima en la comunión de los santos se hace tan imposible de soportar, que uno puede vivir mejor en el desierto que en la iglesia, allí se está rechazando conocer a Dios. Sin embargo se puede llegar a estar realmente orgulloso y jactarse de la posesión de la Palabra de Dios, y afirmar que la sabiduría está a nuestra disposición. Pero entonces el SEÑOR viene a decir: '¡Qué necio pensamiento! No es suficiente la posesión de mi Palabra; se trata de que sea cumplida; y esto es precisamente lo que no hacen. Mientras se enorgullecen de la posesión de la misma, de hecho la han rechazado. ¿Qué clase de sabiduría, pues, tienen aún? (Jer. 8:9), porque aun con mi Palabra en el bolsillo, se han hecho necios.'

Sabiduría verdadera: 9:23-24

En contraste con esa necedad, en estos versículos se halla algo sobre la sabiduría verdadera, que no consiste en gloriarse en lo que tenemos, poseemos y hemos logrado; cosa que los hombres hacemos frecuentemente. Se trata de desistir de nosotros mismos, de nuestra iglesia, de cuanto todos nosotros podemos, hacemos y damos de sí.

'Olvídate sencillamente de eso' -dice el SEÑOR. 'Gloríate en mí, el SEÑOR, que hago misericordia y justicia y derecho en la tierra.'

Las palabras misericordia, derecho y justicia son familiares en la esfera del Pacto, e indican que el SEÑOR es leal a su Pacto y que retribuye las promesas del Pacto, pero también que cumple las amenazas del mismo cuando el pueblo rompe el Pacto por no vivir según la Palabra de Dios.

El pueblo se jactó de que el Pacto estaba renovado; pero este gloriarse no tenía contenido ninguno. 'Gloríate en mí', dice el SEÑOR; 'éso es gloriarse de manera buena. Conóceme como yo te conozco a ti realmente. En las personas que lo hacen, tengo complacencia' (cf. 1 Co. 1:30-31; 2 Co. 10:17).

2 REYES 23:25-27 y 2 CRÓNICAS 35:20 - 36:4

La reforma de Josías no había alcanzado el corazón del pueblo; lo cual, para Jeremías, era un asunto constatado, y contra el que se debía profetizar. Para entender correctamente sus profecías de la época posterior a Josías, debemos volver a bucear brevemente en los trasfondos históricos.

Asiria

Diez años después que fuera encontrado el libro de la Ley en el templo y Josías hubiera iniciado su reforma, el mundo se alarmó por la noticia de que Nínive había caído. Nínive era la capital del imperio mundial asirio. Unos 150 años antes de la caída de la ciudad, Jonás ya tuvo que profetizar contra ella. Pero, entonces, Nínive se libró de la caída. Finalmente, corrió la misma suerte que los asirios habían provocado a otras muchas ciudades. En aquel tiempo los asirios eran conocidos como pueblo duro, despiadado y feroz. El Reino de la Diez Tribus lo había experimentado, pues fue totalmente borrado del mapa por los asirios. La población fue llevada, en gran parte, al destierro, y Samaria fue devastada profundamente. Los asirios practicaron con frecuencia este método. La población de los terrenos conquistados era deportada, y en los territorios desmantelados era introducida otra población (cf. 2 Re. 17:24-32). De esa manera quedaba rota cualquier forma de oposición. Los pueblos deportados ya no podían desplegar ningún poder político. De este modo, también

la existencia del Reino de las Diez Tribus quedó rota para siempre.

Por aquel mismo tiempo, Asiria también había amenazado a Judá y Jerusalén. Providencialmente, en aquel entonces reinaba en Jerusalén el piadoso rey Ezequías, el cual se dirigió al SEÑOR en aquel momento de necesidad y amenaza por parte de Asiria. Fue entonces cuando el SEÑOR destruyó de manera impensable al ejército de los asirios, sin que 'se disparase un solo tiro' (cf. 2 Re. 17/19).

Pero después de la muerte de Ezequías, Manasés se sometió a Asiria, y Judá se hizo un estado vasallo; sin embargo, hacia el final del largo régimen de Manasés, el imperio asirio comenzó a debilitarse a causa del creciente poder de Babilonia. Manasés pensó aprovecharse de ello, y se reveló contra los asirios. Pero éstos eran aún suficiente fuertes como para 'llamar al orden' a un pueblecillo como Judá, y Manasés mismo fue deportado por un tiempo al destierro; así, momentáneamente, Judá tuvo que resignarse a estar aún bajo el poder de los asirios (2 Cr. 33).

Pero la debilitación del imperio asirio siguió adelante. Después de 25 años del levantamiento de Manasés, Josías declaró a Judá un estado independiente. Esto ocurría en la misma época en que el libro de la Ley del SEÑOR fue reencontrado en el templo. Así pues, la restauración religiosa y política coincidían.

Un país, un rey

Josías extendió su trabajo reformador y la supresión del culto público a los ídolos, hasta lo que había sido Reino de las Diez Tribus. Los asirios se habían debilitado demasiado para poder hacer algo contra ello.

La actuación reformadora de Josías en el territorio del Reino de las Diez Tribus, se había unido a la idea de que también este territorio pertenecía a la tierra prometida, y dado que las posibilidades estaban presentes, intentó atraerlo dentro de su esfera de influencia política. Detrás de esto se hallaba el ideal de Un solo país, bajo un solo rey.

Por las medidas que Josías tomó, recibimos la impresión de que él tenía esta visión fuertemente arraigada, y que aspiraba a un reino reunificado bajo la casa real davídica. Esto, en un hombre como Josías, había nacido de las promesas de Dios, y estaba inspirado en el camino de salvación que Dios había emprendido con su pueblo. Por tanto, nada equivocado había en aquella visión de un solo país bajo la autoridad de un solo rey.

Además, unos 150 años antes, Oseas había profetizado acerca del Reino de las Diez Tribus, que éste pasaría muchos años sin rey y sin príncipe, sin sacrificio y sin piedra santa, sin efod ni terafín. Pero, después de esto, llegaría la conversión y buscarían al SEÑOR su Dios, y a David su rey (cf. Os. 3:4-5).

Respecto a esa vuelta al SEÑOR, es evidente que fue puesta en marcha por Josías porque extirpó de allí la idolatría y el culto a los baales. ¿No era, pues, lógico que ahora también hubiera llegado el tiempo de aquella otra parte de la profecía que hablaba del reavivamiento bajo la realeza davídica? Lo que hizo Josías no fue inspirado por un hombre de poder político, sino por una promesa bíblica (cf. Ez. 37:15-28 y Jn. 10:16).

Esperanza engañosa

A pesar de que Josías se dejó inspirar por una promesa bíblica, debemos constatar, sin embargo, que, respecto al caso que nos ocupa, no tuvo en cuenta suficientemente los signos de los tiempos.

Lo que vio fue la fragmentación y decadencia del imperio asirio. Nínive cayó. Las profecías de Nahum (2 y 3), y la de Sofonías (2:13-15) y la de Isaías (30:31-33) se cumplieron. ¿Qué otra cosa podía esto significar que también ahora se cumpliría la promesa de Oseas 3, y que había llegado el momento de la reunificación del reino davídico?

Pero Josías se olvidó de fijarse en otra cosa. Bien es verdad que Asiria ahora, según las promesas de Dios, yacía derrotada, pero surgía, una vez más, un nuevo poder mundial: Babilonia. Tampoco tuvo en cuenta suficientemente el hecho que el SEÑOR aún no había olvidado los

pecados de Manasés (cf. 2 Re. 23:26-27); y, además, olvidó que tanto Sofonías (cap. 1) como Hulda (2 Re. 22:15-20) y Jeremías habían hablado del juicio de Dios sobre Judá y Jerusalén.

Josías no alcanzó a ver todo esto, ni comprendió el hecho de que el pueblo, aunque era verdad que se cuidó de restablecer correctamente el culto en el templo, no se había convertido al SEÑOR en su vida diaria; y, por consiguiente, no podía contar con un restablecimiento de Israel, sino únicamente con el juicio de Dios.

Josías soñó con la tierra prometida en una situación restablecida; pero no tuvo en cuenta que, con su sueño, dejaba de lado al SEÑOR. Pero Él quería ir en otra dirección, y Josías debía saberlo. La promesa de la restauración estaba allí y también se cumpliría. Pero, en primer lugar, se desataría el juicio sobre Judá y Jerusalén. Josías, debido a la calma temporal en la política mundial, se dejó engañar hasta pensar que había llegado el tiempo de la reunificación. Pero, de hecho, era la calma previa a la gran tormenta.

Signos de los tiempos

Josías hizo lo que todos nosotros hacemos alguna vez. Nos aferrarmos tanto a determinadas palabras de Dios y nos dejamos cautivar por ellas de tal manera, que nos cegamos y pasamos por alto otras palabras de Dios. Por ello, alguna vez podemos caminar diametralmente contra Cristo, mientras pensamos que estamos andando al paso con Él.

Del mismo modo, podemos soltarnos de Su mano y construir una situación restablecida, y animarnos mutuamente con estas palabras: 'El Dios del cielo hará que tengamos éxito'; mientras Dios dice: 'No es tiempo de edificar, sino de destruir.' Por esta razón, incluso cuando basemos nuestra actuación en la Palabra de Dios, debemos preguntarnos constantemente: '¿Tenemos en cuenta todos los datos, o dejamos a un lado una parte principal de los mismos?'

Los tesalonicenses, por ejemplo, se dejaron dominar tanto

por la promesa de la venida de Cristo, que ya no tuvieron en cuenta todo tipo de datos, como la gran apostasía y la venida del anticristo, y por ello llegaron a actuar de manera totalmente equivocada, obligando a Pablo a intervenir apresuradamente (cf. 2 Ts. 2). Entre nosotros es frecuente que esto ocurra al revés. A veces nos ocupamos tanto de cómo podemos construir una convivencia eclesial duradera y verdadera, que pueda resistir la corriente de los tiempos, que apenas nos dejamos influenciar por los signos de los tiempos y no tomamos en cuenta realmente la venida de Cristo; y esa actitud de ignorar los signos de los tiempos, pasando por alto los datos bíblicos, puede ser un asunto arriesgado; como le pasó a Josías.

Necao

Para la gente de Judá y Jerusalén, la caída de Nínive y el colapso del imperio asirio fue una buena noticia; pero había alguien que no estaba contento con ello.

El Faraón Necao de Egipto no sintió nada la desaparición del imperio asirio. Él temía el poder creciente de Babilonia y la política agresiva de los reyes babilonios, y consideró que era mucho más seguro si la debilitada Asiria continuaba existiendo como un tope entre él y Babilonia; y por eso se puso en camino con un ejército para ayudar y sostener al decadente imperio asirio. Cuando Josías oyó esto, no lo dudó un momento, y preparó enseguida un ejército y partió a interceptar a Necao y obligarle a retroceder a su país; aquella acción de Necao perturbaba su sueño. Si Asiria, con ayuda de Egipto, permanecía en pie, muy bien podría ocurrir que nada quedara de su soñada unificación del reino davídico, pues entonces Palestina permanecería bajo la influencia asirio/egipcia, y así el sueño de Josías seguiría siendo un sueño.

Los ejércitos se enfrentaron en Meguido. Necao tenía prisa. Toda demora podía tener como consecuencia, que llegara tarde para poder ayudar aún al aliado asirio. Por eso no quiso librar batalla alguna contra Josías. No le tenía miedo a su pequeño ejército, y tampoco dudaba de la

victoria. Pero, sencillamente, no quería perder tiempo, y, además, tampoco quería exponer su ejército a la pérdida de soldados, emprendiendo una campaña en la que cada combate, aunque estuviera cierto de la victoria, costaría necesariamente vidas humanas y heridos.

Portavoz de Dios

Con el fin de evitar una confrontación, Necao envió a Josías el mensaje siguiente: 'Yo no vengo contra ti hoy, sino contra la casa que me hace guerra; y Dios me ha dicho que me apresure...' (2 Cr. 35:21). Pero Josías no hizo caso de este mensaje; y tampoco se mencionan sus reflexiones al respecto. Pero podemos imaginarnos lo que pensaría: '¿Qué sabe de Dios, y de los planes del mismo, un rey egipcio pagano? ¿Cómo se puede imaginar realmente que Dios está de su lado? En los días de Ezequías, Senaquerib también pretendió que Dios le había enviado; pero no era así; y tampoco ahora es verdad que Dios está a su lado. Es a mí a quien interesa el reino de la promesa de Dios; por eso lucho; por eso estoy en pie de guerra. ¿Cómo, pues, puede Necao decir, que yo me opongo a Dios? ¡Cuando uno se orienta por las promesas de Dios, jamás se puede oponer a Él!'

Indudablemente, así reaccionaríamos nosotros en una situación semejante. Nunca nos parecería posible que un pagano conociera mejor que nosotros los planes de Dios. Pero, sin embargo, aquí se dice expresamente: 'Mas Josías... no atendió a las palabras de Necao, que eran de boca de Dios...' (v. 22). Así pues, Dios mismo avisó a Josías por boca de Necao.

Esto ocurre frecuentemente en la Biblia. A veces Dios puede hacer uso de un pagano completamente desconocido que no conoce al SEÑOR, para transmitir su Palabra a su pueblo. Recuérdese el caso de Balaam, por ejemplo; y también a un hombre como Caifás que está frontalmente opuesto a Dios, pero que profetizó en un momento dado por medio del Espíritu (cf. Jn. 11:49-51).

Así usó Dios en aquel momento a Necao, para hacer saber a Josías: 'Tú me resistes; estás en el camino equi-

vocado, y no comprendes adónde quiero llegar. Aún no es tiempo del cumplimiento de la promesa respecto de un solo reino bajo un solo pastor; ni entiendes el tiempo en que vives.' Así también hoy día Dios puede hacer uso de personas no creyentes para ayudarnos a entender nuestro tiempo. Nosotros, por anticipado, nos inclinamos a excluir esa posibilidad; y entonces decimos: 'Dios habla por sus profetas en el Antiguo Testamento y por su Palabra. Dios no habla fuera de esos profetas y fuera de la Biblia.' Sin embargo, eso no es absolutamente cierto. Necao no era precisamente profeta, sino que era alguien totalmente extraño ante el Dios de Israel; y, esto no obstante, Dios puso sus palabras en boca de Necao y habló por medio de un rey pagano. Y aunque esto encaje o no con nuestras teorías, sus palabras están ahí.

Bien es verdad que Josías ya debía saber lo que Dios le hizo oír por medio de Necao. Josías disponía de datos suficientes para poder entender su tiempo y poder saber que se encontraba huyendo del SEÑOR. También nosotros disponemos de datos suficientes para entender nuestro tiempo. No sólo tenemos una Biblia mucho más extensa que Josías, sino que además Cristo nos ha dado su Espíritu que quiere ayudarnos a situar todos esos datos en la luz y perspectiva justas. Pero también ahora hay veces en que Dios puede llamarnos al orden repentinamente por medio de un no creyente, y puede hacer uso de alguien así para mostrarnos algo que muy bien podíamos saber, pero que no tuvimos en cuenta.

Juicio que se acerca

Josías no hizo caso del aviso. Se había aferrado muchísimo a su sueño, y comenzó la batalla contra Necao. Cuando las flechas de los arqueros egipcios le hirieron mortalmente, su sueño estalló como una pompa de jabón. Así se puede dañar uno a sí mismo cuando no entiende los signos de los tiempos. Entonces el día de Cristo se le viene encima como un ladrón. Mientras se piensa que nada ocurre, le sorprende una ruina repentina como los dolores de parto a una mujer embarazada. Así le ocurrió a

Josías, y arrastró con él a su pueblo en su derrota. El juicio de Dios, que no iba a llegar en los días de Josías, obtuvo entonces vía libre y comenzó a entrar en vigor. Judá perdió su autonomía. Joacaz, que sucedió a su padre Josías, fue destituido por Necao a los 3 meses y llevado preso a Egipto. (Cf. Jer. 22:10-12; Salum = Joacaz: cf. 2 Re. 23:31-34). El pueblo tuvo que pagar una fuerte multa; y Joacim fue puesto en el trono como vasallo de Egipto. Un período se había cerrado; un período en el que aún había paz y espacio para respirar. Y se inicia un período nuevo en el que el juicio del SEÑOR cada vez se aproxima más, y finalmente se descarga.

JEREMÍAS 21:11 - 22:19

Perfil de una casa real

La profecía que encontramos en el pasaje arriba indicado, se dirige a los reyes que gobernaron en Judá después de Josías.

El gran reproche que resuena en el v. 12 es que la casa real de Judá no hace justicia y deja campo libre a los opresores.

Hablando con propiedad, esta es una terrible acusación, pues los reyes davídicos debían, según el Salmo 72, ser reyes cuyo régimen se caracterizara y tipificara por la paz, el derecho y la dignidad para todo aquel que temiera al SEÑOR (cf. también el Salmo 101). En esto, la casa real debía ser prueba y señal de la realeza del SEÑOR sobre su pueblo. Pero, como falló en ese encargo, el pueblo quedó privado de la visión del SEÑOR, y de su derecho y justicia. Jeremías fue enviado a palacio y allí tuvo que hacer un llamamiento a la conversión y a acabar con la injusticia, la violencia y la opresión (22:1-9).

Edificar con injusticia

Desde el texto 22:10, ya no se habla más de la casa real de Judá en general, sino que se analizan concretamente los reyes que se mencionan.

Salum, o bien Joacaz, reinó demasiado poco como para poder hacer algo. Así pues, en 22:10-12, tampoco se habla de lo que ocurrió con él; y hay mucha más razón para lamentarse de su destino, dice el SEÑOR, que del fallecido Josías.

A partir del vs. 13 se trata de Joacim, el cual, sin duda alguna, hizo algo. Comenzó a construir para sí mismo un gran palacio que costó mucho dinero; pero el dinero era muy escaso en aquellos días. El faraón Necao se había llevado consigo a Egipto una buena cantidad de oro y plata como botín de guerra. Era una cantidad de 100 talentos de plata y 1 talento de oro. Si tenemos en cuenta que 1 talento eran unos 34 kgs., queda claro que fue una suma considerable de dinero. Joacim tuvo que recaudar de su pueblo unos grandes impuestos para reunir todo aquel dinero para Necao (cf. 2 R. 23:35). Judá estaba muy mal económicamente, y el arca del tesoro del rey estaba vacía. ¡En aquellas circunstancias, Joacim se dispone a construir un palacio grande y costoso! Pero un buen día Jeremías se encuentra junto a las zanjas y andamios, y dice: 'Ay de aquel que edifica su casa con injusticia, sus salas sin equidad. Los muros de este palacio no son edificados con piedras, y las salas no son levantadas de madera de cedro. Aquí se edifica con iniquidad e injusticia; esos son los materiales de construcción de este palacio.'

¿Y qué clase de iniquidad era? Joacim hizo trabajar sin paga a los obreros en la construcción de su palacio, pues partía del hecho que él, en cuanto rey, podía sencillamente dejar de pagarles el jornal. ¿Acaso sus súbditos no tenían la obligación de obedecerle y hacer lo que él les ordenara? Con respecto a su rey, las gentes no podían hacer ninguna reclamación de jornal.

Pero, entonces, el SEÑOR dice: 'Olvídate de eso, Joacim. Lo que haces es iniquidad pura. Con tu padre Josías, las cosas iban mejor; él hizo justicia y derecho; y entonces le fue bien. Pero tú solamente tienes ojos y corazón para las ganancias injustas, para derramar sangre inocente y para crear opresión y violencia.'

Coherencia

Es importante tener en cuenta la coherencia entre estas cosas. Quien, como Joacim, estaba dispuesto a hacer ganancias injustas, no se arredraría ante la violencia, e incluso estaría dispuesto a pasar por encima de cuerpos

muertos, cuando esa ganancia estaba en juego. Cuando los hombres que tienen el poder en sus manos sólo alcanzan a ver cómo pueden aprovecharse lo máximo posible de sus subalternos, ello conduce inevitablemente a la opresión, a practicar la violencia y al derramamiento de sangre.

Jeremías debía exponer claramente que el SEÑOR no dejaría pasar por alto semejantes prácticas de la casa real davídica. Y en el 22:5, en nombre del SEÑOR, anuncia: 'Si no pones fin a esta injusticia, destruiré este palacio.' Y en los vss. 18 y 19, se le dice a Joacim que será enterrado como un burro, y su cuerpo será echado fuera de la ciudad, expuesto al calor del día y al frío de la noche (cf. Jer. 36: 30).

La expresión de 2 R. 24:6: 'Y durmió Joacim con sus padres', no significa otra cosa que: 'murió'.

Así cayó el juicio del SEÑOR sobre la realeza davídica que no mostró la imagen de la realeza mesiánica del Salmo 72.

JEREMÍAS 7:1-15 y 26:1-19

Empeoramiento

Durante el reinado de Joacim, todo lo edificado por Josías quedó destrozado. De inmediato, el culto público a los ídolos comenzó a levantar cabeza. Joacim no hizo nada en contra de esto, y no pasó mucho tiempo hasta que la ciudad y el país mostraran de nuevo la misma imagen que existía al comienzo del régimen de Josías. En todas partes se podían encontrar de nuevo altares,pilares santos y santuarios a los ídolos. Junto a esto, el culto en el templo del SEÑOR seguía practicándose. A este respecto, cuanto Josías había hecho seguía influyendo, pero, poco a poco comenzaron a penetrar, incluso en el templo, las imágenes de los ídolos (cf. Ez. 8), y la conducta del pueblo, que durante Josías no mejoró, ahora, como es natural, no hizo progreso alguno. Tampoco es de esperar cuando el rey mismo no da buen ejemplo.

Culto al aire libre

Cuando aún hacía poco que Joacim gobernaba, Jeremías recibió el encargo de predicar la palabra del SEÑOR, en la plaza del templo de Jerusalén, a todo Judá (7:2) y a todas las ciudades de Judá (26:2). Esto debió ocurrir en uno u otro día de fiesta en que mucha gente llegaba a Jerusalén.

Imaginémoslo por un momento: La plaza del templo está llena de gente. Jeremías está de pie en uno de los edificios de la puerta y comienza a hablar desde allí a la

gente. Era una especie de culto al aire libre que, por lo demás, transcurría algo menos tranquilo que nuestros cultos, no sólo porque, como es natural, se andaba constantemente de acá para allá, sino también porque se levantaba bastante marejada y agitación por las palabras de Jeremías.

Alarmante: 7:1-15

Este capítulo 7 del libro de Jeremías da una reproducción más detallada de la predicación de Jeremías que el capítulo 26; pero es, naturalmente, sólo un resumen. Lo que Jeremías tiene que contar es, por lo demás, bastante alarmante: 'Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os haré morar en este lugar' (v. 3).

Al SEÑOR le consternaban las obras y la vida de su pueblo. No se practicaba el derecho entre ellos. Los extranjeros, las viudas y los huérfanos estaban oprimidos. Se derramaba sangre inocente en aquel lugar, es decir, no sólo en Jerusalén, sino también en la plaza del templo donde Jeremías estaba hablando. El pueblo iba trás otros dioses. Robar, asesinar, cometer adulterio y jurar en falso estaban a la orden del día. Todo, en su conjunto, conformaba una lista interminable. Y todo ello era ya una costumbre en Judá y en Jerusalén.

En resumen, todo se reduce a esto: Que cada uno pensaba sólo en sí mismo, en su interés propio y en cómo podía aprovecharse mejor de las circunstancias. Nadie se interesaba por los demás.

Debemos comprender bien que el SEÑOR no denunciaba estas cosas en los paganos. También ocurrían entre éstos, como es natural; pero, ahora no le preocupaba eso. Aquí se trata de Israel, su propio pueblo. En este pueblo no deberían ocurrir estas cosas. Aquí se sabía, que se debía amar al prójimo como a uno mismo. Pero, en lugar de amar al prójimo, se pasaba por encima de él, se le maltrataba y se le pisoteaba el corazón. Después de todo, pensaban, se trata de uno mismo. ¡Cuanto más fuertes sean los codos, tanto mejor! ¡Empuja a todos los que te estorban en el camino!

¡Si no puede ser por las buenas, pues, por las malas!

Raíz

La manera en que eso ocurre viene determinada por las circunstancias en que se vive. Así pues, las víctimas de aquella situación en Israel eran especialmente los extranjeros, las viudas y los huérfanos; y éstos mismos eran quienes, en el antiguo mundo oriental, apenas o ninguna protección legal poseían. Y el derramamiento de sangre inocente en aquel lugar, desde luego no tenía nada que ver con el asesinato ordinario, sino con el pronunciamiento de una condena oficial por los jueces que se sentaban en el pórtico del templo, y éstos, con frecuencia,eran corruptos, y, a veces, eran comprados por los verdaderos culpables, y condenaban a muerte a los inocentes. También podemos recordar la sangre de profetas que fue derramada en la plaza del templo, como ocurrió, por ejemplo, con Zacarías, hijo del sacerdote Joiada (cf. 2 Cr. 24:20-22).

Las circunstancias en que vivimos, han cambiado; pero la raíz de donde procedían estas cosas, también está plenamente presente entre nosotros, y a medida que la actitud para tener en cuenta exclusivamente el interés y provecho propios se hace más fuerte en el mundo que nos rodea, también nosotros como cristianos nos vemos más expuestos a esa tentación.

Esto es fácil de constatar. La disponibilidad para dejar de hacer, por amor al prójimo, determinadas cosas que uno mismo quiere, disminuye. A pesar de todo, uno es su propio jefe; y es demasiado tonto tener que admitir que, en cada actuación, se contará con los demás. Eso es irrisorio. En Israel faltaba eso. No había amor al prójimo, sino sólo amor a uno mismo.

El templo del SEÑOR

Añádase a esto que no sólo se engañaba al prójimo, sino que también se iba trás otros dioses. No podía ser de otra manera, pues amar a Dios y al prójimo es un solo mandamiento. Donde se está torcido con el uno, tampoco se está en regla con el otro. Quien pasa por encima de su prójimo, tiene un ídolo, por ejemplo, el dinero o el po-

der o una carrera brillante; quien sirve a su propio interés, sirve inevitablemente a uno u otro ídolo.

No veían que por su manera de actuar y de vivir, atraían hacia sí mismos el juicio de Dios. Al contrario, estaban plenamente convencidos de que estaban bien y protegidos (7:10).

¿De dónde llegaba esta suposición? Era una consecuencia de lo que oían a cada paso. Los sacerdotes y profetas de Jerusalén insistían en ello: -'Templo del SEÑOR, templo del SEÑOR, templo del SEÑOR es este' (7:4). 'Aquí debes estar; aquí estás bajo la protección del SEÑOR; aquí estás seguro y protegido.'

Esta era una predicación llena de consuelo, estimulante y atestiguadora de una confianza fuerte en el SEÑOR; y el pueblo aceptaba y creía esa predicación, e iba contento al templo de Jerusalén; confiaba que estaba bajo la protección del SEÑOR, y los salmos resonaban en la plaza del templo: 'Este es nuestro Dios; Él nos guiará hasta la muerte'(Sal. 48:14).

¿Acaso no era hermoso que sacerdotes y profetas enseñaran al pueblo a confiar en el SEÑOR? No; no era tan bonito, pues enseñaban al pueblo a confiar en palabras engañosas (7:8; Dt. 29:19-20). Sus bonitas palabras no armonizaban con la conducta del pueblo y de ellos mismos. Pensar sólo en el interés propio y estar bajo la protección de Dios, se excluyen mutuamente. Puesto que los sacerdotes y profetas descuidaron considerar esto, Jeremías tuvo que recalcarlo plenamente. Donde se descuida la Palabra de Dios en el comportamiento, no se está bajo la protección de Dios; y allí llega inevitablemente el juicio; y el templo tampoco ofrece garantía; pues también éste se hundirá en el juicio, exactamente como en su día el santuario en Silo (7:14; cf. Jos. 18:1; Jue. 18:30-31; 21:19). Esta ciudad fue alcanzada por una catástrofe en el siglo IX a. C. Una confianza alegre es hermosa; pero sólo es real cuando no vivimos para nosotros mismos, sino para Cristo.

Furiosamente: Capítulo 26

Cuando Jeremías puso el dedo en la llaga, provocó una

oposición enorme en aquellos que le oyeron, lo cual no es tan extraño, pues el hombre no quiere ser desenmascarado, ni le gusta confesar de plano y ser acusado de sus pecados. Esto sucede especialmente en el hombre piadoso, al que se le llena la boca de Dios, pero en su comportamiento no hace caso de Él, y no quiere ser acusado. Nadie reacciona tan furiosamente a la predicación desenmascaradora del evangelio como precisamente la persona que quiere mantenerse a sí misma; pues no sólo se ha de enfrentar a su comportamiento pecaminoso, sino que además su piedad es desenmascarada; y por decirlo de alguna forma, queda plenamente al descubierto. Por eso reacciona -precisamente él- como picado por un tábano.

Esto ocurrió también en la plaza del templo. Los sacerdotes, los profetas y el pueblo se irritaron enormemente durante la predicación de Jeremías; y entonces se acercan a él, le sujetaron y gritaron: '¡De cierto morirás! ¿Por qué has profetizado en nombre del SEÑOR, diciendo: esta casa será como Silo, y esta ciudad será asolada hasta no quedar morador?' (26:8-9).

Proceso

Jeremías había llegado a una situación extremadamente crítica. Profetizar puede ser un encargo especialmente peligroso. Jeremías no es el único que lo ha experimentado.

Por suerte para Jeremías, los nobles y príncipes de palacio recibieron la noticia de la agitación en la plaza del templo. Rápidamente marcharon hacia allí, y se sentaron a la entrada del pórtico nuevo (26:10); es decir: abrieron un proceso judicial. Y entonces Jeremías fue llevado ante los jueces por los sacerdotes y profetas.

Los sacerdotes y profetas estaban desquiciados, pues la fiabilidad de su predicación y con ella su autoridad y poder sobre el pueblo estaban en juego. Exigieron nada menos que la pena de muerte (26:11).

Pero Jeremías tuvo ocasión de defenderse, y recalcó el hecho que el SEÑOR le había dado el encargo de hablar

estas palabras. No porque a Dios le agradara destruir (cf. Hch. 6:13; Mt. 14:58) el templo y la ciudad, y le agradara enviar al pueblo a la ruina, sino precisamente para conducir al pueblo a la conversión, con el fin de que, de esa manera, aún se librara del juicio (26:12-13). 'Yo no soy un nihilista, ni un ateo; tampoco tengo nada contra el templo como tal; yo solamente he hablado la Palabra de Dios (26:15)', vino a decir el profeta.

Con estas palabras Jeremías convenció a los príncipes, y el pueblo dejó de apoyar las exigencias de los sacerdotes y profetas (26:16); e incluso algunos ancianos del pueblo salen al frente, y con un ejemplo histórico muestran que sería un error total llevar a la muerte a Jeremías (26:17-19).

Jeremías fue absuelto y el peligro de muerte se alejó de él, por el momento, gracias a la protección de los príncipes, concretamente de Ahicam (26:24). Felizmente se hizo justicia. Pero la enemistad y la oposición contra Jeremías siguieron creciendo; y a través de él, contra la Palabra de Dios, pues donde no se acepta el evangelio y los corazones no se abren, el rechazo se hace más fuerte (Jer. 1:9-10).

Cuanto Jeremías tenía que decir en la plaza del templo era duro; desenmascaraba; punzaba transversalmente a través de las apariencias piadosas; pero no lo hacía para rechazar, sino para salvar.

También hoy en día, el Evangelio y Cristo descubren nuestra pecaminosidad; pero no para castigarnos con el látigo y colocarnos a la vista en la picota, sino precisamente para salvarnos. Cristo nos confronta con nuestros pecados y nos desenmascara con la intención de que nos agarremos a Él y seamos salvos. ¡Quien nos desenmascara es nuestro Redentor!

JEREMÍAS 11:1-14

Polarización

Cuando el rechazo a escuchar la Palabra de Dios se hace más duro y más constante, se profundiza el abismo entre el SEÑOR y su pueblo. Entonces surge la polarización. Antes encontrábamos más de una vez en el SEÑOR estos pensamientos: 'Quizá escucharán ahora. Acaso lleguen a convertirse. ¡Qué bueno sería, si Israel se convirtiera!'

Pero, como Israel continuó endureciéndose, la predicación de Jeremías fue lentamente cambiando de tono. El acento refleja más el rechazo a convertirse y el endurecimiento progresivo, y con ello la inevitabilidad del juicio. Y por eso dice el SEÑOR a Jeremías: 'Tú, pues, no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración; porque yo no oiré en el día en que, en su aflicción, clamen a mí' (vs. 14). Que busquen, pues, su apoyo y ayuda en sus ídolos, continúa diciendo el SEÑOR en las profecías que siguen. ¡La situación se agrava!

El Pacto

Este capítulo 11 nos da, en primer lugar, una descripción de la actitud de Israel frente al SEÑOR a través de los siglos. Comienza con un recuerdo de la formalización del Pacto de Dios con Israel, y de la palabra clave que en ese acto está en primer plano. En los vss. 1 al 4, se hace alusión a Deuteronomio 27. Cuando Israel estuvo cerca de las fronteras de Canaán, Moisés dio a Josué el encargo de que, después de la invasión, debía presentar al pueblo

la maldición y la bendición del Pacto. La bendición desde el monte Gericim, la maldición desde el Ebal (cf. Dt. 11:29). Moisés, pues, en Deuteronomio 27 resume toda una serie de maldiciones; y a cada una de ellas el pueblo debía contestar: 'Amén.' Todas aquellas maldiciones vienen a resumirse en estas palabras: 'Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas' (Dt. 27:26). A lo cual se remonta el SEÑOR en Jeremías 11:3, diciendo: 'Maldito el varón que no obedeciere las palabras de este pacto.'

Es importante comparar detalladamente estas palabras con la formulación de Moisés; pues éste habla de las 'palabras de esta ley', mientras Jeremías dice: 'las palabras de este pacto.'

Esto no es una contradicción. Ley y Pacto no están frente a frente. Esto es lo que a veces se piensa. Por Ley se entiende, pues, una ordenanza policial, un reglamento. Pero no es precisamente eso. La Ley de Dios no está frente a su Pacto, sino que es ese Pacto. La Ley de Dios es el estatuto del Pacto, la regla de vida para el trato con el SEÑOR. La Ley de Dios lleva el carácter de Pacto (Dt. 5:1-6).

Prueba de gracia

Si la Ley de Dios tiene el carácter de estatuto del Pacto, eso excluye, por anticipado, cualquier posibilidad de que, por el cumplimiento de la Ley, se pueda merecer algo. La gracia de Dios no llega al alcance del hombre por medio de su cumplimiento de la Ley, sino que es ya una suposición previa de la Ley. La Ley regula el trato del hombre con Dios dentro del marco de la gracia de Dios. No es que Israel, en el camino del cumplimiento de la Ley debía intentar entrar dentro de la esfera o círculo de la gracia de Dios, sino que es precisamente lo contrario. Dios, en su gracia, da a Israel la posibilidad de vivir en comunión con Él. En este marco, da entonces su Ley para poner en claro de qué manera el pueblo puede seguir viviendo en esa comunión de gracia. La gracia de Dios no fluye del cumplimiento de la Ley por parte de Israel, sino que la Ley fluye de la gracia de Dios. En primer lugar, Dios

liberó a los israelitas y los condujo a Canaán (es decir: les concedió gracia), y después les enseñó de qué forma podrían vivir como santos en la comunión con Dios (cf. Éx. 19:4-6).

Este es un punto esencial, y en él existe una completa consonancia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. El contacto y comunión con Dios siempre florece de la gracia de Dios, y entonces lleva el carácter de un pacto; lo cual aún sigue siendo así hoy en día. Nuestra relación con Dios está basada en la gracia de Dios que en Cristo ha llegado hasta nosotros; y esa gracia lleva, también ahora, el carácter de un pacto. No sin razón Cristo, el Siervo del SEÑOR, es llamado «Pacto» por Isaías, cuando dice: 'y te pondré por pacto al pueblo' (Is. 42:6).

Resumiendo: Cristo desempeña por nosotros el papel que la Ley tenía para Israel. En ese sentido, Cristo es el fin de la Ley. Él ha llegado en lugar de la Ley antigua. Podemos permanecer en la comunión de la gracia con Dios únicamente cuando nos orientamos en Él, como Israel sólo pudo lograrlo al orientarse en la Ley de Dios.

Oír

Esa orientación en la Ley se describe en Deuteronomio 27 como 'Cumplir la Ley con las obras.' Y aquí, en Jeremías 11:2, leemos: 'Oíd las palabras de este pacto.'En nuestro lenguaje, se trata de dos asuntos diferentes. Oír y cumplir no es lo mismo. A veces forman incluso una antítesis o contraposición. Pero no es así en la Biblia. Oír verdaderamente la Palabra de Dios incluye el hacer (es decir, cumplir) esa misma Palabra. Donde no es así, no se puede hablar de oír verdaderamente.

Oír las palabras del Pacto implica cumplir esas palabras.

Ley y Pacto se superponen, como se evidencia sobradamente en la formulación de los versículos 3 y 4 de este capítulo 11: 'Las palabras del Pacto que yo he mandado a vuestros padres.' En nuestro lenguaje corriente no conocemos un pacto que se mande u ordene, porque, para nosotros, pacto y ley son asuntos o cosas totalmente di-

ferentes; pero, para Dios, no es así. Su Pacto con Israel es Ley; y su Ley es Pacto. Por eso puede ordenar o mandar el Pacto.

'Mira' -viene a decir el SEÑOR-, 'eso hice al principio de la historia de Israel. Entonces establecí un Pacto con el pueblo, diciendo: Ahora vive según este Pacto. Haz ahora todo lo que mando; así es posible una vida en mi compañía; y tu vida será bendecida por mí; y tú serás un pueblo para mí, y yo seré tu Dios.'

Una vez más, debemos tener en cuenta, que esto no es consecuencia del cumplimiento de la Ley de Dios. Es fácil que alguien, en este vs. 4, lea: 'Israel sólo será pueblo de Dios, cuando cumpla la Ley de Dios.' Entonces el ser pueblo de Dios sería algo que debe conquistarse y merecerse. Así es como, a veces, se ha leído este pasaje.

Pero esto significa salirse totalmente del camino bíblico. El SEÑOR no quiere decir que Israel puede llegar tan lejos por su propio esfuerzo, que entonces Él será su Dios. Al contrario. El SEÑOR dice: 'Yo soy vuestro Dios; pero vivid ahora según mis preceptos; pues sólo entonces podréis permanecer así. Porque si no lo hacéis, la maldición del Pacto comienza a actuar; y entonces se corta la comunión conmigo.'

Cuando se encuentran expresiones como las del vs. 4, se deben leer como queda dicho; pues, de lo contrario, se obtiene una imagen distorsionada.

Desobediencia y juicio: 11:3-5

Jeremías comprende enseguida que el SEÑOR, en los vss. 3 y 4 de Jeremías 11, regresa a Deuteronomio 27; pues él conoce la Biblia y por eso reacciona ahora precisamente de la misma forma en que el pueblo debió reaccionar entonces al oír acerca de la maldición, diciendo: 'Amén' (así es, SEÑOR).

Así era efectivamente; así estaban las relaciones; así había comenzado todo. Recuérdaselo, Jeremías, una vez más al pueblo de Judá y Jerusalén; recuérdales aquel pasado y la manera en que todo comenzó; y confróntales a la manera en que Israel siempre ha reaccionado, a lo largo de toda la historia: No oyeron; es decir, no obedecieron, no

escucharon (cf. Is. 1:10). Y ahora, todos ellos caminan en la impenitencia de su corazón maligno. El corazón es el centro directivo de la vida, y ésta estaba enmohecida en la maldad, pues no se había tenido en cuenta a Dios.

'Así fue continuamente' -dice el SEÑOR-, 'durante toda la historia. De ahí que, a lo largo de ella, también llegara con mis juicios; de los cuales también se habla en mi Pacto. Mi maldición por la desobediencia de Israel es una parte del Pacto. La maldición también pertenece al Pacto, lo mismo que la bendición' (vs. 6-8).

Cuando el SEÑOR descarga sus juicios sobre Israel, no actúa contra su Pacto, ni obra en contra sino de acuerdo con las estipulaciones del Pacto.

Los juicios del SEÑOR nunca son un desbordamiento furioso, ni son caprichos incomprensibles. Todo lo contrario: están basados en su Pacto, y en consonancia con lo que Él mismo ha dicho. El SEÑOR es fiel a sí mismo y a su Pacto, incluso en sus juicios.

Complot

'Y también en este momento debes observar atentamente', -dice el SEÑOR a Jeremías. 'Mira, aunque Israel tenga detrás de sí tan larga historia de apostasía y juicios, sin embargo no ha aprendido nada de todo ello. Todos han vuelto a la iniquidad de sus padres (vs. 10). Parece una acción tergiversada y comprometida. Parece realmente como si ellos, junto con sus antepasados, se hallaran en un gran complot (vs. 9). Un complot para, como un solo hombre, rechazar escuchar mis palabras, ir tras otros dioses y quebrantar mi Pacto (vs. 10). Una vez más se ha llegado tan lejos como antes de la reforma de Josías. Igual de numerosas que tus ciudades son tus dioses, oh Judá. Tan numerosas como las calles de Jerusalén son los altares (vs. 13).

Pero ahora se ha agotado realmente mi paciencia. Yo traigo sobre ellos desventura de la que no se librarán; y si entonces claman a mí, no les oiré (vs. 11); pues rechazaré escucharles; y entonces podrán ayudarles esos dioses por los que ahora están tan entusiasmados. Pero entonces descubrirán cuán desvalidos e impotentes son sus dioses' (vs. 12).

¡No estoy en casa!

El SEÑOR no habla con tanta contundencia que signifique que no vaya a escuchar más. En la época de los Jueces, por ejemplo, escuchó a cada paso las llamadas de su pueblo en las angustias (cf. Jue. 6:7, 11); y entonces envió nuevamente un salvador; así ocurrió constantemente.

Lo mismo vemos en ese hermoso Salmo 107. Había quienes se hallaban en oscuridad y tinieblas profundas, sujetos a miseria y esclavitud, porque habían resistido a la Palabra de Dios. Entonces clamaron al SEÑOR en su angustia; y Él les salvó de sus temores. Así se reconoce al SEÑOR en la Biblia. Él es un Dios que escucha y quiere ayudar cuando el pueblo comienza a clamar a Él. Pero ahora, Israel ha ido demasiado lejos; ha llegado el momento en que el SEÑOR dice: '¡Ya basta! Con frecuencia ha ocurrido que clamaron a mí en su angustia, y yo les he salvado de ella, pero de nuevo volvieron a caer enseguida en sus antiguos pecados. Por tanto, ya no lo hago más; ya tengo bastante. Si ahora llega el juicio, deben intentar obtener auxilio en sus ídolos; pues yo no estoy más a su disposición.'

Debemos leer atentamente lo que aquí se afirma. No se dice que el juicio es inevitable y que ya no se puede desviar, sino que se dice: 'Si llega el juicio, no lo interrumpo mientras me invocan, sino que ordeno que se suspenda totalmente.'

Como es natural, el juicio aún podía evitarse incluso en aquel momento. Si Israel se hubiera convertido de todo su corazón y hubiera comenzado a vivir según las palabras del Pacto, el SEÑOR también habría retirado su juicio, incluso en aquel momento.Esto no se puede poner en duda. Pero el SEÑOR no esperó más la conversión de Israel.

Israel se hallaba tan encallecido por el culto a los ídolos y por el rechazo del SEÑOR, que éste ya no espera ninguna conversión. Hasta entonces, Él siempre había dicho: 'Quizá escuchen aún; quizá se conviertan aún.'

Pero ya no lo dice más; ni en este punto espera nada. Esta posibilidad queda fuera de su consideración; y ahora dice: 'Si el juicio llega y comienzan a llamarme para salir de la contrariedad, ya no estoy dispuesto a ayudarles; ni siquiera lo imagino.'

¡No ores más! : 11:14

'Tú, pues, Jeremías, -continúa diciendo el SEÑOR- no ores por este pueblo, ni levantes por ellos clamor ni oración' (vs. 14a).

Es de esencial importancia ver claramente a qué oración se refiere aquí. El pueblo clamará en su aflicción (literalmente, también puede traducirse: por su desgracia (vs. 14b), y Jeremías que ve que eso va a ocurrir, les acompaña en la oración.

Jeremías pedía que el juicio sobre el pueblo se suspendiera, sin que se pudiera percibir una conversión en el pueblo. Jeremías había anunciado constantemente el horror del juicio, y él mismo lo encontraba tan terrible que decía: 'SEÑOR, dales aún una oportunidad; no dejes que el juicio se cumpla.'

Y ahora, el SEÑOR, dice: '¡Alto con esa oración! Ya he suspendido tan frecuentemente el juicio sin que ellos se hayan convertido realmente, que no estoy dispuesto a hacerlo más; por eso tampoco quiero oír más esa oración.'

Orar por el bienestar de gentes que se oponen a Dios, no tiene por qué ser antibíblico. Pero pueden llegar momentos en que el SEÑOR no lo quiera oír más. Esto último no es válido, naturalmente, para la oración que el Señor Jesús nos ha encomendado: .'..y orad por los que os ultrajan y persiguen' (Mt. 5:44). En esta oración no pedimos que puedan vivir dichosamente como enemigos del Evangelio, sino que puedan conocer y aceptar la gracia de Dios; y esta es una oración que siempre podemos y debemos hacer, pues también nosotros mismos sólo podemos vivir de esa gracia. ¿No ha venido Cristo a buscar lo que se había perdido? ¿No ha orado Él por nosotros, siendo transgresores (Is. 53:12)? ¿No nos ha reconciliado con Dios siendo sus enemigos (Ro. 5:10)?

JEREMÍAS 11:18 - 12:6

'Temor de todas partes'

Cuando Jeremías tenía unos 40 años, ya llevaba unos veinte profetizando. Todo aquel tiempo había tenido que remar contra corriente. Aquella corriente era, a veces, tan poderosa, que incluso su vida fue amenazada cuando pronunció una alocución en la plaza del templo (Jer. 7 y 26).

Pero no quedó sólo en aquella ocasión. Tampoco en Anatot estuvo segura su vida. Anatot era el lugar de nacimiento de Jeremías. Era una ciudad de levitas, donde vivía la familia de Jeremías, y él mismo era hijo de un sacerdote.

Cada vez que llegaba a Anatot, notaba que crecía la oposición contra él.Eso se notaba primero en las conversaciones. La fase siguiente fue que la gente comenzó a apartarse de él; y en un estadio posterior se comenzó a insultarle en la calle. Por lo visto, eso lo hacían no sólo los niños, como en otro tiempo con Eliseo, sino también los adultos, incluso sus propios hermanos y familiares (12:6). Ello ocurría de manera que Jeremías lo oía realmente, pero no podía descubrir quiénes lo hacían.

Aquí no se dice lo que se le gritaba por detrás. Pero, según Jeremías 20: 10, parece que Jeremías había recibido una especie de mote: 'Temor de todas partes.' Estas son palabras que, en su predicación del juicio, aparecen bastantes veces (cf. 6:25; 20:3; 45:5; 49:29). La voz popular frecuentemente aprovechaba tales palabras, y hacía de ellas un apodo para aquel que las usaba; así había ocurrido con Jeremías; y 'temor-de-todas-partes' fue su apodo; de manera que, cuando la gente le veía caminando,

se decían entre ellas: 'Ahí tenemos una vez más a Temor-de-todas-partes.' No resulta dificil creer que en Anatot se le gritara por la espalda este mote insultante.

La familia

En aquella tarea tomaron parte incluso los propios hermanos de Jeremías (cf. 12:6). Por otra parte, el mismo Jeremías no tenía la menor idea de esto, pues cuando llegaba a la casa de su padre, eran la amabilidad personificada; y estar en casa era un alivio para él. Como es natural, en el pueblo sentía el ambiente de oposición y enemistad; pero, cuando se hallaba en casa con sus hermanos, se sentía aliviado; y, al menos allí, podía ser él mismo y hablar abiertamente.

Pero, el SEÑOR le dice: 'No te engañes, Jeremías. 'Porque aun tus hermanos y la casa de tu padre, aun ellos se levantaron contra ti, aun ellos dieron grito en pos de ti. No los creas cuando bien te hablen.'

Esto no fue un descubrimiento agradable para Jeremías. ¿Y de dónde llegaba ahora aquella resistencia? Se hablaba de oposición contra la Palabra de Dios que Jeremías transmitía. No era Jeremías en persona, sino el mensaje que traía, lo que les irritaba contra él. En los hermanos y familiares de Jeremías existía el mismo enfoque que en el pueblo en su totalidad. No querían saber nada de la predicación de Jeremías; ni querían reconocer su pecado y su apostasía respecto del SEÑOR; por lo cual, habían tomado aversión al hombre que constantemente insistía en lo mismo.

Enajenación

Así fue como Jeremías vino a estar cada vez más separado de sus compatriotas y conciudadanos e incluso de su familia. Hablando con propiedad, esa separación ocurre siempre entre personas que quieren aceptar el Evangelio y vivir según el mismo, y aquellas que no quieren. Esto es algo que se experimenta en los puntos de misión. Allí se comprueba esa separación sencillamente cuando

alguien de una familia pagana llega a la fe, y se dispone a vivir realmente esa fe.

Esto último es lo que le corresponde; pues si alguien dice que ha llegado a la fe, pero su vida transcurre sin un solo cambio, entonces no se puede hablar de separación. Pero, cuando Cristo comienza a dominar su vida, llega inevitablemente un principio de separación con respecto a aquellos que no aceptaron a Cristo. Una separación que, felizmente, no siempre, pero sí a veces, conduce a una enemistad directa.

Así lo ha indicado Cristo mismo. 'Un hermano entregará a su hermano a la muerte, y un padre a su hijo; y los hijos se revelarán contra sus padres y los llevarán a la muerte. Y vosotros seréis odiados por todos por amor de mi Nombre...' ¡Tan lejos puede llegar la separación! (cf. Mt. 10:21-22).

En manos del SEÑOR: 11:18-20

También Jeremías se vio confrontado con esa separación, y la notó cuando fue insultado, aunque no sospechó que su propia familia también participase en ello. No imaginaba la profundidad del odio y la enemistad que existía en Anatot, ni tenía la más mínima sospecha de que las gentes planeaban matarle. En este aspecto, Jeremías estaba tan despreocupado como un cordero que es llevado al matadero.

Realmente notó que había oposición, y se dio cuenta de que la gente no gozaba con su predicación, y que se volvían irascibles y decían: '¡Deja ya de profetizar de esa manera!' Pero a Jeremías no se le ocurrió pensar que querían deshacerse de él.

Y sin embargo, ese era verdaderamente el plan que tenían con él; pues comentaban: 'Destruyamos el árbol con su fruto, y cortémoslo de la tierra de los vivientes, para que no haya más memoria de su nombre' (11:19).

Es facil entender que cuando el SEÑOR le hizo saber los planes del pueblo, Jeremías se asustó, según leemos en el vs. 18. Pero no se echó a temblar, sino que se dirige al SEÑOR reclamando su justicia y conocimiento del

corazón y mente humanos, pidiéndole que le permita ver su venganza divina contra ellos, por cuanto le ha presentado su causa (vs. 20).

Resumiendo este pasaje, Jeremías no sólo no se deja dominar por el miedo, sino que tampoco se deja arrebatar por el odio hacia sus enemigos. Pero hay una cosa que sí puede hacer con éxito seguro: ¡Poner su asunto en manos del SEÑOR! ¡Y es lo que hace!

¡No hacer de juez propio!

Se trata de un proceso judicial; es decir, que Jeremías debía dirigirse con sus alegaciones a los ancianos y jueces locales. Ese era el lugar que le correspondía a aquel asunto. Pero en aquellas circunstancias, aquello era imposible. Los jueces también estaban de acuerdo con los que le amenazaban de muerte.

Jeremías se hallaba en una situación en la que se le había privado de la protección de sus derechos. Carecía de las posibilidades que deben existir para hacer justicia por conducto de las instancias que el SEÑOR había dado al respecto, como también puede ocurrir hoy en día. Uno queda despojado de su derecho, sin que pueda hacer nada para evitarlo o cambiarlo.

En circunstancias semejantes, la tentación de tomarse la justicia por la propia mano y de hacer de juez propio, es muy grande. Pero esta no es una reacción bíblica. Lo bíblico, entonces, es poner en manos del SEÑOR el proceso judicial (cf. 1 Pe. 2:23).

En Él ese proceso está en buenas manos, pues Él es un Juez justo, un Juez que no se deja llevar por las apariencias ni hace acepción de personas. Tampoco escoge partido anticipadamente por la mayoría o por los más fuertes y tampoco por los pobres (cf. Lv. 19:15), ni se deja llevar a una senda equivocada por razonamientos astutos.

Dios escruta el corazón y los riñones (cf. Los Salmos I, p. 201, FELiRe 1996); y sabe lo que sucede en el 'despacho directivo' de la vida de los hombres (el corazón); y conoce los sentimientos e intenciones más profundos del hombre, así como también aquellos sentimientos e

intenciones que el hombre angustiosamente mantiene escondidos de los demás. El SEÑOR los conoce y sopesa con precisión. Por eso sabe cuándo la gente habla cosas hermosas sin decir lo que sienten; y penetra a través de las apariencias bonitas y conoce exactamente cuáles son los motivos más profundos.

Argumentos que suenan piadosamente

Por lo demás, la gente de Anatot tenía naturalmente sus argumentos para sus planes; y éstos eran argumentos que verdaderamente no sonaban tan necios e incluso podían causar una impresión piadosa. Sin duda alguna, constantemente se aducían los mismos argumentos contra Jeremías: 'Ese hombre es un peligro para la salud espiritual del pueblo; si continúa su manera de proceder, quebrantará cada vez más la confianza del pueblo en el SEÑOR.'

Esto sonaba bastante normal, pero el SEÑOR conocía los motivos reales: La oposición a Él y a su Palabra. Esto es lo que había detrás de aquellos argumentos bonitos y con tono de piedad. No querían inclinarse ni arrodillarse ante el SEÑOR, por lo cual, aquel molesto profeta que repetidamente les señalaba sus pecados y el juicio del SEÑOR, debía ser eliminado.

El SEÑOR conocía todo esto. Por lo tanto, Jeremías podía poner en sus manos, lleno de confianza, su proceso judicial; y esta confianza es la que expresa en el vs. 20.

Observemos bien la formulación de Jeremías, pues, no dice: 'Yo seré destrozado'; ni: 'Yo recibiré del SEÑOR la posibilidad de vengarme'; sino esto: 'Vea yo tu venganza.'O sea: que en él no hay en juego ningún rencor personal; a él no le importa su persona, sino que lo central en él es el SEÑOR.

Los planes de los habitantes de Anatot no estaban dirigidos, en el fondo, contra Jeremías, sino contra el SEÑOR. Su odio a Jeremías era un odio al SEÑOR. Eliminando a Jeremías, intentan eliminar al SEÑOR. Por eso Jeremías literalmente dice: 'Déjame ver tu venganza de ellos' (o sea, 'la venganza que Tú les infligirás» (Jer. 11:20; Versión

Estatal Neerlandesa). Jeremías sabía que el SEÑOR no deja pasar estas cosas; porque no transige que su pueblo se aparte de Él permanentemente, ni que intente prescindir de Él.

Deja lugar a la ira

Estas palabras las encontramos también en el Nuevo Testamento. En Ro. 12:19, Pablo escribe: 'No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré' (cf. Dt. 32:35).

La Sagrada Escritura no nos concede espacio alguno para defender nuestro derecho con nuestras propias manos. Vengarse uno mismo, y vengar algo por sí mismo, es un rasgo totalmente humano y lo hacemos casi automáticamente. A veces pasamos muchos años acechando la oportunidad de podernos vengar de lo que alguien nos hizo.

Pero semejante actitud no deja lugar ninguno a la ira de Dios; y sabemos que la venganza le corresponde a Él, según ya hemos leído en su Palabra. Por eso quien se venga por sí mismo y anida pensamientos de venganza, se dispone a sentarse en el sitio de Dios; le priva de lo que a Él le corresponde; no concede a Dios espacio alguno e inabilita la ira de Dios.

Por consiguiente, Pablo dice: 'No os venguéis vosotros mismos, sino dejad lugar a la ira de Dios.' Y esto es precisamente lo que Jeremías hace. No se toma la justicia por su mano, ni se venga a sí mismo, sino que le deja a Dios la ocasión de vengarle. Jeremías confía plenamente que puede dejar todo tranquilamente en manos de Dios; y el SEÑOR le concede, de modo efectivo, esta seguridad: 'Yo traeré desdicha sobre los hombres de Anatot que amenazan tu vida. Cuanto piensan hacerte, se volverá contra ellos en el año de su visitación, es decir, en el año en que les presentaré las cuentas' (Jer. 11:21-23).

Lamentación

Pero el día del castigo se hizo esperar aún durante

bastante tiempo; y, en un momento determinado, esto se le hizo demasiado a Jeremías, y entonces se dirigió al SEÑOR con una lamentación. Le llama para interesarse por el proceso judicial que había puesto en manos del SEÑOR. ¿Por qué es dichoso el camino de los impíos? ¿Por qué todos los que se comportan deslealmente están sin preocupaciones? (cf.12:1; y 20:7-18).

Es un problema doloroso para Jeremías, como se ve en su queja: 'SEÑOR, acabas de decir que pagarás a las gentes de Anatot su actuación; pero no veo nada de eso. Sólo veo que siempre les va bien; que su vida florece constantemente. ¿Cómo puede ser así? ¿Qué queda, pues, de tu promesa?' (cf. vs. 22-23).

Debemos tener cuenta una vez más, que la palabra 'impíos' en la Biblia (cf. Los Salmos I, p. 71 y ss., F. van Deursen, FELiRe 1996), no se refiere en primer lugar a los que están fuera de la iglesia o a criminales, sino a gente de iglesia que, si bien es verdad que se le llena la boca de Dios (12:2), no quiere inclinarse ante Él en su corazón. Son infieles, desleales; y hacen caer a otros y al mismo Dios si está en juego su provecho propio.

Estos son impíos; y les va bien, -dice Jeremías. ¿Cómo es posible? 'Pero tú, oh SEÑOR, me conoces; me viste, y probaste mi corazón para contigo; arrebátalos como a ovejas para el desolladero, y señálalos para el día de la matanza' (12:3).

Aquí se nota que en Jeremías ha aparecido un cambio de énfasis. En 11:20 su atención estaba puesta en Dios. Ahora la dirige a sí mismo; y no puede asimilar bien que a ellos les vaya bien, y que él mismo lo tenga tan difícil. Esto es lo que propiamente le toma a mal al SEÑOR.

Perseverar

La respuesta del SEÑOR se hace oír: 'Déjame a mí determinar cuándo ha de llegar el día del castigo. Eso lo fijo yo; pero ten en cuenta que lo que ahora experimentas, no es nada en comparación con lo que aún has de ver. Si ahora ya no te sientes seguro en un país pacífico, donde no es posible tropezar con ninguna fiera, ¿cómo

te sentirás cuando debas abrir un camino a través de la maleza en el valle del Jordán, donde abundan los animales de presa? Entonces, Jeremías, lo tendrás aún más pesado que ahora. Para eso debes prepararte; y, por eso mismo, no lamentes más la situación actual (12:5).'

Jeremías necesitaba perseverancia, pues quien persevera hasta el fin será salvo (cf. He. 18:36; Mt. 10:21-22). Jesús nos lo dice también a nosotros. Si ya empiezas a quejarte cuando las cosas no marchan precisamente como tú querrías, ¿dónde pararás cuando comienza realmente a hacerse difícil? Entonces es grande la posibilidad de que comiences a desalentarte. Nosotros tenemos necesidad de contratiempos y problemas menores para endurecernos contra los grandes. Esas cosas más pequeñas son ejercicios de dedo que necesitamos para poder desarrollar el trabajo mayor. Pues, perseverar es -como todo lo que guarda relación con creer- cuestión de ejercitarse.

JEREMÍAS 15:16-21

Aislamiento

Finalmente sucedió aquello para lo cual el SEÑOR había preparado a Jeremías según 12:5. La situación se hizo cada vez más difícil para él. Se recluyó más y más en sí mismo, y cayó aislado y enredado en controversias y disputas. Esto le agotó tanto que, en un momento dado, dice: '¡Ay de mí, madre mía, que me engendraste' (15:10). Soy maldecido por todos; y esto mientras el SEÑOR me había prometido: '¿No te he libertado para tu bien?' (cf. Biblia de Jerusalén, nota a Jer. 15:11). Pero nada noto al respecto.'

Jeremías lo tenía aun más difícil al constatar que siempre había permanecido fiel al SEÑOR, y siempre se había dejado dominar por la Palabra de Dios. 'Yo comí tu Palabra', dice, 'y me fue por gozo y por alegría del corazón: Me hizo feliz hasta el delirio' (15:16).

Efectivamente, esto es lo maravilloso de la Palabra de Dios. Puede alegrar el corazón, y penetrar totalmente en nuestro interior con gozo. Este era el caso de Jeremías. Cuando la Palabra de Dios llegó hasta él, llenó de gozo su corazón. Esto es lo que ocurre siempre cuando tu corazón se dirige al SEÑOR.

Por otra parte, el estar dominado por la Palabra de Dios tuvo consecuencias para la vida de Jeremías. Lo que Jeremías no podía hacer era tener trato con un círculo de gentes vividoras, pues el SEÑOR le había llenado a rebosar de indignación contra aquello (15:17). Es decir, Jeremías estaba demasiado compenetrado con la Palabra de Dios en relación con la situación de necesidad de Judá

y Jerusalén, como para que aún pudiera colaborar en un estilo de vida en el que el exceso, la frivolidad y el vacío eran las características.

Por lo demás, el gozo y alegría que la Palabra de Dios operó en Jeremías, eran de un carácter y calidad muy diferentes de la jovialidad vacía de contenido de los vividores y juerguistas.

Por eso Jeremías llegó a estar aún más aislado, pues como es natural, la gente no le agradeció su actitud. 'Ese hombre', decían, 'no colabora en ningún lugar; ni ha encajado bien socialmente y se sustrae de todo en todas partes.'

Soledad forzada

Por otra lado, aparte de estas cosas,Jeremías tenía, sin duda alguna, un encargo del SEÑOR. En todo su modelo de vida y manera de vivir, él debía ser una predicación para Israel.

Por ejemplo, el SEÑOR le había encarecido: 'Jeremías, no debes casarte ni tener hijos' (16:1-2). Permaneciendo soltero, Jeremías acentuaba la negrura del juicio de Dios que estaba al caer, y que iba a ser tan radical y desolador, que mejor era permanecer soltero. Casarse y tener hijos significaría después únicamente miseria, preocupaciones añadidas y tristeza (cf. 1 Co. 7:28-31).

Además, el SEÑOR había ordenado a Jeremías no entrar en casas en luto a consolar a las gentes y a manifestarles su condolencia (16:5); pues, en comparación con la catástrofe que aún llegaría, no había nada que lamentar; y tampoco debía acudir a casamientos para felicitar a los contrayentes (16:8); pues, frente al trasfondo del juicio venidero, no había sencillamente nada que felicitar y era totalmente inadecuado celebrar una fiesta.

Así es como el SEÑOR había ocupado totalmente la vida de Jeremías. Pero, por eso mismo, como es natural, se había vuelto cada ves más solitario y llegó a estar más y más solo. Esto comenzó a recomerle por dentro; le hirió y le causó dolor (15:18). Su situación no mejoró, sino que empeoró mucho más y lo pasó cada vez peor.

Arroyo inestable: 15:18

Cuando Jeremías comparó esa situación con la promesa de Dios, se sintió absolutamente oprimido. Dios le había dicho: 'Yo te haré intocable' (cf. 1:18-19). Pero, ¿cuál era el resultado de aquello? Su vida se veía recortada en toda clase de formas, y responsabilizaba de ello al SEÑOR: '¿Serás para mí como cosa ilusoria, como aguas que no son estables?' (15:18). Para comprender lo que Jeremías quiere decir, debemos tener en cuenta que en Palestina había esa clase de arroyos. Eran arroyos que, en época de lluvias, estaban llenos de agua y parecían muy prometedores; pero, apenas pasaba el tiempo de lluvias, enseguida se quedaban secos. Era agua con la que no se podía contar. De ahí que, cuando llegaba la sequía, aquel arroyo no servía de nada.

Jeremías compara al SEÑOR con uno de aquellos arroyos. El SEÑOR hace promesas hermosas, dice Jeremías. Al oirlas uno piensa: ¡Es fantástico! ¡Eso es exactamente lo que necesito! Pero, cuando verdaderamente hay que apelar a esas promesas, no parecen tener mucho valor. Entonces, el SEÑOR desilusiona. A primera vista, parece un Dios muy prometedor, pero cuando se le necesita verdaderamente, no está disponible.

Duda

Estas palabras no salen de la boca de alguien que nunca se había interesado mucho por Dios, sino de la boca de un profeta sobre quien el SEÑOR había invocado su Nombre, y que se sintió feliz en su alma cuando la Palabra de Dios llegó hasta él (15:16). Salen de la boca de alguien que ya había trabajado 20 años como siervo fiel del SEÑOR, y de quien se podía esperar que ahora, a pesar de todo, conocería al SEÑOR.

Estas palabras dejan ver profundamente que también un profeta es una persona normal, y que la duda también le puede asaltar e inundar y le puede arrebatar totalmente la visión sobre el SEÑOR. Es posible que alguien llegue a pensar: '¡Felizmente, también Jeremías pertenece a los incrédulos, a quienes no ven la solución! Así que no es tan grave si ese es mi caso.'

Este es un modo de pensar que en nuestro tiempo está bastante de moda. Hoy en día, la duda es apreciada; suena muy cortés el dudar de todo, concretamente de Dios; y esto no simplemente una vez en una situación difícil, sino continuamente, como una actitud de vida.

Pero esto no es bíblico. Que las gentes duden no es tan extraño; es humano. Pero, si damos pie a esa duda, si la dejamos continuar y la fomentamos, nos hallamos claramente en la senda equivocada.

Jeremías había hecho esto. Había dado espacio a la duda en su vida; se había dejado encapsular por ella; lo cual era comprensible, como es natural. Obsérvese por un instante la vida que llevaba. Visto humanamente, ¿qué le debía a la vida? A pesar de todo, ¡absolutamente nada! Jeremías había consagrado su vida a Dios. Pero, del cumplimiento de la promesa de Dios, nada se podía ver; y entonces es muy comprensible que Jeremías llegara tan lejos que ya no veía solución alguna, y se dispone a hacer reproches al SEÑOR.

Conversión

Pero, todo lo comprensible no tiene por qué ser bueno. Por eso dice el SEÑOR a Jeremías: -'Retira tus palabras; conviértete; entonces te aceptaré nuevamente en mi servicio. Habla un lenguaje noble, y no uno atrevido; entonces puedes ser de nuevo mi portavoz'(15:19).

En semejantes situaciones, esto es realmente necesario: Cambio completo, conversión, volver al SEÑOR. Cuando las personas se hallan llenas de reproches contra el SEÑOR, y sólo les mostramos comprensión, entonces se quedan frías, pues en tales situaciones no es suficiente que les mostremos comprensión.

Cuando paso apuros con mi fe, y la paz con Dios ha desaparecido de mi vida, y estoy lleno de críticas contra Dios, no me serán de ayuda las personas que tienen mucha comprensión para conmigo, y ahí lo dejan estar. Esa comprensión ciertamente me puede alagar; y también puedo necesitarla e incluso buscarla. Pero, si se queda en eso, en realidad no me están ayudando, sino que precisamen-

te me estimulan en mi actitud, en mi mal; y entonces no llego al cambio completo, no llego a la conversión. Y eso es precisamente lo necesario en ese momento.

Por esta causa, en dichas situaciones, necesito personas que -¡con toda comprensión hacia mí!- me cuenten cómo puedo salir de ahí, y dónde he errado y en qué punto me he de convertir.

Con frecuencia, esto es realmente doloroso y tampoco lo queremos hacer. Cuando en nuestra relación con el SEÑOR algo se ha roto, es frecuente que en nosotros exista un rechazo a reconocer nuestra culpa, y una resistencia a un cambio completo. Entonces es frecuente que no queramos seguir el camino de la curación, sino sólo encontrar comprensión y más comprensión. De esa manera podemos dejar intacto lo que está mal en nosotros mismos. Pero esto significaría, precisamente en ese momento, nuestra muerte, y la ruptura de la comunión con el SEÑOR. Por consiguiente, el SEÑOR llama a Jeremías a conversión.

Error de Jeremías

Hay algo equivocado en Jeremías. Hay en él algo de reproche y rencor hacia el SEÑOR, y por ello pinta una imagen de Dios totalmente desdibujada y distorsionada (15:18).

Es fácil comprender cómo llegó a eso. No hay duda. Pero ello no quita que fuera equivocado. Le dio a la duda ocasión de anidar firmemente en él, por lo cual dejó de confiar en Dios y en sus promesas; y así fue como todo vino a estar en una perspectiva equivocada. Ya no podía ver en la luz adecuada; para su entendimiento Dios se había vuelto en un arroyo inestable.

Jeremías estaba equivocado en esto, y si no cambiaba, si permanecía viviendo con aquella perspectiva equivocada, no podía ser profeta del SEÑOR por más tiempo. Era imposible. Quien ya no confía más en Dios ni se fundamenta en sus promesas, sino en lo que ve en torno suyo, ya no puede ser más la boca del SEÑOR.

Por eso dice el SEÑOR: 'Vuelve, Jeremías; porque, dando

lugar a la duda y encontrando las circunstancias en que te hallas más reales que mis promesas, te has alejado de mí. Vuélvete. Vuelve a mí. Entonces te repondré en mi servicio; y así volveré a hablar a través de ti; y no dejes más determinar tu actitud por la gente. No te dejes apartar más de mí por su manera de actuar, pues entonces pones las cosas precisamente al revés. No eres tú quien debe impresionarse por su actitud infiel, sino que deben ser ellos quienes deben comportarse conforme a la palabra que hablas en mi nombre' (15:19).

'Y si dejas de orientarte por las circunstancias y por las gentes que te rodean, y nuevamente te guías por mí, te haré intocable a su forma de actuar y a su violencia; y puedes estar seguro y cierto de que estoy junto a ti para ayudarte y salvarte' (15:20-21).

Perder para encontrar

A Jeremías le costaba mucho trabajo soportar el oprobio del Evangelio. Puesto que él era la boca del SEÑOR, vino a estar en medio de su pueblo más y más aislado y presionado; y vio que las posibilidades de vida se hacían cada vez más reducidas.

Esto es algo -dice Jesús-, para lo que todo aquel que quiere seguirme, debe prepararse: «Si alguno quiere seguir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt. 16:24). Seguir a Cristo significa negarse a sí mismo. Es alejarse totalmente de establecer la ruta futura de tu vida. Toda persona quiere hacer y alcanzar cosas que ella misma encuentra bonitas y agradables; y para ello lo damos todo; pues, a fin de cuentas, es nuestra vida. ¿Acaso no podemos decidir al respecto? ¿No podemos saber por nosotros mismos cómo nos la organizaremos?

Pero Cristo dice: '¡Eso no es verdad! Yo determino la vida de quien quiere venir en pos de mí. Eso exige una disposición de negarse a sí mismo, tomar la cruz, y querer perder la vida.' Es decir: Aceptar el camino que Él sigue, aun cuando Él tome otra dirección que la que uno quiere seguir.

Pero, cuando comenzamos a murmurar e intentamos salvar algo de nuestra propia vida, porque pensamos que con Cristo acabaremos con desventaja si en una ocasión favorable queremos tomar un pequeño beneficio de lo que el mundo tiene que ofrecer, perdemos el contacto con Cristo; y entonces perdemos nuestra vida.

Entonces dice Jesús: 'Vuélvete; vuelve a mí; pues sólo si te entregas plenamente a mí y andas tras mí en el camino que yo sigo, encuentras la vida real.'

Y por muy pesado que entonces pueda ser ese camino, tenemos la promesa de que Él está con nosotros para ayudarnos, y que entonces podemos ser más que vencedores por Aquel que nos ha amado (Ro. 8:37). ¡Encontramos la vida únicamente cuando queremos perderla!

JEREMÍAS 17:5-8

Arbol y arbusto

En el marco de una situación de pecado de Israel y del juicio futuro del SEÑOR, encontramos en Jeremías 17 dos diferentes actitudes de vida expresadas con imágenes especialmente elocuentes para el Oriente Medio: la de un arbusto en el desierto, y la de un árbol en el agua.

Un arbusto en el desierto está pelado y seco; no crece y está arruinado, pues allí la falta de agua es crónica. Tan pelado está ese arbusto, que -si excepcionalmente llueve alguna vez- no está en disposición de aprovecharse de ello; ni nota si alguna vez llega algo bueno; y la imagen total es y permanece la de sequedad, soledad, inutilidad y pobreza.

Al lado opuesto se presenta un árbol en el agua; el cual es la imagen absolutamente opuesta a la de un arbusto del desierto. Está verde, fresco, fuerte y lleno de frutos, pues nunca tiene escasez de agua. Se encuentra tan bien que no tiene inconveniente alguno cuando llega el calor y viene un año de sequía. Ese árbol puede contra eso; permanece verde; y sigue llevando fruto (cf. Sal. 1).

Confiar

Estas dos imágenes simbolizan dos clases de personas. El arbusto pelado simboliza al hombre que confía en el hombre, que apoya su brazo en la carne, y cuyo corazón huye del SEÑOR.

Confiar es algo que sucede en el nivel más profundo del hombre. Un hombre puede hacer toda clase de cosas en su vida; por ejemplo, mirar, hablar con otros, hacer

su trabajo, dormir...y muchas cosas más. Lo uno le afecta más profundamente que lo otro; y en lo uno se entrega más que en lo otro. Hay tantas cosas que se encuentran al nivel de su existencia, que la desaparición o cambio de las mismas no le afectarían esencialmente. Pero, cuando hablamos de confiar, tocamos el núcleo de su existencia, y chocamos contra la batería de su vida, contra la fuente de la que vive y por la que es lo que es.

Para confiar y creer, la Biblia conoce una sola palabra: ¡Confiar es creer, y creer es confiar! En lo que una persona cree, en eso mismo confía; y en lo que confía, en eso mismo cree. Confiar es la base en que su vida descansa, es edificada y determina su orientación y su actuación.

Por eso mismo, preguntarse en qué pone el hombre su confianza y en qué cree, es preguntarse por el fundamento de su existencia. Es la pregunta más profunda que se le puede hacer; y en la respuesta a esa pregunta, aparece quién es; y se manifiesta profundamente desnudo.

Edificadores de torres

El arbusto pelado representa la imagen de alguien que edifica su vida sobre el hombre, sobre sí mismo, sobre la carne. Su fundamento profundo lo encuentra en sí mismo; es la persona que revienta de autosuficiencia, como los edificadores de la torre de Babel.

'Hagámonos un nombre' -decían; 'y una torre cuyo remate alcance hasta el cielo; construyamos una ciudad en la que podamos vivir eternamente y donde no corramos más el riesgo de ser removidos de acá para allá durante nuestra existencia.'

'Las estructuras sociales en que vivimos, no valen' -decían. 'Mirad, en cualquier momento podemos ser diseminados sobre la tierra. Esto es lo normal. Si no hacemos nada en contra, ocurrirá inevitablemente; y entonces terminaremos hechos pedazos y nos enfrentaremos mutuamente.'

'Por consiguiente, debemos cambiar las estructuras sociales, y construir una ciudad y una torre; entonces seremos inquebrantables y nada nos podrá ocurrir. Sólo

de esta manera podemos tener en la mano el desarrollo futuro y evitar que sucumbamos. Hagamos, pues, una ciudad y pongamos en pie una nueva sociedad; entonces todos los hombres serán y permanecerán hermanos.'

'Y eso lo podemos lograr: Poseemos el conocimiento técnico y los medios al respecto. Los desarrollos más modernos nos hacen posible cocer ladrillos; y aquí tenemos también la disposición de las materias primas para la argamasa con el fin de hacer una contrucción buena y auténtica.'

Y entonces ponen manos a la obra. Con un esfuerzo gigantesco, construyen una sociedad nueva en la que desaparecerá la amenaza, y en la que será bueno vivir en unidad recíproca y en armonía; una sociedad de la que el hombre dirá: -'¡Mira lo que hemos logrado! ¿No es fantástico?'

Seco

Esta es la actitud del hombre que confía en sí mismo, que espera en sí mismo y que busca en sí mismo, en su criterio propio y en su poder técnico, la solución y victoria en los problemas y amenazas.

'Semejantes personas' -dice Jeremías-, 'son arbustos pelados en el desierto; están secos y condenados a no dar fruto.'

Nada de esto creían en Babel. Al contrario. ¡Todo les iba formidablemente! Estaban entusiasmados. Todo marchaba según lo planeado. Progresaban bien y tenían conciencia de su propio valer; y decían: 'Va bien. Mira cuánto hemos avanzado y qué alta es ya la torre. ¿No es impresionante lo que hacemos?'

Ahora bien; todo dependía de qué lado se contemplara. La gente que estaba confiada en su propia valía se dejaba engañar por ello; sentían vértigo a causa de sus propios logros. Pero el SEÑOR descendió para ver lo que allí se hacía realmente. Visto desde su trono, aquello era tan minúsculo y pequeño que quiso llegar más cerca para descubrir lo que allí sucedía. Un solo soplo bastó para que todo aquel proyecto gigantesco a los ojos de los hombres,

se derrumbara y quedara a la mitad del camino. No dio resultado ninguno.

'Arbustos pelados', -dice Jeremías. 'Están áridos y secos y absolutamente sin fruto y efecto.'

Infructuosos

A lo largo de toda la historia, el hombre ha seguido constantemente el ejemplo de los constructores babilonios, y ha intentado enderezar el hierro torcido de esta convivencia. Y, también hoy en día, se ocupa de ello con mucha energía.

A los constructores se les oye gritar: 'Construyamos una sociedad nueva y traigamos el cielo hasta nosotros, de manera que ya no seamos dispersados por injusticia, persecución y discriminación. Aguantemos un poquito; apretemos los dientes y exijámonos un poco más. Entonces habremos llegado y logrado nuestro objetivo: ¡Todos los hombres son hermanos! Nunca ese objetivo estuvo tan cerca de nuestro alcance. Con las actuales posibilidades técnicas y los métodos científicos actuales tiene que ser posible conseguirlo hoy día.'

Pero, Jeremías dice: ¡Arbustos secos! ¡Sólo existen para ser infructuosos!'

¿Por qué es así? ¿Por qué, de semejantes intentos y de gente que se entrega a ello con toda su energía, y cree firmemente que puede construir un mundo nuevo, tienes que decir: '¡Son arbustos secos del desierto!? 'Esto ocurre porque confían en el hombre, en sí mismos. En eso están fundamentados sus esfuerzos; y el hombre no deja de ser más que eso: carne.'

Carne: 17:5

En el lenguaje de la Biblia, carne expresa aquello que es débil y perecedero. «Toda carne es como hierba; y la hierba se seca» (cf. Sal. 103:14-16; Jer. 40:6-7; 1 Pe. 1:24). La carne no es duradera; está limitada en todas las maneras posibles. Todo lo que se edifica sobre la carne, se viene abajo; no resiste.

Además, la carne está corrompida, depravada, y es pecaminosa (cf. Sal. 143:2); y todo lo que se construye sobre la carne, está, por eso mismo, lleno de corrupción y perversidad. Por esa razón, todas esas personas que revientan de autosuficiencia y piensan que todo lo pueden arreglar por sí mismas, están sobre arenas movedizas, pues han puesto su confianza en la carne.

De algo que se presenta con confianza, se espera todo. Y si se espera de la carne, de esa carne débil, perecedera y corrupta, entonces uno es un arbusto seco, sin fruto. Incluso si las cosas alguna vez son favorables, no se puede por ello sacar ningún provecho esencial de ello.

Ahora bien, confiar en la carne no es algo que sólo ocurre fuera de los muros de la iglesia, pues también dentro de los muros de la iglesia hay gente que confia en la carne, en todo lo que está al alcance del hombre, en lo que él mismo posee y puede realizar.

Pablo era un hombre así antes de llegar a la fe en Cristo (cf. Fil. 3:4 y ss.). Hay gente en la iglesia que puede comenzar a ilusionarse por lo que han hecho antes y después de estar en la iglesia, pensando: '¡Todo eso no es insignificante!' Pero, en la medida que tomamos esa trayectoria y nos jactamos de nuestras propias actuaciones, en esa misma medida nuestro corazón se aparta del SEÑOR, y en la medida en que dirigimos hacia nosotros mismos los focos, así nos apartamos de Cristo.

Esas dos cosas van siempre juntas. Confiar en uno mismo siempre es a costa de confiar en el SEÑOR; y eso significa que entonces el desierto penetra en el corazón, y uno comienza a secarse y a encogerse, convirtiéndose en un arbusto seco. Ya no queda nada de tierra fértil. Quien edifica su vida en la carne, no está unido a la única fuente de vida.

Fuente

Esa fuente de vida es el SEÑOR. De esa fuente sacamos cuando confiamos en Él. ¿Y cuándo confiamos en Él? Cuando nos entregamos a Él totalmente y ponemos en sus manos nuestra existencia. Cuando un padre juega con su

pequeñuelo, a veces coloca a su hijo sobre un muro o sobre un armario, y le dice: '¡Salta; yo te cojo!' Si ese niño mira al vacío que existe bajo él, no se atreverá. Pero si mira a su padre y a sus brazos abiertos, saltará sin más; y eso ya no es un salto a ciegas. ¡Ni mucho menos! Él confía en su padre; y por eso se entrega totalmente y no se retrae ni desconfía en absoluto. Eso es lo característico del confiar. En tanto que seamos reservados o desconfiados, no se puede hablar de haberse entregado a sí mismo, ni de confiar.

Pero cuando realmente confiamos en el SEÑOR, somos como un árbol junto al agua. Un árbol que siempre está verde y que no carece de frutos.

Esto no significa que nuestra vida siempre esté llena de éxitos y marche bien constantemente. También pueden llegar tiempos de calor sofocante y sequía. Nos puede afectar el paro, las enfermedades, la pena y el dolor. Todo eso puede entrar en nuestra vida y afectarnos. Pero también entonces se sigue produciendo fruto; la vida no se seca, sino que continúa floreciendo, pues en las raíces de tu existencia uno está unido a la fuente de agua viva: el SEÑOR.

Eso mismo dice Jesús en la imagen de la vid y los sarmientos (Jn. 15). Si no permanecemos unidos a la vid, no llevamos fruto. Sin Cristo nada podemos hacer. Naturalmente, sin Él podemos edificar una gran cantidad de claves en la sociedad y con mucha dedicación desarrollar una buena carrera; y, asimismo, sin Él podemos producir grandes cantidades de ladrillos y adelantar un sinfín en la construcción de una torre. Pero sin Él no podemos llevar fruto alguno para Dios. Eso es lo que quiere decir Jesús; y precisamente, lo que Dios busca en nuestra vida son los frutos. Eso continúa hasta nuestra vejez, pues en eso consiste el sentido de nuestra vida: ¡Que florezca por la comunión de vida con la vid, Cristo, y lleve fruto para Dios!

JEREMÍAS 17:9

Centro de dirección

«Engañoso es el corazón más que todas las cosas...» - dice Jeremías. Esta es una expresión dura, expresada francamente y sin intención de cumplido alguno; y a mayor abundamiento, añade: «y perverso».

Lo que Jeremías dice aquí no es algo aislado en las Sagradas Escrituras. Al contrario, ésta es una de las cosas más fundamentales que las Sagradas Escrituras tienen que decir acerca del hombre: Su corazón es engañoso y perverso.

Tanto antes como después del Diluvio, el SEÑOR constata que el fruto del corazón del hombre en todos los tiempos es de continuo solamente el mal desde su juventud (Gn. 6:5, 8:21). En el Salmo 51, David ora: «Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio...» El corazón de David no es bueno; sólo puede ser limpio mediante una intervención de Dios; y en Marcos 7, dice Jesús: «... de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos.»El corazón es la fuente de todo lo que va contra Dios.

Esto es tan funesto debido a que el corazón, según el lenguaje de la Biblia, es el centro de dirección del hombre. El corazón determina quién es alguien y cuál es su rumbo de vida. Como el centro de dirección de una empresa es determinante para toda la empresa y para la forma en que se presenta y funciona, así el corazón es determinante para el hombre y para su forma de actuar.

Traicionero

Ese centro vital y determinante universal del hombre es engañoso. La palabra con que aquí lo expresa Jeremías, también la emplea más adelante para las desigualdades de un terreno (Is. 40:4), donde se habla de hoyos, vados y obstáculos. De manera que al caminar por él, se tropieza frecuentemente o se sufre un accidente; es un terreno engañoso.

En nuestro tiempo, se podría pensar en un campo de minas, donde se ha de caminar sorteándolas, aunque en cualquier momento se puede tropezar en tan infernal dispositivo y quedar destrozado. Parece que allí no hay nada; todo parece normal; pero cada paso puede ser el último.

Así de engañoso y traicionero es también el corazón del hombre. Es un terreno lleno de trampas; y cuando no se sospecha de él, somos, antes de darnos cuenta, víctima del mismo.

'Nada hay tan engañoso y de poco fiar como el corazón', dice Jeremías. ¡Ay del hombre que toma su corazón como criterio y medida para su modo de actuar! Porque es un criterio del que nadie se puede fiar y con el que se puede resultar engañado.

Sin embargo, hay muchas gentes que usan el corazón como criterio para juzgar si algo es bueno. En nuestro tiempo, y concretamente entre los jóvenes, se clama por la verdad y la autenticidad y la honestidad, lo cual, considerado en sí mismo, es naturalmente una buena causa. El que hoy día se critique por toda clase de apariencias carcomidas y engañosas tras las que nada hay, es realmente sano. Pero, por desgracia, se repite con frecuencia el error de solidarizarse con todo lo que es auténtico y verdadero según procede del corazón. Pero eso no es verdad (cf. Pr. 28:26a). Quien así razona y se deja guiar por esa manera de pensar, olvida que nada hay tan engañoso como el corazón.

Profeta convencido

Esto se evidencia, por ejemplo, de la historia de Eli-

seo en 2 Reyes, cap. 3. Eliseo fue un profeta del SEÑOR que se distinguió muchísimo. Pero, en una ocasión, obró de manera muy equívoca.

Había partido con el ejército de Joram, Josafat y el rey de Edom contra Moab. Siete días anduvo vagando el ejército por el desierto y finalmente se quedó sin agua; y habría muerto de sed sin pena ni gloria.

En aquella emergencia, Josafat preguntó si había un profeta del SEÑOR; y se sintió aliviado cuando oyó que Eliseo estaba en el campamento. En él estaba la palabra del SEÑOR. Eliseo era un profeta digno de confianza. Inmediatamente, los tres reyes fueron a verle.

Pero, en principio, Eliseo no estaba dispuesto a colaborar, y le dijo a Joram: 'Vé a los profetas de los baales de tu padre Acab y de tu madre Jezabel.' Pero, por amor de Josafat, poniendo la mano sobre el corazón, consultó al SEÑOR.

Entonces comenzó a profetizar: 'Excavad zanjas en este valle; porque el SEÑOR lo llenará de agua. Y, además, someterá a Moab a vuestro poder. Luego debéis aplicar la táctica de tierra quemada: Talaréis todos los árboles buenos, cegaréis todas las fuentes y echaréis a perder con piedras todas las tierras fértiles.'

Los tres reyes no dudaron ni un momento que esta profecía era auténtica y que provenía del corazón de Eliseo. Además, estaban convencidos que Eliseo la apoyaba; y así era en realidad. Era imposible que Eliseo dijera algo que no apoyase con todo su corazón; y, por supuesto, que no tenía intención de perjudicar a los tres reyes y a su ejército. Eliseo estaba profundamente convencido de la veracidad de sus palabras, y de que cuanto decía era palabra del SEÑOR. Sin embargo, lo de aplicar la táctica de «tierra quemada», no procedía del SEÑOR, sino de su propio corazón.

Ira sobre Israel

Los tres reyes no sabían esto. Efectivamente, vieron y oyeron que Eliseo profetizó, y que lo que decía era «auténtico» y no un juego, sino que lo apoyaba con todo su

corazón. Y, cuando al día siguiente, el valle realmente se inundó de agua y los moabitas fueron derrotados, no tenían razón alguna para dudar de sus palabras, e hicieron precisamente lo que Eliseo había dicho, y aplicaron la táctica de «tierra quemada». Pero de este modo hicieron precisamente lo que el SEÑOR había prohibido en Dt. 20:19. Por ello, un gran castigo cayó sobre Israel, de manera que el ejército de los tres reyes tuvo que retroceder finalmente sin conseguir su objetivo.

Así pues, quedó demostrado que el corazón de Eliseo proporcionaba un criterio traicionero; porque, confiando en él, acabaron engañados. Mejor les hubiera ido si las palabras de Eliseo -por más «auténticas» y verdaderas y subjetivamente sinceras que fueran- hubieran sido contrastadas con la Ley de Dios; porque allí estaba claro que el SEÑOR prohibía la táctica de «tierra quemada» de Eliseo.

¿Acaso son los árboles hombres?

Merece la pena que, brevemente, consideremos lo que está escrito en Dt. 20:19: 'Cuando sitiéis por mucho tiempo a una ciudad, no debéis cortar los árboles que' -según este versículo, se refiere a los frutales- 'la rodean. Porque', -dice el SEÑOR con una motivación preciosa-, '¿acaso los árboles del campo son hombres, para que también los impliquéis en semejante asedio?'

Hoy día usamos con frecuencia este argumento precisamente en sentido contrario, diciendo: 'Los árboles no son hombres y, consecuentemente, no es necesario tratarlos con tanta delicadeza. Cuando lo creas necesario, puedes destruirlos tranquilamente.'

Pero, para el SEÑOR, incluso el argumento de 'la necesidad militar', no era suficientemente fuerte para permitir que se talaran los árboles con frutos comestibles Los árboles que no producían frutos comestibles únicamente se podían usar para construir máquinas de asedio. Y, cuando no había suficientes árboles de esta clase, debían traer la madera de otra parte; pero no se debían tocar los árboles frutales.

Esto era, en aquel tiempo y en aquel mundo, y cierta-

mente, también en el nuestro, una determinación chocante. ¿Qué ejércitos se han interesado jamás por algo así? Se talaban árboles, a diestra y siniestra, para el asedio de una ciudad; ya fueran frutales o de otra clase de árboles, no se hacía distinción. ¿Y cómo se puede hacer en una guerra moderna, cuando no se opera con medios adecuados para distinguir entre árboles frutales y otros árboles? Sencillamente, no es posible. Por consiguiente, se destruyen los árboles frutales, y se acabó: '¡Es una necesidad militar!'

Pero el SEÑOR dice: 'A mi pueblo no le está permitido hacer la guerra así. ¿Acaso son hombres los frutales? Quien aplica la táctica de «tierra quemada», corta a sus enemigos la posibilidad de vivir; no sólo para el momento de la guerra, sino también para mucho tiempo después.' Y eso no lo quiere el SEÑOR.

Estas reglas del SEÑOR para la guerra, proporcionaron a los reyes de Israel una imagen de clemencia entre los reyes de los pueblos circundantes. Un enfoque semejante era tan sensacional y extraño, que los reyes de Israel parecían ingenuos y exageradamente humanos (cf. 1 Re. 20:31). Así es como el pueblo de Dios, incluso en su manera de hacer la guerra, se debía distinguir de los demás pueblos.

Norma del SEÑOR

Como cristianos podemos muy bien preguntarnos, si nosotros, en los métodos modernos de hacer la guerra, aún podemos responder a esta norma del SEÑOR.

Sinceramente, a duras penas veo que exista esa posibilidad, pues los métodos que los cristianos pretendieran usar en las batallas para distinguir las clases de arboles, no dejarían intactos los árboles frutales; y una bomba atómica que fuera arrojada por un piloto cristiano arrasaría la vida y las posibilidades de vida del enemigo tan radicalmente como una bomba que fuera arrojada por un no cristiano. En ambos casos, no hay diferencia alguna en el resultado: la totalidad de la vida es devastada, incluyendo los árboles frutales y toda clase de pájaros. '¿Acaso

son los hombres árboles?', -pregunta el SEÑOR. '¿Acaso son los gorriones y los estorninos hombres, para que sean víctimas de nuestra manera de hacer la guerra?'

Hasta en sus acciones de guerra, Israel debía hacer ver que era el pueblo del SEÑOR, y que por eso mismo hacía servir otra norma que los demás pueblos. ¿No valdría esto hoy en día para los cristianos? «Pero vosotros (debéis) comportaros de manera totalmente distinta: (pues) habéis conocido a Cristo» (Ef. 4:20, versión moderna, Sociedad Bíblica Neerlandesa).

Campo de minas

Puesto que Joram y Josafat, en su manera de conducir la guerra, desdeñaron la compasión del SEÑOR y se atuvieron sin más a cuanto Eliseo profetizó desde su corazón, se abatió sobre Israel la intensa ira del Señor. ¡Qué arriesgado es seguir u obrar exclusivamente al compás del traidor corazón! El hecho de que algo salga del corazón, y como tal sea auténtico y verdadero, ¡no es garantía alguna de que sea bueno! Sólo podemos estar seguros preguntando si está en concordancia con la Palabra de Dios.

Actualmente, son muchos los que ya no se orientan por lo que alguien dice, ni por el contenido, sino por su apariencia de veracidad y autenticidad. 'Cuando algo sale del corazón, no puede ser malo o equivocado; ha de ser genuino', se dice. Pero entonces se olvida, que el corazón es tan traicionero como un campo de minas. 'Del corazón proceden los malos pensamientos', dijo Cristo (Mr. 7:20-23); dando todo un catálogo de cosas que salen del corazón y que, por tanto, sin duda alguna son auténticas, pero contaminan al hombre.

Por tanto es antibíblico cuando hoy día se dice: 'La autenticidad y la veracidad y la sinceridad son garantes de la rectitud.' Una vez, alguien me contó: 'En una ocasión, entré en un burdel. Era normal que lo hiciera, porque en aquel entonces lo deseaba con todo mi corazón. Si en el último momento hubiera dado media vuelta, habría sido un hipócrita y un falso.'

Aquí tenemos a alguien que convierte su corazón y cuanto

hay en él, en norma de su conducta, y que asegura que seguir al corazón es la garantía de un proceder bueno. Tal persona pasa por alto lo más fundamental que se debe saber del corazón: 'El corazón es más traidor que un campo de minas. ¡Sí, es malicioso!'

Dios es mayor que nuestro corazón

Lo que se decide en el centro de dirección de nuestra vida, no puede ser, sin más, nuestra norma. Es ciertamente maravilloso, que Dios quiera renovar nuestro corazón por su Espíritu, y asimismo escribir sus leyes en nuestro corazón. En la medida que nos abrimos más al Espíritu de Dios, nuestro corazón va a reaccionar más genuinamente a lo que Dios quiere, y de nuestro corazón saldrán directrices más genuinas.

Pero deberemos mantenernos alerta, contrastando con la Palabra de Dios cuanto sale de nuestro corazón; y aún así nos engañaremos, pues, ¿quién puede, a fin de cuentas, conocer perfectamente su corazón?

Pero entonces hay un gran consuelo: aunque nuestro corazón nos condene, Dios es mayor que nuestro corazón y conoce todas las cosas (1 Jn. 3:20). Él sabe que le amamos.

JEREMÍAS 18:1-12

En casa del alfarero

Jeremías recibe del SEÑOR el encargo de ir a casa de un alfarero. Dicha casa se encontraba probablemente fuera de los muros de Jerusalén, en una zona donde había tierra apropiada. En cualquier caso, la casa estaba en un nivel más bajo que el lugar donde Jeremías se hallaba; pues debía descender hasta allí (vs. 3). Lo cual, conociendo el relato de Mt. 27:7-8, da la impresión que aquella casa se encontraba en el valle de Hinom. 'Cuando estés con el alfarero, te haré oír más de mí', dice el SEÑOR.

Al llegar Jeremías a casa del alfarero, todo estaba en plena acción. El taller estaba lleno de vasijas y ollas que se estaban secando o que estaban listas para la venta. Las había de todas las formas y tamaños; vasijas para el agua o el aceite, y también lámparas de aceite, platos y bandejas.

En un rincón de la estancia, alguien se ocupaba de preparar barro que el alfarero había de usar. Primero se retiran las piedrecitas, luego se añade una cierta cantidad de arena o conchas molidas, y después se lo rocía con agua y se lo amasa con los pies descalzos hasta que se logra una masa pastosa.

Fuera, alguien avivaba el fuego bajo el horno en que se habían de cocer los cántaros, vasijas, etc. Era una faena abrasadora, pues en el horno se había de alcanzar una temperatura de unos 600 grados centígrados. Junto a la plataforma giratoria estaba sentado el alfarero, quien, con movimientos regulares de sus pies daba movimiento a la rueda, y con sus manos daba forma a una vasija, de un trozo de barro.

Mirar

Podemos imaginar que cuando Jeremías entró en el taller, alguien le preguntó si quería comprar una vasija o un cántaro; pero Jeremías, moviendo la cabeza, diría: 'Sólo vengo a mirar.'

¡Claro! ¡Qué otra cosa podía hacer! Sólo había recibido el encargo de ir a casa del alfarero. Una vez allí, el SEÑOR le haría oír sus palabras. Y en tanto que eso no ocurriera, no tenía otra cosa que hacer sino dar una vuelta mirando.

Eso hizo Jeremías. Pero mientras observaba, el alfarero seguía ocupado en su trabajo. Al terminar una vasija, toma un nuevo trozo de barro y vuelve a hacer otra vasija.

Pero Jeremías vio que salió fallida. Esto puede ocurrir algunas veces. Entonces el alfarero reduce la vasija fallida a un pedazo de barro, y comienza de nuevo; y con ello hace una nueva vasija, a veces un modelo muy distinto a como en principio había planeado.

Palabra del SEÑOR : 18:5-6

Jeremías pasó un tiempo mirando al alfarero, y entonces llegó a él efectivamente la palabra del SEÑOR. '¿Has visto bien', pregunta el SEÑOR a Jeremías, 'cómo el alfarero trabaja el barro y hace formas y modelos?' Cuando el modelo que está trabajando no le agrada y no responde a sus expectativas, no se entretiene en mejorarlo, sino que lo reduce a un pedazo de barro, y hace de él simplemente algo distinto. El alfarero no está atado al modelo que tenía en su mente y que quería hacer. Hay muchas más posibilidades que ese único modelo.

'¡Así hago yo!', dice el SEÑOR. Y añade: 'Israel es en mis manos como un trozo de barro en las manos de un alfarero. Yo he dado efectivamente a este pueblo mis promesas; y también le he dicho, que Yo le bendeciría. Después, falsos sacerdotes y profetas, partiendo de esto, dicen: '¡Paz, paz! Nada nos puede ocurrir; Jehová lo ha prometido; ya no puede volverse atrás; está obligado a hacerlo' (Mt. 3:9).

'Pero las cosas no son así', le dijo el SEÑOR a Jere-

mías. Y prosigue: 'Mira al alfarero. Cuando comienza con un trozo de barro, tiene un modelo determinado en su mente, y piensa: 'Voy a hacerlo así'; pero si por una u otra razón se estropea, ¡no está obligado a ese modelo; naturalmente que no!'

'Los sacerdotes y líderes del pueblo tienen razón en este punto: Que Yo he dado a Israel mis promesas; que tenía un plan con el pueblo; y que mi intención era hacer algo hermoso con él. Pero, puesto que Israel no responde a mis intenciones, y ha cogido un camino distinto del que Yo propuse, no está bien que siga dando paz por haberla prometido en una ocasión. Quien esto piensa, se olvida de que mis promesas de paz están en estrecha relación con la actitud del pueblo, y que van ligadas a la condición de la fe y el arrepentimiento. Cuando no hay fe, cuando el pueblo no anda en mis caminos, no hay paz para él' (Dt. 30:15-20).

Plan de ejecución

Y entonces el SEÑOR, por así decirlo, marca un plan de cómo tratar con los seres humanos, pues, dice: Mis promesas y anuncios de juicio son siempre condicionales; nunca son absolutos. En cualquier momento puedo anunciar respecto a un pueblo o un reino, que lo arrancaré, derribaré y exterminaré.'

Como es natural, el SEÑOR lo dice de veras. No es ningún juego, pues si dice algo así, es que tiene de verdad ese plan; y entonces no tiene sentido alguno pensar: 'Saldrá mejor de lo esperado.' Quien piensa eso comete una equivocación fatal, y experimentará que no es agradable en absoluto. Para el SEÑOR arrancar es, de veras, arrancar; y exterminar, exterminar.

Pero aunque semejante expresión del SEÑOR es cien por cien seria, no es absoluta y tampoco un destino inevitable. 'Porque', sigue diciendo el SEÑOR, 'si el pueblo sobre el que me pronuncié de esa manera, se convierte de su maldad, me volveré atrás del mal que pensé hacerles; desisto de ello, y no dejo que siga su curso.'

Y también ocurre lo contrario: 'Cuando me pronuncio

sobre un pueblo y un reino, diciendo que lo edificaré y plantaré, también lo digo de veras.' Las promesas del SEÑOR no tienen el carácter de las promesas de muchos políticos, que prometen cosas estupendas con el fin llegar cerca de las gentes en un buen panfleto, para llegar al poder, pero que jamás cumplen sus promesas, ni, a veces, tuvieron el propósito de cumplirlas. Las promesas del SEÑOR no son así. Él no promete cosas que no pueda o quiera cumplir.

Pero nadie debe pensar que lo que el SEÑOR ha prometido ocurrirá exactamente así; pues la Biblia no conoce ese automatismo; porque, dice el SEÑOR: 'Cuando ese pueblo y ese reino del que he dicho que lo edificaré, haga lo que es malo a mis ojos, me volveré atrás del bien que les dije que les haría.

¿Qué es malo?

Debemos observar que el SEÑOR, en el vs. 10, concreta lo que es malo a sus ojos. Malo es: No hacer caso de la palabra del SEÑOR.

En nuestros días se pregunta con bastante ruido: '¿Qué es malo? ¿Por qué esto o aquello es malo? ¿Quién determina propiamente lo que es malo? ¿Debo hacerlo yo mismo? ¿Acaso hay una norma general para ello?'

Desde esta tesis se viene, pues, a decir: 'Malo es lo que para mí es nocivo y perjudicial.' Pero lo que para mí es malo, no tiene por qué serlo para otro. Para otro quizá sea precisamente bueno.

De esta forma, nada queda de lo que, a fin de cuentas, es malo para todas las personas. ¿Por qué algo había de ser malo para todos? ¿Por qué es malo, por sí mismo, el practicar el intercambio de pareja? ¿Por qué es malo, por sí mismo, entregarte a prácticas homoxesuales? Para ciertas personas, quizá sea bueno precisamente hacer tales cosas; pues, para ellas podría significar un enriquecimiento de sus vidas.

Pero el SEÑOR dice: 'Lo que es malo, no viene determinado por lo que alguien personalmente entiende al respecto. El hombre no es medida de lo bueno y lo malo.

El bien y el mal no es lo que el hombre piensa al respecto, sino lo que Yo pienso. El mal es: No hacer caso de mi palabra; dejar a un lado mi línea de dirección. Y eso vale para todas las personas.' El no hacer caso de la Palabra de Dios no es que sea para algunos ciertamente malo, y para otros precisamente bueno. Es malo para todos y cada uno. Este es el único criterio para saber lo que es bueno y malo: La voz de Dios, su Palabra.

Sin fatalismo

'Si Yo he prometido edificar a un pueblo' -dice el SEÑOR-, 'pero éste no escucha mi voz, y él mismo determina lo que es bueno y malo, me volveré atrás del bien que le había prometido; no lo dejaré ir adelante, sino que me volveré atrás de mi propósito inicial.'

Con esto, el SEÑOR nos da aquí una porción importante de su revelación acerca de sí mismo y respecto a su relación con el hombre. Parece que en esto ha dado un lugar muy importante a la responsabilidad del hombre. Por lo tanto el SEÑOR no tiene nada que ver con la idea pagana del sino o del fatalismo.

El fatalismo pagano es inevitable e irrevocable. Nada se puede cambiar; ni siquiera los dioses pueden cambiar nada, según decían los griegos y romanos. También los mahometanos creen en un fatalismo semejante. En sus guerras santas corrían sin buscar protección frente a la lluvia de proyectiles, pues decían: 'Si es tu hora, muere en la batalla, pues buscar cobertura no tiene sentido; y si tu hora (de morir) aún no ha llegado, sigue viviendo tranquilamente. En consecuencia, no es necesario buscar cobertura.'

También en la teología cristiana se ha hecho del SEÑOR frecuentemente un Dios fatalista, un sino inevitable e irrevocable. Como si, cuando ha decidido la caída de un pueblo o el terminar una vida, ya no pueda cambiar nada; como si, hagas lo que hagas, no servirá absolutamente de nada. Todo queda tal cual, invariable.

Pero, en las Sagradas Escrituras, el SEÑOR viene a decir claramente: 'Yo no soy como ese sino frío e impersonal.

Mis promesas y amenazas no llevan ningún carácter fatalista en el que nada se puede cambiar.'

No es una máquina

Quien piensa de manera fatalista, hace del SEÑOR una especie de máquina. Un mundo completamente mecanizado tiene un carácter fuertemente fatalista, pues las máquinas no pueden pensar. Una vez que se las ha puesto en marcha, prosiguen imperturbables, aunque en un momento determinado originen un desastre que jamás estuvo en la intención de sus inventores.

Por ejemplo: Imaginemos una gran industria cárnica con su matadero, etc., donde los cerdos entran vivos por un lado, y por otro salen ya enlatados o como corresponda, según el proyecto previo para el comercio. Todo lo que sucede entre uno y otro momento, ocurre de forma completamente mecánica y automática. Mientras lo que cuelga de los ganchos en las cintas transportadoras sean cerdos, se producen toda una serie de actuaciones hasta que son totalmente tratados, y todo va bien. Pero, cuando, por accidente, no sea un cerdo sino una persona lo que llega colgado del gancho en la cinta transportadora, ocurre lo mismo que con los cerdos. Esto es fatalismo. Todas aquellas cintas transportadoras y máquinas de picar carne, de empaquetar y sellar hacen imperturbables su trabajo, sin tener en cuenta lo que penda en el gancho transportador, pues no lo tienen en cuenta ni tampoco pueden.

'Pero Yo no actúo así', dice el SEÑOR. 'Lo que Yo he dicho no es ningún hado o fatalidad inevitable; no es un sino inexorable. No se produce a ciegas y sin tener en cuenta las circunstancias y la responsabilidad humana.'

Nínive

Si el SEÑOR ha anunciado el juicio, no es para tomarlo a la ligera; lo dice en serio. 'Si hay una conversión', -dice el SEÑOR- 'no lo dejo seguir adelante, pues mis juicios nunca son inevitables e ineludibles. Yo no soy una máquina, sino un alfarero; no soy un hado, sino un Dios

personal; Yo no tengo verdadera pasión por la muerte del pecador, sino por su conversión, para que pueda seguir viviendo.'

Esto se pone en evidencia en el libro de Jonás, capítulo 3. «De aquí a cuarenta días Nínive será destruida», predicó Jonás (vs. 4). Y, sin embargo, no se cumplió. No porque el SEÑOR no se atenga a su palabra y diga algo sin quererlo decirlo, sino porque las gentes de Nínive se convirtieron.

De esta conversión se ocupa el SEÑOR, también en el libro de Jeremías, capítulo 18. Su profeta debe decir, tanto a los habitantes de Jerusalén como a los hombres de Judá: «Así ha dicho Jehová: He aquí que yo dispongo mal contra vosotros, y trazo contra vosotros designios...» Esto no es una historia vana, sino una dura realidad. 'Yo', viene a decir el SEÑOR- 'en verdad, os prometí bendeciros y daros paz; pero, porque no habéis escuchado mi voz, la situación ha cambiado; ahora el juicio está en marcha; por consiguiente, «conviértase ahora cada uno de su mal camino, y mejore sus caminos y sus obras» (vs. 11).

Esta es la única posibilidad de desviar aún el juicio.

Sin conversión

Así es como el SEÑOR actuó para conducir a su pueblo a la conversión. Pero no hubo respuesta, pues la reacción del pueblo fue algo así: '¡Calla, Jeremías; toda tu palabrería es esfuerzo inútil! Nosotros seguimos sencillamente nuestros propios caminos; y permanecemos imperturbables en los deseos de nuestros corazones sin hacer el menor caso de tus consejos' (vs. 12).

Como es natural ellos mismos usaron palabras más o menos decentes y piadosas. Pero el SEÑOR las escudriña y hace ver lo que en realidad quieren decir: 'Nuestro perverso corazón es nuestra medida y norma.'

Esta falta de conversión fue, una y otra vez, el punto en que se rompió la relación con el SEÑOR. Más tarde, fue Cristo mismo quien tuvo que decir a las personas que más había atendido:

«¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en

Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy.» (Mt. 11:21-23).

También en estas palabras resulta que el juicio no es ningún fatalismo o sino inevitable. Incluso el juicio sobre Sodoma podía haberse evitado; y así, ¡podía haber existido hasta hoy! Pero, lo que hace inevitable el juicio de Dios es la inconversión.

Nuestros pecados no tienen por qué originar división permanente entre Dios y nosotros, pues existe perdón de pecados en Jesucristo. Gracias a Él y a su sangre podemos, a pesar de nuestros pecados, tener comunión con Dios. Pero, si permanecemos en el pecado, si no nos arrepentimos ni nos convertimos de nuestros pecados, ciertamente se rompe esa comunión; y entonces la promesa del perdón no tiene efecto alguno, y llega el juicio; pues el SEÑOR no es una máquina impersonal y mecánica, sino un «Alfarero».

JEREMÍAS 36 Y 45

Bisagra: 2 Cr. 35:20 - 36:8

El cuarto año del rey Joacim fue un año bisagra en la historia de Oriente Medio. Para verlo, debemos, por un momento, refrescar algo de aquella historia.

Cuando Nínive fue conquistada por los babilonios, y el imperio mundial asirio estaba agonizando, el faraón Necao de Egipto se levantó con un gran ejército para evitar que la máquina de guerra babilónica se trasladara hasta las fronteras de Egipto. El rey Josías intentó entonces oponerse al ejército egipcio; pero su pequeño ejército fue derrotado en Meguido, y Josías mismo pereció.

Necao, pues, tuvo éxito en su propósito. Había llevado una gran parte del reino asirio dentro de la esfera de influencia egipcia. Posteriormente tomó Jerusalén, y al sucesor de Josías, Joacaz, tras un gobierno de tres meses, lo depuso y deportó a Egipto como vasallo, colocando a Joacim en el trono en Jerusalén, como vasallo suyo.

Con el fin de proteger las nuevas fronteras de su reino, Necao había estacionado un ejército cerca de Carquemis en el curso superior del río Eufrates. Pero, como es natural, esto no encajaba de ninguna manera con los planes de los babilonios. Éstos habían derrotado totalmente a los asirios y no estaban dispuestos a permitir que otro se alzara con una gran parte del botín. Así pues, era muy probable que aquello desembocara aún en una batalla entre babilonios y egipcios.

Jeremías también profetizó sobre esto. En el capítulo 46 encontramos lo que predijo sobre este choque. El ejército egipcio, que se echaría encima como el agua del Nilo, y

que destruiría grandes partes del imperio asirio (46:8), sería derrotado por Nabucodonosor (46:6), y huiría humillado a Egipto (46:5).

Y así ocurrió. En el cuarto año de Joacim, Nabucodonosor derrotó a los egipcios cerca del río Eufrates (46:2), tal como Jeremías había profetizado, y los persiguió hasta la frontera egipcia. Allí le alcanzó la noticia de que su padre había muerto; y, con el fin de asegurar su sucesión al trono, se apresuró a volver hacia Babel con un cierto número de seguidores; y, cuando lo dejó todo arreglado, y tomó posesión del trono, volvió para someter formalmente los territorios que Egipto debía haber abandonado. En el año en que ocurrieron estos acontecimientos y cambió drásticamente el mapa político de aquella región, también tuvo lugar cuanto Jeremías describe en el capítulo 36.

Un rollo

Jeremías recibió el encargo de escribir en un rollo todo lo que en sus ya treinta y tres años de ministerio como profeta había anunciado. «Todo» no significa, como es natural, «cada palabra», sino el resumen objetivo y sustancial. Respecto al contenido concreto de aquellas profecías, no debía omitir nada; como lo demuestra el vs. 32 del cap. 36. Si el primer rollo había contenido literalmente cada palabra, el segundo nunca habría podido ser más detallado.

Lo que se escribió en el primer rollo fueron las profecías -al menos una parte de ellas- que hasta ahora hemos tratado, y tal como las encontramos resumidas en el capítulo 25, una porción que también procede del año cuarto de Joacim (cf. 36:1 y 45:2).

En estos versículos se dice, una vez más, que el SEÑOR había enviado a sus profetas de forma ininterrumpida, y a Jeremías desde hacía 23 años (25:3-4), para llamar al pueblo a convertirse de su apostasía (25:5-6). Pero Judá no quiso escuchar y siguió en pos de otros dioses (25:7). El SEÑOR anunció entonces de nuevo la llegada del enemigo del Norte (25:9). En las profecías precedentes ese enemigo aún era anónimo (véase, por ejemplo, 5:15;

6:22; 10:22). Pero ahora se dice claramente quién es: «Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo...», el cual arrasará a Judá y Jerusalén; y la servidumbre a Babilonia durará setenta años; y entonces el SEÑOR castigará la injusticia de Babilonia (25:11-14). Además, no sólo Judá y Jerusalén serían humillados por Nabucodonosor, sino también los pueblos en torno a Israel (25:19-26).

Jeremías debía poner todo esto por escrito en un rollo.

Quizá: Caps. 36 y 45

Jeremías debía poner por escrito no sus propias palabras e ideas, sino las palabras que el SEÑOR había expresado (36:2). La Palabra de Dios es la que debía quedar consignada.

Este es un punto importante. La Palabra de Dios permanece hasta la eternidad (1 P. 1:23 y 25). No es llevada por el viento; hace lo que agrada al SEÑOR, y cumple aquello para lo que Él la envía (Is. 55:11). Eso lo hace prescindiendo de si realmente ha sido puesta por escrito o no, pues aunque la Palabra de Dios no hubiera sido puesta por escrito, permanecería eternamente. Para eso es la Palabra de Dios. La Palabra de Dios no necesitaba expresarse por escrito para hacerla más fiable y firme, como es el caso, muy frecuentemente, entre los hombres. Las palabras de los hombres puestas por escrito tienen un carácter más definitivo que cuando sólo se pronuncian oralmente. La Palabra de Dios no necesita de esa fijación documental para ser firme y fiable.

Pero para el hombre es de vital importancia que la Palabra de Dios fuera puesta por escrito, ¡pues el hombre es tan corto de memoria...! Haría mucho tiempo que no sabríamos ya que existió una Palabra de Dios permanente y operativa, si no hubiera sido puesta por escrito. Gracias al hecho de que Dios dispuso que su Palabra quedara por escrito, podemos conocer ahora esa Palabra, y dejar que nuestra vida sea determinada por ella.

Como es natural, de eso se trata. El motivo por el que Jeremías debía poner por escrito la Palabra de Dios, se menciona en el cap. 36, vs. 3: «Quizá oiga la casa de Judá...»

Motivo

'Si todo lo que les he dicho en estos veintitrés años lo reciben completamente, y se ven confrontados con todo ello en su totalidad -no de forma gradual ni poco a poco, sino con todo su peso concentrado-, quizá exista aún la posibilidad de que se conviertan, y que Yo' -dice el SEÑOR- 'les pueda perdonar.'

Este es el motivo del SEÑOR.

Por consiguiente, Jeremías debía poner por escrito las profecías; y por eso mismo también nosotros tenemos la Palabra de Dios en toda su claridad. ¡Para dejarnos dominar por ella, y para poder vivir en el amor perdonador de Dios!

¿Por qué, pues, -por mencionar algo- se ha puesto por escrito tanto acerca de las señales de los tiempos, acerca de los juicios que Dios hace venir sobre el mundo y acerca del retorno de Cristo? Es con la intención de que lo tengamos en cuenta en nuestra vida, y de que no sigamos viviendo como si nada ocurriera, como las gentes en tiempo de Noé. Dios ha hecho poner por escrito todas aquellas palabras, para que el Día de Cristo no nos sorprenda como un ladrón.

Baruc: 36: 5 y ss.

Jeremías hace lo que el SEÑOR le ha encargado y pide, a este efecto la ayuda de un cierto Baruc, su secretario. Baruc pertenecía a una familia distinguida. Era hermano de Seraías, a quien doce años más tarde encontramos en Babilonia como mariscal-jefe en compañía del rey Sedequías (51:59). Jeremías dicta a Baruc todas las palabras que el SEÑOR le había hablado a lo largo de veintitrés años.

Es evidente que todas aquellas profecías produjeron una reacción de terror y un efecto de choque, como se manifiesta en el caso de Baruc mismo; según vemos en el capítulo 45.

Cuando Baruc terminó de escribir, estaba totalmente destrozado: «¡Ay de mí ahora»-dijo- «porque ha añadido Jehová tristeza a mi dolor; fatigado estoy de gemir, y no

he hallado descanso» (45:3). Aquello perseguía a Baruc; no le dejaba dormir; y vio todo su futuro hundirse bajo sus pies. Y no es totalmente imposible, que él, lo mismo que su hermano, quisiera hacer carrera en la política, y que tuviera buenas perspectivas de una alta posición. En cualquier caso, le agradaba seguir adelante y alcanzar algo en la vida (45:5). Pero comprendió que haría bien en olvidarse absolutamente de todo ello, pues lo tenía muy difícil.

Mas entonces, le dijo el SEÑOR: 'Baruc, lo que he edificado, Yo mismo lo rompo; y lo que he planeado, Yo mismo lo quiebro. ¿Buscarías, pues, tú mismo grandes cosas para ti? No las busques. Pues, mira que traigo mal sobre todo lo que vive. Pero te aseguro que guardaré tu vida.'

Baruc no pertenecía al grupo de quienes dejaban a un lado las palabras del SEÑOR, o no les interesaban y simplemente seguían adelante como si nada ocurriera por ello. Él creía aquellas palabras y las tomaba en serio; partía de ellas; y precisamente por eso le preocupaban, porque veía su futuro derrumbarse tal cual se lo había figurado; y entonces, el SEÑOR le apoya con una promesa: 'No te aferres obstinadamente a tus planes por una carrera, Baruc; deja que la vida discurra como habías planeado. Entonces encontrarás la vida.'

Hallar mediante perder: 45:1-5

Cuanto el SEÑOR dice a Baruc, es lo mismo que lo que Jesús nos ha enseñado: «Quien quiera salvar su vida, la perderá» (Mt. 16:25). 'Quien se empeña con uñas y dientes en sus propios planes de futuro y en la vida que quiere seguir, se le quebrará entre sus manos. Pero quien escucha mi Palabra y está dispuesto a perder su propia vida y futuro, precisamente encontrará la vida. Una vida diferente a la que se había imaginado y planeado; pero mucho más rica, puesto que es una vida con Dios. Quien, por causa de su carrera, echa a un lado la Palabra de Dios y prosigue como si Dios nada hubiera dicho, pierde la vida verdadera.'

Respecto a nuestro futuro, Cristo también ha dicho lo

necesario. Ha hablado de sangre, fuego, vapor y humo. Ha hablado de juicios de Dios que vendrán sobre el mundo y sobre una situación en que, como cristiano, ya no se podrá comprar ni vender, y mucho menos hacer carrera en la vida. Quien no cuenta con esto en sus planes de futuro, quien a estas profecías las deja fuera de consideración como si no hubieran sido pronunciadas, perderá su vida. Y, con el fin de ayudarnos a que esas profecías penetren en nuestra vida y obtengan peso en ella, Dios ha mandado que fueran puestas por escrito para nosotros, y ha dispuesto que fueran compuestas, con toda claridad, en su LIBRO: LA BIBLIA.

Día de ayuno

Cuando Jeremías y Baruc acabaron de poner por escrito las profecías, el rollo permaneció guardado un corto tiempo en un armario. Pero, en el año quinto de Joacim, en el mes noveno (es decir, en noviembre/diciembre) fue sacado de nuevo a la luz. Entonces se convocó un día de ayuno, y esto significaba que el pueblo, con ese motivo, iría masivamente al templo.

La razón de por qué se convocó un día de ayuno, no se menciona. Quizá se hizo con vistas a la amenaza babilónica o por causa de una sequía, pues en tiempos del régimen de Joacim hubo una gran sequía (14:1). Pero el motivo del día de ayuno no es muy importante para nosotros. Lo importante es el hecho de que aquel día se congregó casi todo el pueblo. Un día así era especialmente apropiado para leer en público el rollo de la Escritura, y confrontar a todo el pueblo con el peso de las palabras de Dios.

Impedido

Jeremías mismo no podía leer en público el rollo. «A mí se me ha prohibido entrar en la casa de Jehová», dice (36:5). No se nos explica cuál era aquel impedimento. En cualquier caso, no era un impedimento a consecuencia de una enfermedad, pues, según se deduce del vs. 19, Jere-

mías logró esconderse sin problemas. Podría tratarse de que Jeremías estuviera impuro cúlticamente, y por eso no podía entrar en el templo. Para alguien que, como Jeremías, procedía de una familia sacerdotal, esa cuestión era más estricta que para otros. Pero nuestra impresión es que la presencia de Jeremías ya se había hecho tan imposible entre los sacerdotes del templo, que no era la persona indicada para ir al templo y leer en público el rollo, porque por anticipado se le habría impedido hablar. En una ocasión los sacerdotes ya le quisieron llevar a la muerte después de una actuación en el templo (cap. 26); y en el 19:14 y ss. se cuenta que cuando Jeremías volvió a actuar en el templo, fue apresado, azotado y encerrado en la prisión por Pasur, un sacerdote que era supervisor del templo. Esto no hacía mucho que había ocurrido, por lo que hay que pensar que la razón del impedimento de Jeremías más bien debemos buscarla en esa dirección.

Turbación

Pero, sea cual fuere la razón, Jeremías mismo no fue al templo, sino que envió a Baruc. Éste hizo lo que se le encargó, y desde el aposento de un cierto Gemarías, leyó en público el rollo para que lo oyera todo el pueblo. Gemarías debía ser una figura representativa, pues disponer de un aposento privado en las edificaciones del templo era un privilegio del que no disfrutaba cualquiera. El hecho de que Baruc pudiera hacer uso de aquel aposento, se explicaría por sus relaciones con los principales círculos de Jerusalén.

Un hijo de Gemarías, un cierto Micaías, estaba presente durante la lectura pública, y al oír de qué se trataba, se dirigió inmediatamente al palacio del rey, donde, en aquel momento, los dignatarios de Jerusalén -entre otros, su padre- estaban reunidos, e irritado, les dio cuenta de lo que había ocurrido. Los dignatarios enviaron un emisario a Baruc para pedirle que se presentara ante ellos llevando el rollo. Baruc se personó ante ellos, y accedió a leerles el rollo.

Lo que aquellos grandes personajes oyeron con sus propios oídos, produjo un enorme efecto y quedaron pro-

fundamente impresionados. Estaban tan turbados por lo que escucharon, que acordaron contárselo todo al rey. ¡No se podía dejarlo pasar, sin más!

Pero conocían suficientemente al rey como para esperar de él medidas rigurosas; y al enterarse por Baruc que el rollo procedía de Jeremías, le aconsejaron que, junto con Jeremías, se escondiera inmediatamente (36:19). Después se dirigieron al rey para presentar su informe, aunque el rollo lo dejaron en el gabinete de Elisema, el secretario.

Implacable

Cuando Joacim oyó el informe, ordenó traer el rollo para que se lo leyeran. Entonces se produjo una escena dramática: El rey estaba sentado junto a un brasero. Era invierno, más o menos, diciembre. En las casas hacía frío. Mientras Joacim estaba sentado escuchando la lectura, cogió un cuchillo. Cuando Jehudí llevaba leídas tres o cuatro columnas, el rey le interrumpió, cortó el trozo del rollo leído y lo arrojó al fuego que tenía delante.

Los príncipes Elnatán, Delaía y Gemarías protestaron airados, y le suplicaron que no quemara el rollo. Pero su protesta no tuvo efecto alguno. El rey fue implacable, y de manera imperturbable iba cortando a cada paso un trozo, quemándolo hasta que todo el rollo quedó reducido a cenizas. Además, envió a su hijo Jerameel junto con dos servidores de palacio, para que arrestaran a Jeremías y Baruc. Pero el SEÑOR hizo que su escondite no fuera descubierto (36:26).

Joacim no había podido demostrar más clara- y cínicamente su oposición a la Palabra de Dios y al SEÑOR mismo. Los anuncios de juicio no causaron impresión alguna en Joacim y sus cortesanos. Éstos tampoco le orientaron para que reflexionara. No se vió rastro alguno de terror en sus rostros; ni rasgaron sus vestiduras.

Esto último es lo que había hecho su padre Josías, en su tiempo. Cuando, con motivo de la restauración del templo, fue encontrado el libro de la Ley y se le leyó, rasgó sus vestiduras (2 Cr. 34:19). Pero la actitud de su hijo Joacim fue totalmente diferente, y en abierta oposición a la ac-

titud de Baruc. Por ello, Joacim no obtuvo promesa alguna de vida, al contrario que Baruc, sino una agudización del juicio; y no salvaría su vida, sino que la perdería (36:29-31).

Decisivo

¿Qué haces tú con la Palabra de Dios? ¿La das de lado? ¿La quemas? ¿O dejas que tu vida sea dominada por ella, y la haces punto de partida para tu vida? ¡Estas preguntas son decisivas para tu futuro!

Estas mismas preguntas también podemos formularlas así: ¿Qué hacemos con la Palabra Encarnada (el Verbo) de Dios, es decir, Jesucristo? ¿Nos conformamos con que hable y hable...? ¿Le volveremos a crucificar de esta manera? (He. 6:6). ¿O es Él el centro de nuestra vida? ¡Estas preguntas son decisivas para nuestra vida o muerte!

No se puede eliminar la Palabra de Dios. Y aunque físicamente se la pueda quemar, jamás será posible librarse de ella; porque la Palabra de Dios permanece para siempre, y hace aquello para lo que fue enviada. Contra ella nada pueden los cuchillos y los braseros.

Y para ilustrar esto, Jeremías y Baruc vuelven a tomar otro rollo nuevo, y lo reescriben más detalladamente aun que el primero (36:28 y 32). La Palabra de Dios es siempre más fuerte que nuestra oposición. La oposición no tiene sentido. Cuando pensamos que la hemos eliminado, reaparece más fuerte y detallada. Y entonces, la oposición no sólo no tiene sentido, sino que también conduce a la ruina propia. Pero quien acepta seriamente la Palabra de Dios, recibe -lo mismo que Baruc- la vida como recompensa: ¡La vida eterna!

JEREMÍAS 14:1-12 y 15:1-4

Puertas derrumbadas

El día de ayuno del que se habla en el capítulo 36, fue convocado quizá con motivo de la gran sequía que ocurrió durante el régimen de Joacim, acerca de la cual trata el capítulo 14.

Las consecuencias de la misma fueron lamentables, y pueden ilustrarse con un par de imágenes apropiadas, tomadas de la vida real. La primera habla de las puertas de la ciudad que se desplomaron, y yacían en tierra enlutadas (14:2).

Como es natural, uno no debe tomar al pie de la letra estas palabras; pues aquí nos encontramos con un lenguaje figurado.

En Judá y Jerusalén las gentes caminaban con ojos sombríos. La escasez de agua y alimentos les hacía melancólicos; y proyectaban su propio abatimiento en las cosas en torno suyo. A sus ojos, las puertas parecían compungidas; y era evidente que estaban de luto.

Vasijas vacías

La sequía, pues, afectó muy profundamente la vida del pueblo. Todas las capas de la población se vieron afectadas por ella; pero, como casi siempre ocurre, los ricos y notables gozan de una situación privilegiada en las circunstancias difíciles, y sufren menos que la gente sencilla y corriente, porque disponen de los medios para procurarse toda clase de cosas empleando mucho dinero. Pero

esto ya no era posible en Judá, pues ni por cifras astronómicas de dinero había agua que comprar. En estas circunstancias, uno podría pensar que cuantas más personas alguien pudiera enviar en busca de agua, mayor sería la posibilidad de que alguno de ellos encontrara un poco de agua.

Pero no; dondequiera que iban, sólo encontraban estanques sin agua. Todos volvían con las vasijas vacías, y apenas se atrevían a presentarse en presencia de sus dueños, pues no habían podido cumplir su encargo, y regresaban avergonzados. ¡Habían fracasado!

Labradores y animales

Entre los labradores, las circunstancias no eran distintas. Deambulaban por sus campos; la tierra estaba dura, seca y cuarteada. Las cosechas se quemaban bajo un sol abrasador. Era una vista lastimosa. Les entristecía ver cómo todo lo que había en sus campos se marchitaba, se secaba y moría. Todo su trabajo y empeño había sido en balde; y con pena en su corazón y barro en sus sandalias volvían a casa profundamente tristes. Apenas se atrevían a mirar a la cara a sus vecinos, pues, ¿qué iban a decirles? No podían darles ninguna esperanza.

También el mundo animal sufría bajo la sequía. La cierva abandonaba en el campo a su cría recién nacida porque no había hierba. ¡Era una situación gravísima! Los asnos salvajes agonizaban con ojos vidriosos en las colinas yermas. ¡Efectivamente, la sequía era terrible! Pero, ¿acaso no estaban avisados? ¡Ciertamente! Era una de las condiciones del Pacto: El SEÑOR les corregiría con sequía y otros males, si se iban detrás de otros dioses (cf. Dt. 28:14-26; Lvs. 26:18-26; 1 R. 18:18).

Lamentación

No es extraño que en esas circunstancias el pueblo se lamentara, según leemos: «y subió el clamor de Jerusalén» (14:2). Este lamento podemos tomarlo literalmente, y tener en cuenta el llorar y gimotear de los niños que

padecían hambre y sed. También las madres lloraban, porque no tenían la posibilidad de dar a sus niños lo que necesitaban tan urgentemente. Pero el clamor o lamentación también incluye el murmurar y el quejarse de las gentes entre sí acerca del encarecimiento cada vez mayor de los alimentos; y la rebeldía y desesperación a la que daban rienda suelta; y asimismo el clamar a Dios.

Esto último también volvía a producirse: Los habitantes de Jerusalén volvían a orar al SEÑOR confesando sus culpas. Oigamos cómo claman: «Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, oh Jehová, actúa por amor de tu nombre; porque nuestras rebeliones se han multiplicado, contra ti hemos pecado. Oh esperanza de Israel, Guardador suyo en el tiempo de la aflicción, ¿por qué te has hecho como forastero en la tierra, y como caminante que se retira para pasar la noche? ¿Por qué eres como hombre atónito, y como valiente que no puede librar? Sin embargo, ¡tú estás entre nosotros, oh Jehová, y sobre nosotros es invocado tu nombre; no nos desampares!» (14:7-9) Así se oraba de nuevo en Judá y Jerusalén.

La necesidad enseña a orar

A este respecto, sin duda podemos decir: 'Es una oración clásica; responde a las normas bíblicas', porque es realmente maravilloso que uno confiese de manera tan clara su culpa, y que también se haga una apelación al Nombre de Dios. Así oró también Moisés: 'Hazlo por amor de tu nombre, por ti mismo. A pesar de todo, se trata de tu pueblo. Tú mismo has ligado tu nombre a ellos' (cf. Ex. 32:11-13; 33:13; Nm. 4:13-19).

La oración de los habitantes de Judá y Jerusalén es una estupenda oración; en nada se la puede criticar. La situación de necesidad les había enseñado nuevamente a orar tal como ya había ocurrido con frecuencia en el pasado. En su miseria y opresión, los israelitas clamaron nuevamente al SEÑOR; y, entonces, Él les oyó y les salvó (por ejemplo, en Jue. 10:10-16). Así clamaban ahora una vez más.

Pero no sólo eso; aún hicieron más: Ayunaron y ofrecieron holocaustos y ofrendas (14:12); lo cual no era cosa

insignificante. En una situación en la que el alimento era tan costoso y escaso, se lo quitaron de su propia boca y de la de sus hijos, y se lo ofrecieron al SEÑOR como ofrendas.

Esto es, a pesar de todo, una prueba evidente de que lo sentían de veras. Ahora el SEÑOR debía escuchar, y no los podía abandonar a su suerte. Porque así es Él. Aunque uno se haya ido muy lejos, el SEÑOR le escucha y le ayuda si acude a Él y le confiesa su culpa, pues es un Dios que gusta de perdonar. ¿Acaso no se describe de esa forma a Sí mismo en las Sagradas Escrituras?

Sí; es verdad; pero sin embargo, el SEÑOR no escuchó a su pueblo en aquella ocasión. 'No me complazco en ellos, ni escucho su clamor' (14:10); y a Jeremías le dice: «No ruegues por este pueblo para bien» (14:11).

¿Cómo es eso posible?

¿No es el SEÑOR un Dios de palabra? ¿Acaso es un Dios voluble? Porque, ¿acaso el pueblo no había llegado al reconocimiento de su culpa, y había confesado sus pecados contra Él?

Sí; esto no se puede negar; pero hay que preguntarse qué es lo que se esconde detrás de todo eso en el pueblo. Esta es la cuestión.

En el pasado, el SEÑOR siempre había escuchado cuando el pueblo, en caso de necesidad, le rogaba así; y lo salvó. Pero una y otra vez se evidenció que, ello no obstante, no se había producido una verdadera conversión; es decir, que el pueblo no estaba verdaderamente interesado en el SEÑOR mismo, sino sólo en sí mismo y en verse libres de un peligro . No les preocupaba el SEÑOR ni el servirle, sino una buena vida. Querían deshacerse de sus males y miserias, y el mejor método para lograrlo -la historia lo había demostrado- era: Confesar sus culpas y clamar al SEÑOR.

Y así fue como, también en aquella ocasión, volvieron a invocar al SEÑOR; y entonces, refiriéndose a su pueblo, Dios se manifiesta diciendo: «Se deleitaron en vagar, y no dieron reposo a sus pies; por tanto, Jehová no se agrada

en ellos; se acordará de su maldad, y castigará sus pecados» (vs. 10). Es decir: 'Ya estoy cansado de su estratagema; y poco a poco he llegado a saber lo que hay de verdad en todos ellos' (la situación en Judá y Jerusalén bajo el reinado de Joacim, 2 Cr. 36:8; 2 R. 23:37; cf. Jer. 23). 'Por consiguiente, no me deleito en ellos, y los elimino mediante la espada, el hambre y la peste.'

«No ruegues más»: 14:11-12 y 15:1-4

'Así pues, Jeremías, no ores más por ellos para alejar el castigo. Porque hasta que no se pueda hablar de que se convierten a mí de manera real y verdadera, y en tanto que no se trate sino sólo del deseo de ser liberados de las miserias, Yo no escucho.'

Y en el capítulo 15, vs. 1, vuelve a remachar: «Si Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo; échalos de mi presencia, y salgan. Y si preguntaren: ¿A dónde saldremos?, les dirás: Así ha dicho Jehová: El que a muerte, a muerte; el que a espada, a espada; el que a hambre, a hambre; y el que a cautiverio a cautiverio» (vs. 2).

Ante lo cual Israel se lamentaba, y en su necesidad clamaron al SEÑOR. Pero fue en vano; la puerta del cielo permanecía cerrada.

En un momento dado, la paciencia del SEÑOR se acabó. Esto también es válido para hoy día. El libro Apocalipsis concluye con palabras que recuerdan poderosamente el pasaje de Jer. 15:2: «El que es injusto, sea injusto; y el que es inmundo, sea inmundo todavía» (Ap. 22:11). Detrás de esto se encuentra lo mismo: El SEÑOR suelta los frenos que aún retenían su juicio y lo mantenían dentro de unos límites; y viene a decir: 'Ya hace bastante tiempo que lo he intentado; y fue muy hermoso; pero ahora retiro mis manos de ellos (cf. Os. 5:6; Lc. 19:42-44; He. 3:13).

Para Israel, la sequía no fue sino un simple comienzo; luego seguirían la espada y la peste. Estos juicios también se mencionan, como el hambre en Ap. 6.

Fuentes de ayuda desecadas

Hoy día también se experimenta algo parecido a una sequía a nivel mundial. Se prevee el agotamiento de fuentes como el petróleo y el gas. Nuestro excesivo consumo de esas fuentes lleva también a una degradación del medio ambiente. Y quien toma en serio las Sagradas Escrituras, deberá reconocer que en ello brota parte de un juicio del SEÑOR sobre una cristiandad que, cada vez a mayor escala, se ha apartado de Él. Y precisamente como en su día en Jerusalén, también ahora surgen los lamentos. Oímos a la gente quejarse del alza de precios y de los impuestos crecientes; los oímos oponerse e insultar a aquellos que, según ellos, son responsables de su retroceso.

Pero si todo se queda en eso, esto será el principio del fin, como en Israel; y si no se llega a un retorno verdadero al SEÑOR, ahí estarán también esos otros juicios de Apocalipsis 6.

¿A dónde?

Haríamos bien en no lamentar e injuriar de esa forma, pues quien injuria, se distancia de la culpa y de la corresponsabilidad. Pero si uno reconoce que tiene que vérselas con el juicio del SEÑOR, sabe que eso no le conviene; y entonces no queda espacio ninguno para injuriar sino para humillarse.

Y además deberemos preguntarnos: '¿Qué nos va en ello? ¿Acaso el bienestar y el lujo, o Cristo? ¿Quizá nos va en ello el alimento perecedero, o el alimento que permanece eternamente? (Jn. 6:26-27). A Israel le importaba el alimento perecedero. Esto era lo central para él, y no el SEÑOR. Para nosotros debe ser de otra manera. Nos debe importar el pan verdadero que desciende del cielo: Cristo. Y si se pregunta: ¿Adónde iremos?, deberemos responder con Pedro: '¿A quién otro iremos sino a ti? Tú tienes palabras de vida eterna' (Jn. 6:68). Y entonces vale para nosotros: 'Quien es justo, practique aún más la justicia; y quien es santo, santifíquese aún más' (Ap. 22:11). Entonces la gran sequía no puede causarnos más daño; pues tenemos derecho al árbol de la vida y podemos tomar del agua de la vida gratuitamente.

JEREMÍAS 23:9-32

Conmovedor

Las profecías de este capítulo 23 acerca de los falsos profetas, probablemente se pronunciaron en los últimos años del régimen de Joacim. Por lo demás, la fecha exacta de estas profecías no es muy importante, pues 10 años más tarde aún serían tan actuales, aplicables y conmovedoras.

Lo primero que resalta es lo conmovedor que hay en ellas. Jeremías mismo está totalmente conmovido por ellas: 'Mi corazón' -dice- 'está quebrantado en mi interior.' El profeta está absolutamente desconcertado; le tiemblan las piernas. Esto le da vértigo, y ello ocurre por todo lo que el SEÑOR les ha revelado acerca de los sacerdotes y profetas (vs. 9), de lo cual no tenía ni la más mínima sospecha.

Jeremías mismo procedía de una generación de sacerdotes, y él mismo era profeta. Todo lo que el SEÑOR reveló acerca de los sacerdotes y profetas, no brotó del propio corazón de Jeremías. Él se mantuvo lejos de eso; y una persona siempre está inclinada a evaluar el mundo en torno suyo desde su propio enfoque. Una persona de buen corazón piensa bien de los demás. Es verdad que Jeremías en alguna ocasión señalaría algunas cosas de los sacerdotes y profetas que iban demasiado lejos; pero jamás habría sospechado que fuera tan grave. ¡Eran tan piadosos por fuera! ¡Casi admirables! Y precisamente por eso se conmovió tanto cuando el SEÑOR le reveló los defectos de ellos.

Adúlteros

¿Qué fue lo que el SEÑOR le hizo ver? ¡Que el país estaba lleno de adúlteros!

La palabra adulterio se usa en las Sagradas Escrituras tanto en sentido literal como figurado. En sentido figurado (Jer. 3:8; 5:7) se refiere al apostatar del SEÑOR para servir a otros dioses. En este capítulo 23 del libro de JEREMÍAS, podemos pensar que se refiere a ambos significados. El país rezumaba idolatría. Pero el adulterio en sentido literal también era una práctica de lo más común, (cf. Jer. 29:23). Y el SEÑOR, en el vs. 10, marca una relación estrecha entre ese adulterio -en ambos significados- y la situación en que marchaba el país.

Aquella situación no era tan de color de rosa; había una maldición sobre el país. Todo estaba marchitado y seco por la sequía (cf. Jer. 14). Como consecuencia de ello, la economía no marchaba bien; la producción había retrocedido; y el país había sido azotado con la esterilidad. Esto ocurría porque los habitantes procuranban lo malo e intentaban hacerse fuertes practicando la injusticia (23:10), por lo cual aquella maldición había caído sobre el país.

En nuestro tiempo también debemos tener presentes estas cosas; pero sean cualesquiera las medidas que se tomen, es evidente que todas tienen poco efecto. Ya se siga un consejo u otro, importa bien poco, pues la decadencia ya no se puede frenar.

Esta situación se produce porque hay un solo factor que permanece sistemáticamente fuera de consideración: La apostasía, el apartarse del SEÑOR, la masificación del adulterio en el doble significado de la palabra, la injusticia. El hecho de que Dios, a causa de todo esto, pueda enviar un retroceso económico, está muy lejos de cualquier consideración. ¿Quién tiene aún en cuenta que eso puede ser un juicio o maldición del SEÑOR sobre el mundo?

Sacerdotes y profetas

En Judá tampoco vieron esa relación. Sí vieron que el país atravesaba una situación lamentable, y que la economía no iba bien. Lo sentían en sus propias carnes, pero

no veían la relación con su manera de vivir, que consistía en ir tras el mal. Tampoco podían ver esa relación, puesto que, en sí mismos, no estaban convencidos de ese mal.

Sin embargo, ese mal estaba allí sin duda alguna; y también entre los sacerdotes y profetas, que cometían sacrilegio y profanación, según dice el SEÑOR (vs. 11). La palabra que aquí se usa tiene que ver con 'separar del destino propio.' Sus vidas, que deberían estar tipificadas por el hecho de que estaban absorbidas por Dios para su servicio -el cual, visto desde el exterior, estaba totalmente implicado al respecto- estaban realmente separadas de Dios, y el SEÑOR les sorprendió en impiedad incluso en el templo (cf. Ez. 8). En Jerusalén, los profetas a quienes Jeremías se dirige, aun fueron mucho más lejos que en su tiempo los profetas de Samaria. Allí el culto a los ídolos había calado hondo, pero en Jerusalén el pueblo corría tras los profetas de Baal, y eso era más grave y terrible, pues no era simplemente un pueblo; es mi pueblo, dice el SEÑOR (vs. 13). De esto debemos tomar buena nota. También el Reino del Norte era y seguía siendo pueblo de Dios; pues aun cuando se deshicieron de la casa real de David y se distanciaron del culto en el templo de Jerusalén, no se produjo cambio alguno. Ellos continuaron siendo pueblo de Dios, y ese pueblo fue engañado por los profetas de Baal. Esto le pareció terrible al SEÑOR, y por eso determinó (hacía ya unos 120 años) que fueran deportados por los asirios. Pero Dios siempre les llamó: mi pueblo Israel.

Todo esto tiene validez aún hoy día. La cristiandad es cierto que se ha dividido en un sinnúmero de iglesias. Pero sea cual fuere la iglesia con la que te encuentres, siempre estás con el pueblo de Dios; y al SEÑOR le parece terrible cuando ese pueblo es engañado por profetas como Marx, Mao o Marcuse...

Pero al SEÑOR le parece más grave aun los profetas de Jerusalén que aquellos profetas de Baal en Samaria, pues los de Jerusalén profetizaban no en nombre de Baal, sino en nombre del SEÑOR, mientras que, además, eran adúlteros e infieles mentirosos (vs. 14).

La consecuencia de aquello era que no se convertía nadie

del pueblo, porque aquellos profetas, en su propia vida, se entregaban a la impiedad y al desprecio de la ley de Dios, y no llamaban a otros a la conversión. Y así nadie se convertía. Todo el pueblo pensaba que la forma en que vivían era realmente buena, y a eso les incitaban los profetas; los cuales constantemente decían a quienes despreciaban al SEÑOR: 'La paz del SEÑOR sobre vosotros'; y a aquellos que caminaban en la impenitencia de su corazón, les decían: 'No os ocurrirá ningún mal' (vs. 17).

Engaño

'Estos profetas me parecen mucho peor que los profetas de Baal', -dice el SEÑOR-, 'pues en los profetas de Baal se puede saber a lo que uno se expone, ya que es evidente que Yo no hablo por ellos ni estoy detrás de ellos. Pero lo abominable de los profetas en Jerusalén es, que usan el Nombre del SEÑOR para autorizar la impiedad. Éstos adormecen a la gente con sus palabras piadosas y con textos bíblicos alentadores: '¡Paz a vosotros' -dicen- 'ningún mal os acontecerá!' Y el Salmo 121, por decirlo de alguna manera, no se les cae de la boca: 'El SEÑOR es tu guardador,... y tu sombra a tu mano derecha; Él te guardará de todo mal...'

¿No es esto admirable? ¿No se trata, a pesar de todo, de textos bíblicos genuinos? Estando en un hospital, oí a un predicador -desconocido para mí- que decía en una sala de enfermos: '¡Todos ustedes son la niña del ojo de Dios!' Esto suena muy bien; y también a través de la radio se pueden oír expresiones semejantes; y entonces, sin hacer distinción alguna, se dice a todo el mundo: '¡La paz está sobre vosotros; el SEÑOR os protegerá!'

'Mira' -dice el SEÑOR- 'de esa forma se engaña y adormece a mi pueblo' (vs. 32). 'Y así es como también se fortalecen las manos de los hacedores de maldad' (vs. 14), pues ahora piensan: 'Nada debemos temer; pues el SEÑOR, a pesar de todo, está con nosotros: Ya sea que abandonemos a nuestra mujer y nos vayamos con otra, ya oprimamos al pobre y nos afirmemos y nos hagamos ricos mediante injusticias y falta de honradez, nada de todo eso tiene importancia. Porque normalmente subimos

al templo y llevamos allí nuestros sacrificios; y con ello obtenemos de los profetas el correspondiente oráculo: '¡Paz sea contigo; el Señor te protegerá y te dará bienestar!'

Quien, sin hacer distinción, corre a anunciarle a cualquiera: La paz está contigo', es un engañador pues pinta una imagen de Dios que no está conforme a la verdad. Por consiguiente, tales predicadores y profetas no han entrado en el secreto de Dios ni se han enterado de su Palabra (vs. 18 y 22). 'Cuanto dicen no procede de Mí' -dice el SEÑOR (vs. 16, 21 y 32). Parece como si realmente tuvieran algo que ver con Dios, pues incluso citan textos bíblicos. Pero cuando tales citas son transmitidas a personas que en la práctica de su vida cotidiana no tienen ningún interés por Dios y siguen caminos escogidos por ellas mismas, esas palabras de consuelo y estímulo nada tienen que ver con Dios.

No es un Dios de andar por casa

Quien le dice a la gente que anda en la impenitencia de su corazón: 'Ningún mal te sobrevendrá',es que él mismo no conoce a Dios.

¿Por qué? Porque del SEÑOR hace un Dios de estar por casa; un Dios al que cualquiera se lo puede guardar en el bolsillo y ponerlo de su parte; un Dios al que, por decirlo de alguna forma y como ocurre entre compañeros, se le puede dar una palmadita en el hombro y ponerse de acuerdo con Él.

Pero 'Yo no soy ese Dios' -dice el SEÑOR. '¿Acaso soy un Dios de cerca, y no de lejos? ¿Quizá soy vuestro mozo de recados en lugar de vuestro Soberano? Yo no me dejo utilizar por vosotros. Yo soy el Dios majestuoso que llena cielo y tierra. Yo soy el Dios santo y alejado, que no quiere tener ninguna relación con el pecado, y que de ninguna manera se deja enredar por el pecado, ni siquiera cuando ese pecado se comete tras una máscara piadosa. Si alguno piensa que se puede burlar de esa manera, y engañarme mediante la estratagema de la piedad, está equivocado, pues también le encontraré en ese escondrijo' (vs. 24; cf. Sal. 139:7; Am. 9:2-3).

Así pintaban los profetas de Jerusalén la imagen del SEÑOR, sin que tuviera nada que ver con Él. De esta forma, el pueblo se olvidó de quién era realmente el SEÑOR (vs. 27). Así también, hoy en día encontramos con mucha frecuencia personas que saben muy bien que van de la mano del pecado, y que dejan determinar su vida por ese pecado. Rechazan romper con él y, a pesar de todo, dicen: '¿Le parecerá esto al SEÑOR una cosa tan grave? ¡Ni mucho menos! ¿Acaso no leemos la Biblia y oramos?' Tales personas quieren hacer un pacto con el SEÑOR: Él una parte, y ellos otra parte; como si el SEÑOR fuera un feriante con quien se puede regatear y rebajar.

He soñado...

¿Cómo es que los profetas de Jerusalén hablaban de esa manera acerca del SEÑOR?

En primer lugar, porque iban de la mano del pecado en su propia vida y no lo querían dejar (vs. 11 y 14). Los profetas y predicadores que rechazan abandonar el pecado, no suelen correr veloces para llamar a conversión a otros que también viven en pecado.

En segundo lugar, porque no se dejaban guiar por la Palabra de Dios, sino por su propio corazón. Sus profecías procedían -por más que sonaban piadosas y bíblicas- de su propio corazón. Allí estaba la fuente de su inspiración (vs. 16 y 26); eran formuladas por lo que había en su propio corazón, y las ofrecían como Palabra del SEÑOR.

En la descripción que el SEÑOR da de ellos, se les ve correr unos tras otros. Sin duda alguna estaban muy entusiasmados y, aún no habían entrado por la puerta, cuando ya les decían a otros: '¡He soñado! ¡He soñado!' (vs. 25). Y entonces se contaban mutuamente sus sueños (vs. 27). Intercambiaban sus sueños; y luego se ponían en camino con ellos; y aun se robaban mutuamente las palabras del Señor (vs. 30). No se niega, pues, que aquellos profetas tuvieran sueños auténticos, como ocurría a los profetas; ni tampoco que alguna vez recibieran una auténtica palabra de Dios (vs. 30). Pero entonces les dice

el SEÑOR: «... a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera» (vs. 28).

Esto quizá parezca extraño, y digamos: 'Es lo uno, o lo otro; si tienen el don profético es de parte de Dios y sus palabras no proceden de su propio corazón. Pero si hablan desde su corazón, eso no es de Dios y tampoco pueden recibir palabra ninguna de Dios.'

Pero esto no está tan claro. El apóstol Pablo escribe a los corintios también acerca de profetas dentro de la iglesia. Reconoce abiertamente que se trata de un don del Espíritu de Dios. Pero recomienda a la iglesia contrastar profundamente esas profecías, pues es muy posible que en ellas se cuele algo propio del corazón de los profetas. ¡Y cuántas veces se oyen en los púlpitos predicaciones de las que te ves obligado a decir: 'Hasta este momento, cuanto ha dicho el predicador es bíblico; pero ahora se dedica a presentar sus propias opiniones.' Y así, también puede ocurrir lo contrario, como a los profetas de Jerusalén, de quienes el SEÑOR dice: 'Aunque no han estado en mi consejo, pueden, sin embargo y a pesar suyo, recoger alguna vez una palabra mía.' Un claro ejemplo de esto es Caifás (cf. Jn. 11: 49-52), el cual profetizó verdaderamente, y cuanto expresó fue palabra de Dios. Pero ya sabemos lo que hizo con ello: ¡Dar muerte a Cristo!

Paja y trigo: 23:28

Los profetas de Jerusalén estaban totalmente fuera de sí con sus sueños y visiones. Éstos eran auténticos y, según los profetas, eran una prueba clara de que ellos, consecuentemente, eran profetas auténticos y que el SEÑOR hablaba por ellos.De esto estaban santamente convencidos. Y, respecto a esto, todo era genuino y puro en ellos.

Si nosotros les hubiéramos visto en esta ocupación y nos hubiéramos preguntado: '¿Esto es auténtico, sincero y puro, o es teatro?', entonces habríamos respondido: '¡Es puro; no hacen teatro; lo respaldan totalmente!'

Pero este no es un criterio concluyente. Hay muchas personas que hacen uso de este criterio para averiguar si algo es bueno y fiable. Entonces preguntan: '¿Es puro?

¿Es verdaderamente bienintencionado?' Pero con ese criterio no se acierta, pues a pesar de todo el entusiasmo auténtico y de la sincera subjetividad de los profetas en Jerusalén, su profecía era un pedazo de mentira y engaño (vs. 26 y 32); era profecía falsa (vs. 25); y esto no era así porque ellos no entendieran nada de ello y no estuvieran detrás de sus palabras, sino porque tenían una representación caricaturesca del SEÑOR. Se guiaban totalmente a ciegas en sus sueños procedentes de su propio corazón, y por eso ellos confirmaban su imagen caricaturesca. Y publicaban esos sueños como palabra del SEÑOR sin contrastarla con la verdadera Palabra del SEÑOR.

He ahí que el criterio real y decisivo sea: Lo que se dice y se hace, ¿está en concordancia con el evangelio? Por tanto, el SEÑOR, en el vs. 28, presenta los sueños y la palabra de Dios, frente a frente, como paja y trigo. Los sueños del propio corazón -aunque verdaderos y auténticos- son paja que será quemada. En la confrontación con la Palabra de Dios se evidencia si un sueño profético es verdad o mentira. ¡La palabra de Dios es fuego!

Hacedores de maldad

La profecía falsa amenaza siempre a la iglesia de Jesucristo. En Mt. 7:22, dice Cristo: «Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre hicimos muchos milagros?»

Lo que esa gente dirá, es auténtico; no es una burla. En el juicio final la gente no hará teatro. Pero el criterio final no será si creen lo que dicen, pues la sinceridad y la autenticidad no constituyen el fin de toda contradicción. Cristo dirá: «Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.»

Estas personas son figuras semejantes a los profetas de Jerusalén. Ciertamente tenían sueños y dones del Espíritu, y en ningún modo eran fingidos. Pero quieren hacer un pacto con Cristo: Él algo, pero ellos también algo. Cristo recibía de ellos, quizá incluso mucho: Una gran oferta y resultados impresionantes.

Pero ellos también querían algo. Se aferraban a la maldad en su vida; y seguían así indefinidamente.

Pero Dios -ni tampoco Cristo- no es ningún chalán, ni un Dios tan próximo que se pueda manejar a capricho, sino el Dios santo y majestuoso que está muy lejos de cualquier compromiso con el pecado, y cuyo juicio llega inevitablemente sobre los profetas que se aferran a la maldad, aunque para ellos esté claro que se trata de dones del Espíritu.



JEREMÍAS 35

Recabitas

Se había hecho inseguro vivir en el país montañoso de Judá. Los ejércitos de los babilonios se acercaban. Joacim había rechazado pagar a Nabucodonosor el tributo que le había impuesto (2 Reyes 24:1) y, como es natural, Nabucodonosor no se lo perdonó.

Cuando un ejército semejante se aproximaba para una expedición de castigo, el pueblo en general pero concretamente los que vivían en las montañas y en los pueblos pequeños y caseríos eran, como es natural, extremadamente vulnerables. Muchos buscaron refugio en Jerusalén porque era una ciudad fuerte rodeada de fuertes murallas, y allí se encontraban mucho más seguros. Jerusalén estaba llena de refugiados que habían abandonado sus tierras, casas y posesiones. También los recabitas habían huido a Jerusalén y se habían hospedado en una casa.

Esto era muy significativo, y hoy en día un suceso así habría salido en la cabecera de cualquier diario: ¡Los recabitas habitan en una casa de piedra en la ciudad!

Era auténticamente algo especial, algo que nadie esperaría, porque los recabitas eran un pueblo excéntrico. Eran totalmente conservadores y no se acomodaban en nada a las costumbres de su época, hasta el punto que no construían casas ni eran ciudadanos sedentarios ni participaban en la vida ciudadana, sino que siempre vivían en tiendas, y no tenían un lugar fijo para vivir, sino que llevaban una vida nómada. En consecuencia, esto significaba que no cultivaban tierras propias ni plantaban viñedos propios. Además, tampoco bebían vino.

En resumen: los recabitas mostraban un comportamiento muy extravagante, y muy distante del patrón de vida normal. A los ciudadanos sedentarios les caían encima como una bandada de pájaros extraños y extravagantes.

Subcultura religiosa

También hoy día los conocemos: Son gente que ha huido de la vida de la ciudad con su correspondiente lujo, confort y mecanización, y han posado el vuelo en algún lugar del campo, como una comunidad. Allí no realizan su trabajo con ayuda de máquinas o aparatos eléctricos, sino a mano y con sus propias fuerzas. Tampoco se desenvuelven en el patrón cultural de la masa, sino que se convierten en una subcultura. Así serían hoy día tipificados los recabitas: Como una subcultura religiosa.

El calificativo de «religiosa» les cuadra esencialmente; pues les distinguía de muchos críticos actuales de la sociedad. El hecho de que no bebieran alcohol, no estaba inspirado por el pensamiento de que el alcohol mismo fuera malo. Los recabitas no querían presumir de abstemios, ni tampoco formaban la primera liga contra el alcohol, sino que guardaba relación con el hecho de ser nazareos (cf. Nm. 6).

Para Israel, los nazareos eran un recuerdo viviente del Pacto de Dios y sus leyes. Debían recordar a Israel que era el pueblo de Dios y que por eso estaba llamado a un estilo de vida que fuera la expresión de ello. Mediante su patrón de vida excéntrico y extraño, debían recordar a Israel que también era un pueblo aparte, y que su patrón de vida debía ser diferente del pagano (cf. Dt. 26:19; Jos. 23: 12-13).

Cuando un israelita se encontraba con un nazareo y pensaba para sí mismo: '¡Qué hombre tan especial! ¡Qué vida tan distinta a la mía!', inmediatamente después debía pensar: '¡También a mí me corresponde ser diferente y vivir de otra manera que los paganos de alrededor!'

A este respecto, la intención no era que todos los israelitas imitaran el modelo de comportamiento de los nazareos y, por ejemplo, se abstuvieran del vino. Ahí se

halla una diferencia con la subcultura moderna. Los representantes de ella hacen sin duda alguna propaganda en pro de su estilo de vida; y dicen: 'Nuestra forma de vida es la única buena. Estaría bien si todo el mundo imitara nuestro modelo de vida, si cada uno cociera su propio pan, si no se afeitara más con máquina eléctrica, etc., etc. ¡Cualquier persona debe imitarnos!'

No; los nazareos no hacían eso; sino que mediante su comportamiento singular pretendían decir: '¡Ten presente no olvidarte de Dios, ni acomodarte a un estilo de vida pagano!'

Jonadab

No debe extrañar que el estilo de vida de los nazareos, precisamente en tiempos en que la acomodación a la forma de vida pagana ganó terreno, significara una apelación a la conciencia del pueblo, con un sentido especial. De otro modo, el estilo de vida nazareo no habría estado muy de moda entre el pueblo, precisamente en aquellos tiempos.

En aquella época los recabitas se hicieron nazareos. Esto ocurría en tiempos en que el Reino de las Diez Tribus estaba enteramente infectado por el culto a Baal, que, a consecuencia de la actuación de Jezabel, había obtenido una influencia enorme.

Jonadab, hijo de Recab, era entonces el cabeza de familia. Por lo que leemos acerca de él en 2 R. 10, se nos presenta como un combatiente ferviente y radical contra el culto a Baal, que junto con Jehú causaron una matanza masiva entre los servidores de Baal.

En aquel tiempo la situación era desoladora. Israel, en su gran mayoría, se había acomodado al pensamiento pagano de la fertilidad. De aquel estilo de vida especial y de un pensar y actuar inspirados por las leyes del SEÑOR, apenas había quedado nada. En aquella situación, Jonadab convocó a sus hijos junto a él, y les dijo: 'Debemos hacer una apelación al pueblo. Debemos confrontarle con su vocación de dejarse gobernar por el SEÑOR. Desde ahora no beberemos más vino; y acentuaremos nuestro particular estilo de vida, adoptando siempre una exis-

tencia nómada y no dejándonos jamás encerrar en el modelo de vida corriente.'

La negativa de Jonadab a llevar una vida normal, y su encargo de llevar una existencia nómada pueden estar inspirados por el pensamiento de que trabajar los campos y las vides, y vivir en ciudades podía conducir más fácilmente a la participación en el paganismo y a la pérdida del estilo de vida propio.

Aislamiento

Esto no es del todo un pensamiento necio, pues generalmente se reconoce que una comunidad que se aisla del mundo exterior, se mantiene más tiempo en sí misma y conserva su propio carácter mucho más que una comunidad que se abre.

Cuantas más influencias exteriores llegan hasta nosotros, y cuantas más posibilidades tienen las mismas de alcanzarnos y operar en nosotros, mucho mayor se hace también la influencia de ellas, y muchas más personas quedan enganchadas por las mismas.

Esto pasaba también en la época de Jonadab.

En aquel entonces los cultos paganos eran religiones de la fertilidad. Muchas partes del culto y toda una serie de actividades religiosas estaban orientadas a fomentar, promover y estimular la fertilidad de los campos y viñedos. Así que Jonadab muy bien podía haber pensado: 'Si no poseemos tierras y viñas, la tentación de participar en los cultos idólatras es un poco menor; y si no vamos a vivir en una ciudad, el peligro de ser arrastrados por la decadencia y el materialismo es menor que si permanecemos nómadas. Nuestro poder se halla en el aislamiento.'

Es muy posible que este motivo influyera en él; pero no era el motivo principal, pues tampoco les habría proporcionado una garantía impermeable. Felizmente, el hecho de poseer tierras y viñedos no lleva automáticamente a la idolatría, así como tampoco el vivir en una ciudad conduce inevitablemente a la decadencia y a apostatar del SEÑOR. Y a la inversa, la vida nómada no es garantía alguna contra el materialismo.

También hoy día, un ambiente más protegido y una existencia más aislada no constituyen garantía alguna de que alguien conservará su fe; aunque, por otro lado, facilita que incluso te conserves sin mancha en los colectores del mundo.

La necesidad carece de ley

A pesar de esto, la búsqueda del aislamiento no era el motivo principal de Jonadab. Aquello era propio de los nazareos. Él quería, mediante su estilo de vida divergente, ser un signo o indicación de que habían sido llamados a vivir en la presencia de Dios.

A partir de aquella época, los descendientes de Jonadab se habían atenido a sus líneas de conducta, ¡y ya lo hacían desde generaciones, durante unos 275 años! Aferrarse durante tanto tiempo a un determinado estilo de vida no es ciertamente una pequeñez. No, por cierto, si tenemos en cuenta que el nazareazgo, según las leyes de Moisés, no era un asunto de herencia, y casi siempre tuvo un carácter temporal. Muy rara vez nos encontramos con un nazareato de por vida, como el de Sansón y Juan Bautista, por ejemplo. Pero en esos casos se habla muy claramente de un encargo del SEÑOR ya anterior al nacimiento.

Pero éste no era el caso de Jonadab; por ningún lado aparece un mandato del SEÑOR en ese sentido. El obligarse a estas reglas de vida era totalmente voluntario; y el vivirlas durante 275 años no es una cuestión de lo más natural.

Pero ahora, después de 275 años, los descendientes de Jonadab se encontraban habitando en casas de piedra en la ciudad de Jerusalén, y no en sus tiendas tradicionales. Esto no ocurría porque estuvieran hartos de las directrices de su ascendiente Jonadab, y les pareciera que, poco a poco, ya era tiempo de terminar con aquel sistema de vida. No; era una consecuencia de la situación de necesidad. Los ejércitos babilonios se aproximaban. Los recabitas ya no se encontraban seguros en el país montañoso de Judea, y por eso se fueron a Jerusalén. ¡La necesidad carece de ley! Bien es verdad que su intención no era permane-

cer siempre en Jerusalén, sino que sólo querían refugiarse hasta que el peligro desapareciera.

Marcha de la iglesia

Fue así como sucedió que cierto día Jeremías recibiera el encargo de ir a casa de los recabitas.

Entró allí, pero al instante volvió a salir con todos los recabitas tras de sí. Era realmente una 'hermosa' comitiva. Los habitantes de Jerusalén consideraban a los recabitas sencillamente como una tropa incivil, como gentuza de pelo largo. En realidad, en cuanto nazareos, les correspondía llevarlo largo; así que todos los recabitas tenían una melena de pelo largo y revuelto.

En Jerusalén la gente miraba con bastante desprecio a los recabitas, aunque éstos se habían civilizado y vestido a su gusto. En Jerusalén se podían comprar hermosos tejidos extranjeros, muy distintos de aquellos vestidos burdos de yute con que los recabitas se vestían.

Además en Jerusalén también se podía comprar toda clase de bálsamos aromáticos, especias, aceite oloroso y desodorantes. Los ciudadanos civilizados hacían uso de todo aquello, pero no se podía esperar semejante cosa de los recabitas; ellos tenían siempre un aspecto desaliñado, y su mal olor se notaba de lejos. Realmente desentonaban en Jerusalén.

Pero ahora Jeremías caminaba con aquella cuadrilla por las calles de Jerusalén. La gente fruncían el ceño y se decían unos a otros: 'Ahora se puede ver realmente que Jeremías es un desleal, y que está un poco loco.' También hoy día mucha gente de iglesia frunciríran el ceño si vieran a su pastor ir a la iglesia acompañando a un grupo de gente sin lavar, con melenas y barba adornadas de las maneras más extrañas.

Pues eso es lo que hizo Jeremías. Fue con ellos a la casa del SEÑOR, y allí les llevó al aposento de los hijos de Hanán, varón de Dios. En la palabra «hijos» debemos pensar, probablemente, en discípulos. Israel conocía el fenómeno de «los hijos de los profetas». Éstos eran personas que se congregaban en torno a un profeta, un varón

de Dios siguiendo su enseñanza y dirección; y el profeta disponía de uno de los aposentos del templo donde impartir instrucción.

El ejemplo de los recabitas: 35:3-17

Jeremías llevó a los recabitas al aposento de Hanán; mandó traer tazas y copas llenas de vino que hizo poner delante de los recabitas, y les dijo: 'Bebed.'

Pero los recabitas no lo hicieron, y sencillamente se negaron a tomar ni una sola gota de vino, y además dieron una motivación de su rechazo, señalando el mandato de Jonadab.

Todo esto se produjo a la vista de muchas personas; pues los aposentos de los vestíbulos del templo tenían generalmente un lado abierto hacia el pórtico. Además de esto, el aposento en que se encontraban Jeremías y los recabitas se hallaba cercano a la puerta de acceso, es decir, encima de la habitación de los porteros. Por consiguiente, la posibilidad de que un gran número de curiosos siguiera lo que sucedía en el aposento, era grande.

Y entonces llegó la Palabra de Dios a Jeremías: 'Dí a los varones de Judá, y a los habitantes de Jerusalén: Bien podíais tomar ejemplo al respecto. Esos recabitas, a los que despreciáis encogiéndoos de hombros, os pueden enseñar mucho. Ellos obedecen el mandato de su padre, dado hace 275 años; pero vosotros rehuís escuchar mi mandato que os fue repetido hasta la saciedad.

Pues bien, Jonadab era simplemente un hombre; y el mandato que dio, no procedía de Mí; y, eso no obstante, sus descendientes se han atenido al mismo, generación tras generación.

Y el mandato que Yo di, no era un mandato humano; pero vosotros no le habéis prestado atención alguna; esto es una cosa desconcertante, y en eso vais muy por detrás de los recabitas.'

«No vayáis tras dioses ajenos...»

El mandato que el SEÑOR había dado, sale a colación

en el vs. 15: «Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, y enmendad vuestras obras, y no vayáis tras dioses ajenos para servirles...»

Este era el pecado del pueblo: Ir tras otros dioses y servirles, lo cual iba en contra del mandato que discurre de principio a fin a través de la historia de Israel: «No serviréis a otros dioses.»

Esta era la primera regla en el contrato del pacto con Israel que el SEÑOR anunció en el Sinaí; y que también nos encontramos cuando Josué, poco antes de su muerte, se despide del pueblo: «Quitad, pues, ahora los dioses ajenos que están entre vosotros.» (Jos. 24:23). Y Samuel dice: «Quitad los dioses ajenos y a Astarot de entre vosotros.» (1 Sam. 7:3) Y el SEÑOR mismo ordenó a Salomón que no fuera tras otros dioses; pero él no obedeció (cf. 1 R. 11:10). Y en tiempos de los reyes, tanto de Israel como de Judá, resuena incesantemente la queja de que el pueblo sacrificaba a otros dioses e iba tras ellos.

'Servir a otros dioses' es lo que se hace en el momento en que ya no se confía en el SEÑOR, y la vida ya no se espera sólo de Él. Hoy en día y a gran escala, el hombre se ha vuelto su propio ídolo, y esta moderna idolatría también se ha infiltrado en el mundo cristiano.

Podemos aprender de los recabitas que hemos sido llamados a un estilo de vida aparte. Ciertamente estamos en el mundo, pero no somos del mundo. No nos es propio dejarnos atrapar por un estilo de vida secularizado, pues esto en realidad no es inevitable. El hecho de estar cercados por la apostasía, no tiene por qué significar que seamos absorbidos por ella; pues puede ocurrir algo muy distinto. En medio de una generación desnaturalizada y equivocada podemos seguir siendo hijos de Dios irreprensibles, puros e intachables; y en medio de gentes que siguen sus propios caminos podemos brillar como estrellas relucientes en el mundo, según se expresa el apóstol Pablo (cf. Fil. 2:15).

Pero ¿de qué manera podemos lograrlo? Aferrándonos a la Palabra de Vida. Porque a quien ésta se le va de las manos y la aparta a un lado, ella misma le sale al encuentro de su propia ruina, como a Israel. Mas quien se aferra a ella encuentra la vida, precisamente como los recabitas.

JEREMÍAS 27:1-15

¿Cómo murió Joacim?

A tenor de los datos bíblicos, no queda totalmente claro de qué manera Joacim llegó al fin de sus días. Jeremías había profetizado que sería llevado fuera de las puertas de Jerusalén y arrojado a una sepultura de asno (22:19); y que allí yacería expuesto al calor abrasador del día y al frío de la noche (36:30). Pero en 2 Cr. 36:6 se cuenta que Nabucodonosor lo maniató con cadenas para deportarlo a Babilonia; y en 2 R. 24:6 se dice simplemente: «Y Joacim durmió con sus padres.»

Para combinar estos datos, hay dos posibilidades:

Primera: Durante su reinado, Joacim fue llevado preso a Babilonia (cf. Dn. 1:1-2, y donde dice: «En el año tercero», ha de entenderse: «En el año sexto»). Poco después volvió a ser dejado en libertad y estuvo sometido a Nabucodonosor durante tres años (cf. 1 R. 24:1). Cuando posteriormente volvió a sublevarse contra Babilonia, una vez más apareció Nabucodonosor con su ejército. Pero antes que se llevara a cabo realmente el sitio de Jerusalén, Joacim fue víctima de una revolución palaciega que le arrojó fuera de los muros de la ciudad, en un intento de evitar así la venganza de los babilonios.

La segunda posibilidad busca la solución no en un encarcelamiento intermedio de Joacim, sino que da la imagen siguiente: Antes de que el grueso del ejército de la expedición de castigo babilónica llegara a Judá, ya estaba activa su vanguardia junto con unidades de los arameos, moabitas y amonitas (cf. 2 R. 24:2). Joacim pensó que aún podía llegar a un acuerdo con ellos, pero fue apresado y encadena-

do para ser deportado a Babilonia. Sin embargo, murió en el camino y fue abandonado sin ser enterrado.

Sea como fuere, en todo caso Joacim murió; y su hijo Joaquín subió al trono a la edad de 18 años, mientras el grueso del ejército de las huestes babilónicas estaba de camino hacia Jerusalén.

Cambios rápidos

Joaquín estuvo fuertemente influenciado por su madre, Nehusta; y respecto a su actitud para con el SEÑOR siguió las pisadas de su padre (2 R. 24:9). También en el capítulo 22:24 y ss. Jeremías profetizó que Joaquín sería deportado a otro país.

Este anuncio de juicio se verificó muy pronto. Apenas Joaquín llegó al gobierno cuando el ejército de los babilonios apareció ante Jerusalén. El asedio de la ciudad estuvo a cargo de la dirección personal de Nabucodonosor (2 R. 24:11). Después de un gobierno de tres meses y diez días, Joaquín abrió las puertas de la ciudad y se entregó con su madre, mujeres y séquito a Nabucodonosor; entonces fueron apresados y transportados a Babilonia.

Nabucodonosor puso en el trono de Jerusalén al tío de Joaquín, Matanías, un hermano de Joacim, y le cambió el nombre por el de Sedequías. Fue el último rey de Judá; y durante su gobierno se consumaría la caída.

A pesar de todo, ocurrieron bastantes cosas en aquellos cuatro meses. En Jerusalén se sentía ahora en carnes vivas el poder y la opresión de los babilonios.

Espíritu de oposición

Cuando uno tiene que pagar tributo a un dominador extraño, generalmente no lo soporta con un sentimiento de simpatía hacia el mismo. Pero cuando además el invasor se dispone a intervenir en la vida del pueblo y en la vida familiar arrancando a innumerables personas de su ambiente, familia y círculo de amigos, o deportándolos al destierro, se inflaman los sentimientos de enemistad, rechazo y oposición.

Este era el caso también en Jerusalén: Había allí un fuerte espíritu antibabilónico, y también reinaba la inquietud y la preocupación por los que habían sido deportados. ¿Cómo estarían? ¿Qué les ocurriría? ¿Conseguirían resistir en Babilonia? ¿A qué trato se verían sometidos?

El pueblo lamentaba la suerte de los deportados; se encontraban mal, y se esperaba que pronto llegaría un cambio, de manera que los deportados pudieran retornar nuevamente al hogar seguro y familiar, a Jerusalén.

Jeremías, poco después de esta deportación, ya había hecho saber a los habitantes de Jerusalén, que, de hecho, la situación de los deportados era mucho mejor que la de los que habían quedado atrás (cf. Jer. 24); y entonces comparó a los deportados con una cesta de higos; y de ellos dijo el SEÑOR: «(Yo) enviaré sobre ellos espada, hambre y pestilencia, hasta que sean exterminados de la tierra que les di a ellos y a sus padres» (vs.10).

Pero estas palabras de Jeremías habían causado poca impresión. Los sentimientos de odio y el espíritu de oposición contra los babilonios crecieron; y, aparentemente, este era el caso no sólo en Jerusalén, sino también entre los pueblos circundantes, como Moab, Amón, Tiro y Sidón.

En los últimos meses de Joacim, los pueblos de Moab y Amón se habían alineado junto a Babilonia, en contra de Judá (2 R. 24:2). Pero casi cuatro años más tarde, ellos mismos ya casi no tenían nada que ver con los babilonios. En aquellos pueblos se iba incubando un espíritu de oposición que quizá estaba estimulado por Egipto, pues precisamente había llegado al poder un nuevo Faraón.

En cualquier caso, cumplidos tres años desde que Sedequías subiera al trono, llegaron a Jerusalén legaciones de Edón, Moab, Amón, Tiro y Sidón que entablaron animadas discusiones.

Este evento era objeto de conversación en las casas y calles de Jerusalén: '¿Llegaría aquello a una coalición contra Babilonia?' El pensamiento general era, ciertamente, que se podía desafiar y resisitir a Babilonia, si todos los pueblos unían sus manos y si Egipto quería ofrecer ayuda. En el aire flotaba un ambiente de expectación y nueva esperanza.

Demostración: Jer. 27

Entonces Jeremías se echó repentinamente a las calles de Jerusalén. No caminó como siempre lo hizo, sino de una forma muy especial, a saber: Con un yugo sobre su cuello como lo llevan los bueyes al arar. Así se manifestó Jeremías por las calles de Jerusalén.

En nuestro tiempo también podemos hablar de cosas parecidas, pues las manifestaciones están a la orden del día. Aún conservo en mi retina la imagen de un número de personas que se encadenaron a los barrotes de la verja delante de una embajada como protesta contra una cierta forma de opresión. Esta imagen sigue siendo chocante, porque no era una manera corriente de manifestarse. Pero sin embargo, tampoco era totalmente original, pues Jeremías usó la misma idea. Así como aquellas cadenas eran un símbolo de opresión, también lo era el yugo de Jeremías, que fue con él al encuentro de las legaciones de Edóm, Moab, Amón, Tiro y Sidón; y asimismo se acercó hasta el palacio real. De esta manera, Jeremías se sumerge en la política.

'¿Ves ahora realmente que no puedes verte libre de esto?' -dicen muchos hoy día. 'Iglesia y política es' -aseguran- 'una combinación de la que no es fácil librarse. La política encaja en el púlpito. La iglesia debe proclamar pronunciamientos políticos concretos contra la opresión; y ha de echarse a la calle a manifestarse en una clara elección política. Sencillamente, ¡mira a Jeremías!', concluyen.

¿Quién determina el mapa político?

Por un instante miraremos a Jeremías. ¿Podemos imaginarlo caminando por las calles de Jerusalén con ese yugo incómodo sobre la nuca? La gente se encogía de hombros y hacía comentarios. Pero Jeremías continuaba imperturbable su camino, y marchaba hacia la casa donde residía la legación de Edóm. Pidió hablar personalmente con el representante de la delegación, y entonces le dijo: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Así habéis de decir a vuestros señores: Yo hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, con mi

gran poder y con mi brazo extendido, y la di a quien yo quise» (vs.5).

¿Parece que estas palabras suenen mucho a política? ¿Nos recuerdan los gritos de nuestras actuales manifestaciones políticas? -A mí, no. Siempre les oímos palabras muy diferentes: ¡Fuera el imperialismo! ¡Fuera el fascismo! ¡Exigimos independencia!', etc., etc.

Estos son los lemas que se oyen en las manifestaciones políticas. No se ha oído jamás a nadie gritar en el Parlamento o en una embajada: '¡Así habla el SEÑOR!' Y tampoco se ha oído a nadie decir durante una demostración: 'El SEÑOR ha hecho la tierra, el hombre y las bestias y los entrega a quien Él quiere.'

Pero Jeremías lo dijo, y era esencial por lo que tenía que decir tanto al legado de Edóm como al resto de ellos: 'Vosotros pensáis que levantando la cabeza juntos podéis cambiar el mapa político, introducir una modificación en la constelación política y decidir una repartición de la tierra. Pero entonces os olvidáis de una cosa: Vosotros no tenéis la tierra en vuestro saco ni la habéis hecho. La tierra es de Jehová; es su obra, como también vosotros y las bestias; y Él determina cuál será el mapa político, y reparte la tierra a quien Él quiere; como literalmente se dice en el vs. 5: «a quien es justo a mis ojos».

El SEÑOR y las conferencias

Los políticos que participaron en la deliberación en Jerusalén, no tuvieron en cuenta las palabras del SEÑOR. El mapa del país quedaría, según ellos, como se determinara en conferencias como las que mantuvieron en Jerusalén, y como decidieran los ejércitos. Estos eran los factores decisivos.

Así se piensa y se dice aún. ¿Qué determina la marcha de la historia? Las conferencias y resoluciones de las Naciones Unidas, se dice. El poder de la NATO. La carrera armamentista. Las fuentes del petróleo. La sagacidad de los diplomáticos. Estos son los factores que determinan por dónde irán las fronteras y hasta dónde se extenderán las fronteras de influencia.

Pero 'esto no es verdad', dice Jeremías a los enviados de las potencias conferenciantes, y añade: 'Cuando os volváis a reunir, no penséis que vosotros hacéis la historia, y que el futuro está en vuestras manos, pues el SEÑOR, Dios de Israel, hace la historia y distribuye el territorio a quien quiere. De Él depende quién mandará en el futuro próximo en el territorio de Edom y Moab, y ya ahora os puedo referir en nombre de Jehová, quién será ése, pues el SEÑOR dice: «a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo» (vs. 6; cf. 25:29; 43:10; e Is. 44:28 y 45:1). 'Incluso le daré poder sobre las fieras, hasta que, también para su país, llegue el tiempo en que nuevamente sea sometido por otros' (cf. Dn. 5:26-28).

Así hablaría también hoy día Jeremías a toda clase de diplomáticos y jefes de Estado: 'Ustedes han estado ciertamente en Pekín, y también han hablado en la ONU, y han presionado y conferenciado y tomado resoluciones, pero todos ustedes han de tener muy presente que no han creado la tierra y los pueblos y los animales, sino el SEÑOR; Él determina hasta cuándo permanecerá existiendo el equilibrio de poder entre el Este y el Oeste, y hasta dónde se extenderá el poder de China. Él entrega las tierras a quien Él quiere, y a quien, a sus ojos, es justo dárselas, se las da.'

Derecho

Contra esto último se protesta bastante. '¿Derecho?', -se dice. '¿Quién discute ahora, que los soviéticos manejaban los hilos en Europa del Este y sojuzgaban pueblos? ¿Es objeto de discusión que Estados Unidos ejerce un gran poder económico en América del Sur, y que tienen una gran influencia? ¿Acaso esto no es injusto e injustificable?'

Esto decían también los diplomáticos en Jerusalén. 'No encaja' -decían- 'que Nabucodonosor abra la puerta en nuestros territorios. Eso no es justo. Nosotros y nuestros pueblos estamos esclavizados, empequeñecidos y oprimidos. Debe llegar un fin a esto. Debemos hacer algo al respecto.'

Pero el SEÑOR dice: 'Esto es lo justo a mis ojos; esto es precisamente lo que Yo pienso que debe ocurrir. Nabucodonosor es mi siervo; y lo que hace, ni es todo suyo ni lo debe a sí mismo. Él piensa que sí,pues cree que es un hombre de gran valentía. Pero, en realidad, él es mi siervo; y sólo tiene que hacer lo que Yo le encargo, al darle vuestros territorios. Esto es lo que tengo en mi programa, y lo que él sencillamente debe llevar adelante'.

¿Por qué tenía Dios esto en su programa? La respuesta se toca con pocas palabras en el capítulo 27. Pero, con respecto a Judá y Jerusalén, esto no es una pregunta; es el juicio o castigo del SEÑOR sobre los pecados de su pueblo, y sobre su oposición contra él; son las primeras gotas de lluvia de aquel incipiente y oscuro aguacero.

Pero, con respecto a los otros pueblos, también les concierne ese carácter de juicio, pues, por ejemplo, en el capítulo 48 encontramos una profecía de castigo sobre Moab; y de ahí se evidencia claramente que el juicio llega sobre Moab, porque se ha levantado contra el SEÑOR (vs. 26, 30). También las profecías sobre Amón y Edom hacen ver claramente que el SEÑOR tiene que ajustar cuentas con ellos (capítulo 49).

Por eso es justo a los ojos del SEÑOR que el territorio de aquellos pueblos fuera entregado a Nabucodonosor. Él fue el ejecutor del juicio divino sobre dichos pueblos.

Punto de partida

¿Ha oído el lector alguna vez quejas semejantes en una manifestación de protesta? Yo jamás las he oído, pues todas esas manifestaciones, lo mismo que aquellas contra las que ellos se manifiestan, parten precisamente del mismo pensamiento: Que ellos tienen dominada la situación, influirán sobre ella y la cambiarán. Este es exactamente el mismo punto de partida que el de sus oponentes, que también dicen: 'Nosotros determinamos cuál será el aspecto del mapa mundial, y lo que allí vaya a ocurrir.'

Por eso en las manifestaciones jamás se oye: 'Así dice el SEÑOR; Él entrega el territorio y el poder a quien quiere.' Ni hablar de eso; los manifestantes rechazan, lo mismo

que los poderosos,que el SEÑOR y Cristo dominen la historia. De ahí que jamás se les oiga decir: 'Cristo es Señor de la historia'; pero sí: 'Exigimos nuestro derecho; exigimos libertad. ¡Muerte a los opresores e imperialistas!'

Nabucodonosor también era un auténtico imperialista. Pero cuando Jeremías comenzó a manifestarse en las embajadas y ante el palacio real, no clama: '¡Muerte al imperialista!', sino: 'Someteos al imperialista! ¡Inclinaos bajo su yugo!' Jeremías no se manifiesta contra la opresión, sino a favor del sometimiento al opresor (cf. 27:12-22).

Dilema falso

A pesar de todo, ¿se puede, pues, decir que Jeremías hizo una elección política equivocada? ¿Es entonces verdad que el evangelio elige el lado de los opresores y de los grandes poderosos, y que quiere mantener el status quo?

Quien saca dicha conclusión no ha comprendido nada del mismo, pues el evangelio no está del lado de los opresores ni al lado de Babilonia. Es curioso que de todas las profecías de juicio sobre los pueblos, según encontramos al final del libro de JEREMÍAS, precisamente las pronunciadas contra Babilonia son las más detalladas y aterradoras (cf. caps. 50 y 51).

Pero el evangelio no está, sin más, al lado de todos los oprimidos. Esto es lo que hoy día se intenta sugerirnos, pero, en Jeremías 27, se nos hace ver claramente que no está sin matizar. Se trata de que es el Señor quien distribuye los territorios a quien es recto a sus ojos darlo. Cuando Jeremías llama a los enviados de los pueblos y al rey de Judá a someterse a Nabucodonosor, no elige el lado del imperialismo, sino el del SEÑOR, cuyo juicio desciende sobre el mundo, y usa a Nabucodonosor para llevar a cabo ese juicio; y sólo hay vida para quien se inclina bajo el juicio del SEÑOR (cf. 27:11-13).

Para nosotros, como cristianos, la situación aún se halla precisamente así. Frecuentemente se nos impone una elección entre comunismo y capitalismo, entre democra-

cia y dictadura o entre revolución y status quo. Pero estos son falsos dilemas.

Para un cristiano, una democracia sin Dios es tan rechazable como una dictadura sin Dios. Él no puede identificarse con ninguno de ambos; y si rechaza el comunismo, eso no significa que entonces deba echarse en brazos del capitalismo, porque éste también es una ideología, y lo lleva igualmente lejos de Dios; y si retrocede ante la revolucionaria negación de toda autoridad, no puede, como reacción en contra, entregar todas sus energías a los maniacos de la autoridad. Quien escoge entre tales contraposiciones, deja a Dios y a Cristo fuera de consideración.

Extranjero

El cristiano descubre cada vez más que aquí es un extranjero. En la práctica de cada día está situado constantemente ante una elección entre dos males que no puede ni debe hacer; pues cualquier elección que haga, es una elección contra Cristo, y un desconocimiento de su realeza. El reconocimiento de que Él gobierna el cielo y la tierra (cf. Dn. 2:28,45; 4:2-3; Hch 14:15-17; 17:24-25) significa muy concretamente un poco de destierro en este mundo.

Esto le ocurrió también a Jeremías. Él, sencillamente, no pertenecía a ningún bando, ni al de Nabucodonosor, ni al de Babilonia. Tampoco estaba al lado de los nacionalistas ofendidos que querían, a cualquier precio, recuperar la libertad política y la independencia; y por ello también estuvo diametralmente contra el sentimiento general, contra el espíritu de oposición que se había despertado, y que decía:'¡Fuera los babilonios! ¡Muerte a Nabucodonosor! ¡Ha llegado la hora de la liberación!'

Esto se podía oír en todas partes; y lo decían los adivinos, los soñadores, los pronosticadores y los magos de los pueblos en torno a Israel (27:9) y también lo decían los profetas de Jerusalén (27:14-17).

Se había hecho una clara elección política; pero era una elección contra el SEÑOR. Era una oposición contra su juicio, pues se trataba del juicio del SEÑOR, como lo dejó

claramente fuera de duda. Pero quien se opone contra el juicio del SEÑOR, opta por la muerte, por la espada, el hambre y la peste (27:8).

Así se manifestó Jeremías. No contra la opresión, como todos los profetas y adivinos hicieron entonces. Tampoco en favor de Nabucodonosor, aunque esto sí se lo achacaron algunos nacionalistas; sino en favor del SEÑOR. Jeremías se manifestó a favor de una humillación ante Él, y de una conversión a Él, pues este es el camino a la vida.

Quiera el SEÑOR, que también hoy en día, muchos encuentren ese camino; el camino a la patria donde todo destierro queda olvidado.

JEREMÍAS 28

Confrontación

Los enviados de Edom y de los demás pueblos se marcharon finalmente de Jerusalén. La conferencia había concluido sin llegar a resultados concretos. Sin embargo, Jeremías seguía caminando por las calles de Jerusalén con el yugo de bueyes sobre la nuca. Aquel yugo inmanejable se había convertido en una prenda de vestir habitual, pues aunque la conferencia ya había pasado sin que nada saliera de ella, el espíritu de oposición aún estaba vivo y coleando; y la voluntad de desprenderse del yugo de Babilonia, aún estaba presente en tamaño natural; y tan pronto como se presentase la ocasión, harían uso de ella.

Esto se deduce muy claramente del capítulo 28. Jeremías caminaba con el yugo sobre la nuca por la plaza del templo. No estaba solo, sino acompañado de muchas personas, sacerdotes y otros (vs. 1). También se encontraba allí el profeta Hananías. Debemos comprender bien que Hananías no era una figura dudosa del que se dijera que era un charlatán. No; era un profeta generalmente apreciado.

Con Hananías todo termina en una confrontación. Los dos profetas chocan entre sí. Hananías llega para enfrentarse a Jeremías, y su voz resuena por la plaza del templo: 'Así habla Jehová de los ejércitos. Yo he roto el yugo del rey de Babilonia. Dentro de dos años vuelvo a traer a este lugar todos los utensilios de la casa de Jehová, y también a Jeconías, rey, y a todos los transportados de Judá que hace cuatro años marcharon a Babilonia en cautividad; porque yo quebrantaré el yugo del rey de Babilonia' (vs. 2-4).

Utensilios

Debemos tomar en consideración estas palabras de Hananías, pues por dos veces, recalca: 'Lo que digo aquí, no lo he inventado yo mismo, sino que es la palabra de Jehová.' Además, no se trataba de una profecía vaga, con la que se podía ir en cualquier dirección. No; pues se dice muy concretamente: En el término de dos años, la liberación es un hecho; y a fin de cuentas, es evidente que a Hananías no sólo le importa la libertad política, sino también la libertad religiosa; lo cual se halla incluido en lo que dice acerca de los utensilios del templo.

Nabucodonosor había llevado consigo a Babilonia esos utensilios (cf. 2 R. 24:13), entre otros, las copas de oro y plata que Belsasar más tarde usaría durante su orgía. En el hecho que Nabucodonosor llevase consigo los utensilios del templo, venía a decir: 'Mis dioses son más fuertes que Jehová; y Él está sometido a ellos.' Como Sedequías debía pagar tributo como señal de su sometimiento al rey de Babilonia, así Jehová debía pagar tributo a los dioses de Babilonia. Jehová había sido hecho tributario de los ídolos.

Que este pensamiento estaba detrás del hecho de llevarse los utensilios, se evidencia también en la historia de Belsasar. Durante su bacanal se sacaron las copas que estaban destinadas exclusivamente para su uso en el culto al SEÑOR, y el rey y los príncipes y los amigos del reino bebieron de ellas; y entonces se dice expresamente: 'Bebieron vino, y alabaron a los dioses de oro y de plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra' (cf. Dn. 5:3-4). Pues, ¿acaso ellos no habían subyugado y encadenado a Jehová? Este era el pensamiento escondido detrás de todo esto.

Por supuesto que éste era un pensamiento injusto y erróneo, pues tener en tu poder los utensilios de Jehová no es lo mismo que tener en tu poder a Jehová mismo, lo cual también quedó muy de manifiesto cuando en la sala de fiestas de Belsasar apareció aquella mano en el muro, y llenó de pánico a todos los presentes. Entre tanto, aquello se veía en Jerusalén como un asunto insostenible e insoportable que no podía pasar desapercibido.¡Los

utensilios del SEÑOR en manos de dioses y príncipes paganos! Eso era insoportable; el SEÑOR mismo tampoco lo soportaría por más tiempo.

Es tu asunto, oh SEÑOR

Este asunto también le quedaba grande a Hananías; y por eso, lo primero que dice: 'Los utensilios vuelven enseguida, dentro de poco tiempo', se repite. Hananías sale en defensa de un asunto del SEÑOR. 'Se trata, en primer lugar, no de nosotros ni de nuestra independencia política, sino del SEÑOR. Es tu asunto, oh SEÑOR, el que nos impele y nos llega al corazón.'

Anteriormente ya había ocurrido en la historia de Israel que algo que pertenecía a la casa del SEÑOR, hubiera sido tomado por los enemigos. En una ocasión había caído el arca en manos de los filisteos (cf. 1 S. 4); cosa que los filisteos también vieron como una victoria de su dios sobre el SEÑOR. Por eso colocaron el arca en el templo de Dagón (cf. 1 S. 5:2). Jehová estaba sometido a Dagón, y había sido apresado por él.

Pero no vivieron por mucho tiempo en esa ilusión, pues muy pronto notaron que disponer del arca no era lo mismo que disponer de Jehová; y aquel mismo año (cf. 1 S. 6:1) el arca estaba nuevamente en el territorio de Israel, pues el SEÑOR ni es pequeño para ser atrapado, ni acepta imposiciones de nadie. Esto es lo que los filisteos descubrieron, y por eso tuvieron que devolver el arca.

A Hananías le pareció evidente que también sucedería lo mismo en su caso. Parecía como si el SEÑOR estuviera derrotado, y llevara la peor parte. ¡Pero Él haría ver alguna vez que ese no era el caso! Por eso Hananías, sin dudarlo, dijo: 'Así dice Jehová: Los utensilios sagrados del templo volverán dentro de dos años.'

Aquellos utensilios llevaban ya unos cinco años en Babilonia, pero puesto que los utensilios no tenían la misma importancia que el arca, Hananías comprendió bien que el plazo de tiempo se debía ampliar. El arca había vuelto en el plazo de un año, lo cual no se podía esperar respecto a los utensilios menos importantes del templo. Pero

cinco o seis años era realmente el período máximo en que dichos utensilios podían permanecer en manos de los babilonios. De esto estaba Hananías firmemente convencido; por eso dijo: 'Dentro de dos años.' Este era, sin más, el plazo máximo, y antes de que transcurriera ese plazo, Jehová entraría en acción, y con ello iría también ligada inevitablemente una liberación política.

Circunstancias de tiempo

Lo que Hananías dijo no fue en sí mismo un pensamiento tan fatuo e inmotivado, ni fue expresado a tontas y a locas. Hananías podía invocar la historia de Israel. Y es evidente que el SEÑOR no se dejó atrapar en esa historia, y se había revelado como un Dios al que no es posible atar de pies y manos.

Lo que Hananías dijo concordaba totalmente con la revelación de Dios acerca de sí mismo; y cuando este profeta introduce sus palabras con la fórmula: 'Así habla Jehová', y al final repite una vez más: 'Así dice la palabra de Jehová' aquello no suena extraño ni actúa como una hermosa bandera para tapar un asunto malo. Cuando uno oye pronunciar estas palabras, enseguida se inclina a decir: 'Naturalmente que esa es Palabra de Dios; pues Él no permite que sus utensilios permanezcan en manos de enemigos.'

Y sin embargo, estas palabras de Hananías se oponen diametralmente a las profecías de Jeremías; pues también éste había profetizado acerca de los utensilios en el capítulo 27; y también él había introducido esa profecía con las palabras: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel» (27:4). Estas eran, literalmente, las mismas palabras que Hananías usa en el capítulo 28:2. Pero lo que sigue en Jeremías, es totalmente distinto de lo que dice Hananías. Jeremías dijo: 'Todas las naciones servirán a Nabucodonosor, a su hijo y al hijo de su hijo' (27:7). Pero Hananías dijo: 'Dentro de dos años se acabó el caso de Nabucodonosor' (28:2). Y en el 27: 16 y ss., Jeremías dijo: 'En lugar de que los utensilios que ahora están en Babilonia vuelvan dentro de poco a Jerusalén, sucederá que los utensilios que aún hay en el templo también se-

rán llevados a Babilonia (como así ocurrió: cf. 2 R. 25); y allí estarán hasta el día en que Yo me interese por ellos y los saque y restituya (cf. Esd. 1:7-11). Por eso debes someterte y acomodar tu cuello bajo el yugo del rey de Babilonia.'

Cuando comparamos entre sí ambas profecías, se evidencia que tanto Hananías como Jeremías dicen, que los utensilios volverán de Babilonia. En este aspecto no hay diferencia alguna; pues, efectivamente es verdad, que Dios no abandona indefinidamente a los ídolos, reyes y pueblos que le han humillado. La gran diferencia entre Hananías y Jeremías consiste en el tiempo que, según ellos, transcurriría antes de que los utensilios retornen. Según Hananías, eso ocurriría dentro de dos años; mientras que Jeremías dice que permanecerían en Babilonia durante el régimen de Nabucodonosor, de su hijo y del hijo de su hijo (27:7), o sea, un período de setenta años (25:11-12).

Desmentido del juicio de Dios

Esa diferencia en la duración de tiempo se confirma en el hecho de que el juicio del SEÑOR sobre la iniquidad de Judá adquiere todo su peso con Jeremías, mientras que Hananías lo consideró como algo insignificante, y por ello no incitó al pueblo al sometimiento a Babilonia, sino a la oposición. Él y sus colegas mantuvieron despierto el espíritu de oposición dentro del pueblo. '¡Jamás capitularemos', decían. Jehová tampoco lo hace. ¿Acaso pensáis que Él está del lado de los opresores? ¡Naturalmente que no! Está a nuestro lado, al lado de los oprimidos. Dios no está contra nosotros, sino a favor nuestro; por eso debemos aprovechar cualquier ocasión para oponernos a Babilonia.'

Ahí estaba el núcleo del problema: En Hananías se trataba del desmentido del juicio de Dios, y por eso también de oposición al mismo. Era un acto de autosuficiencia y entereza contra el SEÑOR; y eso fue cubierto y camuflado con las palabras: 'Así dice Jehová', lo cual era verdaderamente terrible.

También hoy en día puede ocurrir que una persona

tome una verdad bíblica para ensalzar su propia autosuficiencia, y para justificarse a sí misma. Entonces la Palabra de Dios es manipulada como un slogan con que regalar el oído a otros.

'Así dice Jehová', decía Hananías; y con ello excitó la suficiencia del pueblo. El nombre de Jehová fue usado como un pretexto para protegerse contra lo que Jehová había dicho realmente. Como es natural, Hananías no hizo eso deliberadamente, con los ojos abiertos. Eso lo pensaba para sus adentros. Pero había tapado y cubierto aquel punto de vista, por lo cual estaba completamente convencido de que sus palabras eran verdad, y podía hablar con convencimiento.

Carácter de la profecía

Cuando Jeremías oyó las palabras de Hananías, dijo: '¡Amén! Así haga Jehová. Que Él confirme las palabras que has profetizado.' Quizá alguien encuentre extraño que Jeremías reaccione así. Pero, ¿alguien puede pensar que él tenía placer en sus propias profecías de mal agüero, y que no prefería nada mejor que su pueblo y Jerusalén sucumbieran, y que no quedara nada de ellos? Naturalmente que no. También Jeremías hubiera preferido que el yugo de Babilonia fuera quebrantado enseguida, y que los deportados retornaran de inmediato. ¿Acaso puede haber realmente alguien que vea con entusiasmo llegar sobre su país la muerte y la corrupción? Tampoco Jeremías ve eso gustosamente; y por tanto, dice a Hananías: '¡Amén! Que el SEÑOR confirme esas palabras.'

No obstante, Jeremías sabía muy bien que las palabras de Hananías eran muy dudosas; y por eso también las puso en tela de juicio, diciendo: 'Hananías, tu profecía se sale de tono; no respira el espíritu de la profecía. Es realmente hermoso cuanto dices, y querría muy gustosamente que fuera verdad. Pero también es demasiado seductora para creerla, pues se acomoda totalmente a nuestros deseos humanos. Sin embargo, el carácter de la verdadera profecía siempre ha sido diferente. Nunca ha hablado al gusto de los hombres; jamás ha disculpado los caminos de los hombres ni se ha acomodado a sus deseos, sino que siempre

ha confrontado a los hombres con la realidad de las cosas, incluso cuando se trata del juicio de Dios sobre el pecado y la injusticia.'

Como es natural, Jeremías no quiere decir que los profetas de Dios siempre deben anunciar castigo y desdicha. Entonces también él se condenaría a sí mismo como un falso profeta, pues también él había profetizado sobre la salvación y la paz que Dios había de dar (vs. gr. en los capítulos 30 y 31).

Pero algunos profetas anteriores (como Oseas, Amós, Miqueas e Isaías) indudablemente habían pronosticado un futuro desastroso al ver toda la injusticia e idolatría; y también Jeremías quería decir que profetizar sobre la salvación y la paz en una situación en que se rechaza escuchar a Dios, no está en consonancia con la tradición profética. Esto aún no se ha demostrado, -quiere decir Jeremías. Pues, donde no se quiere obedecer a Dios, allí no hay paz, ni se puede prometer o impartir paz alguna; y cuando, a pesar de todo, se hace eso, anticipadamente puede ponerse en duda una profecía semejante.

Dios mortifica nuestra carne

Jeremías tocó este asunto con acritud. También hoyen día se promete la paz de Dios, la salvación y la liberación aun en circunstancias en que ello está fuera de lugar. Se difunde atrevidamemente la salvación de Dios en situaciones en que sólo debería haber lugar para la amonestación y la denuncia.

A este respecto, no sólo pienso en la manera superficial en que toda clase de movimientos de oposición y liberación pretenden identificarse con la salvación y la liberación de Dios, sino también por la forma en que, en el mundo cristiano, se presenta la paz de Dios como una gracia barata para pecados malolientes y sucios, y para la autosuficiencia. Por este medio, muchísimas personas son adormecidas e incitadas en su oposición contra Dios, y se les hace creer que Cristo está de su lado, mientras que precisamente está en contra de ellos.

La falsa profecía no siempre es una cuestión de enseñanza heterodoxa, sino muy frecuentemente una actuación que deja el pecado, la oposición a Dios y la autosuficiencia sin ningún tratamiento, y coloca sobre ella la bandera de la Palabra de Dios.

Eso es lo engañoso de profetas como Hananías. Su forma de actuar y profetizar parece llena de amor; pero, en realidad, es cruel y diabólica. Porque bloquea la conversión. El amor verdadero desenmascara el pecado. Esto parece duro y causa mucho dolor, pues el desenmascaramiento nunca es algo alagüeño para nuestra propia carne, sino que precisamente la derrumba. Pero, precisamente por eso, semejante profecía es gracia de Dios; porque abre el camino a la conversión y al perdón; y esa fue la manera en que Jeremías profetizó, y en la que se dirigió a Hananías.

Endurecimiento

Las palabras de Jeremías no causaron impresión alguna en Hananías. Éste se acercó a Jeremías, le arrebató el yugo de madera de sus hombros y lo hizo pedazos contra sus rodillas.

Fue un momento dramático. Mientras la madera crujía y las astillas volaban por los aires, la voz de Hananías resonó en la plaza del templo: 'Así dice Jehová: de esta forma quebraré el yugo de Nabucodonosor dentro de dos años.'

Podemos suponer que los presentes dieron voces de júbilo y aplaudieron, pues según el pasaje de Dt. 18:21-22, se viene a decir: 'Si la palabra de ese profeta se cumple, se reconocerá que el SEÑOR le ha enviado realmente' (Jer. 28:9). ¡Hananías era un profeta! ¡Era estupendo ver cómo desmintió a Jeremías!

'Y siguió Jeremías su camino' (28:11). Sí; ¿qué otra cosa debía hacer? Hay situaciones en que se llega a estar ante un muro tal, que ya no se sabe lo que se debe decir, ni siquiera como profeta. Entonces la oposición y el rechazo son como un enorme pedazo de granito, tan grande que las palabras y argumentos ya no tienen sentido; y uno ha de darse la vuelta sin decir nada.

Los que nos rodean piensan, pues, que estamos derrotados, que hemos quedado fuera de combate, y los contrincantes tienen este sentimiento triunfante: '¿Lo ves? ¡Estábamos en lo cierto! Se han quedado con la boca abierta.'

Pero Dios no había sido derrotado. Jeremías tenía que hacer un nuevo yugo; pero ahora de hierro. Así de irrompible será el yugo de Babilonia. Cuando uno no se entrega vencido a Dios y permanece en oposición a Él, el yugo de madera se convierte en un yugo de hierro.

Hananías mismo había de morir, porque habló de rebelión contra Jehová (28:16). Esta es la definición de la actuación de Hananías: Rebelión contra Jehová. Esta es la tipificación que el mismo SEÑOR da de la predicación de Hananías, y de la que las gentes decían: '¡Estupendo! ¡Estas sí que son predicaciones en las que se encuentra algo! ¡Estas dan entusiasmo para resistir en la lucha de oposición contra Babilonia!' Pero el SEÑOR dice: 'Él predica la rebelión contra mí.'

'Dentro de dos años, el yugo de Babilonia será quebrantado', profetizó Hananías. Pero dos meses más tarde (cf. 28:1 y 17) se cumplió el juicio de Jehová sobre él, lo cual era una prueba clara de que Jeremías había sido enviado por el SEÑOR. Y esto fue evidente para cualquiera.

Pero también en este caso se puede decir que semejante prueba y señal no surte efecto cuando no hay disposición alguna de someterse a la Palabra de Dios. Hananías murió, pero ello no significó un cambio total en el pueblo.

Más tarde, con relación a las personas que ya es imposible alcanzar con la palabra de Dios porque se han cerrado a la misma, Jesús diría: 'incluso si alguien resucitase de entre los muertos, tampoco se convertirían' (cf. Lc. 16:30-31).

JEREMÍAS 29

Oposición en Babilonia

Entre los deportados que por aquel entonces llevaban casi cuatro años en Babilonia, se encontraban también algunos profetas; por ejemplo, un cierto Acab y un cierto Sedequías (vs. 21); y asimismo un tal Semaías (vs. 24).

Estos profetas mantuvieron despierto el espíritu de oposición entre los deportados en Babilonia, pues profetizaban: 'No falta mucho para que todos nosotros regresemos a Jerusalén; no comencéis aquí en Babilonia con proyectos a largo plazo; estad preparados para volver; la hora de nuestra libertad casi está a punto.'

Así que no sólo en Jerusalén existía un espíritu de oposición, sino también en Babilonia. Y, como es natural, no era algo desconocido para Nabucodonosor, pues, como todos los poderosos, disponía de un formidable servicio secreto que le informaba del foco de oposición en Babilonia, y en cuanto a la conferencia de Jerusalén de la que se habla en el capítulo 27:1-3, tampoco le pasó desapercibida, pues sus agentes secretos también le informaron sobre ella.

Delegación: 29:1-3

Nabucodonosor se ocupó inmediatamente del asunto. Al rey Sedequías se le cita en Babilonia para que rinda cuentas del caso, el mismo año en que había tenido lugar la mencionada conferencia de Jerusalén. En la delegación que junto con Sedequías fue a Babilonia, también se encontraba Seraías, mariscal de la corte, el cual era

hermano de Baruc, secretario y colaborador de Jeremías. Es evidente que Jeremías confiaba en este Seraías, pues le entregó por escrito un anuncio del juicio sobre Babilonia. Seraías, después de su llegada a Babilonia, debía leer en voz alta aquellas profecías, y luego atar una piedra al libro y arrojarlo al río Eufrates como una indicación simbólica del hundimiento de Babilonia (cf. Jer. 51:59-64).

Elasa y Gemarías, mencionados en 29:3, quizá pertenecían a la misma delegación que Seraías, aunque también puede ser que pertenecieran a otra delegación que Sedequías, inmediatamente después de la terminación de la conferencia fallida, envió por precaución a Babilonia. En ese caso, esta delegación no pudo convencer decisivamente a Nabucodonosor de la lealtad de Sedequías, el cual se vio obligado a ir a Babilonia a la cabeza de una segunda delegación para purificarse de la sospecha que Nabucodonosor abrigaba contra él.

Sea como fuere, una delegación partió hacia Babilonia. Elasa y Gemarías forman parte de ella; y Jeremías les da una carta (29:1) para los deportados en Babilonia; una carta que, consiguientemente, no ha de ser confundida con las profecías de malas nuevas sobre Babilonia que Seraías recibió.

Esta carta era una carta abierta que explotó como una bomba y desató muchísimas cosas. Además, no era propiamente una carta de Jeremías, sino de Jehová mismo (29:4). Así que se puede decir que los deportados recibieron una carta del SEÑOR.

Jehová de los ejércitos: 29:4

La carta comienza de modo impresionante: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad». No es impensable que, por expresarlo de alguna forma, una sacudida eléctrica sacudiera a los deportados que oyeron este encabezamiento: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos» ¡Esto les sonó como un clarinazo! El SEÑOR de las batallas de Israel; ese era el nombre que le designaba como el Dios que, a la cabeza de su pueblo, derribó, expulsó y abrió un camino expedito para su pueblo.

Es el nombre que le tipifica como el Dios al que están sometidos todos los poderes, y que pone a su pueblo en libertad (cf. 2 S. 7: 23-26).

Los deportados en Babilonia también esperaban esa libertad, y ciertamente a corto plazo; y entonces les llegó, desde Jerusalén, una carta traída por la delegación de Sedequías y sus acompañantes. Esa delegación debía manifestar lealtad y fidelidad ante Nabucodonosor, lo cual era muy humillante y doloroso. Pero también había una carta para los deportados que empieza así: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos, el Dios que va a la cabeza de su pueblo, el Dios de Israel.»

Es lógico pensar que al oír esto, los corazones de los deportados comenzaron a palpitar más deprisa. 'Ahora llega' -pensaron- 'la hora en que las trompetas de la liberación se dejen oir, y sea derrotado el enemigo. ¡Jehová, el Dios de las batallas de Israel, se levanta a la lucha!'

Desilusión: 29:5-6

Pero entonces llega la desilusión, pues el SEÑOR de los ejércitos no llama a la batalla, sino que dice: «Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no disminuyáis.»

Este era el encargo que iba diametralmente en contra de la esperanza de los deportados y contra la actitud que habían tomado. A estas alturas ya llevaban casi cuatro años en Babilonia. Pero aún no habían llegado a iniciar la edificación a gran escala de casas para ellos mismos. Se conformaban con lo que había a mano en cuestión de cobijo, y con las provisiones más necesarias. '¿Por qué habíamos de emplear una gran cantidad de dinero en todo ello, y edificar casas costosas, si, de todos modos, dentro de poco hay que volver a Jerusalén?' Todo ello significaba dinero tirado y energía perdida; era mucho mejor contentarse por el momento.

Tampoco habían comenzado aún a plantar huertos con árboles frutales y viñas; porque tampoco eso tenía senti-

do alguno, ya que para el tiempo que maduraran los primeros frutos, ya estarían fuera de todo peligro en Jerusalén.

Y apenas se celebraron matrimonios, pues los bebés y los pequeños serían demasiado molestos y fastidiosos en la larga y tensa marcha de regreso a Jerusalén. Era mucho más inteligente esperar un poco en casarse hasta que estuvieran en Jerusalén.

Así es como los deportados en Babilonia se habían figurado un regreso inmediato a Jerusalén; y aquella espera les marcó toda su actuación y su actitud de vida en Babilonia; y ahora, de repente, tenían que tirar por la borda sus proyectos.

Intercesión: 29:7

Sin embargo, eso no es todo. Lo que el SEÑOR les encarga, les toca aun mucho más profundamente. Podemos imaginarnos la turbación de los deportados, cuando de la carta oyeron leer: «Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová».

En este contexto, uno debe pensar en el Salmo 122. No es absolutamente descartable que los deportados en Babilonia cantaran regularmente: «Pedid por la paz de Jerusalén; sean prosperados los que te aman. Sea la paz dentro de tus muros, y el descanso dentro de tus palacios. Por amor de mis hermanos y mis compañeros diré yo: La paz sea contigo.»

Este era un salmo que cantaban en Babilonia con todo su corazón: «Paz para Jerusalén.» Era un salmo que levantaba el ánimo y despertaba los deseos de volver a Jerusalén.

Pero la paz para Jerusalén implicaba la caída para Babilonia, por lo cual su oración por la paz de Jerusalén implica una oración por la caída de Babilonia, y viceversa. De ahí la carta del SEÑOR: «Procurad la paz de la ciudad a la que os hice transportar (Babilonia)..; porque en su paz tendréis vosotros paz» (29:7).

¿Se nota cuán radical es esto? Va diametralmente contra cualquier reacción y actitud humanas. ¿No es extraño que

una persona ore por la paz de sus opresores? Si a nosotros se nos hubiera dicho durante la Segunda Guerra Mundial: '¡Orad por la paz de Berlín!', ¿no se nos habría venido a la memoria, a pesar de todo, este pasaje bíblico? Nosotros cantábamos cancioncillas despreciativas contra los bombardeos alemanes.

Y si en la década de 1950-60 se les hubiera dicho a los cristianos de detrás del muro de Berlín: '¡Orad por la paz de Moscú!', ¿acaso no habría ido en contra de su sentimiento, y se habrían sublevado interiormente?

Y sin embargo, eso es precisamente lo que Dios pide a los deportados, y lo que el apóstol Pablo, siglos más tarde, encarga a los cristianos en el Imperio Romano. Aquellos hermanos muy frecuentemente carecían de toda experiencia agradable con sus autoridades, pues, por ejemplo, Nerón fue un hombre brutal que jugaba con la vida de las personas; y, ello no obstante, Pablo dice: 'Orad por las autoridades' (1 Ti. 2:1-2); y Pedro, escribe: 'Temed a Dios, honrad al rey...' (1 P. 2:13-17); y Cristo mismo, enseñó: '...orad por los que os ultrajan y os persiguen' (Mt. 5:44).

Esto va diametralmente contra los sentimientos humanos, pero precisamente en esto debe distinguirse el cristiano, dice el Señor Jesús. No es difícil orar por los amigos y por las personas a las que uno aprecia y quiere, pero eso no representa mejor comportamiento que el de los publicanos, que se respetaban mutuamente e incluso se querían. Pero si uno es cristiano, Dios espera algo más (Mt. 5: 45-48), como orar por quienes nos persiguen, por las autoridades e incluso por aquel régimen al que no se tiene simpatía alguna.

Juicio: 29:7,14,19-20

Hay otra cosa que afecta a los deportados a Babilonia: Su estancia allí era el juicio o castigo del SEÑOR por su apostasía. Jeremías también ataca expresamente este punto en su carta: '(Yo) os hice transportar al destierro' (vs. 7); '(Yo) os arrojé a naciones y lugares' (vs. 14); '(Yo) os envié de Jerusalén a Babilonia' (vs. 20); y esa estancia allí durará 70 años, que es el plazo que ha sido fijado al res-

pecto. Por lo cual era muy apropiado edificar casas, plantar vides y contraer matrimonio.

Paga merecida: 29:21-23

Por tanto, carecía de sentido predicar para estimular la oposición como hicieron Acab y Sedequías, pues en nombre de Jehová encendieron el fuego de la oposición y del levantamiento, lo cual les convirtió en los predicadores de lo que entonces sería la teología de la revolución. Es lo mismo que en el caso de los actuales predicadores de la revolución, que no hablan de orar por los dictadores, sino todo lo contrario. Solamente se les oyen gritos salvajes y rudos como: '¡Muerte al dictador y a los opresores!' Así que Acab y Sedequías tampoco oraban por la paz de Babilonia, sino que sólo maldecían.

¿Y qué sentido tenía o qué adelantaron con eso? ¡Absolutamente nada!, pues el destierro duraría 70 años, como lo había determinado el SEÑOR. Lo que aquellos falsos profetas hicieron fue luchar desesperadamente, lo cual sólo les perjudicó a ellos mismos, pues los agentes secretos de Nabucodonosor les tuvieron bien vigilados. Acab y Sedequías serían finalmente apresados y luego ajusticiados públicamente de forma horrorosa: ¡Quemados vivos! Así suelen hacer los dictadores con los elementos revolucionarios. ¡Cuanto más se oponen a ellos y se les resiste, tanto más pesado se hace su yugo y tanto más se aprietan los lazos de la persecución!

Sin embargo, podía haber sido distinto. '¡Orad por Babilonia!, dice el SEÑOR. '¡Buscad la paz para Babilonia, porque en su paz tendréis vosotros paz!' Porque cuando se ora por Babilonia, entonces se puede llevar una vida quieta y reposada (cf. 1 Ti. 2:2). Pero cuando se rechaza orar, y en lugar de ello se predica la revolución, entonces desaparece la tranquilidad, llegan las represalias, se producen muertes y la vida se hace pedazos.

Lo que a los ojos de los hombres es un martirio brillante, a los ojos de Dios es un castigo, un juicio. Así es que del martirio de Acab y Sedequías, el SEÑOR no dice: 'Debéis considerarlo un honor.' No, sino que afirma: 'Es

su juicio, la paga merecida. El SEÑOR no les tiene ningún aprecio, 'porque -dice- hicieron maldad en Israel, y cometieron adulterio con las mujeres de sus prójimos, y falsamente hablaron en mi nombre palabra que no les mandé' (vs. 23).

En nuestros tiempos ya no se ponen tantos reparos a la práctica del adulterio; y ciertamente, a esos héroes de la resistencia se les disimula y justifica, pues su importancia social es tan grande y dominante que no se les toma a mal su comportamiento sexual.

Pero el SEÑOR, sin dudarlo un momento, atacó repentinamente, e hizo ver que quienes iban trás semejantes dirigentes, se verían arrastrados en su caída. Esto también es actual en nuestros tiempos. Quien se apasiona por esos personajes que en su modelo de comportamiento sexual y en su moral matrimonial, no hacen ningún caso de la Palabra de Dios, será arrastrado en la caída, por admirarlos, honrarlos y seguirlos a ciegas, porque el SEÑOR no quiere pasarlo por alto.

La respuesta

La «carta abierta» de Jeremías provoca en Babilonia una fuerte marejada, indignación y oposición, y otro profeta de entre los deportados, un cierto Semaías, toma la pluma y escribe, a su vez, una carta incendiaria a Jerusalén, destinada a Sofonías, el suplente del sumo sacerdote. En esta carta Semaías le echa en cara que no ha desempeñado bien su cargo.

En Jerusalén Sofonías estaba encargado de apresar y castigar a los que ilícitamente se hicieran pasar por profetas; y según escribe Semaías, él no habíadesempeñado aquella tarea como debía, pues por Jerusalén circulaba un 'charlatán' que les quería dar lecciones a los de Babilonia, y ese era Jeremías de Anatot, al cual Sofonías dejaba campar por sus fueros e ir de acá para allá. Aquello no ocurría en ninguna parte. Aquel hombre de Anatot debía ser arrestado y obligado a callar. Lo que estaba diciendo era sencillamente terrible(vs. 25-28).

Esta fue la reacción de Babilonia a la carta de Jere-

mías. El juicio del SEÑOR ya se había cumplido sobre los deportados. Pero a pesar de que el SEÑOR aún les volvió a visitar en Babilonia con su Palabra, no se arrepintieron, sino que aun se opusieron mucho más. Se puede ver que no acertaron a ver la gracia y el amor de Dios en la carta de Jeremías; ni se conmovieron por un instante.

'Me dejaré encontrar por vosotros': 29:11-14

Y a pesar de lo expuesto, lo que sigue es muy claro: «Yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré, y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo corazón. Y entonces me dejaré encontrar por vosotros, dice Jehová...»

En estos hermosos versículos el SEÑOR menciona dos condiciones para poderle encontrar.

En primer lugar, que hay que buscarlo. Esto ocurriría en el destierro, pues el SEÑOR ya lo había predicho por Moisés: «Jehová os esparcirá entre los pueblos..., mas si desde allí buscares a Jehová tu Dios, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma» (Dt. 4:27-29). Así pues, debemos buscarlo con todo nuestro corazón, sin reservas; porque si buscamos comunión con Él sin eliminar las cosas que nos entorpecen el camino, tampoco le hallaremos, pues nosotros mismos bloqueamos la comunión con Él.

Pero si le buscamos de todo corazón, sin reservas artificiales, entonces le hallamos ciertamente (Salmo 32:5-7). No porque seamos muy buenos buscadores, sino -y con ello entramos en la segunda condición-, porque el SEÑOR mismo se deja hallar.

Si sólo contáramos con nuestra búsqueda, ni siquiera pasaríamos al lado de Dios. Pero Dios se deja hallar. Eso es su amor, y su gracia; y así se allega Él con su salvación a los hombres.

¿No es hermoso esto? Es lo que se encuentra en esa carta de Jeremías que Dios les escribió a personas que

no habían hecho, ni hacían, otra cosa que oponerse a Él. ¡Tal es el amor que Dios tiene a su pueblo!

Pero en Babilonia no veían nada de esto; y Semaías estaba furioso por aquella carta en que la gracia de Dios habla tan claramente. Por ello, Dios tiene que decir: 'Semaías, tú y tu descendencia estáis excluidos; vosotros no participaréis en esa salvación' (vs.32).

Semaías no quiso buscar al SEÑOR; pero quienes le buscan con todo su corazón, le encontrarán, pues Él se deja hallar.

JEREMÍAS: 21:1-10; 34:1-7; 23:1-8

Juramento roto

La información histórica sobre este pasaje se encuentra en 2 Cr. 36:11-21 y en 2 R. 24:8 hasta 25:21.

Durante la conferencia que en su cuarto año de gobierno se convocó en Jerusalén para formar una coalición contra Babilonia (Jer. 27:3), Sedequías aún no había prestado atención alguna a los consejos de los falsos profetas y de los políticos proclives a Egipto, pues entonces aún no se había sublevado contra Babilonia, si bien su confianza y fiabilidad a los ojos de Nabucodonosor había recibido un impacto, y en Babilonia tuvo que justificarse frente a Nabucodonosor (51:59). Todo quedó en una pequeña reprimenda, y Sedequías pudo regresar nuevamente a Jerusalén, y permanecer como rey.

A pesar del fracaso de la conferencia de Jerusalén, el espíritu de oposición contra Babilonia existente en los falsos profetas y en cierto número de dirigentes aún no estaba muerto. Seguían esperando una ocasión favorable para deshacerse del yugo de Babilonia, hasta que, unos cinco años más tarde, se pensó que aquella ocasión había llegado.

El Faraón de Egipto prometió una ayuda efectiva a los pueblos que se sublevaran contra Babilonia. Entonces, los que estaban dispuestos a dar la batalla, dijeron: '¡Debemos aprovechar esta ocasión; este es el momento que hemos esperado!'; y se las arreglaron para convencer a Sedequías, de modo que éste rompió su lealtad a Nabucodonosor.

Ezequiel, que entonces vivía en Babilonia entre los deportados, puso en orden esta actuación de Sedequías

en una estupenda parábola (cf. Ez. 17); y un solo punto del mismo debe ocupar nuestra atención: Sedequías rompió el pacto que había hecho con Nabucodonosor, y que había ratificado con un juramento. Y esto es lo que en la enigmática parábola de Ezequiel se resalta con un fuerte énfasis (vs. 13-16 y 18-19), y se recalca constantemente. Lo terrible en la actuación de Sedequías es el hecho de que el juramento hecho en presencia de Dios se incumplió, y el pacto establecido en nombre de Dios se rompió. ¡Esto es lo que el SEÑOR tomó muy a mal a Sedequías!

Estructura fundamental

Tengo la impresión de que nosotros, en nuestro tiempo, aún no entendemos bien ese fuerte énfasis. Los compromisos no parecen tener mucho peso. En determinados casos son provechosos y se puede sacar ventaja de ellos, pero cuando se llega a una situación en la que uno piensa que ya no se puede obtener ventaja alguna, ya no se le presta más atención y todo el pacto te tiene sencillamente sin cuidado.

Esto, en el mundo de la política, es un asunto muy sencillo y del que apenas ya nadie se maravilla. ¿Cuántos pactos han sido hechos pedazos como un papelucho porque a una de ambas partes ya no le venía bien cumplirlo? ¿Cuántas promesas importantes se han anulado, de forma elegante o grosera, cuando se vio que iban a costar demasiado?

El SEÑOR sí que se asombra de eso, incluso ahora, porque un pacto pertenece a la estructura fundamental de la convivencia humana, y, por supuesto, también a la estructura de la relación con Dios. Cuando esa estructura fundamental es desdeñada, la convivencia se derrumba y el clima de vida se hace imposible. Cuando sólo impera el interés propio, cuando el provecho propio forma el criterio para cumplir un pacto o para cumplir promesas, se ha quitado la base a la convivencia. La justicia, esa palabra enteramente bíblica de la que, por ejemplo, los salmos están llenos, también significa, en primer lugar, la actitud de alguien que se comporta de la misma manera que de él

se puede esperar dentro del marco de una relación de pacto (cf. Los Salmos I, pp. 41/43, FELiRe, 1996).

Así un hombre es justo, cuando es fiel a su mujer y no la engaña o la abandona. Pero es injusto, cuando, a sus espaldas, ama a otras o cuando la rechaza porque su interés por ella ha desaparecido y se dirige a otras. Eso es injusto; pues significa una ruptura del pacto entre ellos. Así también Sedequías fue injusto, porque le tuvo sin cuidado el pacto con Nabucodonosor.

Aunque hayas jurado para tu daño

¿Es realmente así? -somos propensos a preguntar. ¿Acaso Nabucodonosor no era un enemigo? y, ¿quizá el pacto con Sedequías no estaba establecido?

Sin embargo, Sedequías se vio empujado a ello; no tenía otra alternativa; y, si luego vio una posibilidad de deshacerse de ello, ¿acaso no tenía una razón poderosa y el derecho más justo del mundo?

Pero el SEÑOR dice: '¡No es así! Sedequías no tenía ese derecho; pues aquel pacto con Nabucodonosor era Mi pacto; y fue establecido en Nombre mío, y ratificado por un juramento conmigo. Rompiendo ese pacto Sedequías da la impresión de que no cuenta conmigo, y de que Yo no soy digno de fiar.'

Cumplir un pacto y atenerse a un juramento es algo que tiene inmensa importancia en las Sagradas Escrituras. Recuérdese por un momento el Salmo 15. Allí se pregunta: «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿Quién morará en tu monte santo?» Es decir: ¿Qué compañía aprecia Dios? La respuesta es clara: «La del que anda en integridad y hace justicia.» Y ¿en qué consiste ese hacer justicia? Consiste, entre otras cosas, en no engañar en un juramento, y en no cambiar aunque se haya jurado en perjuicio propio.

Quien cumple esto es justo y practica la justicia. Pero Sedequías no lo hizo; y con ello no hizo ningún honor a su propio nombre, cuyo significado es: Jehová es justicia; Jehová es aquel que cumple el pacto, y que actua movido por esa relación de pacto. Ese es el significado del nombre de Sedequías. Pero cuando quebró el pacto con

Nabucodonosor, demostró no haber entendido nada de esa justicia del SEÑOR. Entonces comprometió la justicia del SEÑOR, y por eso le dice: '¡No se salvará; echaré mi red sobre él, y será apresado en mi lazo!'

La mano de Dios, y los «hechos»

Para la ejecución de su juicio contra Sedequías, el SEÑOR hizo uso de Nabucodonosor y su ejército. Esta es una manera en la que Él lleva a cabo frecuentemente su juicio. Ocurre alguna vez que lo hace de una manera directa, sin hacer uso de personas. Un ejemplo de esto lo encontramos en el caso de Coré y sus secuaces Datan y Abiram (cf. Nm. 16:31-35). Pero el cumplimiento inmediato del juicio, llevado a cabo sin intervención de personas, es una excepción. Como regla, el SEÑOR interpone personas.

Visto desde fuera, el juicio del SEÑOR parece, pues, un asunto puramente humano. Parece como si sólo entren en juego factores humanos. Así parecía también en el juicio contra Sedequías.

Visto por encima, sólo se trataba de factores políticos, de acción y reacción humana. El Faraón quería cortar las alas al poder de Babilonia; y logró en su empeño enrolar a Judá para precipitar la caída de Babilonia. Pero Nabucodonosor no lo permitió, y no podía dejar que su flanco quedara desprotegido y descubierto; y de ahí que partiera hacia Judá con un gran ejército.

Así estaban las cosas, vistas desde fuera. Así habrían aparecido en los periódicos; y los comentaristas políticos lo habrían expuesto todo de esta forma por Radio y TV. Naturalmente que esto no era inexacto, pues todos aquellos factores también estaban allí y efectivamente desempeñaban un papel. Pero, detrás de todo aquello y a través de lo mismo, estaba el SEÑOR operando. Él se ocupaba de cumplir su juicio y de tender su red sobre Sedequías.

¿Cómo podemos saber ahora algo así? ¿Dónde podemos ver que hay en juego algo más que sólo factores humanos? Eso únicamente lo podemos saber por la Palabra de Dios. No lo podemos ver en los acontecimientos mismos, pues no llevan ningún determinado rótulo o le-

trero. Solamente cuando se conoce la Palabra de Dios, se puede ver actuar a Dios, y reconocer su juicio en la armonía de factores humanos, políticos y militares. Pero entonces, incluso cuando se está ante la Palabra de Dios, aun se puede tener los ojos ciegos para el juicio de Dios y no tomarlo en serio. Así también fue el caso de Sedequías.

En apuros

Entretanto, la situación se había hecho extremadamente crítica para Sedequías. Nabucodonosor había llegado a Judá con un ejército formidable. En las ciudades de guarnición, como Laquis, Aceca y Bet-semes y también en Jerusalén, imperaba una intensa actividad militar. Se trabajaba febrilmente en las obras de defensa; se vivía en gran tensión; entre los comandantes de algunas guarniciones judías se mantenía un intenso contacto por medio de correos, y se enviaban regularmente informes al cuartel general en Jerusalén. Allí también se había proyectado un sistema directo de comunicación para el caso de que las guarniciones quedaran aisladas entre ellas por el ejército babilónico. Por la noche por medio de fuegos, y durante el día mediante señales de humo.

Por medio de las excavaciones en Laquis han llegado hasta nosotros un par de cartas que nos dan cierta visión de la situación de la época (cf. G. Ernest Wright, Biblical Archeology, c. X). Proceden estas cartas de un oficial (Osaías) que llevaba el mando de un puesto avanzado en Laquis, y están dirigidas a su comandante Jaos, en Laquis mismo. En esas cartas se expresan claramente la angustia y la confusión que entonces reinaban allí.

Catástrofe próxima: 21:1-10

Este pasaje de Jeremías se refiere al momento en que el asedio de Jerusalén aún no se ha realizado completamente. Las tropas babilónicas atravesaron Judá y pusieron sitio a diversas guarniciones. Fuera de los muros de Jerusalén, los soldados judíos tuvieron choques esporádicos con patrullas babilónicas.

Sedequías se encontró en apuros y entonces mandó una segunda delegación a Jeremías: Pasur, uno de los príncipes judíos, y Sofonías, sustituto del sumo sacerdote. Ambos llegaron, en nombre de Sedequías, con un ruego: 'Ora al SEÑOR por nosotros; pues Nabucodonosor hace guerra contra nosotros. El SEÑOR quizá hará con nosotros según sus maravillas.'

En el momento en que esta delegación llegó junto a Jeremías, éste ya tenía más de 60 años de edad y de ellos unos 40 como profeta. Durante aquellos 40 años nunca había sucedido que alguna persona o el mismo rey se hubieran acercado a él para escuchar la Palabra de Dios. Siempre se le había evitado, y a ser posible dando un rodeo para esquivarle.

Pero entonces se produjo un cambio. El rey Sedequías buscó el contacto con él y, repentinamente, siente el deseo de escuchar la Palabra del SEÑOR, y puso su existencia y la de su pueblo en las manos del SEÑOR: 'Quizá hará con nosotros según todas sus maravillas.'

Así es Él, ¿no es verdad? Es un Dios que obra maravillas. Esto también lo había experimentado Ezequías en su tiempo. En aquel entonces se dio una situación semejante: Jerusalén fue rodeada por el ejército de los asirios. Era una situación de emergencia. El rey Ezequías había pedido a Isaías consultar al SEÑOR; y entonces el SEÑOR había prometido y otorgado la salvación. Durante la noche, los asirios huyeron despavoridos y humillados (cf. Is. 36 y 37).

El SEÑOR bien podía repetir aquello, pensaba Sedequías, pues a pesar de todo, así es Él: Un Ayudador, un Salvador.

Felizmente, somos propensos a pensar; y, al final, el rey buscó al SEÑOR y su Palabra. Sedequías, el hijo pródigo, vuelve a casa; retorna a su Padre. Nosotros probablemente, también reaccionaríamos así.

Pero la reacción del SEÑOR fue totalmente distinta; no extendió sus brazos para abrazar a Sedequías, como el padre de la parábola, sino que lo rechazó y lo envió al desierto. '¿Pensáis que Yo obligaré a Nabucodonosor a darse media vuelta? ¡Ni hablar de eso! La situación aún se volverá mucho más dificultosa; terminará en una catástrofe para

hombres y animales. Pues, hablando propiamente, no es Nabucodonosor quien lucha contra vosotros, sino otro: Yo mismo; con mano levantada y brazo poderoso; con furor e ira grande'.

Sin esperanza alguna: 34:1-7

Ese mismo mensaje, con toda su dureza, lo hace llegar Jeremías a Sedequías en el capítulo 34. Esto ocurrió poco después de que la legación del capítulo 21 visitara a Sedequías. Pero entretanto, la situación había empeorado aún más. De todo Judá sólo se habían librado Laquis, Azeca y Jerusalén; y el sitio en torno a esas ciudades se había apretado firmemente.

Jeremías tuvo que hablarle nuevamente a Sedequías y decirle: 'No cuentes con una intervención salvadora del SEÑOR; Él entrega Jerusalén en manos de Nabucodonosor; tú mismo serás apresado y llevado prisionero a Babilonia; allí morirás y serás enterrado con una cierta demostración de honor.'

Esto es todo lo que el SEÑOR tenía que decirle aún a Sedequías.

No le dio ni una brizna de esperanza. Para nada se habló de salvación; y tampoco se oyó palabra alguna de aprecio por el hecho de que Sedequías llegara a invocar al SEÑOR.

¿No es esto extraño? ¿No está en contra de lo que la Biblia nos hace ver de Dios? ¿Acaso no se nos presenta en ella como un Dios misericordioso que enseguida está a punto para todo aquel que se acerca a Él pidiendo ayuda?

Estas son preguntas importantes; y al responderlas debemos tener muy presente que la Biblia no nos dibuja una imagen difuminada de Dios, como muchas personas imaginan. Para ellos Dios es bueno hasta en lo absurdo, como si se tratara de alguien que jamás puede enfadarse verdaderamente, y que no puede hacer otra cosa sino salvar.

Pues bien, Dios es efectivamente un Dios que ayuda, salva y perdona pecados. No hay otra cosa que prefiera hacer sino eso. Pero cuando solamente se le necesita para librarse de las miserias humanas sin estar interesados en

Él mismo, entonces, en un momento dado, dice: '¡Con esto basta; se acabó!'

Lo que el SEÑOR dice aquí a Sedequías, es precisamente lo mismo que había dicho en el capítulo 11:11, donde viene a decir:'Cuando, pues, clamen a Mí, Yo no les escucharé.' Cuando se rechaza tozudamente escuchar al SEÑOR, y al llegar el castigo no ha habido conversión, sino que sólo se piensa en desviar el castigo, entonces el SEÑOR dice: '¡Ahora ni te escucho ni te salvo!'

Pastores malos: 23:1-2

Ese rechazo obstinado se encontraba también en Sedequías, y de ello habla el comienzo del capítulo 23. Se trata aquí de los pastores que corrompen y dispersan las ovejas del SEÑOR. En la Biblia,el término pastores es una designación usada para los reyes, soberanos, príncipes y regentes; en una palabra: Para los dirigentes políticos (cf. Jer. 2:8; 3:15; 10:21; 12:10, etc.; Ez. 34).

Los pastores que Israel había tenido tras la muerte de Josías, habían corrompido y dispersado las ovejas; las habían intimidado y angustiado, y asimismo abandonado a su suerte. También Sedequías pertenecía a esa clase de pastores malos.

Esto era muy grave, porque no se trataba de las ovejas de Sedequías, sino de las ovejas del SEÑOR. Los pastores no eran los propietarios, sino el SEÑOR. Los pastores no eran los amos, sino los encargados o gerentes. En lugar de seguir las indicaciones del SEÑOR, cometían injusticia, derramaban sangre inocente y practicaban opresión y violencia (Jer. 22:17), pues estaban interesados solamente en sí mismos y en su beneficio propio.

Aquí chocamos nuevamente con aquella injusticia que rompe la convivencia y devasta la vida. Sedequías no había hecho honor a su nombre (que significa: Jehová es justicia) no sólo con respecto a Nabucodonosor, sino tampoco con respecto a sus súbditos, por lo cual al fin le llega el juicio o castigo (v. 2).

Pero ese juicio no significa el final de las promesas de Dios, pues Jeremías había anunciado el juicio, de forma

ininterrumpida, durante todos aquellos años; y, cuando el juicio se hallaba en curso, el profeta resaltó las promesas de Dios con toda su vigencia. Cuando aquellas personas comenzaron a percibir que el juicio en el que nunca quisieron creer, era, a pesar de todo, una realidad, Jeremías comenzó a decir por encargo del SEÑOR: 'No penséis que Dios olvida sus promesas y las da de lado.'

El Renuevo justo: 23:3-8

'Escucha' -dice el SEÑOR- 'Yo reuniré al remanente de mis ovejas de todos los países adonde las eché; y les daré pastores que las pastorearán verdaderamente, y no las dispersarán más angustiadas hacia todos lados' (vs. 3-4).

Obsérvese que dice: «El remanente de mis ovejas», lo cual quiere decir que el juicio del SEÑOR es, sin duda, una realidad. ¿Quién pensaría que no es necesario tomar en serio el juicio del SEÑOR, porque Él, a pesar de que cumple todas sus promesas y sus obras de gracia, hace un extraño razonamiento al respecto?

El hecho de que Dios no cumpla sus advertencias, no hace menos serio su juicio.

La severidad de ese juicio se evidencia por el hecho de que el SEÑOR recogerá el remanente de sus ovejas; o, dicho de otra forma: Una gran parte de las ovejas perecerá en ese juicio; el resto del pueblo, lo que aún quede del mismo, será recogido; así de real y temible es el juicio del SEÑOR.

Pero así de infinita es también su gracia y la fidelidad a sus promesas, pues las vuelve a dar una renovación de vida; y así también llegarían los días (vs. 5-6) en que nuevamente alguien se sentaría en el trono de David: «Un renuevo justo» (cf. Is. 11:1; Jer. 33:15; Zac. 3:8; Hch. 2:30).

El SEÑOR es justo; es decir: Él responde al código del pacto. En éste se hace realidad la imagen del Salmo 72: Él hará derecho y justicia en el país. Bajo su gobierno se acaba la opresión, la violencia y el derramamiento de sangre inocente. Él, pues, también llevará con justicia el nombre de ¡Jehová es nuestra justicia! (Jer. 33: 16; 1 Co. 1:30). Esto es una alusión al nombre de Sedequías, aun-

que en su caso, este nombre era un grito suelto. Pero con el Renuevo venidero, con Cristo, es otra cosa: Él es el verdadero Sedequías.

Sedequías no respondía a las normas que el SEÑOR había establecido para la realeza. Cristo sí lo hace realmente, y es mucho más que Sedequías. Él no dispersa las ovejas; y en Él están guardadas, seguras y protegidas. En Él está garantizada una convivencia inviolada, y la vida puede desarrollarse; también hará vivir seguro a Israel (v. 6); y los reunirá de todos los países adonde fueron expulsados, y habitarán en sus propias tierras (v.8). Israel aún tiene un futuro.

Ese es un futuro en el que también participamos nosotros; pues aunque en realidad no somos del redil de Israel, sí que hemos oído la voz del Pastor justo, y podemos, nos ha sido permitido, pertenecer a su único rebaño (cf. Mt. 1:21; Jn. 10:16; Ef. 2:17).

JEREMÍAS 34:8-22 y 37:1-10

Inquietud

La situación en Jerusalén era inquietante. Alrededor de la ciudad se hallaba toda la masa del ejército babilónico. Ningún mortal podía salir o entrar ya en la ciudad. Nabucodonosor no se encontraba personalmente ante los muros de la ciudad; permanecía en Ribla, al norte del Líbano donde había establecido su cuartel general. El ejército que sitiaba Jerusalén estaba comandado por un buen número de sus altos oficiales.

Jerusalén se encontraba asfixiada por el ejército babilónico. ¿Cuánto tiempo podría resistir la ciudad? Esa era la grave pregunta que preocupaba a muchos. Aún no se había perdido la esperanza; se esperaba la prometida ayuda de Egipto. No quedaba más remedio que resistir hasta que el ejército egipcio llegara.

No obstante, la inquietud agobiaba a muchos. ¿Llegaría a tiempo Egipto, o su ayuda llegaría tarde y todo se vendría abajo?Estos interrogantes les dejaban sin respiración a veces. Al fin y al cabo, durante muchos años habían escuchado la predicación de Jeremías, anunciándoles una y otra vez la llegada de los babilonios y la caída y destrucción de la ciudad; aunque, bien es verdad, nunca creyeron esto último; sólo porque, según el molde de su pensamiento religioso, eso era imposible (cf. Jer. 28:2-4).

Descubrimiento de Sedequías: 34:8-9

También el rey Sedequías estaba muy preocupado. Cuando

el asedio se estableció y Jerusalén quedó cada vez más sitiada, Sedequías -como ya hemos visto- envió una delegación a Jeremías para preguntarle si el SEÑOR quizá quería salvarlos de una manera milagrosa. Aquella delegación regresó a palacio con un duro mensaje: '¡No se hablaría de salvación alguna; antes al contrario, Jerusalén perecería y sería destrozada de forma catastrófica!'

Aquellas palabras de Jeremías no abandonaron a Sedequías, sino que le llevaron a pensar en qué habría de malo en Jerusalén que atraía tan irresistiblemente el juicio del SEÑOR. Si se encontrara aquel mal y se pusiera fin a ello, no era imposible que el juicio, a pesar de todo, aún fuese evitado, y ellos volvieran a tener buen crédito ante el SEÑOR.

Efectivamente, Sedequías descubrió algo: Se habían descuidado las leyes de Dios respecto a la liberación de esclavos, pues el SEÑOR había mandado en su Ley que los israelitas que, como consecuencia de la imposibilidad de pagar sus deudas, se habían entregado como esclavos al servicio de sus acreedores, debían ser puestos en libertad en el año sabático (esto es, cada siete años, según Dt. 15:12-15).

Esta era una de las muchos normas que el SEÑOR había dado para frenar y combatir la explotación de los socialmente débiles por sus compatriotas ricos. El SEÑOR se había preocupado de que, en un mundo en que la esclavitud para quienes eran víctimas de la misma era una situación muy oscura, en su pueblo hubiera una esperanza para los esclavos. Para un israelita, la esclavitud podía durar como máximo seis años; pues en el año sabático debían ser liberados, y entonces obtenían la posibilidad de iniciar una nueva etapa. En su emancipación incluso se les debía dar un modesto medio de vida consistente de algún ganado menor y una cantidad de trigo y vino, de tal manera que nuevamente pudieran rehacer su vida.

Pero la gente que se ha acostumbrado a los servicios de uno o más esclavos, no les gusta verlos marchar de casa. Y así es que los israelitas ricos encontraron muy placentero el poder tener a su disposición uno o más esclavos; y no les gustaba mucho tener que privarse de aquel placer y lujo. De ahí que sencillamente se olvida-

ran de aquellas leyes del SEÑOR, y dejaran pasar distraídamente el año sabático sin dejar libres a los esclavos. En Jerusalén se había establecido una práctica que dejaba a un lado la Palabra de Dios. Al prójimo se lo consideraba como un utensilio permanente.

Sedequías se dio cuenta de esto, y pensó: 'Si lo cambiamos y hacemos ver que nos disponemos a tomar en serio nuevamente la ley de Dios, le dispondremos a favor nuestro, y existe la posibilidad de que, de una u otra forma, expulse a los babilonios y nos libere.'

Intervención: 34:10

Sedequías se ocupó seriamente de aquello con toda rapidez. Toda la población de Jerusalén, junto con los magnates, fueron convocados a reunirse, y se les expuso el problema. Entonces todos y cada uno acordaron que se daría libertad a los esclavos y esclavas hebreos.

Aquel acuerdo no fue simplemente un compromiso normal. No, sino que se hizo expresamente un pacto en el templo ante la presencia del SEÑOR. Esto ocurrió con el mismo ritual con que el SEÑOR mismo en Génesis 15 estableció su pacto con Abraham: Despedazaron una víctima y sus trozos los colocaron unos frente a otros en dos filas a una cierta distancia entre sí, de forma que quedaba un espacio libre entre ellos. Entonces pasaron todos en una larga fila por aquel pasillo entre los pedazos de la víctima (34:18-19); y de esta manera, se subrayó expresamente la validez del pacto y la participación personal en el mismo. Más claramente no se podía declarar que uno se consideraba ligado al pacto, y que respondía personalmente por el cumplimiento del mismo.

Cuando la gente volvió de nuevo a casa, hicieron lo que habían prometido: Todos los que tenían esclavos y esclavas a su servicio los pusieron en libertad. Aquello fue un asunto resonante y radical que no debemos considerar en poco. Pongámonos en el caso de que, durante muchos años, hubiéramos tenido esclavos y esclavas que realizaran todo el trabajo duro y sucio, y, de repente, tuviéramos que hacer nosotros mismos esas cosas.

Conversión

Lo que se hizo en Jerusalén fue tan impresionante, porque desde tiempo inmemorial no había ocurrido nada semejante. A los antepasados no les había interesado para nada el mandato de Dios en este punto (Jer. 34:14), y jamás habían liberado a sus esclavos y esclavas. Para los habitantes de Jerusalén, ésta era una manera de actuar completamente desconocida; jamás la habían experimentado; y ya se sabe lo correoso que puede ser un modelo de comportamiento que pasa de padres a hijos, y lo pertinaz que pueden ser tales costumbres y tradiciones, pues se ensañan contra la Palabra de Dios, impiden el progreso de la misma y controlan una situación casi indestructible.

Por eso resulta mucho más resonante que en Jerusalén los esclavos quedaran en libertad masivamente, y que se abandonara una tradición ventajosa que iba contra la Palabra de Dios. Esto es una verdadera conversión (Jer. 34:15), una vuelta al SEÑOR en este punto, pues a partir de entonces se iba a hacer muy concretamente lo que Él deseaba.

Resulta muy gozoso cuando se rompe un comportamiento que interfiere entre Dios y el hombre, sobre todo cuando no se trata sólo de una persona sino de toda una población.

Poco después de esto, el ejército de los babilonios deshizo repentinamente el asedio en torno a Jerusalén. Los vigilantes apostados en los muros informaron de una actividad especial en las líneas enemigas, y vieron que los babilonios comenzaron a empacar sus efectos, enrollaron sus tiendas y marcharon.

El ejército de los egipcios estaba acercándose; Faraón iba a cumplir su promesa. Cuando Nabucodonosor oyó eso, dio la orden de terminar el asedio en torno a Jerusalén (Jer. 34:21), pues necesitaba el ejército de asedio para enfrentarse al ejército egipcio que avanzaba (Jer. 37:5).

Nueva deslealtad: 34:11

Como es natural, en Jerusalén había un gozo y alivio enormes. ¡Se marcharon los babilonios! ¡Ocurrió el milagro! -decían.

Es de suponer que en el templo se organizaría inmediatamente un culto de acción de gracias. Los (falsos) profetas que siempre habían dicho: -'Confiad sencillamente en Jehová; Él jamás pondrá en manos de los babilonios la ciudad y el templo', tenían razón, a pesar de todo. Y añadían: '¿Dónde está ahora aquel profeta agorero, Jeremías? Convenceos de que aquel hombre, con sus profecías amedrentadoras («terror por todas partes») no era digno de confianza!'

A Jerusalén llegó una animación excesiva y temeraria; y entonces ocurrió que se comenzaron a decir unos a otros: 'Hablando con propiedad, hemos sido tontos al dejarnos asustar, y luego dejar en libertad a nuestros esclavos y esclavas. Eso no era necesario desde ningún punto de vista.'

Y entonces se obligó a volver a la esclavitud a los esclavos que antes habían sido puestos en libertad; ahora que la amenaza de Babilonia había desaparecido y el futuro volvía a tener perspectiva, inmediatamente se volvió a caer en el viejo comportamiento; y se hizo evidente que la conversión no tenía profundidad alguna, y únicamente estaba inspirada por la situación apremiante en que se habían econtrado, y por el deseo de verse libres de ella. ¡No se habían convertido porque amaran al SEÑOR!

El Nombre del SEÑOR profanado (34:16)

Jeremías recibió el encargo de hablar al pueblo, y decirle: Vosotros habéis profanado el Nombre del SEÑOR, y esto es lo más grave de todo. La decisión de dejar libres a los esclavos, fue tomada en presencia de Dios. Se trataba de un pacto solemne en su Nombre, y por romperlo tan poco tiempo después, habéis hecho mal uso del Nombre de Jehová.

También hoy en día puede ocurrir eso. Nosotros llevamos el Nombre de Cristo. Cuando hacemos promesas y después no las cumplimos, ponemos el Nombre, es decir, la reputación de Cristo en peligro; y con ello no servimos ni a Dios ni a Cristo. Cuando nosotros, en cuanto cristianos, tenemos una reputación de gente no fiable, ello hiere y daña el Nombre de Cristo. Por consiguiente, el

reproche del SEÑOR también suena así: 'Vosotros habéis profanado mi Nombre.'

Jeremías tuvo que volver a anunciar el juicio. 'Es verdad que los babilonios se han marchado ahora; pero esto no queda así. A mi mandato, volverán otra vez', -dice el SEÑOR.

'No ocurrirá porque sí, ni como consecuencia de circunstancias fortuitas; ni tampoco porque los babilonios mismos lo quieran, o porque Nabucodonosor dé la orden para ello. No; Yo los envío; Yo voy a ordenarles que vuelvan a Jerusalén.'

El SEÑOR gobierna los desarrollos políticos y militares; y cuando se trata tan frívolamente con pactos y promesas, allí descarga Él el juicio. Lo que Israel hizo con las victimas durante la formalización del pacto (partirlas en trozos y caminar entre los trozos), es lo que el SEÑOR haría con los habitantes de Jerusalén: 'Los entregaré en mano de sus enemigos... y sus cuerpos muertos serán comida de las aves del cielo, y de las bestias de la tierra.' (vv. 18 y 20).

Sin razón para el optimismo: 37:1-10

Sedequías también debió escuchar el mismo mensaje que los habitantes de Jerusalén. El rey había enviado nuevamente una delegación a Jeremías. Probablemente esperaba que Jeremías diría cosas distintas que la primera vez. Pero su esperanza se vio decepcionada, pues Sedequías recibió de nuevo un mensaje semejante.

'No confíes en Egipto', -dice el SEÑOR. 'Los babilonios volverán, y Jerusalén será sitiada de nuevo; y no se marcharán sin que antes hayan tomado y destruido la ciudad. No os hagáis ilusiones, ni os dejéis llevar por una borrachera de optimismo. Aun cuando derrotéis a todo el ejército de Babilonia, hasta el punto que de entre ellos sólo queden heridos, entonces éstos saldrían de sus tiendas de campaña, y arrasarían Jerusalén.' (37:7-10)

Por ello, aquella destrucción era segura, incluso aunque el ejército babilonio no hubiera significado nada. Y ocurriría así debido al juicio de Dios contra una conversión que no fue tal conversión.

El Nombre de Dios había sido profanado por romper el pacto de la liberación de los esclavos (Jer. 34:16). Pues bien, ahora los liberaría el SEÑOR (Jer. 34:17) entregando a sus amos a la espada, la peste y el hambre. La maldición que ellos habían pronunciado contra sí mismos al hacer la partición de la víctima, se iba a cumplir.

Los antiguos modelos, especialmente los modelos de prosperidad en los que hemos caído frecuentemente, frenan el progreso de la Palabra de Dios.

'El engaño de las riquezas ahoga la Palabra, y se hace infructuosa' (Mt. 23:22). Antes o después, Dios se vengará de la injusticia social (Jer. 22:13-17).

JEREMÍAS 37:11-16

Herencia

Después del primer alivio, por el que se pensó que los babilonios se habían ido para siempre, pronto se impuso de nuevo la realidad sobre los habitantes de Judá y Jerusalén. Aunque los babilonios ya no se encontraban asediando Jerusalén, aún se hallaban muy cercanos, y no de vuelta hacia Babilonia. Los informes que llegaban a Jerusalén no dejaban ninguna duda al respecto: Efectivamente, aún no se habían marchado.

A pesar de que el cerco se había deshecho realmente, el estado de sitio se mantenía en Jerusalén. Los soldados volvieron nuevamente al estado máximo de disposición de ataque; los puestos de guardia permanecían en los muros y en las puertas de la ciudad con el encargo de vigilar.

En aquella situación, Jeremías decidió salir de Jerusalén para recibir una herencia en Anatot, tierra de Benjamín, pues había recibido noticia de que uno de sus familiares había muerto (probablemente su tío Salum -cf. 32:7-), y que había problemas con la herencia; y, así las cosas, se exigía la presencia de Jeremías.

Esta noticia pudo llegar a Jeremías porque el asedio babilonio se había terminado, y ello permitía a Jeremías abandonar la ciudad e ir a tratar aquel asunto. Jeremías se decidió a hacerlo, y quiso abandonar la ciudad por el pórtico norte, o puerta de Benjamín. Pero allí fue descubierto por el oficial al mando de la guardia, un cierto Jerías, del que nada volvemos a saber. Cuando este Jerías vió que Jeremías quería abandonar la ciudad, inmediatamente se

imaginó el propósito de Jeremías; según él, sólo podía ser una cosa: Pasarse a los babilonios.

Alta traición

¿Cómo llegó Jerías a esta idea?Era una deducción que hizo en base a lo que Jeremías mismo había dicho en cierta ocasión. Cuando los babilonios invadieron Judá e hicieron ademanes de sitiar Jerusalén, Jeremías había dirigido un llamamiento al pueblo, diciéndole: 'Así ha dicho Jehová: He aquí pongo delante de vosotros camino de vida y camino de muerte. El que quedare en esta ciudad morirá a espada, de hambre o de pestilencia; mas el que saliere y se pasare a los caldeos, ... vivirá' (Jer. 21:8-9).

Este era un lenguaje claro: 'Si amas tu vida, pásate a los babilonios.' Lo cual, a los ojos de los nacionalistas, era un llamamiento que minaba profundamente la moral en la ciudad, y que equivalía a alta traición.

Idolatría

En cierta ocasión, oí por TV un fragmento de una canción popular angoleña cantada por soldados del MPLA (Movimiento Para la Liberación de Angola). Era sencillamente terrible notar cómo en ella se ensalzaba el morir por la patria. Generalmente esto tiene una dimensión religiosa: La patria es un dios que tiene derecho absoluto a disponer de las personas, y que, sin más, es soberana.

Naturalmente que no es erróneo ni censurable amar al país propio, como tampoco es erróneo amar a los padres. Pero cuando el amor a la patria adquiere ese carácter absoluto y ciego, entonces es absolutamente condenable y no es otra cosa que idolatría. Sólo Cristo puede imponeros una demanda semejante. Por lo demás, nada ni nadie puede hacerlo: 'El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí' (Mt. 10:37). Aquí debemos leer padre por patria, la cual no puede ocupar el lugar de Cristo, pues no es la norma suprema. Si la patria es nuestra norma inmutable, seremos ciegos a la Mano del SEÑOR, y entonces hablaremos de

'la paz de este pueblo' (Jer. 34:4), sin acertar a ver lo que Dios está haciendo.

Esto es lo que Jeremías quiso hacer ver a los habitantes de Jerusalén, cuando dijo: 'el que saliere, y se pasare a los caldeos, vivirá.' La fidelidad a Judá y a Jerusalén no es lo más importante, sino la fidelidad al SEÑOR. Por cierto, ambas no siempre coinciden. Ser fiel al SEÑOR puede alguna vez significar que se deba ser infiel a la patria. Y un claro ejemplo de ello lo encontramos en la historia de Rahab (cf. Jos. 2). Y, porque ella escogió a Jehová, escogió contra su propia patria y cometió alta traición. Y si el rey de Jericó hubiera sospechado el papel que ella desempeñó, la habría rapado la cabeza y condenado a muerte.

Por Dios y por la patria

A pesar del hecho que también en nuestra forma de pensar y en nuestra cultura la patria puede ser traspasada fácilmente, y de ocupar el primer lugar puede pasar al octavo, sin embargo, para nosotros es más fácil que para los israelitas digerir que Dios y patria no pueden ser identificados. Según la noción de los habitantes de Jerusalén, Jehová y patria coincidían. Quien estaba por Jerusalén con ello estaba automáticamente por Jehová, y a la inversa. Defender Jerusalén significaba estar al lado de Jehová. Para su comprensión no había diferencia alguna entre luchar por Dios y luchar por la patria.

También aportaban argumentos apropiados para esta idea. En primer lugar, Dios había unido muy estrechamente la tierra Canaán a sí mismo y al pueblo de Israel. A Abraham ya le había prometido: 'La tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre' (Gn. 13:15).

¡Para siempre! Israel es el único pueblo que ha recibido una promesa semejante. Añádase a esto que no sólo existía este fuerte lazo entre Israel y Canaán, sino también entre Israel y Dios. Éste había prometido que para siempre moraría en Jerusalén (cf. 1 Cr. 23:25 y 1 R. 9:3).

Parecía como si abandonar Jerusalén y pasarse a los babilonios pudiera tipificarse como alejarse del SEÑOR. Pero ellos sabían que Dios ciertamente permanecería fiel

a su pacto con su pueblo, incluso a través de un profundo valle de juicio (cf. Dt. 29:27-28 y 30:1-10).

Arresto: 37:11-14

Pero Judá había olvidado el pacto del SEÑOR. Por tanto, tampoco es nada extraño que en Jerusalén se aceptara con mucha dificultad la llamada de Jeremías a pasarse a los caldeos o babilonios. La oposición al mensaje de Jeremías se hizo cada vez más fuerte. Se convencieron cada vez más que Jeremías no anunciaba la Palabra de Dios.

No obstante, sin duda había habitantes de Jerusalén que escucharon el llamamiento de Jeremías y se pasaron a los caldeos (38:19). El reproche de que Jeremías minaba la unidad de la población, y que influenciaba perjudicialmente la moral, no era una invención.

Todo esto lo trataron en Jerusalén las figuras dirigentes.

Resulta, pues, muy comprensible que Jeraías, oficial jefe de vigilancia en la puerta de Benjamín, al ver que Jeremías quería abandonar la ciudad, estuviera seguro de que el profeta quería pasarse a los caldeos, y detuviera a Jeremías, diciéndole: '¡Tú quieres pasarte a los caldeos!'

De nada sirvieron las protestas de Jeremías; ni tampoco su negación de la acusación. Jeraías no le creyó, pues estaba firmemente convencido de que la intención de Jeremías era pasarse a los caldeos, y que de aquella forma, mediante su propio ejemplo, quería reforzar su predicación. Entonces hizo preso a Jeremías y lo llevó ante los dirigentes.

En la cárcel

Esto ya había ocurrido anteriormente con ocasión de la famosa predicación en la plaza del templo (Jer. 26). Entonces los dirigentes estuvieron a favor de Jeremías y lo protegieron contra la demanda de muerte de los sacerdotes y profetas. Pero en esta ocasión, los dirigentes no tenían tan buenas intenciones con él. Cuando Jeremías predicó: 'Arrepentíos, pues si no, Jehová destruirá tanto la ciudad como el templo', aun pudieron tolerarlo en aquella situación

de paz, existente. Pero ahora que, en una situación de guerra, Jeremías llamaba abiertamente a las gentes a abandonar Jerusalén y pasarse a los enemigos, el asunto era diferente, y no se podía tolerar.

Y así ocurrió que Jeremías fue apaleado y encerrado en un sótano que fue usado como cárcel, en casa de Jonatán el escribano. Allí permanecería encerrado durante mucho tiempo.

Tomar en serio al SEÑOR

Jeremías tomó en serio al SEÑOR y su anuncio de juicios, y cuando el SEÑOR y su Palabra nos guían y dominan, las normas y las ligaduras humanas pierden su absolutismo.

Cristo dice: 'Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo' (Lc. 14:26); y a esta lista podemos añadir: La patria. Donde el SEÑOR y Cristo son reconocidos como soberanos, los lazos de convivencia se relativizan; y ya no son por más tiempo resolutivos y decisivos.

Como es natural, esto no lo agradecen quienes entienden estos lazos como definitivos. Jeremías experimentó esto en su propio cuerpo, pues fue arrojado a una cárcel subterránea; y Cristo ha dicho: 'Seréis aborrecidos por todos por causa de mi Nombre» (Lc. 21:17). Quien desde su unión con Cristo rompe el absolutismo y la demanda coercitiva de esos lazos humanos, debe contar con eso, pues no será aceptado, sino aislado, encasillado y a veces incluso encerrado en una celda; y termina resistiendo; porque «el que persevere hasta el fin, éste será salvo» (Mt. 24:13; Lc. 21:19).

JEREMÍAS 37:17 - 38:13, y 39:15-18

Entrevista con el rey: 37:17-20

El sótano que había bajo la casa del escriba Jonatán no era un calabozo agradable. Jeremías no lo tenía fácil. Estaba totalmente aislado, no tenía contacto con nadie y no recibía alimento suficiente.

Cuando Jeremías ya llevaba allí bastante tiempo, fue llamado a palacio por Sedequías. Le llevaron escoltado y en secreto para una entrevista con el rey, el cual parece que no estaba totalmente indiferente ante Jeremías y ante la Palabra de Dios. Por ello quería oír al profeta, esperando, naturalmente, que le sería favorable y le hablara de la liberación. Sedequías no era una persona totalmente indiferente que no se sintiera preocupado por las cosas del SEÑOR. En realidad no estaba desligado del SEÑOR y su Palabra, y aún se daba cuenta de que el futuro, su propia vida y la de su pueblo, dependía del SEÑOR. Pero la atracción de su entorno, del espíritu de los tiempos y de sus consejeros eran demasiado fuertes para él,y no llegaba a hacer una elección radical por el SEÑOR. Y así, caminaba tembloroso hacia su propia ruina.

Servir a dos señores

Cristo lo tiene muy difícil en la vida de algunos cristianos, pues hay cosas que dominan sus vidas y que no pueden dejar ni siquiera por amor a Él, e intentan servir a dos señores.

Pero eso ocurre siempre por el desconocimiento de que Cristo ha de ser el Rey de sus vidas. Quien no llega a hacer

una elección real por Cristo, finalmente está contra Él.

Así le ocurría también a Sedequías, pues sabía muy bien dónde debía buscarlo; por eso mandó llamar a Jeremías; pero lo hizo en secreto (37:17), porque tenía miedo de sus ministros y consejeros, ya que se sentía dependiente de ellos.De ahí su misterio. Los dirigentes no debían saber lo que Sedequías estaba haciendo, pues no podía contra ellos; y además estaba inseguro.

Jeremías, que tenía paz con Dios (Salmo 4) a pesar de las miserables circunstancias en que se encontraba, se hallaba mejor que el rey Sedequías que gozaba de buen aspecto e iba tan bien vestido.

El rey buscaba apoyo en el encarcelado, y le preguntó: '¿Hay palabra de Jehová?' Y Jeremías respondió: 'Hay.' Y dijo más: 'En mano del rey de Babilonia serás entregado.' Una respuesta así sólo se puede dar cuando uno vive en paz con Dios, y cuando esa paz da descanso interiormente.

No temas

Recordemos la situación de Jeremías: Estaba completamente bajo el poder de Sedequías; ya había pasado bastante tiempo en un calabozo mohoso; sus fuerzas corporales van menguando visiblemente; además ya no era un joven. Tenía más de 60 años. Él mismo sabía que iba hacia atrás; lo notaba.

En semejante situación, lo más humano es que alguien piense: '¡He de tener cuidado con mis palabras, pues, si le hago enfadarse, quizá me cueste la vida.'

Cristo dijo: 'No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden cortar vuestra comunión de vida con Dios' (Lc. 12:4-5). Para tener ese atrevimiento, esa comunión de vida con Dios debe ser una realidad vital. Si en la unión con Él hay un punto débil, ese atrevimiento no sirve; y entonces uno se deja dominar por la angustia y se buscan las posibilidades para conjurar el peligro.

Pero Jeremías no hizo eso. No intentó entretenerse con las dificultades; ni comenzó a comparar, o a debilitar o torcer un poco la Palabra del SEÑOR para protegerse a

sí mismo; sino que dijo sin rodeos: 'En manos del rey de Babilonia serás entregado.'

No era un mensaje para complacer al rey, sino que fue directamente al grano; era un mensaje duro, directo e ineludible. Jeremías no dijo ni una palabra sobre la posibilidad de librarse aún del juicio. Esa posibilidad ya no existía. El juicio llegaba. Eso era todo. Ya no podía evitarse o desviarse.

Demanda o ruego: 37:18-20

Aquello era lo único que Jeremías tenía que decir en nombre del SEÑOR. Pero Sedequías no se enfureció, ni dió orden de encarcelar de nuevo a Jeremías, o darle muerte. Quizá ese fue el punto flaco de Sedequías. No se mostró ni frío ni caliente; no se alteró ni se enfadó cuando le anunciaron la Palabra de Dios que le condenaba. Pero tampoco se sometió a ella, pues en el fondo, ni le importaba.

Jeremías aprovechó la ocasión que se le presentaba para hacer un ruego o demanda: '¿En qué pequé contra ti, y contra tus siervos, y contra este pueblo, para que me pusieseis en la cárcel?' -preguntó.

Jeremías cargó la responsabilidad de su prisión totalmente en el rey: 'Tú me has puesto en prisión.' Aunque sabía que realmente lo habían hecho Jeraías y los dirigentes. Pero también sabía que habían informado de ello a Sedequías, quien, a fin de cuentas, era el responsable. Por eso dijo: 'Me habéis puesto en la cárcel.'

Pero, '¿por qué, realmente?', preguntó Jeremías. '¿Qué he hecho de malo? Yo no he hecho sino anunciar la Palabra de Dios, y no otra cosa. Por otra parte, la prueba de ello salta a la vista, porque ¿dónde están ahora los profetas que te profetizaban: El rey de Babilonia no se levantará contra ti y contra estas tierras? Esos profetas no aparecen por ninguna parte, ni dicen nada; todas sus preciosas y estupendas promesas han terminado en nada; parecen ser mentiras. Pero todo lo que yo he dicho, se ha producido y ha ocurrido. Una prueba más clara de que yo he hablado la Palabra de Dios, es imposible encontrarla.'

'Esto es todo lo que yo he hecho' -dice Jeremías. 'Esta es mi maldad: Yo he hablado la Palabra de Dios; y por ello he sido arrojado en ese húmedo calabozo; únicamente porque transmití la Palabra de Dios; y puesto que esa es mi única maldad, os ruego y demando que no permitáis que sea devuelto a ese calabozo, pues ello significaría mi muerte.'

Actitud cambiante: 37:21 - 38:13

Entonces Sedequías dió un paso en la buena dirección. No permaneció insensible a la Palabra de Dios, pues al quedarse a solas con Jeremías, se mostró accesible.

Sedequías no permitió que Jeremías fuera devuelto a los sótanos de la casa de Jonatán, sino que hizo que lo trasladaran a la prisión del palacio real. Además se preocupó de que Jeremías volviera a recibir comida regularmente. Un pan por día, lo cual, evidentemente, no era una ración excesiva, pero más de lo que recibía en el calabozo de Jonatán, y justo lo suficiente para permanecer con vida.

En la prisión de palacio, Jeremías tenía más libertad de movimiento. Allí tenía también una posibilidad de contacto con los habitantes de Jerusalén. Jeremías, pues, hizo uso de ella (38:1-3), y reanudó su predicación: 'Quien abandone la ciudad y se pase a los babilonios, se mantendrá con vida.'

Esto no gustó en modo alguno a los dirigentes. Cuatro de ellos, mencionados por su nombre, se presentaron con rostros indignados ante Sedequías, y dando un puñetazo sobre la mesa, dijeron: '¡Esto no puede seguir adelante! Ese hombre actúa desmoralizando al pueblo y a nuestros soldados; esto es funesto. Sólo hay una solución: Hay que condenarlo amuerte.'

Y entonces el rey, que ciertamente se mostró amable cuando se hallaba a solas con Jeremías, no se atrevió ni a levantar un dedo ante los dirigentes, y les dijo: 'He aquí que él está en vuestras manos; pues el rey nada puede hacer contra vosotros.'

Esto suena muy áspero, y también deja ver que Sedequías no estaba dispuesto a que la Palabra de Dios y el SEÑOR mismo fueran los soberanos en su vida. Es decir, no tenía en cuenta a Dios, sino a los hombres; y no podía ser

de otra manera, pues cuando Dios y su Palabra no son nuestra norma, lo será la gente. Gente con nombres famosos, con influencia, que pueden apoyar o destrozar, y que por ello pueden conducir una vida.

Los dirigentes se vieron con las manos libres y arrojaron a Jeremías en la cisterna del patio de la cárcel. Allí se fue hundiendo poco a poco en el barro y se vio cercano a la muerte por asfixia. Pero un etíope, Ebed-melec, salió en defensa de Jeremías. Obsérvese: Aquel hombre no era un israelita, lo cual resultaba vergonzoso. Se apresuró a ir a ver al rey, que en aquel momento se hallaba en la puerta de Benjamín inspeccionando las defensas de la ciudad, y le explicó lo que había ocurrido. Y sin rodeos le dijo: 'Lo que los dirigentes han hecho con Jeremías es un acto criminal.'

Entonces Sedequías volvió a cambiar de actitud; ordenó a Emed-melec que con ayuda de otros tres sacaran a Jeremías del pozo. La orden se cumplió inmediatamente, y con gran cuidado ayudó a Jeremías.

Aquí podemos traer a colación a aquel hombre que el apóstol Santiago menciona en su carta (cf. Stg.1:6-8): Es el hombre que duda cuando ora. La duda es un fallo de confianza. Tal persona es como una ola del mar. Es llevada de acá para allá. Es inconstante en todos sus caminos, y no debe pensar que recibirá algo del SEÑOR.

Así era Sedequías: Inconstante, zigzagueante, porque no dio al SEÑOR el lugar decisivo y determinante en su vida, ni se dejó guiar en todo por Él, ni se atrevió a confiar en Él. Por tanto, tampoco recibió nada del SEÑOR; y como zigzagueando se precipitó en su ruina.

Las personas que no quieren echar totalmente de su vida a Cristo, pero tampoco se deciden por Él con todo su corazón, no navegan por una ruta segura y firme. Zigzaguean por la vida y no encuentran el puerto; y no deben pensar que recibirán algo del SEÑOR.

Ebed-melec: 38:7-13 y 39:15-18

Pero Ebed-melec sí que recibió algo. No era israelita. No pertenecía a la iglesia. Era un eunuco, posiblemente

un castrado. La palabra que se traduce por «eunuco de la casa real» (38:7), viene a decir que, aunque hubiera sido un israelita, no habría tenido entrada en las reuniones de la congregación (cf. Dt. 23:1). Pero Ebed-melec sí creía; y en toda su actuación dio muestras de confiar en el SEÑOR (39:18); y esto es creer.

Ahí están: Creyentes fuera de la iglesia que no aparecen en ninguna organización eclesial. Pero la organización de Dios muy bien puede ser diferente a la nuestra. Ebed-melec, el etíope que no pertenecía al pacto de Dios, creía a Dios y confiaba en Jehová; y esto le fue contado por justicia.

Esto es vergonzoso para los miembros de iglesia; y uno oye al Señor Jesús decir: 'Os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos; mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas' (Mt. 8:11-12). Vergonzoso también hoy en día, cuando vemos que personas que no son de la iglesia frecuentemente se conmueven y compadecen más de los humillados y pisoteados en el mundo, que muchos de los miembros de la iglesia. De todos los circuncidados cortesanos y dirigentes no hubo nadie que se atreviese a salir en favor de Jeremías y con ello diera muestras de confiar, de creer, en el SEÑOR. Pero aquel incircunciso y quizá también castrado etíope, sí lo hizo. Por lo cual recibió algo del SEÑOR: 'En aquel día yo te libraré... y no caerás a espada, sino que tu vida te será por botín' (39:17-18).

Este es el don de Dios a todos los que confían en Cristo, estén o no inscritos como miembros en una organización eclesial, pues quien invoca el Nombre del SEÑOR, o sea, quien confía en Él, será salvo y tendrá por recompensa la vida eterna.

JEREMÍAS 32

Necesidad progresiva

Jerusalén estaba a punto de ser tomada por los babilonios. La situación en la ciudad era extremadamente crítica. El hambre comenzaba a castigarla severamente.

Fuera de los muros de Jerusalén los babilonios seguían apretando el cerco lentamente. No tenían prisa pero trabajaban con mucha eficiencia. El anillo de las torres de asedio que habían construido se cerraba cada vez más en torno a la ciudad. Aquellas torres se habían acercado tanto al muro de la ciudad, que casi estaban tocándolo. Un poco más y desde aquellas torres se podría atacar el muro de la ciudad, abriendo un agujero en él, o simplemente desbordando el muro para tomar la ciudad. Los defensores no veían posibilidad alguna de impedir la construcción de las torres de asedio. Despacio, pero sin pausa, se acercaba inevitablemente el día en que los soldados de Nabucodonosor invadirían la ciudad.

En la región de Judá y Benjamín ya eran dueños y señores. Y ya se sabe cómo queda un país donde entran legiones de soldados enemigos: devastado y saqueado; las casas incendiadas; las gentes víctimas de la guerra; el ganado robado y transportado; los alimentos confiscados; los campos destrozados... Es un país triste y desolado. Sus habitantes se alejan arrastrándose por el suelo confusos y angustiados. Cesan todas las actividades, y nadie se atreve a hacer planes para el futuro o a invertir.

Tierras en venta

Jeremías se encontraba aún en la prisión del palacio,

donde había llegado gracias a Sedequías. Aunque para Jeremías aquello significaba, indiscutiblemente, una mejora con respecto a los sótanos de Jonatán, la acción de Sedequías no significaba en realidad una elección en favor del SEÑOR. Y quien no escoge por Él, escoge contra Él (v. 3). Así que, en el caso de Sedequías, se puede hablar de una oposición contra el SEÑOR.

Por consiguiente, la posición de Jeremías seguía siendo, a pesar de la mejora, muy incierta. Los dirigentes ya le habían arrojado una vez a un pozo. ¡Quién sabe lo que aún estarían tramando, y lo que aún pendía sobre su cabeza! Muchas cosas buenas no podía esperar de ellos. Además también sufría las consecuencias de la escasez de alimentos. Un pan diario no es realmente un derroche. Entre unas cosas y otras, su situación era penosa (cf. Jer. capítulos 37 y 38).

Y entonces llegó a él la palabra del SEÑOR: 'Hanameel hijo de Salum tu tío viene a ti, diciendo: Cómprame mi heredad que está en Anatot; porque tú tienes derecho a ella para comprarla' (32:6-7).

En este texto recibimos la impresión de que Jeremías no reconoció inmediatamente la palabra del SEÑOR. Quizá lo había soñado. Al fin y al cabo, meses atrás ya había querido ir a Anatot por una cuestión de herencia. Aquello no resultó entonces, y fue apresado. Pero tanto si se trataba de un sueño como si no, él no estaba seguro de que fuera una palabra de Dios.

Y entonces, repentinamente, su sobrino Hanameel se presenta ante él y le pide que compre su tierra. 'Entonces' -dice Jeremías- 'supe que era Palabra del SEÑOR' (v. 8).

Escritura de compra

Hanameel debía encontrarse en gran necesidad para hacer aquel viaje a Jerusalén. Debía alcanzar la ciudad cruzando las líneas enemigas. Era una travesía arriesgada y peligrosa. Si era capturado las perspectivas no le serían muy favorables. Los babilonios no eran precisamente suaves.

Salum, su padre, probablemente había dejado muchas deudas a su muerte. En cuanto Hanameel heredó la tie-

rra, tuvo a la puerta a los acreedores. No podía pagar la deuda, y debía vender su herencia. Para ello siempre se buscaba a un pariente próximo, en conformidad con las leyes de Dios. La herencia debía permanecer en posesión de la familia (Nm. 36:7; 27:8-11). Por eso Hanameel afrontó el peligro, y arriesgó su vida para ofrecer la venta de su tierra a Jeremías; pues éste era el rescatador o redentor, la persona indicada para comprar la tierra (cf. Lv. 25).

Jeremías estaba dispuesto a ello. Se buscaron y convocaron testigos al efecto, y se redactó una escritura de compraventa por duplicado. Uno de los ejemplares era sellado, el otro no. Es ciertamente interesante saber por qué se hacía así. Con textos que se escribían con tinta sobre papiro, era bastante fácil hacer modificaciones, hasta llegar a falsearlos. Cuando una de ambas partes acusaba a la otra de haber modificado el texto, el ejemplar sellado se sacaba a la luz y se abría y leía en presencia de testigos. Aquel texto no podía estar modificado. Y así, después que de esta manera quedaba confirmado lo que allí estaba escrito, aquel ejemplar era nuevamente sellado y guardado.

Jeremías siguió el procedimiento muy minuciosamente. Pesó la cantidad de dinero debida (17 siclos de plata, -más o menos 200 gr.), y después encargó a Baruc que introdujera en una vasija de barro ambos ejemplares de la escritura de compraventa (tanto la abierta como la sellada), de manera que pudieran conservarse por largo tiempo. Una vasija de arcilla era la caja fuerte, la cámara acorazada, en aquella época (v. 15).

¿Necio?

¿No es esto un relato curioso? En aquellos tiempos ya no había nadie en Jerusalén que comprara tierras, viñas o casas. El futuro era demasiado incierto. ¿Quién invertiría ahora dinero en una casa, si hay una gran posibilidad de que tras una o varias semanas sea destruida? ¿Quién compra ahora unas tierras si la devastación de la guerra puede estallar en cualquier momento y causar la muerte? Eso no lo hace nadie; no es inteligente.

Sin embargo Jeremías lo hizo. Pero lo que hace más

notable y curiosa su actuación es el hecho de que él mismo estaba aún en prisión. ¿Qué se hace en tal situación, es decir, con unas tierras, cuando uno es un presidiario? ¡Jeremías no podía ni llegar allí!

Aquella pregunta no sólo se la hacían los testigos, sino también Jeremías mismo. Cuando la transacción ya se había realizado, y todos se habían marchado dejando a Jeremíassolo en la prisión del palacio, él se dirige al SEÑOR y le hace la misma pregunta.

Es conveniente fijarse en la forma tan sencilla y normal en que acontece esto. Hay una actitud abierta entre Jeremías y el SEÑOR. Para Jeremías es de lo más normal del mundo acercarse al SEÑOR y no intentar solucionar su problema por sí mismo.

También es bueno hacer notar que en la oración de Jeremías no sale a colación sólo su problema personal; no es un hombre lleno de sí mismo y de su propio problema con exclusión de los demás. También da al SEÑOR el honor que le pertenece; y de ello podemos aprender mucho, aun ahora.

La misericordia del SEÑOR

Mediante las palabras de Jeremías, Dios llega hasta nosotros como un Dios valiente, un Dios que nos llena de honores y nos impresiona, de modo que quedamos totalmente sorprendidos cuando nos damos cuenta de que ese Dios quiere ser nuestro Dios, y que sencilla y confiadamente podemos acercarnos a Él.

'¡Oh, SEÑOR!', -dice Jeremías- 'tú has hecho el cielo y la tierra por tu gran poder y brazo extendido. ¡Qué Dios más grande eres! ¡Para ti nada hay demasiado portentoso!'

Esto también se manifiesta por lo que hace aún ahora: ¡Muestra su misericordia a millares! (v. 18).En la Biblia esto designa la inclinación benévola, la actuación benigna de uno de los miembros del pacto con respecto al otro. La misericordia está basada siempre en una relación de pacto; y esa relación está como fundamento de la misma (cf. Ex. 15:13; Nm. 14:19; Dt. 7:9; Neh. 1:5).

Así estableció el SEÑOR su pacto con Israel. En base

a ese pacto, Él es misericordioso con quienes le aman. Él les tiene afecto y les demuestra su benevolencia. Pero cuando los otros intervinientes en el pacto no se atienen al mismo, y no responden a la esperanza que el SEÑOR, en base al pacto, puede tener de ellos, los castiga (v. 18). Es decir, entonces retira su misericordia. Y si los padres no se arrepienten, arrastran con ellos a sus hijos a la perdición. Esto puede seguir operando durante generaciones porque los padres tomaron el camino equivocado.

Efectivamente, el SEÑOR es el Dios grande y fuerte con quien nadie puede competir. Es el SEÑOR de los ejércitos, grande en sabiduría y poderoso en hechos. Sus ojos están abiertos a todos los actos de los hijos de los hombres para dar a cada uno según sus caminos (v. 19. Cf. 2 R. 16:9. Pr. 5:21; 15:3).

Esto no es en absoluto una árida teoría sobre Dios, sino que Él se ha manifestado así, por ejemplo, en la liberación de Israel de Egipto, y cuando entregó el país de Canaán a su pueblo. Así se demuestra también en su juicio sobre Judá y Jerusalén, cuando los babilonios llevaron sus torres de asedio hasta la ciudad, y ya era evidente que Jerusalén había sido entregada al poder de Babilonia (vs. 20 y 24).

Para Jeremías estaba más claro que el cristal: Lo que iba a ocurrir con Jerusalén era inevitable. Puesto que el pueblo ya no cumplía el pacto de Dios, el SEÑOR ya no tendría misericordia de ellos. Puesto que la injusticia del pueblo ya no se podía detener, tampoco era posible detener el juicio del SEÑOR; así es Jehová (vs. 21-24). Por eso Jeremías no comprendía por qué debía comprar aquella tierra; lo cual no concordaba con la tradición (v. 25).

La última palabra de Dios: Jer. 32:26-35

En respuesta a la oración de Jeremías, el SEÑOR le da una explicación de su encargo profético; y en esa explicación resaltan radiantes su gracia, su amor y sus promesas.

¿Había algo demasiado dificil para el SEÑOR? ¿La infidelidad de su pueblo anularía su propia fidelidad? ¿El

pecado de su pueblo sería más fuerte que su gracia? - Sencillamente, ¡no! (vs. 26-27).

Esto no quiere decir que su juicio no siguiera adelante. Los versículos 28 al 35 no dejan lugar a dudas al respecto. Por tres veces se dice que Israel ha ofendido al SEÑOR. Israel le ha dejado hablar sin tomar en consideración sus palabras. Por lo cual, 'Yo debo apartar de mi vista a Jerusalén', dice el SEÑOR. 'Y no puede ser de otra manera', añade (vs. 34-35; cf. 2 Cr. 33:5-6).

Pero ese juicio no es el final, ni es la última palabra de Dios. A través del juicio, el SEÑOR señala sus promesas de bendición y salvación, y de un futuro con Él, creado por Él mismo.

Esto no significa que el juicio sea menos grave, pues a veces se comete la equivocación de que por ello el juicio se toma con menos seriedad, y se dice: 'Vaya, ¡eso aun se puede soportar!' Pero no es verdad, pues la destrucción de Jerusalén y la espada, el hambre y la peste no sentaron bien en absoluto. Como tampoco hoy en día se puede considerar el juicio de Dios como algo insignificante.

Pero, en medio del juicio aplastante, Dios abre, a pesar de todo, una perspectiva de futuro, y deja ver que su juicio no provoca un final definitivo a su promesa de salvación.

Un solo corazón y un solo camino: Jer. 32:36-44

Cuando todo el pueblo vivía en la ilusión de la paz, y pensaba que nada podía sobrevenirles, Jeremías tuvo que decir: 'No os equivoquéis. El futuro no es color de rosa. El juicio del SEÑOR viene.'

Y cuando el juicio llega y está a punto de consumarse, y el futuro de cada cual es un gran agujero negro, Jeremías puede decir: 'Dios abre perspectiva al futuro. Nuevamente se podrán comprar tierras, pues el SEÑOR dará un giro en vuestro destino.'

Este cambio completo es obra del SEÑOR. Esto hay que acentuarlo plenamente. 'Yo' -dice el SEÑOR- 'los juntaré de todas partes' (v. 37). 'Yo les daré un solo corazón y un solo camino' (v. 39). 'Yo estableceré con ellos un pacto

perpetuo; y pondré mi temor en su corazón' (v. 40). 'Yo les haré bien, y los plantaré para siempre en este país' (v. 41).

El futuro de Israel es obra del SEÑOR. La salvación que viene de Dios jamás puede ser realizada por el hombre; ni podemos nunca por nosotros mismos hacer realidad esa salvación. Sí, a veces estamos en condiciones de realizar mejoras en las circunstancias sociales. Pero el núcleo de la salvación de Dios es algo que no podemos llevar a cabo por nosotros mismos. Repito: El mensaje que leemos en 32:37-41, es el núcleo de la salvación de Dios; y eso es obra suya.

Actualmente -y con razón- se recalca muchísimo la responsabilidad del hombre, pues también es responsable en un 100%. Pero esto no puede hacernos perder de vista que la salvación también es obra de Dios en un 100%: 'YO pondré mi temor en el corazón de ellos' (v. 40). El hecho de que nuestro corazón sea renovado, hemos de agradecérselo al SEÑOR.

...ación de Israel es obra del SEÑOR.
... viene de Dios pues nada ... realizada
... ni podemos nunca por nosotros mismos
... esa salvación. Si a veces estamos en
... alzar méritos en la circunstancia de la salvación
de la salvación de Dios es algo que no n...
enta por nosotros mismos. Bengel ...
nos en 12:17-21, es el cantico de la salv...
eso es otra cosa.
Actualmente ... con ... de ...
responsabilidad del hombre, pues ...
ble ... en ... pero esto no puede ...
todo que la ... Israel ... la obra ...
YO ... no ... en ...
... de que ... nuestro ... con ...
... el SEÑOR.

JEREMÍAS 33

¿Ley natural?: vs. 20-21 y 25-26

Cada mañana vuelve a salir el sol. Tampoco esperamos otra cosa. Pertenece a nuestro modelo de previsión que cada mañana salga el sol. En eso se ha cimentado toda nuestra vida. Por la mañana se hace de día, y por la noche se hace nuevamente oscuro. Así ha sido ya durante toda la historia. Aún no ha ocurrido jamás, que el sol no saliera por la mañana.

Esto es tan incontestable que apenas pensamos en ello, o nos quedamos en silencio. Es para nosotros sencillamente una manera de ser, una ley natural.

Por lo demás, acerca de esta ley natural podemos contar muchas cosas. Podemos exponer exactamente cómo ocurre que se haga la luz, y luego las tinieblas. Podemos explicar todo eso. Sabemos cómo ocurre.

Esta es, hablando con propiedad y para la mayoría de las gentes, la única manera en que pueden hablar y pensar al respecto. Es una ley natural, y con ello está dicho todo. Esto también les parece válido a muchos cristianos. El que cada día nuevamente se haga la luz, lo ven como una manera de ser, como una ley natural.

Pero de esa forma se coloca a Dios fuera de juego, y se le deja fuera de consideración. Pues, entonces, propiamente se parte del siguiente pensamiento: 'Todo aquello para lo que tenemos una explicación, y lo que examinamos científicamente, nada tiene que ver con Dios.'

¡Es una verdadera lástima! Pues así Dios desaparece de la totalidad de la vida, y es retrotraído al terreno de la llamada vida espiritual; y de esa forma queda reducido a un Dios para el alma, y nada más.

La teología moderna fomenta esta manera de pensar. Antaño, -así se supone- las personas veían a Dios y su obra en todo aquello para lo cual no tenían ninguna explicación (por ejemplo, en asuntos como una tormenta, etc.). Pero actualmente estamos mejor informados. Ahora sabemos que aquel pensamiento era una salida de emergencia. Hoy en día podemos explicar científicamente los fenómenos naturales, y ya no necesitamos a Dios como explicación de los mismos.

De esta forma Dios queda cada vez más amputado y expulsado de la vida. Su terreno de actuación se reduce cada vez más. Por ello, cuando hablamos de leyes naturales quizá no sea tan inofensivo como pensamos, pues involuntariamente da la impresión de que en las leyes naturales tenemos que tratar con cosas que existen por sí mismas, y que automáticamente operan libres de Dios.

Ese pensamiento es enteramente antibíblico, pues Dios no está desligado de los fenómenos de la naturaleza. Por tanto, no debemos pensar que con nuestras explicaciones científico-naturales de estos fenómenos hemos dicho todo lo que se debe decir al respecto. Porque así echaríamos a Dios fuera de la vida.

El pacto respecto al día y la noche

Jeremías, capítulo 33, puede ayudarnos a seguir viendo al SEÑOR en los fenómenos de la naturaleza. Aquí leemos que el cambio del día a la noche no es meramente un fenómeno de la naturaleza en el que Dios está fuera, sino que es su pacto respecto al día y la noche (v. 20).

Además de esto debemos pensar en el pacto que el SEÑOR estableció con Noé tras el diluvio. Entonces Dios se propuso lo siguiente: 'De aquí en adelante, mientras exista la tierra, permanecerán el día y la noche' (cf. Gn. 8:22). Y sobre esto descansa el pacto que Dios hizo con Noé.

Cuando por la noche oscurece y por la mañana se hace de día, Dios cumple su pacto y es fiel a su promesa. No estaría mal que lo tuviéramos más en cuenta. Bien hacemos cuando al levantarnos por la mañana, al ver que el tiempo es espléndido, decimos para nosotros mismos:

'También hoy el SEÑOR es nuevamente fiel a su pacto respecto al día y la noche.' Es bueno que alguna vez reflexionemos expresamente al respecto, porque nuestras explicaciones científico-naturales de la sucesión del día y la noche dejan ver solamente un poco de la realidad. Estas explicaciones no son ni mucho menos completas, y dejan lo principal fuera de consideración.

Lo más importante que se puede decir, cuando por la noche oscurece, es esto: '¡El SEÑOR es fiel! Y esa fidelidad a su pacto, respecto al día y la noche, es tan inmutable e intocable, que ningún hombre puede cambiar nada del mismo. Nunca ha podido nadie retener por la mañana la luz del día, o por la noche evitar la caída de las tinieblas. Ni siquiera con todo nuestro conocimiento científico-natural estamos en situación de lograrlo. Nadie puede romper o anular la fidelidad de Dios a su pacto.'

'Y tan firme e inquebrantable como mi pacto con Noé, es ahora también mi pacto con David (2 S. 7) y con los sacerdotes levitas (Lv. 16; Ex. 28:1; 1 S. 2:27-28). Tal como mantengo en pie mi pacto, respecto al día y la noche, así también cumpliré mi pacto con David y los Levitas (vs. 22-24).'

'Y de la misma manera que a diario podrás ver que Yo soy fiel a mi pacto respecto al día y la noche,así también podrás estar seguro de mi fidelidad al pacto (Dt. capítulos 7 al 11) con toda la descendencia de Jacob, con las dos generaciones (Judá e Israel) que Yo no permitiré que perezcan en el destierro, sino que haré que regresen (vs. 24-26).'

Irrevocable

Debemos darnos cuenta de que el SEÑOR pronuncia estas palabras en una situación en que precisamente parecía indicar lo contrario, y en que el pacto con David, en cierta manera, estaba roto.

Entretanto Jeremías aún se hallaba encarcelado en la prisión de palacio. La conquista de Jerusalén por los babilonios era únicamente una cuestión de tiempo. La caída de la ciudad, del templo y de la casa real era inminente.

El SEÑOR también lo había anunciado: 'Sedequías irá deportado a Babilonia, y morirá allí.' Todo lo que el SEÑOR había edificado antes (la casa de David, el culto sacerdotal en el templo, su pueblo en el país prometido), ahora se ocupa en destruirlo (cf. 45:4). Y en esta situación, dice: 'Mi pacto con los sacerdotes levíticos y con David es indisoluble e irrevocable: 'No faltará a David varón que se siente sobre la casa de Israel. Ni a los sacerdotes y levitas faltará varón que delante de mí ofrezca holocausto y encienda ofrenda, y que haga sacrificio todos los días' (vs. 17-18).

Estas palabras no se pronuncian con la intención de debilitar el juicio. El juicio de Dios es una realidad. Es tan real que, en los vs. 4 y 5, se describe como ya plenamente cumplido. Las casas de Jerusalén y el palacio real aún están en pie cuando Jeremías recibe estas palabras del SEÑOR en la prisión de palacio (v. 1). Pero el SEÑOR sencillamente considera que ya han sido destruidos (v. 4). El juicio es tan inevitable, que el SEÑOR considera que los cuerpos de los habitantes de Jerusalén ya yacen amontonados en las casas (v. 5). El SEÑOR, pues, no rebaja nada la gravedad y la realidad de su juicio; pero también dice: 'El juicio no corta para siempre mi plan de salvación. No dejo a un lado mi plan de salvación, ni mi pacto ni mis promesas, porque son tan indestructibles como mi pacto respecto al día y la noche. La infidelidad del pueblo, por la cual Yo debo hacer descargar mi juicio (cf. 32:31-32), no anula mi fidelidad a mi pacto (cf. Ro. 3:3; 11:27-29).'

Futuro: Jer. 33:6-8

Israel aún tiene futuro; un futuro que no merece y nunca merecerá; un futuro que sólo es posible porque Dios es un Dios perdonador. Un futuro que sólo puede realizarse porque Dios, muy concretamente en un momento determinado, va a perdonar todas las injusticias del pueblo, los va a purificar y va a limpiar toda la suciedad de sus pecados, infidelidad y apostasía (v. 8). Ese futuro sólo es posible porque Dios mismo va a curar las heridas que Él

ha hecho (v. 6), intervendrá en el destino de Israel y los restablecerá como al principio (v. 7).

Esta es la única base para el futuro de Israel, y para el nuestro; porque también el nuestro descansa no en lo que nosotros hacemos, ni en nuestros esfuerzos, ni siquiera en nuestra conversión y en nuestra fe, sino que descansa únicamente en el hecho de que el SEÑOR es fiel a su pacto y promesas, y por eso mismo es un Dios perdonador.

Si la llegada del nuevo cielo y de la nueva tierra fuera dependiente de la fe del pueblo de Dios, nunca llegarían; constantemente se pone en evidencia que el pueblo de Dios se aferra a este mundo, olvidándose de su destierro y no interesándose más de Dios en el futuro. Felizmente la fidelidad de Dios a su pacto no se mantiene o cae con nuestra fidelidad o infidelidad.

Esto no significa que nuestra fidelidad o infidelidad -también podemos decir: nuestra fe o incredulidad- no tengan consecuencias, pues es claro que la tienen.

Este punto es suficientemente importante como para insistir en él. Porque debemos distinguir profundamente entre el hecho de que Dios conduce su plan de salvación y no se deja apear de él,ni siquiera por la incredulidad de su pueblo, y el hecho de que el hombre puede realmente bloquear su participación personal en la salvación de Dios, impedirla e incluso malgastarla. El hombre, mediante su oposición a Dios, no puede detener o hacer imposible la llegada de un nuevo cielo y una nueva tierra.

¡Felizmente, no! Pero mediante su oposición e incredulidad, sí puede excluirse a sí mismo. Que esa nueva tierra venga, no depende de mi fe. Pero que yo esté allí, sí depende de mi fe.

No entrar por causa de incredulidad

Así están las cosas también respecto a las promesas de Dios en Jer. 33:3, 6 y ss. y 14 y ss. La infidelidad de Israel no corta el camino al futuro de Dios, pues ese futuro no es posible detenerlo. Jerusalén será reconstruida nuevamente; el pueblo retornará de nuevo del destierro; las heridas sufridas serán curadas; se celebrarán fiestan de

nuevo; la voz del esposo y de la esposa se oirán nuevamente; las ovejas tendrán nuevos terrenos de pasto; y cada año el levita, en pro del culto del templo, se dará una vuelta y hará pasar el ganado por debajo de la vara de contar (Lv. 27:32). El perdón y la paz serán regalados totalmente (v. 6 y ss). Todo esto ocurrirá, pues forma parte del plan de liberación de Dios, de su plan de salvación que desemboca en la llegada del Retoño de justicia (Jer. 23:5-6), el gran Hijo de David, el Mesías (v. 14 y ss). Ese Hijo de David será rey (v. 17) y sacerdote (v. 18; y cf. Hebreos capítulos 4, 5, 7 y 8).

Y todo esto ha de ocurrir; es irreprimible; incluso cuando en el pueblo mismo no se hablara de fe y conversión. Pero si alguien había de participar del perdón de la culpa y pecados personales, ello dependería de que se viviera personalmente, sí o no, por la fe. Esa relación está indicada en el v. 3: 'Clama a mí, y Yo te responderé.'

Así es posible participar en la salvación de Dios, que Él da en el marco de la realización de su plan de salvación y, sin embargo, no tomar parte en aquello en que la salvación, a fin de cuentas, desemboca. Así es como todos los israelitas salieron de Egipto con Moisés, marcharon a través del Mar Rojo y fueron detrás de la nube. Todos ellos comieron el mismo alimento espiritual y todos bebieron agua de la roca espiritual, Cristo.Dicho de otra manera: Todos ellos participaron en la liberación de Dios y en la salvación que otorgó a su pueblo. Sin embargo, Dios no se complació en la mayoría de ellos, los cuales murieron y no entraron en la tierra prometida (1 Co. 10:1-11). ¿Y por qué no alcanzaron la tierra prometida? No pudieron entrar a causa de su incredulidad (He. 3:19).

Lluvias torrenciales

A propósito de éstas, Martín Lutero en una ocasión hizo uso de una imagen hermosa. En su tiempo, y en cuanto al agua potable, las gentes dependían fuertemente del régimen de lluvias.Si se aproximaba una gran lluvia torrencial, debían procurar que sus cisternas y aljibes estuvieran fuera; pues de otro modo, cuando la lluvia hubiera pasado, seguirán sin agua.

Así es también con la salvación de Dios: Cuando Dios haga llover, hay que procurar que las cisternas estén fuera. De lo contrario, después todo se queda vacío y sin agua.

El SEÑOR volvería nuevamente con sus aguas torrenciales de salvación junto a Israel, y el pueblo se aprovecharía de ello. El jardín de cada uno volvería a estar verde y fresco. Pero si alguien se olvidaba de colocar fuera su cisterna o aljibe y no recibía esa salvación por fe, no alcanzaría al fin ningún resultado de ello; y se quedaría vacío.

Todo esto se ha ido haciendo evidente. Las lluvias torrenciales de la salvación de Dios han llegado a Israel. La ciudad y el templo se construyeron nuevamente. El Mesías ha venido. Todo esto fueron pruebas que permitieron ver que Dios seguía operando en su plan de salvación. Dicho plan era imposible rechazarlo; e Israel participó en aquel plan. Las heridas fueron curadas. Cristo recorrió el país judío bendiciéndolo y perdonando pecados. Las esclusas de la paz de Dios se abrieron. Pero, ello no obstante, la mayoría de las gentes no colocaron fuera sus cisternas y aljibes. Y aunque realmente sintieron caer sobre ellos las lluvias refrescantes, sus toneles y cisternas quedaron vacías, por cuanto no conocieron el tiempo en que Dios se interesó por ellos (cf. Lc. 19:44).

Plusvalía

Las lluvias torrenciales de la salvación de Dios siempre han estado ahí a lo largo de la historia, porque Dios desea una nueva tierra donde la vida estará completamente sanada de todos los pecados y heridas, y no lo puede impedir ni la incredulidad del pueblo de Dios, ni el rechazo al Mesías. Aunque Israel lo haya hecho así, Dios no deja caer sus promesas de salvación en pro de Israel; ya que permanece fiel a su pacto respecto a Judá y Jerusalén; y llegará el tiempo, dice el apóstol Pablo en Romanos 11, en que esas promesas se cumplirán plenamente.

Esto aún no ha ocurrido. Israel sí que volvió de Babilonia. El Mesías también ha llegado. Pero en las promesas de Dios aún hay elementos que deben cumplirse: 'Yo les daré un solo corazón y un solo camino, de modo que me temerán por siempre (32:39). Yo pondré mi temor en su

corazón, de manera que no se apartarán de mí (32:40). Yo les plantaré para siempre en este país (32:41)', dice el SEÑOR.

Después del retorno de Babilonia, ¿temió Israel al SEÑOR todos los días? No. Y después de aquello, ¿no se volvieron a apartar más de Él? Sin duda alguna. En las promesas respecto al restablecimiento de Israel hay un poco de plusvalía que desciende sobre aquello que ya está cumplido en el retorno desde Babilonia, y en la primera venida del Mesías (Jer. 31:33; He. 8:6-13). Hay cosas que aún esperan su cumplimiento. Las lluvias torrenciales de la salvación de Dios para Israel aún no han pasado totalmente (Ro. 11:25-29).

Hoy en día ya vemos una nubecilla como la mano de un hombre. Es el retorno a Canaán desde todas las partes del mundo, lo cual pertenece a las promesas de salvación de Dios, cuyo cumplimiento no está basado en una conversión previa del pueblo. Esa conversión aún no ha ocurrido efectivamente, pero ha de llegar. Un solo corazón y un solo camino; un tiempo en el que se dobleguen y vencidos se entreguen al Renuevo de la justicia, Cristo; y en el que Jerusalén se llamará: Jehová justicia nuestra (33:16). Estas palabras son la traducción del nombre del rey Sedequías, quien no hizo verdad ese nombre en su vida. Pero llegará el día en que no sólo el Rey-Mesías (23:6), sino todo el pueblo, llevará con razón ese nombre.

Hablar proféticamente

En el lenguaje de la profecía se hallan interdependientes todas esas facetas diferentes del cumplimiento; y todas esas aguas torrenciales, a veces lejanas y distanciadas, se aglomeran en una enorme lluvia torrencial. El retorno de Babilonia, la venida del Mesías, la restauración del culto sacerdotal, el recibir un solo corazón y un solo camino, -todo eso- se describe en el lenguaje profético como algo que ocurre simultáneamente. Pero, en realidad, entre los diferentes elementos hay un gran espacio de tiempo. Así, la reinstauración del culto sacerdotal tuvo lugar inmedia-

tamente después del regreso de Babilonia, pero la llegada del Mesías ocurrió unos cinco siglos más tarde.

Además, las promesas de Dios siempre están inscritas en el mundo de las ideas del tiempo en que fueron pronunciadas. En la época de Jeremías era impensable que el culto de los sacerdotes levíticos jamás fuera superado y derogado. De ahí que diga que los sacerdotes levíticos siempre permanecerán sacrificando.

Ambas cosas debemos tenerlas siempre presentes al leer las profecías. En primer lugar, su íntima ligazón con el mundo de las ideas de su época de nacimiento. Y en segundo lugar, la frecuente falta de una perspectiva cronológica por la que toda clase de elementos, que en el cumplimiento se hallan dispersos lejos del tiempo, y se deslizan entremezclados recíprocamente en la profecía misma.

Pero el cumplimiento llega sin que nada lo retenga, pues el SEÑOR es fiel a su pacto. Ese cumplimiento llega para Israel y también para nosotros, pues, a fin de cuentas, esas promesas de curación y restauración concluyen en la promesa de un nuevo cielo y una nueva tierra, donde seremos sanados de todos los pecados y heridas, y donde el trono de Dios y del Cordero estarán en medio de nosotros en la nueva Jerusalén, donde Dios morará con nosotros, y nosotros seremos su pueblo (cf. 32:38).

Ese futuro es imparable. Por lo cual, con vistas al mismo podemos cantar la canción del esposo y de la esposa: 'Alabad a Jehová de los ejércitos, porque Jehová es bueno, porque para siempre es su misericordia' (33:11).

Y el que también nosotros cantemos esta canción en la nueva Jerusalén, depende de que cada uno de nosotros personalmente hayamos puesto fuera nuestras cisternas y aljibes, ahora y cada día.

JEREMÍAS 38:14-28

Temeroso de hablar

Sedequías no se sentía a gusto. Se hallaba entre dos fuegos. Por una parte, no era indiferente a la Palabra de Dios. Por otra, estaba tan sometido a la influencia de sus ministros y consejeros que no se atrevía a contrariarlos, y así permaneció en su postura contra el SEÑOR.

Sin embargo, no se sentía tranquilo con esta actitud. De ahí que nuevamente hiciera ir a Jeremías junto a él para hacerle una pregunta que le permitiera oír toda la verdad.

Pero Jeremías no estaba dispuesto inmediatamente a dar una respuesta semejante; conocía a Sedequías, y sabía demasiado bien que no hacía tanto tiempo que le había entregado en manos de sus enemigos (38:5). Jeremías no se fiaba totalmente, y dice: 'Si no oculto nada, tú me harás matar sin duda alguna;y si te doy consejo, a pesar de todo, tú no escucharás.'

El que un profeta del SEÑOR tenga que sentir miedo a transmitir honradamente la Palabra de Dios sin ocultar nada, es un asunto terrible. Si en alguna parte se debe poder decir abierta y honradamente lo que sea, sin tener miedo a las consecuencias, es en la iglesia.

Pero al igual que en los días de Jeremías, a lo largo de toda la historia ha habido constantemente situaciones en que eso tampoco era posible en la iglesia, y en las que se cerraba la boca por temor a las consecuencias, o porque se estaba cansado, y se pensaba: 'No tiene sentido decir nada si no hay nadie que se preocupe de ello.'

Si se da ese caso, hay algo fundamentalmente mal y

es señal de que no hay ninguna receptibilidad, ni apertura alguna a la Palabra de Dios; y eso es lo más grave que puede ocurrir en la iglesia.

Miedo a escuchar

Jeremías tenía miedo a transmitir la Palabra de Dios. Podría serle peligroso hablar la Palabra de Dios. En cualquier caso, no sería más que echar perlas a los puercos.

Sin embargo, Sedequías le aseguró bajo juramento que no se derivarían consecuencias nocivas por su franqueza y honradez. A fin de cuentas, estaban solos y no había ni un solo testigo presente. 'Por mi parte, no debes tener miedo', -asegura Sedequías. '¡Tan verdad como que Jehová vive, y que nos ha dado la vida, que yo no te mataré!' Sedequías no era como el rey Joacim que hizo pedazos el rollo que contenía la Palabra de Dios arrojándolo al fuego (cf. Jer. 36).

Tenemos la impresión de que Sedequías, si hubiera estado solo o hubiera tenido consejeros buenos, sí se habría dejado conducir por Jeremías y por la Palabra de Dios. Pero sus consejeros eran claramente enemigos de Jeremías y de la Palabra de Dios. Sedequías no podía contra ellos; y por su parte, tenía miedo a ellos y a sus reacciones.

Bien querría escuchar la Palabra de Dios, pero no se atrevía a enfrentarse a determinadas personas, y por tanto se apartó del camino. Para ello tuvo que dejar a un lado la Palabra de Dios. De esa forma conservaba la paz con sus consejeros, pero provocaba la caída de la ciudad y del pueblo de Dios. Si por causa de la querida paz, Sedequías consentía en la oposición a la Palabra de Dios y no la ponía en práctica, no aportaría paz alguna al pueblo sino muerte.

'Sin embargo, tú no me escucharás', le dijo Jeremías. Sedequías no le dio respuesta alguna, pero afirmó que la vida de Jeremías estaba segura. Entonces Jeremías habló.

Demanda de entrega: Jer. 38:17-23

La Palabra de Dios que Jeremías tenía que transmitir era muy clara y concreta. Sedequías no tenía que preguntarse

en cada punto cuál podía ser la intención del mismo. Todo se hallaba en la línea de Jeremías hasta el presente.

Si Sedequías se entregaba a los babilonios y se sometía voluntariamente a su poder, permanecería vivo, así como su casa, y Jerusalén no sería incendiada. Escuchar la Palabra de Dios, bien podía conducir a un conflicto con los ministros y consejeros, pero ciertamente significaría vida y salvación para él y para el pueblo. Pero si Sedequías despreciaba la Palabra de Dios, Jerusalén se convertiría en una ruina ardiente y humeante, y tampoco él mismo saldría bien librado.

Entonces parece que Jeremías, a pesar de todo, no estimaba tan mal al rey, cuando dice: 'Sin embargo, tú no me escucharás.' Sedequías tenía dificultades concretas. No se atrevía a entregarse a la Palabra de Dios ni a fiarse de ella; estaba dominado por el miedo a lo que veía ante sus ojos, o al menos pensaba que veía.

Durante el asedio, diversos judíos se habían entregado a los babilonios; Sedequías estaba al tanto de ello, y suponía que no podía esperar ningún afecto de ellos.

En cualquier caso, le tenía miedo a aquel grupo de Judíos que estaba en el campamento de los babilonios. Temía que por medio de los babilonios fuera entregado en sus manos y que ellos dieran rienda suelta a su ira y frustraciones contra él, y le humillaran y maltratarán con toda clase de formas. Así estaban las cosas respecto a Sedequías. Temía lo que estaba a la vista, a la realidad con la que tenía que enfrentarse. Esa realidad consistía en la enemistad de los consejeros y de los judíos que había en el campamento babilónico. El servicio secreto de Sedequías le había proporcionado tantísimos datos, que no se fiaba lo más mínimo de aquellos; y pensaba: 'Estas son las circunstancias con las que me tengo que enfrentar, y de las que no me puedo librar. ¡Esto nadie lo puede negar!'

Por ello, Jeremías bien podía decir: 'Entrégate a los babilonios.' Pero el asunto no era tan simple. Para tomar una determinación debía contar con todos los factores. No debía dejar nada fuera de consideración, y enterrar la cabeza en la arena como hace el avestruz. 'No; lo que dice Jeremías no es real; no tiene en cuenta los datos reales', -pensaba Sedequías.

Esta actitud de Sedequías es típica de la incredulidad y la poca fe. La Palabra de Dios es suficientemente clara y concreta; y la promesa de vida también es suficientemente clara. Pero ha llegado el momento de confiar. Hay que partir de que la Palabra de Dios es digna de confianza. Si no se hace así, los peligros que vemos por delante en el camino siempre pesarán más que la Palabra de Dios y sus promesas.

Confiar

Esta es una regla fundamental. La Palabra de Dios y sus promesas exigen fe; y esto es lo que se le pedía a Sedequías: ¡Fe!

Como es natural, Sedequías no podía calcular que la Palabra de Dios fuera verdad, ni podía considerar que Jerusalén sería asolada, y que él mismo, junto con su familia, serían vejados y asesinados. Si se tratara de considerar los datos de los que disponía, estos parecían indicar que su vida no estaba segura si se entregaba. Lo que Jeremías decía parecía completamente en contradicción con los datos y las circunstancias reales.

Esto ocurre a veces con la Palabra de Dios y sus promesas. Con frecuencia parecen estar tan radicalmente en contradicción con la realidad en que vivimos y con la que tenemos que enfrentarnos, que la balanza se inclina, por anticipado, hacia los datos palpables, cuando no tenemos fe alguna. Sólo cuando confiamos sin reservas en Dios y en su Palabra, le vamos a escuchar y así vencer todas las objeciones.

Esta confianza nos falta con frecuencia. Recuerda las palabras de Cristo: «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia; no os afanéis por el día de mañana» (Mt. 6:33-34). ¿Actuamos de esta manera? ¿Acaso no decimos: 'Eso se dice muy fácil; pero no es así. Porque...'? Y entonces nos afanamos en aportar los datos palpables.

En semejantes reacciones nos falta la fe; y cuando falta la fe, los llamados 'hechos reales' que vemos en nuestro camino ganan a la Palabra de Dios.

Así le ocurrió también a Sedequías. Jeremías le avisó una vez más seriamente con una Palabra del SEÑOR: 'No

temas a los judíos del campamento babilonio; no te humillarán ni maltratarán. ¡Ciertamente, no! Escucha, sin embargo, la voz del SEÑOR. Entonces te irá bien. Mas si rechazas escuchar, después todas tus mujeres se lamentarán de ti cuando vean cuán miserable fuiste al respecto. Tus amigos y consejeros te han engañado y burlado. Ellos son culpables de que tú ahora permanezcas atascado y hundido en el fango. ¿Dónde están ahora? ¿No te pueden ayudar? ¡Están lejos!'

La incredulidad es un muro por el que la Palabra de Dios no tiene salida. Quien no se atreve a confiar en la Palabra de Dios, permanece prisionero de sus propios cálculos, pesimismos y miedos.

Miedo a las personas: Jer. 38:24-28

Sedequías no se atrevía a navegar al compás de Dios. Confiaba sólo en sus propias observaciones. Vemos que rompe la conversación sobre este tema de forma abrupta, y pasa a otro punto. Además, otra vez se veía empujado por el miedo a las personas. Temía que los príncipes y sus ministros vendrían después de lo que había hablado con Jeremías.

Aquello podía ser funesto para Jeremías, pero también para él mismo sería muy desagradable; y también debilitaría su posición ante los príncipes.

Por ello dijo: 'No cuentes a nadie esta conversación, ni de qué hemos hablado entre nosotros.'

Como es natural, los príncipes se enteraron a escondidas que Jeremías había estado con el rey. Era algo que no podía permanecer oculto, pues también ellos tenían su servicio secreto. Sedequías lo sabía muy bien. Sabía que luego irían a Jeremías, y le preguntarían: '¿Qué tenía que contar el rey?' O quizá: '¿Qué tenía el rey que contarte a ti?'

Esto último pone de manifiesto que Sedequías no sólo estaba preocupado por Jeremías, sino también por sí mismo; y entonces encarga a Jeremías que diga: 'Yo he rogado al rey que, por favor, no me llevéis de nuevo a la casa de Jonatán; porque eso significaría mi muerte.'

Y ocurrió lo que el rey esperaba. Jeremías fue interroga-

do bajo amenazas y dio la respuesta que el rey le había encargado, obteniendo el resultado deseado: Ellos no llegaron a saber nada, y además dejaron en paz a Jeremías.

Aquí no debemos rompernos la cabeza acerca de cómo y cuán gravemente mintió Jeremías en esta ocasión, y si Jeremías hizo bien en esto. Tampoco las Sagradas Escrituras hacen estas preguntas; y según las normas bíblicas, Jeremías aquí no hace algo que el SEÑOR condena (cf. Los Salmos II, p.p. 502/3, 'qué es verdad', F. van Deursen, 1997). Si esto estuviera mal, el SEÑOR también se habría hecho a sí mismo culpable de algo semejante. En 1 S. 16, Samuel recibe el encargo de ungir a David por rey. Pero Samuel no se atreve; tiene miedo que Saúl lo oiga; y entonces, el SEÑOR dice: 'Si las gentes te preguntan qué vienes a hacer, di sencillamente, que vienes a traer un sacrificio.' Y en el Evangelio de Juan, cap. 7, se cuenta algo semejante de Cristo mismo: Sus hermanos fueron a Jerusalén a la fiesta de los tabernáculos,y le dijeron a Jesús: 'Acompáñanos. Aquí en Galilea no hay mucho que hacer; debes estar en Jerusalén.' Y entonces, dice Jesús: 'Yo no voy a esta fiesta.' Pero cuando los hermanos se marcharon tranquilamente, Jesús, a pesar de todo, subió secretamente.

Lo que hizo Jeremías se encuentra en la misma línea. La pregunta de si esto está en regla, podemos sencillamente dejarla sin consideración. De lo que aquí se trata, es de esto: 'Quien no navega al compás de la Palabra de Dios, es llevado de aquí para allá por temor a la gente; y entonces ese temor determina su hacer y dejar de hacer.'

¿Miedo a los hombres? Cristo ha dicho: «No temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mt. 10:28). Nada de esto había comprendido Sedequías, porque no se fiaba de la Palabra de Dios, pues éste es un requisito o condición para una vida sin temor a los hombres. Sólo quien confía en Dios y en su Palabra, puede decir con David: «En Dios alabaré su palabra; en Jehová su palabra alabaré. En Dios he confiado; no temeré; ¿qué puede hacerme el hombre?» (Sal 56: 10-11).

JEREMÍAS 39:1-14 y 40:1-6

Asunto perdido

Año y medio había durado el asedio de Jerusalén por los babilonios, con una corta interrupción cuando el ejército de Nabucodonosor se alejó un poco para intimidar al ejército de Faraón.

Año y medio es mucho tiempo para un asedio. Al final, la situación alimentaria se hace muy precaria. El pan era imposible de obtener durante algún tiempo (37:21), al menos para la persona corriente (52:6), que casi siempre es la primera que lo pasa mal. Y cuando se ha llegado tan lejos, la situación es ciertamente muy apretada y urgente: Es el principio del fin.

Sin embargo Jerusalén no cayó como consecuencia del hambre. Los babilonios en un momento dado, con ayuda de las torres de asalto y de las máquinas de asedio acertaron a abrir un boquete en el muro de la ciudad.

En aquella época, las ciudades tenían frecuentemente un doble muro: El muro exterior debía recibir el choque grande. Pero, cuando este muro cedía y los enemigos se precipitaban hacia adentro a través del boquete, los habitantes podían retroceder detrás del segundo muro, y allí seguir ofreciendo resistencia. Con ello se había perdido una parte de la ciudad, y sin embargo no se había perdido todo.

Una situación semejante se produjo en Jerusalén. Los babilonios acertaron a abrir un boquete en el muro exterior y entraron dentro de la ciudad. Pero el segundo muro estaba intacto aún y representaba un obstáculo para los babilonios. Pero entonces se hizo evidente que era sólo

cuestión de tiempo para que la ciudad cayera totalmente en sus manos.

Evasión: 39:4

En Jerusalén se dieron cuenta de que aquel era un asunto perdido, porque además se habían acabado las provisiones. El entusiasmo de poder salvar aún la ciudad se extinguió, y únicamente se vio una salida: Un intento de fuga y alcanzar un territorio donde se pudiera constituir una especie de tropa de guerrilla.

El intento se llevó a cabo. En la noche siguiente al día en que los babilonios habían acertado a abrir un boquete en el muro exterior, Sedequías huyó de la ciudad junto con cierto número de sus soldados.

En un punto determinado, el muro exterior y el interior se encontraban tan próximos entre sí, que se unían a través de una puerta. Aquella puerta formaba una especie de esclusa del muro interior hacia el mundo exterior. Cuando el enemigo había tomado la parte de la ciudad entre el muro exterior y el muro interior, se podía conservar contacto a través de esta esclusa. Este pórtico había sido construido con vistas a una situación semejante, y también podía ser utilizado como ruta de huída.

Sedequías, junto con un número de combatientes, sus niños y los restantes sobrevivientes hizo aún una tentativa de huída (cf. Ez. 12:12). De noche abrieron el pórtico de huída, y consiguieron alcanzar el camino hacia la llanura, que es el camino hacia Jericó.

Venganza

Sin embargo, su huída no permaneció inadvertida. Los babilonios se percataron y comenzaron la persecución. Sedequías y sus hombres llevaban una cierta ventaja inicial, pero fueron alcanzados cerca de Jericó. El pequeño ejército de Sedequías fue hecho pedazos, y él mismo fue capturado junto con sus hijos y ministros. Les llevaron a Ribla, unos 300 km. al norte de Jerusalén; pues allí se encontraba el cuartel general de Nabucodonosor.

Sedequías fue llevado ante Nabucodonosor, y éste dictó su sentencia sobre él: Sedequías era un rebelde, un sublevado, un revolucionario que había roto el pacto que había sellado bajo juramento (cf. Ez. 17); se había sublevado y se había atrevido a resistir al ejército babilonio, al menos durante año y medio. Y esto eran cosas que un poderoso como Nabucodonosor no dejaba pasar sin castigo, y por tanto golpeó con dureza y sin misericordia.

Esto ocurrió sin demora: Nabucodonosor dio orden de que los hijos de Sedequías fueran ejecutados en presencia del mismo. El castigo fue horrible. Se debe tener presente que esto fue lo último que Sedequías llegó a ver en su vida. La imagen de sus hijos asesinados, uno a uno, jamás fue sustituida por otra, pues inmediatamente después, sus ojos fueron cegados; y entonces, cargado y atado con cadenas de bronce, fue llevado a Babilonia como un presidiario; y todos los príncipes de Judá, que habían persuadido a Sedequías que llegase a alzarse contra Babilonia, fueron ejecutados en Ribla.

Así se vengó Nabucodonosor (cf. 2 R. 25).

Juicio del SEÑOR

Sin embargo, aquí no fue sólo Nabucodonosor el que actuó. El SEÑOR mismo cumplió su juicio sobre Sedequías y Jerusalén. Un juicio que ya había anunciado durante muchos años, y por el que también había avisado por largo tiempo; pues el juicio de Dios no es un sino inevitable. A Sedequías y a Jerusalén les podía haber ido de otra manera si hubieran escuchado y se hubieran convertido. Pero, puesto que no lo hicieron, se desató el juicio y se cumplió.

Además, Nabucodonosor fue instrumento de Jehová; y esto no lo debemos interpretar en sentido fatalista, pues Nabucodonosor, a este respecto, mantiene su propia responsabilidad. Es ciertamente un instrumento de Jehová, pero no un robot, pues un robot no tiene responsabilidad alguna, mientras que Nabucodonosor sí. Él fue responsable de la forma en que realizó o cumplió el juicio de Jehová. Además, él se había hecho demasiado temerario

contra el SEÑOR (cf. 50:29); y por ello el juicio de Jehová también recaería sobre Babilonia.

Pero aquello aún estaba lejos. Lo primero era el juicio contra Sedequías y Jerusalén. Quien rechaza la Palabra de Dios, y la deja de lado, no puede librarse de ese juicio. El brazo de Dios es siempre más largo que nuestra oposición. Nuestra oposición siempre queda hecha pedazos. Ciertamente podemos intentar eludirlo, e incluso, por así decirlo, refugiarnos en Jericó. Pero siempre llega el momento en que Dios nos da alcance en nuestra huida.

También se cumplió el juicio contra Jerusalén. La ciudad fue tomada totalmente por los babilonios, y no fue destruida inmediatamente, sino sólo ocupada. La demolición ocurrió un mes después (cf. 52:6 con 52:12). Entonces llegó Nabuzaradán, capitán general de la guardia de Nabucodonosor, con instrucciones personales del rey: El templo y el palacio de Sedequías y todas las casas de los principales fueron incendiadas, y los muros de la ciudad fueron completamente demolidos. Jerusalén quedó como una ciudad castigada, desmantelada, llena de ruinas, donde sólo algunas casas pobres permanecían en pie. Como un tanque, el ejército babilonio irrumpió en la ciudad rompiendo los flancos de la misma, y marchó a través de ella derribando y demoliendo, dejándola atrás en trance de muerte.

Templo arrasado (cf. 2 R. 25:13-17)

También el templo o casa del SEÑOR fue arrasado. Aunque Jeremías lo había mencionado repetidamente, nunca habían querido creer que ello podía ocurrir realmente, pues el templo era precisamente la firme base de su confianza. La presencia del templo garantizaba la presencia del SEÑOR, se pensaba. 'El templo garantiza nuestra salvación.' Una ciudad donde la casa de Jehová está, no puede caer. Sencillamente, Jehová no lo podía permitir; con ello se habría deshonrado a sí mismo. Pero la realidad era que aquello podía suceder, pues la presencia benediciente del SEÑOR no está garantizada por un edificio o una institución o unos ac-

tos religiosos, sino que sólo es real en el camino de la obediencia de la fe.

Así, la presencia benediciente de Cristo en nuestros cultos tampoco es una consecuencia automática del hecho que allí se pronuncie la bendición, que se ore y que se lea la Palabra de Dios. Aunque una iglesia deje hablar a Dios, no por eso puede contar con su bendición. Si se da cabida al odio y a la envidia, o se permanece guardando rencor o se es desleal en negocios, o se permanece aferrado a cualquier otro pecado, Dios no está presente con su bendición en semejante iglesia, aunque allí se pronuncie la bendición y también se ore.

Así ocurría en Jerusalén. Puesto que el SEÑOR no tenía lugar alguno en la práctica de la vida, por eso no estaba en medio de ellos bendiciendo, protegiendo y salvando; y por eso mismo tampoco el templo era garantía ninguna para la seguridad y salvación de la vida de los habitantes de Jerusalén. Porque Dios no puede ser retenido, ni enjaulado en un edificio, ni enclavijado en actos litúrgicos. La presencia de Dios y la bendición de Cristo sólo son realizadas en el camino de la fe; y el creer no es un asunto sin compromiso y teorético, sino un cumplir concretamente los mandamientos de Dios.

Puesto que todo esto faltaba, el SEÑOR no estaba en medio de ellos. Puesto que no se quería creer de esa manera, y para ellos la fe no contenía más que un poco de religiosidad piadosa y el cumplimiento de obligaciones religiosas, el templo se convirtió en un edificio sin valor, y se cumplió, al fin y a la postre, el juicio de Dios. Porque nadie podrá negar que Dios no tuviera una paciencia infinita.

Castigo de Dios

El grueso de los habitantes de Jerusalén fue conducido y transportado en bloque a Babilonia. Sólo los miserables quedaron atrás en medio de las ruinas; y a ellos les dieron los babilonios las tierras y las viñas que había en torno a Jerusalén y en Judea. Como es natural, a los babilonios no les servía de nada que el país permaneciese sin cultivar. También era para provecho suyo que la

producción laboral permaneciera en pie. Además, obligarían a aquellos miserables a comprometerse proponiéndoles ser dueños de aquellas tierras y viñedos. Desde una perspectiva política, no estaba tan mal calculado.

Así que los más miserables del pueblo fueron los únicos que sacaron provecho. Antes de la llegada de los babilonios eran los humillados, los pisoteados, los oprimidos y los que sufrían bajo la actuación de los ricos (cf. Ez. 22:7 y 29). Ahora se habían cambiado las tornas: Los ricos fueron conducidos a Babilonia como presos miserables, y los más pobres se convirtieron en dueños de las tierras y viñedos.

Esto fue una buena jugada de los babilonios. Sin embargo, en ello hay presente algo del patrón de actuación de Dios. Recuérdese el himno de Ana (cf. 1 S. 2), el Magnificat de María (cf. Lc. 1): «A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos». Esto ocurre aquí literalmente.

En todo ello hay algo del castigo de Dios. Los papeles se cambian, pero esto no implica, sin más, que Dios esté por siempre del lado de estos pobres. El que así sea, depende de lo que ahora vayan a hacer con esta nueva situación, y cómo la desarrollen o asimilen. Ya tendremos ocasión de oír sobre esto en lo sucesivo. En cualquier caso, en ello hay, en este momento, algo del pronunciamiento de la justicia de Dios. Pues Él hace justicia a los pobres cuyos derechos fueron violados por mucho tiempo. Las circunstancias miserables en que vinieron a encontrarse los ricos, representaba un juicio contra la opresión a los pobres, de la cual se habían hecho culpables.

Jeremías junto a Nabuzaradán: 40:1-6

Entre los deportados mentirosos y encadenados también caminaba Jeremías; pero no era esta la intención, pues Nabuzaradán, por conducto de desertores y gentes que habían prestado atención a la llamada de Jeremías, había oído lo necesario acerca del mismo. Sabía de su constante llamada a entregarse a los babilonios, y por ello había dado orden de que Jeremías debía quedar en libertad.

Y así ocurrió. Inmediatamente después de la caída de Jerusalén, Jeremías había sido liberado de la prisión de palacio. Pero, cuando un mes después la población fue reunida para su traslado a Babilonia, los soldados babilonios que no le conocían y que tampoco conocían la decisión de Nabuzaradán, le habían incluido con la multitud.

Pero por alguna causa, Nabuzaradán, que había recibido de Nabucodonosor el encargo de dejar en libertad a Jeremías, se retrasó. Entre tanto, los que iban a ser deportados habían sido puestos en orden de transporte y se encontraban en Ramá, a unos 8 km. al Norte de Jerusalén. Jeremías fue llevado junto a Nabuzaradán, y por lo que éste dijo a Jeremías, es evidente que los babilonios estaban enterados de la predicación del profeta (vs. 2-3).

Jeremías tenía libertad de elección: Podía acompañarles a Babilonia, y allí gozar de la protección personal de Nabuzaradán; pero también podía quedarse en Judá y unirse a Gedalías, que había sido nombrado gobernador sobre Judea. Jeremías se inclinó por lo último, y marchó a Mizpa, unos 4 ó 5 km. al Norte de Ramá, donde Gedalías había elegido su residencia.

El juicio del SEÑOR se había cumplido; pero en medio del juicio, el SEÑOR siguió acordándose de su pacto, y no terminó radicalmente con su pueblo: Un Resto queda atrás en Juda; y ese Resto no se halla privado de la Palabra de Dios, pues Jeremías está con ellos y pueden iniciar un nuevo principio entre los escombros. Porque, precisamente allí, se puede comenzar totalmente de nuevo (cf. Jer. 42:7-10).

El juicio de Dios es terrible; y causa dolor cuando todo queda destrozado. Pero quien comprende la voz del SEÑOR y se deja sanar por ella, puede cosechar el mayor fruto.

El interrogante ante el que se hallaban los que quedaban atrás, es éste: '¿Qué hacemos con las ruinas? ¿Nos conducen a una renovación o intentamos proseguir por el viejo camino? Cuando nos encontramos en ruinas eclesiales, los interrogantes centrales son éstos: '¿Queremos dejarnos renovar? ¿Queremos seguir adelante, sin ciudad y sin templo, pero con las promesas de Dios (cf. 42:10)? «Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios» (Lc. 9:62).

JEREMÍAS 30:18-22

Jeremías, profeta contra corriente

Jeremías es conocido como profeta que pronunció un torrente ininterrumpido de anuncios de juicios contra el pueblo de Israel. Pero los capítulos 30 al 33 llevan claramente otro carácter: Contienen una promesa de restauración.

Estos capítulos proceden de la época previa o posterior a la caída de Jerusalén. En los capítulos 32 y 33 encontramos una clara indicación de la época (compárese 32:1 con 39:2). En los capítulos 30 y 31 falta esa indicación; pero, respecto al contenido, existe tanta concordancia con los otros dos capítulos, que ciertamente deben proceder de la misma época.

Por lo demás, esas circunstancias de tiempo son especialmente significativas. A fin de cuentas, el pueblo de Jerusalén comenzaba a darse cuenta deque se hallaba en una situación desesperada, y que los babilonios tomarían la ciudad de un día a otro; y no era un placer pensar en lo que les ocurriría. Quizás en el momento en que Jeremías pronunciaba las profecías del capítulo 30, ya había ocurrido el desastre. Lo más apropiado parece ser datar los capítulos 30 y 31 en la breve época entre la caída de la ciudad y el comienzo de la deportación.

Sea como fuere, el capítulo 30 no sólo se refiere a Israel, que ya había sido deportado hacía tiempo, sino también a la suerte de Judá, que estaba claramente próxima o ya se había cumplido, porque el v. 3 habla de : «haré volver a los cautivos de mi pueblo Israel y Judá.»

Y entonces llega Jeremías con promesas, diciendo que el SEÑOR no castigará eternamente a su pueblo (cf. 30:12-17).

Jeremías, yendo contra corriente, frecuentemente tuvo que anunciar al pueblo que estaban próximos al desastre y a la venganza por la ruptura del pacto.

«Temor hay por todas partes» (6:25; 20:4; etc.) clamó en solitario, mientras todos los demás profetas (falsos) decían: «Paz, paz; y no hay paz» (6:14; 8:11).

Aquel pesado quehacer aún no había concluido para Jeremías (cf. capítulos 42 y 43); pero también tuvo la oportunidad de ver y profetizar acerca de la misericordia del SEÑOR y sobre el regreso del destierro cuando concluyera el dominio de Babilonia, (léase Jer. 25:11-12 y 29:10). Dios podía anunciarlo ya mucho antes de que aquello ocurriera, porque Él mismo señala y determina el curso de la historia. Él conoce la marcha de la historia, porque la conduce. Por eso, Él es el único que puede decir adónde lleva esa corriente. Sin embargo, nosotros sólo podemos ver los hechos de este momento y lo exterior de las cosas, a no ser que haya entre nosotros un profeta del SEÑOR. Pues bien, ese profeta existía en aquel momento, y Dios hizo anunciar por medio de Jeremías, que Él intervendría en la suerte de Jacob, como lo determina en el v. 18: «He aquí yo hago volver los cautivos de las tiendas de Jacob, y de sus tiendas tendré misericordia, y la ciudad será edificada sobre su colina, y el templo será asentado según su forma.»

Amor eterno

En el momento en que Jeremías pronunció aquellas palabras, no había nadie que les diera crédito. Me imagino que Jerusalén ya está destruida. Los babilonios habían realizado a fondo sus actividades de demolición. La ciudad era una gran ruina. Los habitantes estaban a punto de ser deportados. Aquello parecía el final absoluto.

Todo aquello no había venido sobre ellos como un sino caprichoso, voluble y sin la más mínima razón. Todo lo contrario. Se lo habían ganado. El juicio había llegado a

causa de la magnitud de sus injusticias, porque sus pecados eran enormes (v. 14).

Pero, en medio de su juicio, el SEÑOR permaneció fiel a su pacto y promesas. Israel podía, pues, ser infiel, y obligar al SEÑOR a castigar y corregir a su pueblo, pero ello no significa que Él deje de lado la obra de sus manos y renuncie a su plan de salvación. ¡Ni hablar de eso!; sino que llega a decir: 'Acabaré con todas las naciones entre las que te dispersé (v.11)... Mas yo haré venir sanidad para ti y sanaré tus heridas (v. 17)... Sí, con amor eterno te he amado' (31:3).

Así es el SEÑOR. Cuando ama, su amor es eterno. En los hombres es de otra manera; su amor puede enfriarse, ceder y tornarse en odio. Pero el amor del SEÑOR a su pueblo no puede morir; es un amor eterno; lo cual no quiere decir que nunca castigue a su pueblo, y que éste pueda permanecer ofendiéndole impunemente. Esto se manifiesta evidentemente por la destrucción de Jerusalén y el destierro. Y cuando llegan los juicios de Dios, no son en modo alguno un juego de niños, pero tampoco significan el final del amor de Dios. De hecho, los juicios de Dios también proceden de su amor. Nunca hay un final para el amor de Dios, pues es eterno; y por lo mismo, Jeremías, en medio de la desgracia, puede decir al pueblo: Yo introduzco una alternativa en vuestra suerte y tendré misericordia de vosotros.'

Futuro abierto

Ese amor de Dios mantiene abierto el futuro, lo cual vale tanto para el pueblo de Israel de nuestros días como para la iglesia neotestamentaria. Hay un futuro porque el amor de Dios es eterno. Este mundo no termina con su ruina, porque Dios ama al mundo.

Parece como que nos alejamos del puerto, que somos arrastrados por la corriente y los remolinos, y que nos hundiremos en la noche. Pero Dios dice: 'Mi amor es eterno. Yo defino la corriente. Yo garantizo que al final de la navegación hay tierra, un nuevo cielo y una nueva tierra.'

Así fue como los habitantes de Jerusalén iniciaron el

destierro. Fueron arrastrados por la corriente del mar de los pueblos como restos de un naufragio. Pero podían saber que nuevamente flotarían en el agua. Muchos de ellos ya habían muerto durante el asedio por el hambre y la espada. De camino a Babilonia aún morirían muchísimos. Pero volverían a multiplicarse y aumentarían en número; y los papeles se tornarían, pues ya no serían despreciados ni pisoteados, sino que sus opresores llevarían la peor parte (v. 19).

Y entonces llega el Mesías. El príncipe de Jacob saldrá de él, y su dominador surgirá de en medio suyo. En el v. 9 se menciona a ese príncipe: 'David, su rey, a quien Yo les levantaré.' Esta es una profecía respecto al gran Hijo de David: Cristo.

'Yo le haré acercarse', -dice Dios, 'para llegar a mi cercanía; pues, ¿quién si no podría salir fiador con su vida y podría dar su vida como garantía, como prenda, a fin de acercarse a Mí? (v. 21). Gracias al hecho que el gran Rey de la casa de David responde con su vida por ellos ante Dios, sus súbditos serán un pueblo para Dios, y Él será un Dios para ellos (v. 22).'

Esto también es válido para nosotros ahora; pues Dios es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos, porque Cristo ha salido fiador por nosotros y se ha puesto como garantía nuestra. 'Nadie puede nunca rescatar a su hermano ni pagar a Dios su rescate', viene a decir el Salmo 49:7. Solamente Cristo puede hacerlo; y gracias a que lo ha hecho, somos ahora pueblo de Dios, y Él es nuestro Dios que nos ama con amor eterno. Y como en Israel, también de en medio de nosotros pueden ascender himnos de acción de gracias y algazara (v. 19).

Si Cristo es Señor de tu vida, puedes reír de gozo. Reírte porque ha perdonado tus pecados y te ama con amor eterno; porque tienes futuro; porque tú, a través del torbellino de esta época, arribarás seguro en las costas de la nueva tierra y del nuevo cielo.

JEREMÍAS 31:31-40

Un pacto nuevo

Los versículos 31 al 34 de este capítulo se citan varias veces en el Nuevo Testamento. El apóstol Pablo se refiere a ellos en Ro. 11:27 y en 1 Co. 3. Y la carta a los Hebreos los cita en los pasajes siguientes: 8:8-12 y en 10:16-17.

Tanto éste apóstol como la carta a los Hebreos mencionan estas palabras para hacer ver que la profecía de Jeremías se ha cumplido. Cuando Cristo instituyó la Santa Cena, dijo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre» (Lc. 22:20). En ese momento, el Nuevo Testamento hace ver, que ese nuevo pacto del que Jeremías habla, ha llegado; y entonces ha empezado.

Cuando Jesús habla de la sangre del nuevo pacto, no es sorprendente que allí exista una relación o conexión inmediata entre el nuevo pacto del que Jesús habla, y del que Jeremías profetizó.

Sin embargo, allí hay mucho más de lo que a primera vista parece. En el Nuevo Testamento, la profecía de Jeremías se aplica a los creyentes novotestamentarios que, en gran parte, no procedían de Israel. Ellos pertenecen a ese Nuevo Pacto cuyas normas ya no están escritas en piedra sino en los corazones. Pero, en Jeremías mismo, esta profecía tiene relación con el pueblo de Israel; y eso, como es natural, marca la diferencia.

Hoy en día hay quienes dicen: 'Eso no es problema, pues quien cree en Cristo es un hijo de Abraham por la fe (cf. Ro. 4:11 y 16; Gá. 3:29). Los creyentes novotestamentarios forman, pues, un Israel nuevo y espiritual. Cuando Jere-

mías dice que el SEÑOR establecerá un nuevo pacto con la casa de Israel, no debemos tomar al pie de la letra lo de 'casa de Israel', sino aplicarlo a los creyentes de todos los pueblos que juntos forman el nuevo y espiritual Israel. De esa manera, la profecía de Jeremías se cumple; y, consecuentemente, esa profecía tiene relación con los cristianos, y ya no tiene relación alguna con Israel mismo.'

Para Israel

Ahora bien, es verdad que los creyentes novotestamentarios provenientes del mundo gentil junto con los cristianos provenientes de los judíos, son llamados simiente de Abraham, y herederos de la promesa de Dios hecha a Abraham. También es verdad que la profecía de Jeremías respecto al nuevo pacto es aplicada a ellos en el Nuevo Testamento. Por consiguiente, verdaderamente participan del nuevo pacto que comenzó con Cristo. En este aspecto, el Nuevo Testamento es suficientemente claro.

Pero eso no significa matemáticamente que la profecía de Jeremías no tendría ahora nada que ver con el pueblo de Israel. Quien busca la explicación de esta profecía exclusivamente en el cumplimiento para los creyentes novotestamentarios del mundo gentil, debe dejar de lado una gran parte de esta profecía, sin saber qué hacer con ella.

Fijémonos brevemente en el v. 38 y ss., donde se dice que Jerusalén será edificada nuevamente para Jehová desde la torre de Hanameel hasta la puerta del Ángulo, etc. ¿Cómo se puede ver esta promesa, si la profecía no está destinada al pueblo de Israel? No se puede localizar el cumplimiento, por lo menos exclusivamente, en el regreso de Babilonia. Porque, en primer lugar, entonces no se hablaba de un nuevo pacto; y, además, con razón no habría ocurrido absolutamente nada del final del v. 40, donde se dice: «No será arrancada ni destruida más para siempre» pues, sin duda alguna, Jerusalén fue destruida nuevamente. Si la promesa de la reconstrucción de Jerusalén sólo tenía relación con el retorno de Babilonia, debemos reconocer

que allí, con razón, nada ocurrió de la promesa de que la ciudad no sería asolada nuevamente. Por eso no satisface esta explicación.

Tampoco nos basta con que supongamos que la promesa de la reedificación de Jerusalén no tiene relación alguna con Jerusalén en Palestina, sino con la Jerusalén espiritual y celestial, porque ésta jamás ha sido derribada y, por tanto, tampoco puede ser reedificada.

Cuando partimos de que las promesas de Dios no carecen de sentido -pues esto hacemos- no podemos sino aceptar que esta profecía de la reedificación tiene relación con la Jerusalén de Palestina, y que esta promesa no se cumplió al regreso de Babilonia, o al menos aún no se cumplió definitivamente.

Este dato que, en los versículos 38-40, consideramos como una profecía concreta para Jerusalén y el pueblo de Israel, implica que ese es también el caso con los versículos precedentes. También los versículos 31-34 tienen relación con Israel, y hablan de un nuevo pacto con el mismo. Y una vez más, el cumplimiento de esta promesa no puede hallarse limitado al retorno de Babilonia, pues entonces aún no se hablaba de un nuevo pacto que fuera distinto al antiguo pacto del Sinaí. En Neh. 9 y 10, leemos acerca de los deportados que retornaron,y en esta lectura no se trata del establecimiento de un nuevo pacto, sino de una renovación del antiguo pacto.

Así pues, el nuevo pacto que Dios establecerá con su pueblo Israel, aún no ha ocurrido; está por llegar. Su promesa no se ha cumplido aún.

Doble fondo

'Esa conclusión no encaja', -dirá alguien- 'pues el Nuevo Testamento dice que la promesa del nuevo pacto se ha cumplido en Cristo: Es el nuevo pacto en su sangre; y nosotros pertenecemos a ese pacto.'

Esto es realmente verdad. Pero eso no quiere decir que esa promesa ya se ha cumplido ahora plenamente, pues el pacto con Israel aún no se ha realizado. Como bien sabemos, es propio del carácter de la profecía que ésta

pueda tener un doble fondo, y pueda cumplirse más de una vez. Recuérdese, a este respecto, la conocida profecía del Emanuel en Isaías 7: «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (v. 14). El cumplimiento primero de esta profecía tuvo lugar en los días de Isaías y Acaz mismo. De otra forma, no podría haber sido una señal para el rey Acaz. Pero el cumplimiento perfecto y definitivo de esta profecía llegó precisamente con el nacimiento de Cristo (cf. Mt. 1:23).

También podemos recordar un cierto número de profecías respecto a la actuación y obra de Cristo. Esas profecías reciben su cumplimiento parcial durante la vida y obra de Cristo. Pero, además, en ellas también se encuentran aspectos (como, por ejemplo, su realeza y su ejercicio de la justicia) que aún deben cumplirse en su segunda venida. Algo parecido es el caso con Jeremías, capítulo 31. La promesa del nuevo pacto se cumplió inicial y parcialmente cuando Cristo lo instituyó y habló de su sangre como la sangre del nuevo pacto (Mt. 26:28); y todos los creyentes novotestamentarios tienen el privilegio de pertenecer a este pacto. Mas el cumplimiento final de esta promesa, en el que el pueblo de Israel es acogido en ese pacto, debe llegar aún.

Que esto ocurrirá hay que agradecerlo a la fidelidad del SEÑOR y no al pueblo; pues este pueblo es infiel; lo cual es algo típico de la historia de Israel. La historia de Israel es de infidelidad y de ruptura del pacto de Dios; lo cual ocurrió también en la época de Jeremías; y sobre esto llegó el juicio de Dios. Más adelante Israel lo hizo tan gravemente que incluso rechazó al Mesías, Cristo. Por lo cual se separó a sí mismo de la participación en el nuevo pacto que Cristo instituyó. Así están las cosas desde hace siglos. Y aunque en la actualidad se salvan «algunos» (Ro. 11:1), mas Israel en cuanto pueblo aún no (Ro. 11:26).

No obstante, Dios nunca aparta para siempre a ese pueblo por más grandes que sean sus pecados, y grave el juicio de Dios al respecto. Su unión a Israel es más indisoluble que el curso del sol, la luna y las estrellas (vs. 35-36). El cambio del día y la noche prosigue ininterrumpido; pues es invariablemente seguro. Mas 'así como Yo nunca permitiré vacilar la regularidad del sol y la luna, el flujo

y el reflujo del mar, tampoco pondré un final a mi pacto con mi pueblo. Mis lazos con Israel son más indestructibles que el firme trazado del curso del sol y la luna.'

Ese curso o cambio del día y la noche aún existe, lo cual quiere decir que también la unión del SEÑOR con Israel aún existe. El SEÑOR se siente constantemente interesado por ese pueblo: Los israelíes en Palestina pero también los judíos en Rusia, Holanda y América siguen estando aún en una relación especial con Él.

Los versículos 35 al 37 no dejan duda al respecto. Israel se había opuesto muy obstinadamente al SEÑOR, y esto le había ofendido pues era un rechazo de su amor; y sin embargo 'Yo no desecharé por eso la descendencia de Israel', -dice. 'Antes podrá alguien medir el cielo que Yo rechace a Israel. A mi juicio sobre Israel le llegará el final alguna vez', -añade.

Ramas injertadas

Dios tiene reservadas aún muchísimas cosas para su pueblo. 'Llega el momento en que Yo daré de lado a ese negro pasado de mi pueblo. Entonces perdonaré su injusticia (pues eso era), y no me acordaré más de su pecado; y cerraré un nuevo pacto con la casa de Israel y de Judá.'

Este es el cumplimiento final de la profecía de Jeremías; y esto llegará aún.

Entre tanto, ya se ha iniciado un comienzo en el cumplimiento de esta profecía. Cristo ha venido y ha establecido un nuevo pacto. Hoy en día vivimos propiamente en una especie de período interino. El nuevo pacto ya ha sido inaugurado; mas el pueblo de Israel aún no forma parte de él.

Durante ese período interino, existe la posibilidad de que las gentes de los otros pueblos puedan ser acogidas en este nuevo pacto. Esta es la imagen que el apóstol Pablo describe en Romanos 11. En un momento dado, y en el juicio de Dios, las ramas naturales son cortadas del olivo por causa de su incredulidad. Entonces comienza el período en que las ramas silvestres son injertadas. Esas ramas silvestres son los creyentes procedentes de los otros

pueblos gentiles; y estos somos nosotros. Mas llega un momento en que también las ramas desgajadas serán injertadas nuevamente; y en ese entorno cita el apóstol Pablo el pasaje de Jeremías 31: 'Este es mi pacto con Israel, cuando Yo quite sus pecados.'

También Israel, en cuanto pueblo, será parte del nuevo pacto. Y esto lo podemos esperar porque Dios es fiel a su palabra, una vez comprometida; y será incluido en ese mismo nuevo pacto al que nosotros hoy día ya nos es permitido pertenecer.

Pacto del Espíritu

Un pacto es una fórmula en que se establece y da forma a una relación. En el Antiguo Testamento, la relación entre el SEÑOR y el pueblo de Israel fue establecida en las Diez Palabras(mandamientos) del pacto, escritas en tablas de piedra y desarrolladas en las leyes mosaicas; o, dicho de otra forma: La relación con el SEÑOR estaba estrechamente ligada a un cierto número de preceptos y normas. Así había preceptos con relación a la vida diaria, mas también respecto a los sacrificios, purificaciones, días de fiesta y el santuario. Quien quería mantener pura su relación con el SEÑOR, debía observar estos preceptos.

En el nuevo pacto, es distinto. En éste, la relación con el SEÑOR no viene determinada por un gran número de prescripciones y normas que llegan al hombre desde fuera, y dan imagen a su vida. ¿No es interesante observar que en la institución del nuevo pacto no se establece prescripción alguna? Esto ocurría realmente al formalizarse el pacto antiguo. En el Sinaí el SEÑOR proclamó el contrato del pacto; y, poco después, Moisés leyó al pueblo el libro del pacto (cf. Ex. 24:7-8). Pero, cuando el Señor Jesús instituyó el nuevo pacto, y dijo: «esta es la sangre del nuevo pacto», no hay rastro alguno de un contrato del pacto o de un libro del pacto, y tampoco se anuncia norma alguna. Sin embargo, sería de esperar si allí se estaba formalizando un pacto.

Pero ¿por qué aquí no ocurre eso? ¿por qué el Señor Jesús no da a conocer ningún estatuto o norma del pac-

to? ¡Porque el nuevo pacto es de un carácter distinto al antiguo! Es el pacto del Espíritu, dice el apóstol Pablo en 2 Corintios, capítulo 3. En este pacto es el Espíritu quien determina la relación con Dios, no desde fuera, sino desde dentro. Por ello, Jesús no anuncia precepto de pacto alguno, y no entrega a sus discípulos un paquete de normas, prescripciones u ordenanzas. No era necesario pues enviaría a su Espíritu, el cual les guiaría en toda la verdad (cf. Jn. 16:12-14; 1 Jn. 2:27), de manera que conocerían a Dios. Esto significa tener una relación confidencial, una relación familiar con Él; y esto no se obtiene mediante normas de fuera adentro, sino por medio del Espíritu, que hace morada en el corazón.

También para niños

Ese Espíritu está ahí no sólo para los adultos, sino también para los niños, 'pues todos ellos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande entre ellos', dice el SEÑOR.

Siempre tendemos a ver la fe de los niños como si no fuera absolutamente plena. 'Sí'; -decimos- 'naturalmente que creen.' Sin embargo, no nos referimos a eso, pues en un momento dado son piadosos, y al siguiente hacen diabluras. En ellos aún no vemos suficiente seriedad; y tampoco son independientes; repiten sólo lo que se les ha dicho previamente, y aún no se les puede tratar como a una persona adulta, ni tampoco en su fe.

¿Por qué obramos siempre tan reservadamente al tratar de la fe de los niños? Porque constantemente nos inclinamos a ver la relación con Dios como un asunto de normas, prescripciones y construcciones complicadas que se deben conocer y comprender antes de que se pueda hablar de conocer a Dios. Una y otra vez pensamos que la relación con Dios está determinada por un paquete de ordenanzas; y los niños aún no han llegado tan lejos.

Pero no es así. La relación con Dios no depende de nuestro grado de desarrollo intelectual, y tampoco de nuestra edad, sino de la obra del Espíritu de Dios en nuestro corazón; y ese Espíritu no obra menos en niños que en adultos.

'Así es en el nuevo pacto', -dice el SEÑOR. Ese es el pacto al que pertenecemos nosotros y nuestros hijos. Nuestros hijos y nosotros mismos tenemos el privilegio de conocer al SEÑOR; precisamente porque, en la relación con él, no se trata de un paquete de normas, sino del corazón, y los adultos no aventajan en nada a los niños. Para el SEÑOR lo mismo cuentan los niños que los adultos; les da su Espíritu igual que a los adultos. Si no vemos esto, y, sin embargo, consciente o inconscientemente colocamos a nuestros hijos en un plano más bajo, nosotros mismos no respondemos al nivel del nuevo pacto.

Por otra parte, esto vale también respecto a ese otro punto que es característico del nuevo pacto: «No enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande» (Jer. 31:34). En la práctica es muy frecuente que eso sea necesario, y que lo dejemos estar. Entonces estamos más interesados en otras cosas que en el SEÑOR, y lo dejamos estar, de manera que la consecuencia es que nuestro conocimiento del SEÑOR se desmorona; y entonces cae un borrón en nuestra relación con Él; nos enajenamos de Él, comenzamos a perder contacto con Él y vivimos por debajo del nivel del nuevo pacto.

Pero eso no debe ser así. Pues cuando damos cabida al Espíritu y le dejamos obrar en nuestro corazón y no le contrariamos, Él escribe en nuestros corazones la ley del SEÑOR de manera que le conocemos y amamos desde dentro, y andamos en sus caminos: Nosotros mismos y nuestros hijos.

JEREMÍAS 40:7 - 41:15

Recuerda la mujer de Lot

El ejército babilonio partió. Jerusalén era una ruina. Sólo los más pobres quedaron atrás bajo la dirección de Gedalías, a quien los babilonios pusieron como gobernador (40:5); y así podían iniciar un comienzo nuevo.

Naturalmente, se trataba de un comienzo con limitaciones.

Habían perdido su independencia política mucho más que antaño. Los babilonios se llevaron consigo a su rey y pusieron en su lugar a un gobernador, Gedalías. Y el templo se había quemado.

Gedalías les prometía una existencia tranquila bajo la autoridad babilónica. ¿La aceptarían, o querrían mantener y conservar la vida antigua? ¿Conservar una vida nacional propia, aunque fuera impregnada de religión pagana? «Acordaos de la mujer de Lot: todo el que procure salvar su vida, la perderá» (Lc. 17:32-33).

Gedalías se dio cuenta de las limitaciones de la nueva existencia, y va delante de su pueblo en la aceptación de las mismas.

Cuando se acercó hasta él un número de oficiales judíos que, con sus soldados, dispersados por la llanura, se habían mantenido escondidos de los babilonios (40:7-8),Gedalías también los tranquilizó.

También estaba allí Jeremías, que había vuelto junto al pobre pueblo y junto a Gedalías (40:6). ¡Ya no estarían sin la Palabra de Dios! Por consiguiente, ¡su existencia no iba a ser algo impresionante, pero sí bendecida!

Así pues, una existencia tan poco impresionante y pretenciosa no es siempre la vocación del pueblo de Dios. También hay épocas señaladas en la historia en las que Dios da un lugar dominante a su pueblo, y en las que éste da el tono en el mundo. Así fue en tiempos de David y Salomón. Entonces, el pueblo de Dios representaba algo, incluso en la política internacional, y ejercía una influencia alrededor y en los pueblos circunvecinos.

Una época semejante también la hemos conocido nosotros en Europa. Entonces, la iglesia y los cristianos marcaban la vida pública; y ésta línea de conducta era determinada, en gran parte, por las normas cristianas. Esa época ya ha pasado.

Como ilustración al respecto, un ejemplo sorprendente. En la Alemania Nazi de los años '30, Adolf Hitler lanzó un programa de eutanasia que fue llevado a la práctica paulatinamente. En el marco de aquel programa fueron asesinados en los campos de concentración decenas de miles de dementes y ancianos, así como niños disminuidos y enfermos. Según la ideología Nazi, la vida débil no era una vida perfectamente válida y carecía de posibilidad de revalidarse, y debía ser quitada de en medio.

Cuando esta aplicación de la eutanasia fue conocida fuera de Alemania, el escándalo fue general. En los procesos posteriores a la guerra, se pronunció una condena al respecto, y un cierto Dr. Brandt que había desempeñado el papel de encargado, fue condenado a muerte. Treinta años después, la opinión pública sobre la eliminación deliberada de lo que se llama 'vida deficiente', está a punto de cambiar radicalmente. Cada vez surgen más voces que quieren legalizar la eutanasia, aunque por el momento con determinadas restricciones. Los Nazis perdieron la guerra; pero, en este punto, la simiente que sembraron, comienza a dar fruto.

Este es sólo un ejemplo en el que resulta que las normas cristianas pierden su influencia y ya no son normativas para la convivencia en Europa. La influencia de la iglesia de Jesucristo sobre el entorno y la vida pública está bastante desconectada. El proceso de acoso y derribo de las normas cristianas está en plena marcha y se produce descaradamente deprisa. Estamos junto a las ruinas de una

convivencia cristiana, como Gedalías junto a las ruinas del templo y de Jerusalén.

No hay restauración

Aún se hacen intentos desesperados para recuperar y afianzar la influencia perdida en los acontecimientos mundiales. Esto se intenta frecuentemente politizando y secularizando el evangelio y los programas eclesiales. De esa forma, aún se intenta entrometerse en las cosas; pero lo que en realidad ocurre es una acomodación a las diversas corrientes, y esto mina el evangelio. El resultado de ello es una aceleración del proceso de derribo y un agrandamiento de la catástrofe.

Pero esta no es la manera de comenzar un nuevo principio sobre las ruinas. Quien quiere iniciar un principio nuevo, no debe hacer mayor aún el caos y la confusión; debe comenzar con la aceptación de la ruina como un hecho, como un dato. El SEÑOR la ha hecho; y es la consecuencia de su juicio sobre los pecados de su pueblo. Hay que aceptar ese juicio; y no se debe hacer como si no hubiera ocurrido ni fuera tan grave. No hay que pensar que aún se puede comenzar algo con esas ruinas, y que se pueden reparar algo. No hay tiempo para ello. 'Cultivad las tierras y los viñedos; recoged vino, frutos y aceite', -dice Gedalías.

Ahí está el encargo. Así se hace un nuevo comienzo sobre las ruinas. No hay que comenzar un ambicioso plan de restauración, sino hacer sencillamente lo que sale a mano: el simple trabajo de cada día.

Los oficiales y soldados se dejaron convencer por Gedalías. Lo que ellos dijeron significaba que el pueblo de Dios tenía un líder que entendía su época, que comprendía las actuaciones de Dios, la voluntad de Dios, y que también sabía hablar y actuar de tal manera que merecía que se le siguiera. Esto es lo que hicieron los oficiales, y también retornaron a Judá otros judíos que habían huido hacia Moab, Amón y Edom; y también ellos hicieron lo que les dijo Gedalías.

No es que tuvieran una vida grandiosa ni hicieran cosas

impresionantes. Lo que ocurrió en Judá, no ocuparía las páginas de los periódicos y las rúbricas de actualidad de la TV; pero fue realmente una vida bendecida. El nuevo comienzo tenía la aprobación y la bendición del SEÑOR: Recogieron suficiente vino y frutos en abundancia. No era una existencia influyente; pero sí una existencia sin carencias, una vida callada y tranquila; y de ello se ocupó el SEÑOR.

Aguas revueltas: 40:13-16

No pensemos que aquel comienzo no estaba en el punto de mira de Satanás, y que discurrió sin tentaciones. Ciertamente se produjeron diversos intentos para perturbarlo.

Entre los oficiales que regresaron se encontraba también un cierto Ismael, un descendiente de la casa real de David. Siempre hay personas que quieren pescar en aguas revueltas. Ismael era una de ellas, y se había dejado convencer por Baalis, rey de Amón. Éste no estaba totalmente apercibido de que los babilonios habían instalado en Judá un nuevo gobernador, lo cual significaba que no podía extender su esfera de influencia sobre Judá.

Baalis era un vasallo de Nabucodonosor, pero esperaba la oportunidad de obtener la mayor influencia posible. Esto no lo podía lograr organizando por su cuenta una guerra contra Gedalías, y además esto no lo aprobarían nunca los babilonios. Sin embargo, sí que podía intentarlo mediante intrigas.

Para ello había recabado el apoyo de Ismael. El plan era que Ismael organizara un complot contra Gedalías y lo matara. Después Ismael se haría con la dirección sobre los judíos, por supuesto bajo la responsabilidad de Baalis. De esa forma, pues, Judá llegaría a estar bajo la esfera de influencia de Amón; un arreglo al que los babilonios probablemente no darían importancia.

No sabemos cuánto se tuvo que mover Ismael para unirse al carro de Baalis. Quizá influyó el hecho de que Gedalías no era descendiente de David. Quizá partió de la idea que la gobernación debía ser ejercida por alguien de la casa

de David; y su intención ciertamente sería no interesarse más por Baalis una vez que hubiera eliminado a Gedalías. En cualquier caso no estaba contento con el nuevo comienzo que Dios les daba; quería más, quería poder e influencia; y no había aprendido nada de la ruina y del juicio de Dios.

Integridad

Ismael no mantuvo oculto su plan por mucho tiempo. También intentó implicar a otros oficiales en el complot. Pero no le salió bien. Fueron a Gedalías y le informaron de las intenciones de Ismael. Pero Gedalías no creyó nada de su relato.

Esto aboga por la integridad de Gedalías, pues sólo quien no está descartado del poder y no tiene apetencia de poder, puede reaccionar así a las indicaciones claras de un complot. Gedalías no podía imaginar que hubiera alguien que quisiera asesinarle para tomar su posición, pues no era realmente una posición atractiva. No conllevaba ni gloria ni pompa ni nivel social. Era absolutamente imposible que alguien envidiara tal posición.

Johanán intentó convencerle aún, e incluso le indicó el peligro por parte de la población de Judá. 'Hemos comenzado nuevamente', -manifiesta- 'y nos va bien.' Pero cuando Ismael pudo llevar a cabo su plan, el nuevo plan se derrumbó; y entonces, también el resto de Judá cayó por tierra; y así, no quedó absolutamente nada.

Johanán propuso ajustar cuentas con Ismael. Pero Gedalías, indignado, rechazó esa proposición. Efectivamente, él era un hombre íntegro y también muy digno de confianza.

Falta de vigilancia

Algún tiempo después, Ismael, acompañado de diez hombres, compareció ante Gedalías para presentarle sus respetos. Fueron recibidos hospitalariamente, pero, cuando

estaban sentados a la mesa, se levantaron repentinamente y degollaron a Gedalías. El elemento sorpresa fue tan grande que incluso pudieron asesinar a los demás invitados y al vigilante babilonio.

Pero no había corrido aún suficiente sangre. Al día siguiente pasaron por Mizpa ochenta peregrinos. Ismael los invitó a entrar en la ciudad, y allí los asesinó, excepto a diez de ellos que pudieron ofrecer diez provisiones de alimentos a cambio de su vida.

Ismael fue entonces al encuentro de Amón con toda la población de Mizpa y con las princesas apresadas. Toda aquella gente le serviría de rehenes. Así podía él tratar con los otros oficiales, y ofrecer la libertad de los rehenes a cambio del reconocimiento de su autoridad.

Su plan no tuvo éxito. Johanán y los otros oficiales persiguieron a Ismael. Cuando le alcanzaron, sus prisioneros echaron a correr y se pasaron a Johanán. Los cómplices de Ismael eran demasiado pocos en número para poder evitarlo y para presentar batalla, y salieron huyendo enseguida. Ismael mismo se salvó buscando refugio junto a Amón con ocho cómplices.

Su plan no salió bien, pero cumplió el papel de asestar un duro golpe al nuevo y estupendo comienzo que, bajo la dirección de Gedalías, iba tan bien. Aquella matanza sin sentido puso en gran peligro aquel nuevo comienzo.

Estas cosas pueden ocurrir. Cuando el SEÑOR hace posible un comienzo nuevo, Satanás intentará sembrar la cizaña y hacerlo fracasar. Para ello no precisa de muchas personas. Una docena ya es suficiente. Así de vulnerable es la iglesia. Pero también se puede decir: Satanás tiene aún tanto poder que cuando hay falta de vigilancia, aprovecha su ocasión.

¡Falta de vigilancia! Así debemos calificar, a pesar de todo, la amable integridad y la confianza ilimitada de Gedalías. Esto le hace agradable, pero también hay aquí una falta de responsabilidad frente al pueblo, acerca de lo cual -y con razón- le había avisado Johanán. ¡Tan funesto puede resultar una falta de vigilancia!

El nuevo comienzo estaba en crisis. Aún no estaba todo perdido, pues Ismael no había acertado plenamente en su intento; y si Dios quiere hacer un comienzo nuevo, éste

no se mantiene o cae por un solo dirigente. Una vez que Gedalías había caído, dependía posteriormente de la actitud del pueblo si el comienzo nuevo y la vida bendecida por Dios aún iban a tener viabilidad.

JEREMÍAS 41:16 - 43:7

Pánico

Esta es la palabra que se debe usar para caracterizar la situación en que se encontraban quienes después de la muerte de Gedalías, quedaron atrás en Judá. Su pequeño y silencioso estanque había caído en turbación intensa. El miedo a los babilonios aumentó. Habían visto con sus propios ojos cómo los babilonios habían gobernado en Jerusalén. Ya no creían en la vida tranquila que Gedalías les había garantizado.

Si permanecían en Judá, únicamente una cosa podían esperar: Los babilonios vendrían, causarían una matanza entre ellos y al resto lo llevarían a Babilonia.

La angustia correspondiente los condujo al pánico. En ellos sólo había un pensamiento: ¡Huir! Por eso, desde Gabaón, donde habían liberado a los rehenes, no tomaron el camino hacia el Norte, sino que fueron sin parar hacia el Sur, en dirección a Egipto. Para ellos Egipto era el único punto de luz, su único asidero y refugio.

Puede verse que la situación se vuelve muy crítica. El hecho de que Gedalías fuera asesinado, siendo el hombre que en la línea del SEÑOR había dado dirección al nuevo comienzo, era, como es natural, un pesado golpe. Ello fue sin duda obra de Satanás. Pero ese comienzo nuevo no era obra de Gedalías y tampoco dependiente de él, sino del SEÑOR. Si Dios quiere edificar, ¿quién destruirá?

El fallo de los judíos era que sólo veían la actuación de los hombres: Ismael, el asesinato de Gedalías, los babilonios y la ira de Nabucodonosor; y pensaban que su historia y su futuro estaba determinado por hombres; pero olvidaban al

SEÑOR. Pero lo que determinaba su futuro no era lo que Nabucodonosor tenía pensado hacer, sino lo que Jehová iba a hacer. Estaban tan convencidos de que ellos mismos, en este caso, podían predecir el futuro, que en ningún momento se preguntaron cuál podría ser el plan del SEÑOR, ni que tendrían que huir cabizbajos a Egipto.

A pesar de todo, ora al SEÑOR: 42:1-6

Marcharon a Egipto. Esto es algo que debemos intentar comprender bien, porque Egipto, en el lenguaje bíblico, es la casa de servidumbre, el horno de fuego, del que Israel fue liberado por Jehová, el SEÑOR. De ahí que regresar a Egipto, según las Sagradas Escrituras, era un juicio, un castigo, del SEÑOR. En el caso de que el pueblo se volviera infiel al SEÑOR, y se apartara de Él, lo habría vuelto a llevar a Egipto para que, una vez allí, arrastrara una vida de esclavos (cf. Dt. 28:68). Ese hubiera sido uno de los castigos de Jehová.

Y hacia allí iban entonces, voluntariamente; iban a abandonar la tierra prometida, y a regresar a la casa de servidumbre, totalmente por iniciativa propia.

Este era un asunto trascendental, y poco a poco empezaron a darse cuenta de que no era cosa de dar un paso tan drástico sin informar de ello a Jehová. De ahí que todos ellos, incluidos los niños, se dirijan a Jeremías. Entre tanto, ya se encontraban hacía algún tiempo de camino hacia el Sur, a la altura de Belén.

Su petición a Jeremías suena bien: 'Ora, a pesar de todo, al SEÑOR, tu Dios, por este Resto' -dicen. 'Mira adonde hemos llegado, y lo que somos: Un pequeño e insalvable grupo de gentes. Pide, sin embargo, al SEÑOR que nos haga saber qué camino debemos seguir, y qué debemos hacer.' ¡Es un buen ruego!, pues la petición clave siempre es ésta: '¡SEÑOR, indícanos el camino que debemos seguir!' Esto es lo que siempre debemos pedir, y ciertamente en situaciones críticas. Y si esa petición es lo central, la situación puede ser aún tremendamente crítica y apremiante; pero entonces, a pesar de todo, estamos en el buen camino.

En aquel momento, Jeremías también estaba dispuesto a acceder a su petición; sin embargo, en su respuesta hay alguna reserva, pues dudaba un poco de si estaban realmente en disposición de seguir el camino de Dios. Todo aquel tiempo había estado entre ellos; había escuchado sus entrevistas y había comprobado su angustia; había notado que la voluntad de ir a Egipto era tan fuerte que no querían considerar seriamente la posibilidad de otra solución.

Por eso, dice: «He oído. He aquí que voy a orar a Jehová vuestro Dios, como habéis dicho, y todo lo que Jehová os respondiere, os enseñaré; no os reservaré palabra» (v. 4).

Los judíos notaron una cierta reserva en las palabras de Jeremías, y le aseguraron: 'No se hable más de ello; caiga bien o mal la palabra de Jehová, la haremos'. E invocaron a Jehová mismo por testigo: 'Jehová nos sea un testigo verdadero y fiable, que nosotros escucharemos su voz; pues sabemos demasiado bien que de eso depende nuestro bienestar.'

Ofrecimiento de salvación y vida: 42:7-18

Pasaron diez días hasta que la palabra de Dios llegó a Jeremías. Diez largos días tuvieron que esperar los judíos.

Hay que intentar imaginar lo que eso significaba para ellos en aquella situación. El suelo ardía bajo sus pies. Esperar cada día aminoraba su delantera sobre los babilonios.

Y entonces, después de diez días, fueron convocados finalmente por Jeremías. Allí estaban sentados alrededor suyo: Los oficiales y el pueblo, de los grandes a los pequeños. En el aire había algo de alivio. Al menos ahora podían finalmente adoptar medidas acertadas. Por suerte aún no era demasiado tarde.

Pero entonces recibieron una ducha de agua fría. Jehová, el Dios de Israel, dice así: «Si os quedareis quietos en esta tierra, os edificaré, y no os destruiré; os plantaré, y no os arrancaré; porque estoy arrepentido del mal que os he hecho. No temáis de la presencia del rey de

Babilonia, del cual tenéis temor; no temáis de su presencia, porque con vosotros estoy yo para salvaros y libraros de su mano; y él tendrá misericordia de vosotros y os hará regresar a vuestra tierra» (vs. 10-12).

Esto es evangelio, buena nueva. El SEÑOR está con vosotros; y quiere lo mejor para vosotros; quiere continuar el nuevo comienzo; no se puede decir más claro que el nuevo comienzo no dependía de ninguna persona. Gedalías había muerto. Satanás había asestado ciertamente un golpe; pero eso no tenía por qué significar el final. 'Proseguid tranquilamente confiando en Mí', -dice el SEÑOR. 'Entonces todo irá bien; pues Yo os protejo contra los babilonios'; y prosigue:

'Pero si vais a Egipto con el pensamiento de que esta es la única manera de estar seguros y quedar para siempre fuera del alcance de los babilonios, entonces llevaréis en brazos precisamente los terrores que intentáis evitar; y mi ira y mi cólera os alcanzará allí y os destruirá.'

Estas son las palabras del SEÑOR. Son claras y no susceptibles de malentendido. Son un mensaje de salvación y vida para quien quiere escucharle.

Mala voluntad para escuchar: 42:19 hasta 43:2

Mientras Jeremías transmitía estas palabras y miraba al auditorio que le rodeaba, observaba que no caían en buena tierra y que estaban en contra de ellas. Por ello, aún añadió a las mismas un serio aviso: 'Vosotros habéis jurado realmente que escucharíais al SEÑOR. Pero sólo habéis hablado mucho; y en ningún momento teníais realmente el propósito de escuchar estas palabras. Sólo queríais unas palabras que os agradaran.'

A veces la gente dice que escuchará la Palabra de Dios. Pero cuando parece que va contra sus convicciones profundas, o es demasiado arriesgada, demasiado radical, entonces se buscan contraargumentos: 'Eso no puede ser Palabra de Dios; te equivocas y transmites palabras propias como si fuera Palabra de Dios... se trata de tu propia interpretación de la Palabra de Dios... Nosotros lo vemos de otra manera.' Y siguen su propio camino.

Los oficiales judíos también reaccionaron así, como hombres temerarios: Se pusieron muy nerviosos y desquiciados. 'Es mentira', -gritaban. Y siguen: 'Eso no puede ser Palabra de Dios. Dios no es así, que quiera hundirnos en la miseria. No es propio de Dios que quiera obligarnos a permanecer aquí en angustia permanente por causa de los babilonios. Es imposible que esto sea voluntad de Dios.'

Esto nos hace ver lo mal que escucharon a Jeremías.

Desconfianza: 43:3-4

'Percibimos muy bien' -siguen diciendo- 'que Baruc está detrás de esto. Esta vez no estamos ante palabras de Jehová, pronunciadas por Jeremías, sino ante palabras de Baruc, dichas por Jeremías.'

De esta manera se deshacían de las palabras de Dios no dando crédito alguno a su siervo; podemos imaginarnos cuáles eran sus argumentos: Citan a Baruc por su nombre porque éste había tenido grandes ambiciones, probablemente políticas (cf. Jer. 45); y no se fiaban de él, pues tener ambiciones políticas en aquel tiempo significaba buscar posibilidades en el poder dominante. ¿Y no era sospechoso que no fuera deportado a Babilonia? ¡Él quiere entregarnos al poder de Babilonia, para conseguir una posición mejor!

Así pues ¿no había pasado demasiado tiempo hasta que Jeremías tuviera dispuesta una contestación? ¿Dios le había hecho esperar tanto, o fue por causa de la larga discusión con Baruc? 'No, Jeremías, tu profecía no es palabra de Dios; sólo es una mentira.'

Huída a Egipto: 43:5-7

Así es como los judíos se desentendieron de la Palabra de Dios y la degradaron a palabra de hombres. Se aferraron a la idea de que no había más remedio que huir a Egipto, como única salida y posibilidad de escapada. Se habían ofuscado tanto en eso, que Dios -según ellos- no tenía otra posibilidad. Y que Dios pudiera proteger-

los contra los babilonios, era -según su idea- una fantasía que no tenía base alguna. Nabucodonosor dominaba su pensamiento. El miedo que le tenían no dejaba lugar alguno a la confianza en el SEÑOR.

Esta era la clave del asunto: Donde no hay confianza en el SEÑOR, y donde Él no tiene el lugar dominante, su Palabra no encuentra atención ni oído alguno; porque escuchar la voz del SEÑOR es, en primer lugar, un asunto de confianza en Él; y allí faltaba esa confianza. Por ello, dieron de lado a la Palabra de Dios, y se dejaron guiar por su angustia y su temor a los babilonios.

Así pues, recogieron sus pertenencias, al igual que Jeremías y Baruc, y huyeron a Egipto, el único lugar donde, según su idea, estaban seguros. Pero era una equivocación, pues era precisamente allí donde el ejército babilonio se entregaría a los mayores excesos contra ellos. Dios estaba dispuesto a dar un comienzo nuevo, incluso después de la muerte de Gedalías, pero si no se hizo no fue culpa suya; fueron ellos los que no quisieron, porque no confiaban en Él.

Así están las cosas también hoy día. Cuando confiamos en Cristo y nos atrevemos a ir con Él y a retener su Palabra, Él es nuestro Libertador. Entonces estamos seguros en su amparo y en el buen camino. Pero, si falta esa confianza, si tenemos más confianza en nuestro propio parecer y en nuestras propias medidas de seguridad que en Él, podemos pensar realmente que nos hemos puesto a buen recaudo, aunque es una verdadera equivocación. Porque sólo el camino de Dios puede conducir al buen objetivo, ya que nuestros propios caminos no tienen salida.

JEREMÍAS 44:1-19

La lección de la historia

Cuando los judíos llegaron a Egipto, Jeremías anunció que Nabucodonosor, ante quien habían huido despavoridos, los alcanzaría en Egipto y arrasaría el país (43:8-13). Pero tampoco este aviso ayudó en nada. Se afincaron en Egipto; algunos en Migdol y Tafanes, es decir, en la frontera de la Península del Sinaí en el delta del Nilo; otros en Menfis, al Sur del delta del Nilo, o en tierras de Patros, lejos hacia el Sur a lo largo del Nilo en Elefantine, donde incluso edificaron un templo a Jehová. Pensaron entonces que finalmente estaban libres y seguros, fuera del alcance de los babilonios. Involuntariamente, uno mismo se pregunta cómo es posible algo así. Durante años se habían opuesto a Jeremías y su predicación. Nunca quisieron creer que el juicio de Dios vendría sobre Judá y Jerusalén, y se aferraron a los falsos profetas. Pero entretanto, los acontecimientos demostraron que Jeremías tenía razón y había hablado según la Palabra de Dios; y que los otros profetas eran falsos profetas. ¿Cómo es posible que entonces, mientras los hechos hablaban un lenguaje tan claro, no dieran crédito alguno a las palabras de Jeremías? ¿No les había enseñado nada la historia?

No; y ¿por qué no? Porque rechazaron abrirse a la Palabra de Dios; y cuando ocurre esto, nada se aprende de la historia, y se ve pasar la lección de la historia. Cuando no se acepta la Palabra de Dios, también se permanece ciego a su actuación.

Obstinación

Durante la huída a Egipto (43:2), los judíos le dijeron a Jeremías: 'El SEÑOR no te ha enviado; tú hablas mentiras.' Con lo cual querían decir: 'No creemos que lo que Jeremías habla, sea Palabra de Dios. Si verdaderamente lo fuera, por supuesto que la escucharíamos, porque no queremos rechazar a Jehová.'

En la iglesia de hoy esta puede ser una de las formas de sustraerse a la Palabra de Dios; es decir, poner en discusión si Dios mismo habla; sembrar dudas sobre la interpretación de lo que está escrito. ¡Pero, hay que tener cuidado adónde conduce eso!

Así ocurrió entre los judíos: Una vez que llegaron a Egipto, se evidenció por la práctica de su vida cuál era su motivación real. Detrás de su marcha a Egipto, sin duda alguna había obstinación y mala voluntad para no escuchar al SEÑOR. Pues, ¿qué hicieron en Egipto? Nuevamente comenzaron a venerar a la reina de los cielos, la diosa pagana de la fertilidad.

Eso también lo habían hecho anteriormente (7:16-20). Fue en el tiempo previo a la reforma de Josías. Entonces se había venerado a la reina de los cielos en Judá y Jerusalén; y, mediante la intervención de Josías, se había puesto fin a ello. Pero ahora, en Egipto, de nuevo se entregaron a aquel culto idólatra; y, nuevamente, Jeremías tuvo que profetizar en contra del mismo.

Amor perseverante

Esto debió significar mucho para Jeremías. Ya había rebasado los 65 años, y se aproximaba deprisa el 50 aniversario de su ministerio de profeta. Todo aquel tiempo tuvo que amonestar y corregir a su pueblo, y anunciar el juicio sin conseguir nada. Sólo en tiempos de Josías hubo un corto período en el que las cosas parecían ir en buena dirección. Sin embargo, enseguida se puso de manifiesto que la reforma de Josías no ablandó los corazones, de modo que Jeremías tuvo que comenzar de nuevo a arar sobre rocas. Y ahora, en Egipto, vuelta a empezar.

Uno diría: '¡Ese hombre, con todo aquello tenía moti-

vos para estar desalentado y para desentenderse de todo. Sería, pues, lógico que dijera: ¡No aguanto más; ya he tenido bastante!'

Sin embargo Jeremías no lo hizo, y ello tenía que ver con el cumplimiento de la promesa que el SEÑOR, con motivo de su llamamiento, le había hecho: «He aquí que Yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro, y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes, y el pueblo de la tierra» (1:18). El SEÑOR cumplió esta promesa, y Jeremías ni se achicaba, ni claudicaba; y en Egipto volvió a comenzar de nuevo, entero aún.

Entre Dios y Jeremías había una enorme sintonía en el amor al pueblo. Cuando durante 45 largos años se está amonestando al pueblo y se le está llamando a conversión, constantemente y sin resultado, y si es necesario se sigue adelante, es porque hay que estar empujado realmente por el amor. No puede ser de otra manera.

Dios ama muchísimo a su pueblo, a sus hijos, aunque ellos no se ocupen nada de Él. Dios no claudica ni deja que su entusiasmo se marchite, sino que procura constantemente ganar para sí a su pueblo apóstata.

Amor reiterado

Eso fue lo que el SEÑOR anunció nuevamente en Egipto,comenzando por recordarles lo ocurrido en Jerusalén, la adversidad que había caído sobre la ciudad y el país. 'Oh, no; eso no ha sucedido sin más ni más. Yo lo he traído sobre Jerusalén y las ciudades de Judá. Fueron desastres y catástrofes que Yo traje sobre Judá y Jerusalén', -dice el SEÑOR.

Actualmente hay muchos que intentan negar cualquier relación entre Dios y los desastres. Frecuentemente, su intención es buena y parece como si intentaran proteger al SEÑOR contra toda clase de ataques. Pero así van demasiado lejos en su celo, pues, según las Sagradas Escrituras, no es en absoluto verdad que Dios nunca tenga nada que ver con desastres, guerras y destrucción. El SEÑOR

mismo lo dice aquí muy expresamente: «Vosotros habéis visto todo el mal que traje sobre Jerusalén y sobre todas las ciudades de Judá...» (44:2).

Y ¿por qué lo hizo? «a causa de la maldad que ellos cometieron para enojarme, yendo a ofrecer incienso, honrando a dioses ajenos» (v. 3). Se puede llegar a ofender al SEÑOR, y, precisamente porque Él es un Dios de amor y ama tanto a su pueblo, éste puede ofenderle profundamente cuando busca su salvación en otros. El amor es exclusivo y no soporta que entren terceros en escena. Por ello, a causa de la ofensa a su amor, el SEÑOR había traído aquellos desastres sobre Judá y Jerusalén.

Esto es lo que les recordó entonces en Egipto: 'Vosotros sabéis todo sobre este tema', -dice en el v. 2. 'Vosotros mismos estuvisteis allí presentes y fuisteis testigos de ello; y ya os lo había avisado seriamente', -sigue diciendo el SEÑOR. 'A todos mis siervos los profetas los he enviado en un momento u otro, pero constantemente con el mismo mensaje: «No hagáis esta cosa abominable que Yo aborrezco» (v. 4).

Porque servir a los ídolos, buscar la salvación en alguien o algo distinto de Jehová, es algo abominable y detestable. El SEÑOR lo odia, y le repugna. Por eso Jerusalén y las ciudades de Judá quedaron como un páramo (v. 6).

'¿Acaso no lo sabéis?', -dice el SEÑOR. 'Mas ¿por qué comenzáis de nuevo a ofenderme, y aquí en Egipto empezáis a servir a otros dioses? «¿Por qué hacéis tan grande mal contra vosotros mismos, para ser destruidos el hombre y la mujer, el muchacho y el niño de pecho de en medio de Judá, sin que os quede remanente alguno?» (v. 7). 'De esto os ocupáis; y con ello os aniquiláis a vosotros mismos; y es el resultado de la idolatría; y la idolatría es un suicidio.'

'¿Os habéis, pues, vuelto a olvidar de qué clase de maldad hicieron vuestros padres y vosotros mismos en las calles de Jerusalén, y que por eso se ha convertido en una ruina (v. 9)? Aún no ha cambiado nada allí (v. 10). Incluso la destrucción de Jerusalén y el destierro no os han llevado a escarmentar; pues no han producido rastro alguno de humillación.'

Amor despreciado: 44:11-19

Se puede entender que hay desilusión en las palabras del SEÑOR, pues Él mismo había esperado que su pueblo se humillara, aunque no cambiaron en ningún sentido.

'Por tanto', -dice el SEÑOR- 'el juicio viene nuevamente sobre vosotros. Aquí en Egipto; y vendrá con toda su crudeza. Todos vosotros seréis exterminados en Egipto y nunca volveréis a Judá, excepto algunos fugitivos' (vs. 11-14).

Y entonces hay que tener en cuenta la reacción del pueblo, de los hombres y las mujeres; una reacción que se vuelve más cortante que la manifestada cuando iban de camino hacia Egipto. Entonces, aún decían: -'No creemos que la palabra de Jeremías sea palabra de Jehová; por eso no la escuchamos.' Entonces aún manifestaban que no eran indiferentes a la Palabra de Dios; pero ya no lo hacían, sino que, sin rodeos, decían: 'No queremos escuchar lo que nos has dicho en Nombre de Jehová.'

Así pues, sin disimulos exteriorizaron lo que siempre había determinado su actitud: El rechazo a escuchar al SEÑOR.

Esto es algo que ha de salir afuera en algún momento. Si alguien rechaza reconocer a Cristo como Aquel que gobierna en su vida, lo puede camuflar durante algún tiempo con todo tipo de razonamientos y argumentos. Pero, en un momento dado, da motivo para que le vituperen, y entonces dice: 'Puede ser verdad que Cristo lo haya dicho; pero, no obstante, hago lo que quiero.' O acaso, dice: 'El apóstol Pablo puede explicarme aún más cosas.'

Y así se desvela claramente la actitud fundamental, la elección de una determinada actitud del corazón.

Los hechos son mudos

'¿Pero cómo pudo ocurrir eso ahora?', -se preguntará alguno. '¿La destrucción de Jerusalén tiene poco que decirles? ¿No sacan de ello ninguna enseñanza? Sin embargo, ¿no pueden tenerlo presente y reconocer que ese hecho habla un lenguaje claro?'

Sí; eso entendieron los judíos en Egipto; mas en ello oyeron algo muy distinto. 'Precisamente porque, después

de experimentar una calamidad tras otra dijeron: "Comencemos nuevamente a ofrecer sacrificios a la reina de los cielos. Antiguamente, en la época anterior a Josías, también lo hicimos; y entonces nos fue bien. Teníamos comida y bebida suficiente; no había catástrofes, y éramos felices.'

'Pero luego llegó Josías, y se acabó todo. Desde entonces ya no llevamos más ofrendas a la reina de los cielos. Y, desde aquel momento, ha venido sobre nosotros una calamidad tras otra. ¡Cuántas desgracias no nos han acontecido desde entonces! Josías mismo murió en la guerra contra el Faraón Necao; y el país debió pagar un tributo pesado a Egipto. Entonces llegaron los babilonios; y el rey Joaquín fue llevado al destierro con una gran parte del pueblo. Nuestra industria fue desmantelada. Además de esto vino una terrible sequía y hambruna. Jerusalén fue destrozada y asimismo el templo. La mayor parte del pueblo fue deportada a Babilonia; y ahora nos encontramos aquí en Egipto como refugiados políticos sin país; y muchos de nosotros han perdido uno o más familiares por el hambre, la espada y el destierro. Es una larga lista de calamidades, porque en su día cesamos de llevar sacrificios a la reina de los cielos. Ahí yace el origen de nuestra miseria; y por eso hemos hecho promesas de que volveremos a llevar ofrendas a la reina de los cielos. Esas promesas también las cumpliremos; y tú, Jeremías, no nos apearás de esta nuestra decisión.'

Por consiguiente, la destrucción de Jerusalén y todas la demás calamidades ciertamente tenían algo que decirles. Pero ellos escucharon precisamente lo contrario de lo que en realidad con todo ello se decía; y su razonamiento pareció precisamente razonable y aceptable. Lo que aquí oímos es un ejemplo claro de cómo los hechos en sí mismos, pueden ser interpretados de manera diferente. Todo depende desde qué punto de vista se miren. El punto de partida de alguien determina su visión sobre hechos y acontecimientos. Para quien se inclina a la Palabra de Dios, las ruinas de Jerusalén hablan un lenguaje distinto que para aquellos que dejan a un lado esa Palabra.

Dame tu corazón

Aún hoy día esto es así: Quien, por ejemplo, espera a Cristo, y toma en serio su venida, mira de muy distinta manera los acontecimientos en este mundo, que aquel que no lo hace. No son los hechos los que determinan la fe y visión de alguien, sino que la fe de alguien determina su interpretación de los hechos. Siempre se trata de esta pregunta: '¿Qué crees? ¿Cuál es el punto de vista de tu corazón? Esto es decisivo y decisorio.'

Así ocurría también en Egipto: Los judíos nunca habían entregado su corazón rendido al SEÑOR. Su corazón siempre había estado pendiente de la idolatría; y, porque su corazón no quiso inclinarse incondicionalmente al SEÑOR, la destrucción de Jerusalén les habló un lenguaje muy distinto que a Jeremías.

Además, puesto que ellos esperaban su salvación de alguien distinto del SEÑOR, tampoco habían aprendido absolutamente nada de los juicios de Dios ni habían llegado al arrepentimiento. Al contrario, precisamente por eso fueron confirmados en su apostasía.

Esto es horroroso: Cuando no se produce la conversión, y cuando no se quiere abrir el corazón a Cristo, allí surge una progresión en la apostasía, y un proceso de endurecimiento. Los juicios del SEÑOR sobre Jerusalén y Judá fueron un medio triste para despertar al pueblo, para llevarle a reflexión y conversión. Pero porque no lo quisieron, se alejaron cada vez más de Dios.

Por ello, la pregunta decisiva para nosotros es y sigue siendo ésta: '¿Quién y qué domina nuestro corazón? ¿Está total e incondicionalmente abierto a Cristo y su Palabra? ¿Queremos escucharle con todo nuestro corazón? ¿O hay otras cosas que roban nuestro corazón de las que esperamos nuestra salvación y a las que damos más importancia que a la Palabra de Dios? Esto decide sobre nuestro futuro. La elección de los judíos en Egipto conducía a su perdición. Quien hace esa elección comete un gran mal contra su propia vida. Pero quien elige por Cristo y por su Palabra, elige la vida.

Conclusión

Con esto concluye la historia de Jeremías. Hemos intentado leer sus profecías en el contexto de su tiempo, y desde ahí ver lo que ellas tienen que decirnos hoy día a nosotros.

Lo que posteriormente le ocurrió a Jeremías no se sabe con certeza. Según la tradición, fue apedreado por sus compatriotas en Egipto. Hasta qué punto es fiable esa tradición, no es fácil decir. En cualquier caso, Jeremías murió en suelo extraño.

Ser profeta del SEÑOR no es una cosa placentera. Jeremías no tuvo una vida fácil. Más de una vez fue llevado adonde no quería (cf. Jn. 21:18). Lo hubiera tenido más fácil si se hubiera acomodado a sus oyentes. Pero entonces ya no habría sido un profeta del SEÑOR. A través de Jeremías el SEÑOR lucha por la salvación y la conversión de su pueblo. Entonces, y también ahora.

ÍNDICE DE MATERIAS

REGISTRO DE TEXTOS BÍBLICOS